



LOS PÁRAMOS DE MORNEWOOD

Eliu Solís

Los páramos de Mornewood

por

Eliu Solís

D.R. © 2016 Iván Eliu Solís Ortiz

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

El singular suceso de Thomas Brendon

Una gigantesca luna escarlata se revelaba esplendorosa en el nocturno cielo sobre el lóbrego bosque de tejos y robles. No se escuchaba el menor ruido de las bestias salvajes o del viento helado silbando a través de las ramas de los árboles. Entre los apelmazados arbustos y las retorcidas raíces que emergían reptantes del suelo de negra tierra, un velo denso y acechante de silenciosa neblina se imponía quedamente, deslizándose en total sigilo, permeando con sus gélidos dedos al mundo de una atmósfera de espantosa y perturbadora oscuridad. El crudo aire glacial resultaba atemorizante y aplastante, y los árboles y las rocas sumergidos en las espesas sombras parecían invocar escalofriantes y errabundos espectros al acecho. El único sonido que se atrevía a desentonar con aquella calma de ultratumba, era el de las palas de hierro de los hombres, que continuaban hendiendo el suelo entre bufidos y quejidos entrecortados.

El grupo de trabajadores se encontraba en la mitad del bosque, en lo más profundo de una hondonada. Las paredes eran de piedra y se mostraban elevadas y tenebrosas, cerrándose y conformando en su parte más oscura y profunda una especie de sombrío capuchón lleno de tinieblas. El suelo, cubierto por hojas muertas y gusanos putrefactos, parecía resistirse a las herramientas, negándose a dejar escapar a la indigna presencia que alojaba en sus entrañas. Las luces de tres trabajadores alumbraban los muros de afiladas aristas rocosas y el interior del capuchón, que lucía como una nave sacra, o más bien como la burla de una bóveda eclesiástica, creada en la naturaleza salvaje para llevar a cabo en ella actos completamente obscenos e indignos; no por nada, aquel lugar tan oscuro y monstruoso, lleno en su totalidad de un aura de miedo y malvadas tinieblas, llevaba por nombre, precisamente, la Hondonada de la Bruja.

Las luces de las lámparas se negaban a iluminar las espantosas formas que recortaba la espectral luz rojiza de la luna en el interior de aquella extraña y terrorífica hondonada. Tres de los hombres bajo la bóveda de piedra cavaban con ahínco, mientras otros tres, con demás instrumentos de trabajo, sostenían las lámparas de mortecina luminiscencia en las manos. Un séptimo, encendiendo con una cerilla el tabaco en el interior de su costosa pipa de caoba con incrustaciones de marfil, se limitaba a mirar con interés el trabajo de los que removían el helado suelo bajo la bóveda, como a la espera de ver surgir del ya hondo agujero alguna especie de revelación mística.

—No creo que encontremos nada, señor —dijo uno de los hombres, dejando de cavar

para limpiarse con un pañuelo el sudor acumulado bajo la gorra—. Allí abajo no hay otra cosa que tierra, y abajo solamente el mismísimo Averno, si me permite decirlo así, señor.

El hombre de la pipa se desabrochó su costosa chaqueta Norfolk y se hincó para mirar el agujero, que tendría ya unos siete pies de profundidad. Al parecer era verdad, allí dentro no había nada más que vieja y olvidada tierra. Los otros dos hombres continuaban paleando y sacando la tierra en cestas, mientras los de afuera la amontonaban al pie de uno de los muros de la hondonada.

—Será mejor regresar mañana, señor —dijo uno de los hombres junto al hombre de la pipa, después de darle un sorbo a una petaca llena de whisky—. Tal vez la Hondonada de la Bruja se llame así por otra razón.

—¿Es por eso que estamos aquí?! —preguntó uno de los hombres con un fuerte acento escocés, dejando de palear tierra al instante para volverse a mirar con aire de preocupación a su señor. Se trataba de un joven, no mayor de diecisiete años, robusto y de desgarbado porte. Un pañuelo polvoriento y sudoroso se ajustaba alrededor de su cuello—. ¿Estamos buscando el cadáver de una bruja, señor?

—No, no el de una bruja, Sawney —dijo el hombre de la pipa, levantándose y limpiando la tierra de sus pantalones. Su semblante se había ensombrecido hasta adquirir una apariencia terriblemente taciturna y descompuesta. Miró hacia el capuchón de roca y suspiró—: Algo más oscuro y perverso que una bruja... A la oscuridad misma, mi buen muchacho.

—¿Qué clase de...?

Pero el muchacho no logró terminar su pregunta, porque la pala del hombre que continuaba cavando chocó de pronto contra algo duro, produciendo un sonido fuerte y ahuecado. Todos los trabajadores miraron hacia el agujero con los rostros llenos de un miedo seco.

—La encontramos... —musitó el hombre de la pipa, mirando con los ojos brillantes y llenos de una felicidad febril la placa de madera del ataúd que se asomaba por entre la tierra—. ¡Ábranlo! ¡Ahora! ¡No pierdan tiempo!

Los hombres, tragando saliva y elevando quedas plegarias a los cielos, abrieron suficiente espacio para poder extraer el ataúd de la profundidad, que descubrieron estaba constreñido por cadenas de robusto acero y tres candados de plata.

—Será imposible abrirlo... —dijo Sawney, mirando con temor y desconcierto los tres candados de plata.

—No si se tienen los medios adecuados, mi buen muchacho —dijo el hombre de la pipa, sacando del bolsillo interior de su chaqueta una llave de plata de entretejidos diseños barrocos.

—Sir Thomas, señor... —dijo uno de los hombres, tragando saliva y contemplando el espantoso ataúd—. Esto no está bien; esa cosa... Es tierra no santa... Aquí debieron enterrar a un suicida o a un asesino..., o a una hechicera.

—O algo mucho peor, Carl —dijo Thomas Brendon, con la llave de plata en lo alto, como si fuera una especie de farola. El rostro de Thomas estaba cubierto de sudor, sus ojos parecían contener una fiebre demoniaca y sus manos temblaban presas de una salvaje y arrebatada emoción. Jamás había soñado si quiera en poder estar tan cerca de lo oculto y lo divino como lo estaba en esos momentos.

Introdujo la llave en el primer candado de plata. El chasquido resonó en la hondonada como si un árbol se quebrara por la mitad. El segundo candado se abrió con cierta naturalidad, como si el primero hubiera desbaratado la oxidada magia que envolvía al féretro. Sin embargo fue el tercero el que metió un miedo que cortó hasta la medula en los hombres, porque no hizo ningún ruido, como si fuera parte de un universo distinto, de una realidad ajena y demente. Las cadenas se aflojaron lentamente y a una orden de Thomas, los trabajadores retiraron las cadenas y desclavaron cuidadosamente los ciento veinte clavos de hierro que aseguraban la tapa.

Los ojos de Thomas lucían cada vez más enloquecidos, llenos de un fuego malsano y terrible. Con un gesto de la barbilla ordenó que el oscuro y viejo ataúd fuera abierto. Los hombres, con miembros temblorosos y los cuellos y espaldas cubiertos de un pegajoso sudor frío, tomaron los bordes de la tapa y lentamente la abrieron. Del interior del ataúd brotó una neblina espesa, picante y rojiza, como si alguien hubiera hervido en su interior vinagre y azufre. La nube salió a borbotones, pesada y cegadora. Los ojos de los presentes empezaron a lagrimear. Arrojaron la tapa a un lado y se llevaron las manos a la boca y a la nariz, orificios por donde aquella pesada niebla pugnaba por ingresar violentamente. Tosieron y escupieron, y el pobre de Sawney terminó por echar la cena a un lado del ataúd. La neblina se volvió tan molesta y apesosa, que tuvieron que dejar el agujero y buscar el aire puro de la noche.

Los siete hombres retrocedieron hasta que pudieron volver a respirar con facilidad. El capuchón de roca del fondo de la hondonada se encontraba completamente invadido por la putrefacta nube rojiza. Sir Thomas Brendon, con los ojos rojos y llenos de lágrimas, y a punto de vomitar igual que el joven Sawney, no dejaba de mirar hacia el agujero, esperando a que la niebla de podrida composición se disipara para revelar el misterio que durante tanto tiempo había fascinado su imaginación y atormentado sus noches. Durante unos instantes, que le parecieron

eternos, la neblina continuó manando, como si proviniera de un túnel directo a los pozos del infierno, como si fuera escupida por el nauseabundo hocico de un dragón arcaico. Después, poco a poco, el rojizo y picante vapor comenzó a desaparecer lentamente. Los hombres se aproximaron llenos de un terror que constreñía sus corazones, pero también invadidos de una curiosidad imperiosa que los obligaba a mirar al interior del agujero.

Se acercaron lentamente, aferrando con fuerza los mangos de los azadones y de las palas, levantando con manos temblorosas las lámparas de trémulas luces. Se acercaron lentamente, con los corazones en sus pechos retumbando eufóricamente, y repletos de un sudor pegajoso que descendía por sus espaldas a chorros. Thomas Brendon, con la pipa fuertemente aferrada en una mano, se aproximó hasta quedar al borde del agujero. Y allí lo vio, el ataúd..., completamente vacío. Y fue entonces que se dio cuenta de que hasta el momento había contenido el aliento. Exhaló, dejando que una voluta blanca se disipara en el aire. Se encontraba aliviado y decepcionado a partes iguales. Dentro del ataúd no había sino los restos polvorientos de lo que hacía mucho tiempo había sido un forro de seda o algún tipo de ropaje muy viejo..., tal vez una capa.

—No puede ser... —susurró Thomas, incrédulo.

Se hincó de nuevo sobre el borde del agujero y examinó con desilusión la escena. Y a punto estuvo de descender, cuando un sonido, como el golpe de un bulto de carne en el suelo, se dejó escuchar sonoramente. Todos los hombres se volvieron para mirar hacia la salida de la hondonada. Pero allí no había nada, excepto un tupido velo de niebla, una niebla que se alargaba etérea flotando sobre sus cabezas hasta cubrir por entero el cielo y al mundo, una niebla aterradora que a la luz de la escarlata luna obtenía un tono rojizo, como de sangre enferma.

—¿Y Percy? ¿En dónde está Percy? —exclamó Carl asustado, levantando instintivamente su pala a modo de arma.

Los trabajadores se miraron entre sí. De uno de ellos, de Percy, no había el menor rastro.

—Me-mejor nos vamos... —musitó Sawney, con la voz entrecortada por el descorazonador miedo—. Algo no está...

Pero sus palabras se perdieron en el aire, cuando la neblina que cubría la salida de la hondonada se levantó lo suficiente para revelar la grotesca imagen de la criatura que devoraba con fruición la carne y la sangre de Percy. Se trataba de un bulto, con los cabellos extremadamente largos y enmarañados, llenos de mugre, suciedad, tierra y gusanos. Su piel era gris y sus carnes estaban ajadas. Los músculos se mostraban tensos y secos, marcados bajo una piel tirante y

marchita. Del interior de aquellos cabellos enredados, un par de ojos negros, coronados por un par de iris de rojo intenso como ascuas, miraban con un hambre demente a los hombres, con una locura proveniente de las partes más torcidas y repugnantes del más bajo y gélido de los círculos del infierno. Continuó alimentándose de Percy durante unos segundos más, para enseguida proferir un desgañitado y agudo gruñido, como una bestia demente, y saltar intempestivamente. Cayó sobre Sawney con una fuerza que le arrebató el aliento al pobre muchacho. Las garras de la criatura se levantaron con una rapidez monstruosa y descendieron sobre el cuello del escocés. Las puntas afiladas hendieron la piel. La horrenda criatura comenzó a destrozarse la carne y a convertirla en delicada hebras sanguinolentas. La sangre se desparramó por el suelo como un tonel volcado. Sawney gritaba lleno de un horror cortante, pero sus quejidos se perdieron en los borbotones de sangre que pronto inundaron su garganta. La criatura aferró la cabellera y el cuero cabelludo del muchacho y tiró de ellas con fuerza. La cabeza se desprendió con un acuoso chasquido, como el de una articulación al romperse, soltando chorros oscuros y pedazos de piel desgarrada. La bestia saboreó la sangre de la cabeza del muchacho como si fuera la succulenta pulpa de una fruta madura.

Fue sir Thomas Brendon el único que logró reaccionar. Le arrebató la pala a Carl y se abalanzó sobre el monstruo con fiereza, y le asestó un potente golpe que sacó de balance a la bestia durante unos instantes. Pero cuando Thomas le propinó el segundo golpe, el monstruo aferró la pala y la partió como si se tratara de una ramita seca. Se abalanzó sobre Thomas con un gruñido lacerante y oxidado, abriendo las fauces tan grandes como cavernas repletas de locura. Los hombres reaccionaron a tiempo para echarse encima de la criatura y tratar de salvar a su señor. Pero el monstruo pegó un terrible salto hasta perderse, todo horror y cascada marañosa de pelos, entre la neblina y las sombras de la noche.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Carl a Thomas Brendon, poniéndolo de pie. En los ojos del señor había un dique de emociones que le impedía si quiera articular palabra. Después de unos instantes, que a todos les parecieron años, logró asentir trémulamente con la cabeza.

Sin esperar nada más, se dirigieron corriendo hacia la salida de la hondonada, internándose en la espesa neblina que de pronto ya había conquistado al mundo por entero. Pero el monstruo no se había marchado, simplemente se agazapaba para sorprender y dar caza a sus presas con mayor facilidad. Saltó de entre las tinieblas, como un rayo rojizo, vibrante y salvaje. Tiró a otro de los hombres y lo arrastró a las profundidades de la niebla, mientras éste chillaba desgañitándose como un condenado en el patíbulo. Después apareció por un costado y clavó las garras en el vientre de otro. El hombre cayó de bruce, con las manos en el estómago, tratando de mantener infructuosamente la sangre y las tripas que manaban espantosamente de su interior. Sir

Thomas, Carl y el hombre que restaba, que respondía al nombre de Oli y que cargaba con una pequeña hacha de trabajo, siguieron corriendo, haciendo caso omiso de los gritos de horror de sus compañeros retumbando en las paredes de la hondonada de muerte.

Salieron de la hondonada y descubrieron que la neblina les impedía ver más allá de dos o tres pasos. El bosque, para todos fines, había desaparecido por completo, sustituido por ese espeso manto que al fulgor rojo de la noche lucía siniestro y espantoso. No había forma de encontrar el camino de regreso a casa. Era, simplemente, imposible.

—¡Huyan, huyan! —gritó Oli, fuera de sí, dejando caer el hacha a un lado.

Pero la criatura, con la estampa de un demonio desatado, emergió de la niebla como una arpía enloquecida, como una furia perversa, y se encaramó sobre las espaldas de Oli. Lo tumbó al suelo y le aferró la cabeza con las dos manos. Oli soltó un grito destemplado, previendo el aciago destino que se cernía sobre él. El monstruo ejerció una tremenda presión con sus manos. El grito del hombre se transformó en un chillido lleno de dolor y miedo. La cabeza reventó como una calabaza. El sonido, el de una masa pulposa, restalló como un orgánico y sonoro latigazo. Los ojos, el cerebro, la lengua y los dientes de Oli se escurrieron por entre las garras ensangrentadas de la criatura. Ésta, encaramada sobre el cadáver, se volvió lentamente y miró a los dos hombres que restaban: Sir Thomas y Carl. El primero, tratando de mantener la compostura, se inclinó y recogió del suelo el hacha de Oli. Carl, por su parte, y viendo el garbo con el que su señor se manejaba ante tan espantosa situación, también consiguió mantener la compostura y sacó de su bota una navaja, bastante pequeña pero muy afilada. Los dos hombres estaban dispuestos a luchar hasta el final.

La bestia, respirando como un toro embravecido, se puso de pie, irguiéndose para revelar el consumido y desnudo cuerpo de lo que antes, hace mucho tiempo, había sido una diminuta mujer. Su vientre colgaba protuberante y marcado por violetas estrías, hinchado de la carne y la sangre de sus recientes víctimas. Sus piernas eran delgadas y descarnadas, sus hombros sobresalían de la tirante piel a punto de rajarse, y sus pechos colgaban flácidos, bamboleándose como dos bolsas repletas de babosas. De su mentón escurrían hilillos espesos y negros, y por entre sus deformes y pequeños dientecillos se paseaba una gigantesca y babosa lengua negruzca.

El monstruo saltó, profiriendo un chillido tan agudo como una aguja oxidada. Carl levantó su navaja, pero la criatura logró morderle la mano primero hasta casi cercenarle la muñeca por enteró. Thomas soltó un grito poderoso y le arrojó un golpe con el hacha. El monstruo se agachó con agilidad inusitada y la cabeza del arma fue a dar directamente en el pecho de Carl. Thomas Brendon se quedó unos instantes mirando con desconcierto a Carl. Éste le devolvió una

trémula mirada, una mezcla entre ira e incredulidad, y después cayó de espaldas, tan largo como era. Los vidriosos ojos sin vida de Carl se quedaron mirando el techo de neblina, mientras lágrimas escapaban por los rabillos de sus ojos.

Con el corazón constreñido por el horror y a punto de sucumbir a la locura, Thomas cayó de rodillas y se llevó las manos a los costados de la cabeza. El Día del Juicio se había desatado, el mismísimo Enemigo había sido desencadenado..., y había sido su culpa. Él era el responsable.

La criatura se arrojó sobre Thomas y lo tumbó en el suelo, y le propinó una tremenda mordida en el hombro. Thomas sintió los dienteillos cortar la carne y la sangre manar escandalosamente. Experimentó una especie de vértigo delirante y una sensación de frío que lo paralizaba. Le pareció ver que la sangre misma manaba de su herida y trepaba en el aire en pequeños hilillos hasta introducirse en las fauces del monstruo. La criatura, salida de las profundidades recónditas del Tártaro, le estaba sorbiendo la vida con fruición lasciva, y él no podía hacer nada para evitarlo. Entonces, en sus últimos momentos, mientras la desesperación lo envolvía con sus negros mantos como una oscura mortaja, pensó en ella..., en su amada. A su mente llegaron sus cabellos dorados como el trigo maduro y su limpia y clara piel como la leche fresca; en medio del infierno al que había descendido repentinamente, la imagen de ella, de su amada, resultaba incoherente pero reconfortante. Si tan sólo pudiera verla una vez más, saborear su olor y escuchar el sonido de su voz, si tan sólo pudiera estrecharla entre sus brazos una vez más..., sólo una vez más. Y esa imagen, la simple imagen de su amada, fue todo lo que necesitó.

Levantó la mano y estiró el brazo tanto como pudo, hasta casi dislocárselo, y logró aferrar el mango del hacha. Y con un movimiento violento desclavó el arma del pecho de Carl y le asestó un golpe en la cabeza al monstruo. Éste, no esperando el ataque, cayó al suelo, impulsado por el impacto. Sir Thomas se abalanzó sobre la criatura, levantó el hacha, midió el golpe y dejó caer la hoja justo en el pecho del monstruoso ser. Éste lanzó un alarido, mientras el hueso de su pecho se partía y los órganos repletos de nueva sangre reventaban en su interior. Sir Thomas levantó de nuevo el hacha y enseguida la dejó caer con mayor fuerza que antes. El arma dio de lleno en el cuerpo de la bestia, esta vez rompiendo la clavícula. Un chillido agudo como una cuchilla de hielo cundió poderosamente cercenando la noche. La neblina pareció de pronto menos espesa y la luna roja, atemorizada, pareció disminuir en tamaño. Thomas volvió a levantar el hacha, esta vez con vistas a clavarla directo en la cabeza de ese animal deforme. Y ya bajaba el arma nuevamente, cuando el monstruo logró aferrar la mano de Thomas, y enseguida, con una fuerza tremenda, le propinó un empujón brutal en el pecho, que lo mandó a volar a tres metros de distancia.

El hacha voló a las tinieblas de la neblina. Thomas cayó con estrépito y con un dolor

agudo escurriendo por todo su pecho. Trató de ponerse de pie, pero entonces una arcada apresó su cuerpo y terminó por vomitar un chorro de sangre al suelo, mientras lágrimas escurrían por sus mejillas. Pero decidido a continuar la lucha, se irguió tanto como pudo. Pero ya estaba allí, la criatura, a un lado de él, mirándolo con sus ojos perversos y repletos con el horror de los avernos. La bestia levantó su puño y lo dejó caer como un martillo de guerra sobre el brazo izquierdo de Thomas. Éste sintió una estrella de dolor y después un estallido de sufrimiento que se expandió por todo su cuerpo. Miró su brazo y no necesitó más para saber que estaba completamente inservible. Después miró a la criatura. Ésta, con una perversa sonrisa en su depravada boca, se puso de pie sin dejar de mirarlo, como estudiándolo. Después lo tomó por el cuello de la mugrosa chaqueta y comenzó a arrastrarlo hacia la oscuridad de la difusa neblina. La chaqueta se rajó y la criatura, con un bufido de impaciencia, lo tomó por el brazo roto. Thomas sintió una terrible oleada de intenso dolor, pero ya no tenía fuerzas para resistirse; el mundo se había vuelto una experiencia vaga entre el sufrimiento y el adormecimiento de su mente. Pero un último destello de la memoria de su amada lo motivó lo suficiente, justo al mismo tiempo que sentía el mango del hacha pasar a su lado bajo su mano sana. Sin pensarlo dos veces, casi como un instinto que se perdía en la nada, aferró el hacha y la levantó. Estaba consciente de que no podría luchar contra el monstruo en el estado en el que se encontraba, pero tal vez...

Apretando los dientes y pidiendo perdón a los cielos, asestó un poderoso golpe directo en la carne de su brazo. La piel y los músculos debajo cedieron con una escalofriante facilidad. El hueso, al estar roto, no presentó gran resistencia. Un segundo golpe le otorgó a Thomas la libertad.

El monstruo tardó un tanto en reaccionar. Para cuando se volvió a mirar a su presa, Thomas Brendon ya se encontraba más allá del velo de neblina, chorreando sangre a raudales en el bosque, a punto de vomitar por el dolor y con la mente en un estado de perturbación extrema. Si el trauma físico no acaba con él, el dolor de su mente fragmentada seguramente lo haría.

La criatura estuvo a punto de echar a correr, pero se detuvo de golpe. Olisqueó el aire y la densa neblina. Después pudo escuchar el susurro, primero suave como el viento, lejano, apenas una caricia solitaria en el éter; después fue como el instrumento musical más hermoso y sutil del Universo..., como el seductor y siniestro canto de las hadas. Allí estaba, llamándola, de nuevo. Y ahora, a diferencia de hace años, podía escucharlo con una claridad sorprendente, acallando todo lo demás.

No tardó más. Tomó el cadáver de Carl y se perdió en las tinieblas bajo la escarlata luna que brillaba horripilante en los cielos de la noche.

Capítulo I

Vientos del otoño

El fuego en el hogar crepitaba serenamente, iluminando el salón con suaves y cálidos dedos de luz ambarina. La joven, sentada en un cómodo sofá de terciopelo rojo, leía con impaciencia el libro de *El llamado de lo salvaje* de Jack London. No podía esperar a que Kitty llegara para ir al teatro. La historia del libro era sumamente emocionante, una fenomenal y excitante aventura, pero a la joven le costaba gran trabajo concentrarse; no tenía ojos para otra cosa que no fueran las manecillas del reloj: el segundero vibrante que no se detenía en su constante andar y el minuterero que, si bien perezoso, no parecía tomarse las cosas con demasiada calma.

Suspiró con pesar y se arrellanó en el sofá, creyendo que Kitty jamás llegaría. Afuera, la postrimera luz anaranjada que se colaba por la ventana del salón revelaba un atardecer ya avanzado que pronto terminaría por convertirse en un violeta y gélido crepúsculo de otoño. Con cada instante que pasaba, sentía que los muros la constreñían cada vez más. Amaba la estrecha casa de la calle Walpole, con sus paredes revestidas de madera, sus habitaciones confortables, su encantador salón y, en especial, el siniestro y mágico estudio del tío Wystan; sin embargo a veces, como en esta ocasión, se sentía oprimida por sus cuatro paredes, pues había estado todo el día en el interior realizando sus deberes, y no deseaba otra cosa que dejar la tranquilidad del hogar para lanzarse a las calles y sentir el vivificante y excitante pulso de la ciudad. Si hubieran tenido servidumbre las cosas serían distintas. Pero no la tenían, puesto que a la tía Viola siempre le gustaba decir: “Si una mujer no puede administrar su propia casa, ¿cómo va a poder administrar su vida y la de su marido?”. Al demonio con la vida conyugal, consideraba en esos instantes la joven, desesperada. Colocó el libro en una mesita cercana con un dejo de impaciencia. Moviendo el pie con nerviosismo miraba con desesperación el reloj sobre la chimenea. ¡En dónde demonios se habría metido Kitty!

Entonces escuchó pasos y unas risas más allá de la puerta. ¡Había llegado! La chica se despegó del respaldo del sillón y escuchó pacientemente para rectificar que alguien estaba presente en la entrada. La cerradura de la puerta chasqueó y se abrió, y con ella ingresaron el gélido viento de la calle y su decepción. Definitivamente no podía ser Kitty. Los pasos de las botas de la tía Viola repiquetearon en la madera del vestíbulo y la voz del tío Wystan, profunda y viril, resonó en el interior de la casa como un líquido templado.

La joven se puso de pie y fue a recibirlos al vestíbulo. Allí los encontró entregados a un

íntimo y pasional beso. La puerta del guardarropa se encontraba abierta y la tía Viola sostenía descuidadamente su abrigo en la mano. El tío Wystan la aferraba por la cintura y la estrechaba contra sí cariñosamente. La tía Viola abrió un ojo y, sorprendida, vio a la chica de pie en el marco de la sala de estar. Con un movimiento rápido se separó de Wystan, y con las mejillas encendidas se apresuró a guardar su abrigo en el interior del guardarropa. La joven se sonrojó y desvió la mirada. Wystan quedó confuso durante unos instantes, después miró a su sobrina y esbozó una paternal sonrisa.

—Pensé que ya te habrías marchado al teatro con tu amiga, Sybella —dijo Wystan, sacando su reloj del bolsillo de su chaleco para echarle una ojeada.

—Se suponía, pero Kitty no ha llegado —dijo Sybella, todavía con el rostro colorado.

—Nosotros fuimos al parque Battersea —exclamó Viola con su suave voz, tras dejar su mullido abrigo en el guardarropa—. ¡Pero qué lugar más lindo! Deberíamos ir de nuevo en otra ocasión, esta vez contigo, Sybil. ¿No te parece, querido? Creo que le encantaría.

Viola Hargrave era una joven y hermosa mujer de temple amoroso y modales cariñosos. Sus enormes ojos verdes transmitían a quien los mirara una sensación de bienestar y serenidad. Era de esas mujeres para las que su familia era lo más importante en el Universo, el elemento más sagrado de la vida. Su esposo era el centro de su mundo y su casa era el templo en el que tenían lugar los más significativos rituales de la existencia. Su lozano cuerpo, dotado de ademanes cuidadosos y delicados, era espigado, como una ramita tierna de primavera. Su cuello era delgado y largo, y sostenía una pequeña, grácil y redonda cabecita que coronaba con un precioso listón azul que hacía juego perfecto con su falda y con los exquisitos botones del mismo color de su blusa. Poseía una abundante cabellera rubia como el oro batido, sujeta por el listón y peinada cuidadosamente para que no se escapara ni un pelo de su lugar. En su conjunto, Viola ofrecía una visión hermosa y radiante, con unos agraciados y finos rasgos detallando su perfecto rostro, una sonrisa cortés en sus delgados labios de pétalos de rosa y un par de coquetos círculos de color en sus mejillas de colegiala. Era una esposa consagrada y una administradora dedicada. El único defecto que ella consideraba terrible en su persona, era que en los dos años de matrimonio con el profesor Hargrave no había podido darle hijos, lo que de alguna manera la vulneraba terriblemente.

—Es bastante agradable, concuerdo —dijo Wystan distraído, revisando su reloj y volviendo a guardarlo en su bolsillo. Miró a su sobrina y agregó—: Si no viene tu amiga, bien puedes pasar la noche clasificando y reordenando mis archivos; están hechos un verdadero desastre. ¿Qué te parece?

El rostro de Sybella se contrajo lentamente en una mueca de desilusión. Los implorantes ojos de la chica fueron de Wystan a Viola y de nuevo a su tío.

—Tío, no... —protestó Sybella como si le hubieran dicho que iba a ser torturada por la Inquisición Española.

Sybella era de un talante diferente al de su hermosa tía Viola. Y no es que fuera fea, pero sin lugar a dudas su propia belleza floreciente palidecía en comparación con la visión angelical de su tía. La chica tenía una abundante cabellera castaña, que usualmente amarraba en un simple moño a la nuca. Su cuerpo era rollizo y de baja estatura. Su rostro era redondo y estaba aderezado con una nariz respingona que parecía estar oliendo algo apestoso todo el tiempo. Sus ojos, sin embargo, eran lo que más destacaba de ella, porque eran enormes y grises, pero no de un gris deslavado, sino acuoso y brillante, como un estanque mágico en el invierno. No tenía el mismo porte y sentido de la moda que Viola, ya que la mayoría del tiempo, como asistente de Wystan, se limitaba a usar una blusa de lino y una falda plisada sencilla, cubierta con el delantal de trabajo. Ahora, dada la ocasión, utilizaba un elegante y ajustado vestido verde que realzaba de manera exquisita el color gris de sus radiantes ojos.

—Oh, vamos, Tolly, deja de torturar a Sybil —dijo Viola con una sonrisa maternal y una fingida mueca de amonestación—. Déjala en paz.

—Cuántas veces tengo que decirte, mujer, lo terrible que me resulta ese epíteto infernal —dijo Wystan, mirando a su esposa con simulada soberbia. Y con aire de suficiencia agregó—: He luchado en el África contras salvajes, he combatido en contra de las fuerzas más oscuras de éste y otros mundos, he...

—No importa si salvaste a su Majestad de un león rabioso; para mí siempre serás Tolly —dijo Viola con una agradable y categórica sonrisa.

Wystan se limitó a enarcar las cejas, sabedor de que a su esposa jamás podría hacerla cambiar de parecer en ese aspecto. Era tierna como una nube veraniega, pero, en lo concerniente a su matrimonio, decidida como un halcón con su presa.

—Además —exclamó en esos instantes Sybella—, si no viene Kitty por mí, bien puedo hacer el viaje yo sola.

—¿Tú sola? —intervino Viola, contrariada—. En mis tiempos no se habría visto jamás tal desfachatez.

—Es diferente, tía Viola, son tiempos modernos —exclamó Sybella con aire de suficiencia—. Las mujeres somos independientes y estamos interesadas en la política; dirigiremos

nosotras solas nuestros destinos de ahora en adelante. —Y enseguida, en un tono difuso que bien podía ser de desafío, añadió—: Además, quedamos de vernos con las mellizas Curtis, y no pienso dejar plantadas a mis amigas. Son nuevos tiempo, tía; todo es diferente.

—¿Pero tú sola? —volvió a decir Viola, preocupada.

—He acompañado al tío Wystan en casos sumamente complicados y peligrosos, creo que un viajecito al teatro no me matará.

—No lo sé... —exclamó Wystan, meditabundo—. Es diferente.

Sybella estuvo a punto de reprochar, pero fue entonces que alguien llamó a la puerta. Wystan la abrió y allí se encontraba Kitty, con su sombrero ancho color crema adornado con exquisitas plumas negras. Bajando los cuatro escalones del porche se hallaba un joven de aspecto distinguido, con sombrero de fieltro marrón que hacía juego con su elegante traje. Detrás los esperaba un automóvil, un taxi, listo para llevarlos al teatro.

—¿Y quién es este joven? —preguntó Wystan receloso—. ¿Acaso algún criado?

—Es mi hermano, señor —dijo Kitty, con una sonrisa encantadora—. Nos acompañará al teatro; mis padres insistieron.

—Pensé que los acompañaría tu madre, Kitty —señaló Viola.

—No hagas un espectáculo de esto, tía, por favor —dijo Sybella incómoda, ya con el largo abrigo puesto y colocándose los ceñidos guantes.

—Pero es que no sé si sea correcto que un hombre vaya solo con cuatro jovencitas. ¿Tú qué opinas, cariño? —preguntó Wystan a Viola.

—No se preocupe, profesor Hargrave —dijo entonces el muchacho, salvando los cuatro escalones del porche y estirando la mano para saludar a Wystan—. Le aseguro que estarán protegidas y bajo mi estrecha vigilancia todo el tiempo. Además, no podría fallarle a un hombre tan reconocido como usted, cuyas teorías sobre las migraciones escandinavas resultan sumamente interesantes..., y desafiantes, si me permite decirlo.

Wystan, agradablemente sorprendido, aceptó la mano del joven.

—¿Y cuál es su nombre, muchacho? —preguntó Wystan con genuino interés.

—Seward Dalton, señor —dijo el muchacho, quitándose el sombrero—; he dejado un tiempo el instituto para visitar a mis padres y a mi hermana.

—¿Y conoce mi trabajo?

—Sólo un miope no reconocería su influencia en las ciencias, especialmente en los campos de la historia y la antropología —exclamó el muchacho algo lambiscón.

Wystan se llevó la mano a la barba meditabundo, pero ciertamente complacido.

—¿Y cree que podrá manejar a estas dos y a las mellizas Curtis usted solo, buen mozo?

—Haré mi mejor esfuerzo, profesor.

—Bueno, a veces ni todos los esfuerzos de un honrado inglés pueden contra el poder destructivo de féminas liberales como estas.

El muchacho y Wystan rieron a la par.

—¿Ya? ¿Contento, tío Wystan? —preguntó Sybella, algo avergonzada. Sus mejillas tenían el tono rojizo de la playa al atardecer.

—No llegues tarde, cariño —dijo Viola desde el interior de la casa.

Los tres jóvenes dejaron el porche, subieron al taxi y se marcharon en dirección de Burton Court.

Al cerrar la puerta de la casa, Viola se echó sobre Wystan y lo estrechó con fuerza. Wystan, sobresaltado, sonrió. Su esposa no era siempre así de efusiva, pero sabía que a veces le era imposible contenerse y se dejaba llevar por la marejada de emociones que la inundaban. Viola empezó a besarle en el cuello y en las mejillas y a acariciarlo tiernamente. Tenían la tarde para ellos dos, la soledad gratificante de una pareja que se amaba y se deseaba. Wystan era consciente de la necesidad que Viola tenía por él, de la pasión que la embargaba y la quemaba lentamente con un fulgor constante. Sabía que su esposa tenía una llama indómita en su interior, una llama que la consumía paulatinamente y que sólo podía ser aplacada con los gentiles besos y las suaves caricias proporcionadas en el lecho matrimonial. A veces su comportamiento, como en ese momento, no era del todo el de una dama recatada, pero él, que había viajado por el mundo y conocido las variantes de las razas y del género humano, había terminado por preferir ese fuego que demostraba la pasión que manaba desde lo más profundo y cálido de su corazón, a la moral hipócrita de las sociedades occidentales modernas. Al demonio la etiqueta y la modestia; el mundo era demasiado lóbrego y la vida demasiado corta para el recato y las buenas maneras. El amor era la única fuerza que valía la pena en el grosero y pardo campo de batalla de la vida; el amor era el punto más vulnerable en la armadura de un hombre, pero también la única forma de alcanzar la

redención ante los ojos del Universo. Wystan jamás le diría nada de ello a su mujer, no podía, simplemente no podía, pero esperaba que ella, en su centro, en su corazón, lo supiera.

Wystan besó con fuerza a su mujer. Después la tomó de la mano, la llevó hasta las escaleras y le indicó que se adelantara con un ademán caballeroso —tenía algo que hacer primero. Era importante—. Viola le acarició el rostro un par de veces y le besó con fruición infantil un par más, y después subió los escalones lentamente, con un andar cadencioso que hizo que Wystan sintiera un cosquilleo en los genitales y que provocó que su corazón bombeara con mayor ahínco la sangre hacia su entrepierna. Al llegar a la parte alta, Viola le lanzó una poderosa y suplicante mirada a su marido, solicitándole que no demorara, que no había tiempo, que jamás habría el suficiente tiempo para estar juntos y que era mejor que lo aprovecharan antes del final escabroso que les esperaba a todos, en el vacío de la nada.

Wystan asintió y Viola se perdió en el pasillo.

Wystan fue al salón y allí vio en la mesilla el libro que Sybella había estado leyendo hasta antes de su partida. Tomó la correspondencia de la mesilla y trató de calmar sus emociones. Si había alguna carta que resultara en una emergencia tendría que atenderla enseguida, antes de subir las escaleras y cumplir con sus deberes maritales..., o más bien, impidiéndole cumplir con sus deberes maritales. Con toda su alma constreñida fue pasando las cartas una a una, esperando que ninguna fuera realmente importante, porque sabía que si una de aquellas misivas atrapaba su atención, se vería obligado por la curiosidad y el interés a atenderla sin reparos. Y fue un alivio total cuando sólo encontró cartas de conocidos y familiares; nada que mereciera poner su intelecto a luchar en contra de las fuerzas de más allá del éter. Se sintió descansado. Satisfecho. Se estaba volviendo viejo para ese tipo de trabajo, podía sentirlo, no en su carne sino en su alma. Cada nuevo caso, con cada extraño suceso, perdía un pedazo de su alma, un pedazo de su ser. No podía seguir luchando, y no porque no quisiera sino porque, al final, no era más que un humano, un humano que tarde o temprano flaquearía. El mundo estaba lleno de sombras y terrores, pero él no podía cargar con todos, era simplemente imposible..., y la tragedia residía en que lo amaba, amaba luchar hasta el final en contra de las criaturas y los espíritus de la noche, aunque le destrozaran poco a poco.

Fue a la mesita de licores y tomó una copita de oporto para tranquilizarse. Sus pensamientos de nuevo lo estaban inquietando sobremanera. Suspiró lentamente y miró hacia la ventana. Afuera la tarde se había convertido en un mortecino crepúsculo azulado. El viento silbaba en contra de los cristales y el helado aire luchaba vanamente por ingresar a la casa. Pero allí dentro había calor íntimo, un calor hogareño que manaba no sólo de la chimenea, sino de sus corazones y sus almas. Wystan suspiró una vez más y se sintió bendecido por tener a una mujer

como Viola a su lado; en un mundo lleno de tribulaciones y demonios, la existencia de alguien como Viola sólo podía revelar que había algo allí fuera equilibrando la balanza..., o al menos eso era lo que quería creer, puesto que no podría decir, aunque quisiera gritarlo a los cuatro vientos y lo supiera con certeza en un resquicio de su mente, que la humanidad tal vez existía en una batalla entre fuerzas astronómicas que volvían su existencia totalmente intrascendente.

Volvió a tomar una copa de oporto para tranquilizar su excitado corazón y se desajustó la corbata. Sonrió tristemente, fue al vestíbulo y enseguida subió las escaleras con paso lento pero ansioso.

Viola se desprendió de su ropa poco a poco hasta quedar completamente desnuda. Se miró unos instantes en el largo espejo de su habitación. Sabía que no era correcto, pero le encantaba mirar su reflejo en la pulimentada superficie. Su delgado cuerpo de veinticinco años, quizá un poco delgado, lucía impoluto y terso, con unos brazos largos y delicados, y un par de piernas suaves y bien proporcionadas. Las nalgas eran hermosas, rojizas en ese momento por la excitación que la embargaba, y los senos pequeños pero turgentes, aderezados por un par de pezones rozados y erectos. Su corto vello púbico contrastaba de manera agraciada con la nívea piel que lo rodeaba, como si hubiera sido creado precisamente para agradar a la vista. Sin embargo, lo que más amaba de sí misma era su ombligo, pequeño y casi inexistente, pero encantador. Cuántas veces había deseado ver ese ombligo coronando un vientre que guardara en su interior a un pequeño bebé; cuántas veces había deseado ver sus senos cargados de leche, a la espera de alimentar una diminuta boca de infante. A veces se sentía incompleta, carente de sentido, pero siempre encontraba cariño y protección en los brazos de su esposo, que la amaba más allá de todas sus fallas y defectos.

Y fue en ese instante, como si hubiera respondido a sus súplicas, que Wystan abrió la puerta. Se trataba de un hombre alto y delgado, con una cabellera y barba castañas, bien recortadas y pulcramente peinadas. Su rostro era alargado y sus gestos parecían siempre enmascarar una preocupación mayor. Su nariz aquilina le brindaba un porte seguro y viril, y sus cejas pobladas así lo respaldaban. Su rostro, maltratado por el tiempo, revelaba sus viajes y aventuras alrededor del mundo, las guerras en las que había luchado y los peligros arcaicos a los que se había enfrentado. Ese porte elegante, el dejo de fealdad y esa seguridad en su andar hacían que Viola sólo se sintiera irremediabilmente atraída hacia él. Le gustaba sentir sus manos robustas en su cuerpo, sus labios recorriendo su cuello y sus ágiles y habilidosos dedos en su sexo.

Al ingresar, ella cubrió públicamente su desnudez, en un eco de su conservadora

educación en Sudworth, aunque ante Wystan no tenía nada que ocultar, era plena y transparente para él, tanto en el alma como en el cuerpo. Así que retiró sus manos lentamente y descubrió sus senos juveniles y su sexo tórrido. Su respiración aumentó cuando Wystan se acercó, desabrochándose los botones del chaleco. Ella se apresuró a ayudarlo. Él le detuvo las manos y durante unos instantes observó complacido su desnudez: la blancura de su piel y la suavidad de sus valles y colinas. Ella levantó una mano y retiró el listón que apresaba su pelo, liberando una cascada de oro solar que cayó hasta las nalgas. Él la admiró unos instantes más, atesorando la preciosa visión que tenía delante. Viola se sintió deseada y querida, adorada como una diosa de la antigüedad, dispuesta totalmente para él. Y allí se encontraban los dos, complementándose uno en el otro, en un ritual sin palabras que comprendía la totalidad de las estrellas.

Wystan la estrechó contra su cuerpo. Viola sintió el ardor de él en la entrepierna y sonrió. Le fascinaba el efecto que tenía su cuerpo sobre él, le encantaba saber que Wystan respondía ante ella de esa forma tan evidente y emotiva. Era como si fuera el portal a emociones y sentimientos a los que él sólo podía acceder por medio de ella. Era como si ella fuera parte del alma de Wystan, una parte que jamás podría abandonar y con la que estaba satisfecho de depender.

Tras besarla apasionadamente, Wystan la tendió en la cama y descendió por su cuerpo, proporcionando suaves besos a sus pechos, a su vientre y finalmente a su entrepierna. Viola no sabía con certeza qué extraños países había visitado Wystan en su juventud o en qué singulares rituales había tenido presencia, y estaba más que segura que no eran los pensamientos propios de una mujer decente, pero cómo amaba, casi hasta la locura cuando él...

Dejó escapar un gemido al sentir la lengua y los labios de su amado en su sexo húmedo y pulsante.

Qué clase de mujeres y ritos amorosos había presenciado su marido en sus andares por el globo, se preguntaba muchas veces Viola, para que pudiera hacerla sentir de esa manera. Estaba segura de que sus amigas y sus maridos no practicaban ese tipo de rituales, ese tipo de dependencia de la carne, y estaba más que segura que ella misma no debía caer en una obsesión como esa, pues como buena cristiana sabía que la carne es eso, únicamente carne, y el alma es la única que otorga la verdadera... ¡Salvación! Otra oleada de placer la arrancó de la racionalidad y la arrojó a un voluptuoso remolino de desbordantes sensaciones. Su mente estalló mientras su cuerpo se deshacía en oleadas hacia el fuego de las estrellas. Un temblor suspirante le hizo trepidar las piernas. Sintió como si su espalda fuera sacudida por dedos llameantes hasta expandirse por su pecho y salir por sus labios. Pudo sentir en una compleja vorágine de sensaciones cuando las manos de Wystan tomaron sus senos y los masajearon, cuando el cuerpo de su marido la aprisionó contra la cama y cuando la penetró en un acto mezcla de placer salvaje y

dulce dolor.

Wystan movió sus caderas lentamente, de forma acompasada, saboreando la carne de su esposa, sus formas sensuales y los gatunos sonidos que dejaba escapar con cada acometida.

La intensidad aumentó, el ardor se volvió acuciante y las sensaciones se definieron hasta el punto de la excitación volátil. Viola sintió que las caderas de su marido adquirirían un ritmo desenfrenado y poderoso, y ella misma experimentó una vigorosa marejada que pugnaba violentamente por escapar de su cuerpo. Wystan comenzó a jadear y a aumentar la intensidad de sus embestidas. Las piernas de Viola se cerraron en torno a las caderas de su esposo. Ella sólo quería que continuara así hasta la perpetuidad, hasta que los cielos estallaran en miles de retazos incorpóreos. Wystan quería borrarse a sí mismo de la existencia, morir en el interior del cuerpo de Viola, en el interior de su esposa, en la carne vuelta un nuevo ser, en una criatura más elevada y divina que cualquiera en el Universo. El repentino chorro de fuego los llevó al éxtasis a los dos, mientras sus piernas, brazos y pechos temblaban presas de la liberación existencial, mientras sus bocas dejaban exhalar a los espíritus del placer carnal y sus labios se encontraban en las tinieblas y en el resplandor de la eternidad.

Viola sintió que su marido caía con su reconfortante peso sobre ella. Y fue bueno. Ambos se complementaban, ambos vivían en el otro. La vida del uno sin el otro era una ridiculez, era un imposible. Jamás se separarían y vivirían, más allá de la muerte y los vientos del otoño, entre las esferas de fuegos fatuos del Universo..., para siempre.

Capítulo II

El misterioso caso de los páramos de Mornewood

Wystan leía calmadamente la correspondencia sentado en su mullido sofá de fieltro. Afuera, la mañana mostraba unos encapotados cielos de espesos nubarrones color pizarra. El helado viento jugueteaba con las hojas, arrojándolas contra las ventanas a lo largo de toda la calle.

—¿Alguna carta interesante? —preguntó Viola al ingresar a la sala de estar, llevando en una pequeña bandeja un par de tazas de té, un pequeño recipiente con leche y una azucarera de porcelana.

—Nada importante, realmente; un par de cartas de colegas y una bastante interesante de la señora Baines.

—No soporto a esa mujer —exclamó Viola, desviando la mirada con disgusto. Además de ella misma y Sybella, esa otra mujer, la señora Baines, era la única en la que, extrañamente, Wystan confiaba plenamente, y eso la irritaba tremendamente.

—¿En verdad? Porque yo le confiaría lo más preciado en este mundo.

Viola sabía que su marido le pertenecía totalmente y que no tenía nada de que temer respecto a su fidelidad, pero no podía evitar sentir una honda punzada de celos cuando su esposo trataba con mujeres en su línea de trabajo; se sentía como una extranjera, como una invasora. Y esa sensación se acentuaba principalmente con esa mujer, con la señora Baines, porque Wystan se negaba a contarle sobre su pasado. Viola consideraba que la relación era estrictamente profesional, pero con gente como la señora Baines, una especie de médium o de bruja, era imposible saberlo con certeza. Wystan no la había visto en muchos años, pero se carteaban constantemente. Las misivas eran un misterio, completamente privadas, nadie podía leerlas y nadie podía enterarse de las contestaciones puntuales que realizaba Wystan. Y era precisamente por eso, por el aura mística que la rodeaba y por la cuidadosa atención que le brindaba su marido, que Viola odiaba a la tal Blaer Baines con todo su corazón.

Colocó el té en la mesita al lado de Wystan y resopló. Su marido se limitó a sonreír disimuladamente.

Cuando Viola colocaba el azúcar en la taza de su esposo, éste le tomó la mano y la acarició con el pulgar. Ella le miró a los ojos, a esos hermosos ojos grises, y supo, con toda

certeza, que el amor de su esposo era incondicional. Sonrió y asintió de manera casi imperceptible.

—¿Y Sybella? ¿Ya se levantó? —preguntó Wystan, regresando a la carta, que era de quince folios de larga.

—No, todavía no. Me dijo que después del teatro fueron a un *music hall* a escuchar un poco de música, y que había llegado muy cansada. —Viola negó con la cabeza y agregó—: La juventud moderna está completamente descarriada. Será la perdición de las buenas costumbres.

—Mientras ese tal señorito Dalton haya cumplido con su promesa, no tengo problema alguno —contestó Wystan, sin dejar de leer la carta.

—Le llevé el desayuno en la mañana y ni siquiera lo tocó —exclamó Viola algo alarmada—. Quizá está enferma o algo peor.

—Sólo se tienen diecisiete una vez, déjala dormir hasta que se canse. —Wystan tomó la taza y le dio un sorbito—. Además, no es una mala chica, y confío en ella tanto como se puede llegar a confiar en una mujer de su edad..., y bajo la supervisión apropiada.

Viola iba a decir algo respecto a llamar al doctor Stroud para que revisara a Sybella, pero el sonido de alguien llamando a la puerta le quitó las palabras de la boca. Y fue entonces, mientras el viento silbaba espectralmente en las ventanas, que sintió en el interior de su pecho una presión incómoda, como si su alma misma se retorciera llena de miedo. Algo, una especie de instinto, se había desatado en su interior y la llenaba de alarma.

—¿Estás bien, Viola? —preguntó Wystan, mirando con el rabillo del ojo a su esposa.

—Yo... Sí, no pasa nada —logró articular Viola—. Es sólo que...

Un golpe volvió a resonar en la puerta. Wystan miró hacia el vestíbulo y después a su esposa, intrigado. Viola negó con la cabeza, tratando de espantar infructuosamente los temores que se reguardaban bajo su pecho. Tragó saliva y se dirigió al vestíbulo. Al abrir la puerta delantera, el viento helado ingresó a la casa como un difuso espectro errante. En el porche se encontraba una mujer. Era hermosa, tremendamente hermosa. Sus ojos estaban un poco separados, lo que le daba un toque aristocrático, y eran completamente azules, de un azul seco y profundo. Su nariz era una pequeña mota de nieve, sus mejillas estaban enrojecidas como pétalos tiernos y sus pequeños labios eran apenas un diminuto botón rosado. Su rubio cabello estaba peinado escrupulosamente bajo un amplio sombrero adornado con vistosas plumas de azul celeste. Su vestido, también azul, estaba a la moda, totalmente parisino y orlado con preciosas flores negras, con la cintura alta y ajustada y la falda cayendo grácilmente hasta el tobillo, en donde se asomaban un par de zapatitos

de elegante hechura.

—¿La casa del profesor Hargrave? —preguntó la mujer. Su hermoso rostro lucía atribulado por una terrible preocupación, una congoja que rezumaba terriblemente a través de sus ojos.

—Sí... —balbuceó Viola, viendo en aquella mujer despampanante una existencia atribulada y llena de pesares—. ¿Quién lo busca?

—Mi nombre es lady Ursula Brendon. Busco al profesor Hargrave para... —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y desvió el rostro. Trató de sacar un pañuelo del elegante bolso, pero los nervios se lo impidieron y terminó por llevarse las manos al rostro para esconder la vergüenza que la embargaba.

—Entre, por favor —dijo Viola al instante, tomándola del brazo delicadamente para hacerla ingresar. En el vestíbulo la ayudó a sentarse en una silla. Y la mujer se deshizo en un llanto amargo y terrible, que llegó a lo más profundo del corazón de Viola. Era como escuchar llorar al cielo del verano.

Wystan llegó poco después, tras escuchar los gemidos. Viola le dedicó una mirada de preocupación a su esposo. Éste asintió, taciturno.

Ursula Brendon logró contener su llanto poco después, cuando ya se encontraba en la sala de estar, con una copita de oporto en la mano. Respiraba con dificultad y sus ojos acuosos lucían enormes y llenos de un pesar calamitoso.

—Dígame, lady Ursula —dijo Wystan, sentado frente a ella en su mullido sillón de terciopelo rojo. El fuego crepitaba con calma, ardiendo mansamente en la chimenea. En el exterior el viento silbaba acechante y las nubes parecían estar a punto de arrojarse sobre Londres en una tromba espantosa.

Lady Ursula, sentada en el sofá, miraba con aprehensión las llamas del hogar. Resultaba evidente que su mente vagaba por épocas más felices, por épocas en las que el dolor y el miedo no habían azotado su vida como un cruel simún. Desvió sus preciosos ojos hacia los grises de Wystan y suspiró. El profesor ya había visto esa mirada incontables veces en su línea de trabajo: la mirada de la vergüenza y el ridículo. Habían sido tantos los hombres y mujeres que llegaran a él sintiéndose estúpidos o dementes. Y era completamente normal, él lo entendía, porque la especialidad de Wystan se encontraba en donde la realidad y la locura marcaban de manera violenta su frontera.

—Adelante, por favor —dijo Wystan, invitando a la dama a contar su historia con un ademán de la mano—. Le ayudará el poder sacárselo del pecho.

—Pe-pero es que... —comenzó lady Ursula, mascullando.

—No sabe si lo que vio fue real —sentenció Wystan. Ursula asintió como si fuera una niña regañada—. La entiendo, señora, créame cuando le digo que la entiendo. La mente humana no siempre es capaz de entender los fenómenos anómalos del mundo.

Ursula suspiró con un dejo de alivio, porque hasta entonces, hasta el momento en el que había puesto pie en el porche de la casa del profesor, había creído estar completamente loca.

—Mi marido... —dijo Ursula Brendon, tras respirar dificultosamente—. Se trata de mi marido, el baronet Thomas Brendon. —Ursula bajó la mirada y se mordió el labio, llena de dolor.

—Continúe, por favor.

—¿Por dónde empezar?

—Por donde crea que es necesario, Lady Ursula.

La dama pensó unos instantes, con los ojos clavados en la copita de oporto en su mano, y después de unos instantes, con el semblante distante, comenzó:

—Hace tiempo..., Thomas heredó la propiedad conocida como *Mornall House*, en los páramos de Mornewood. El anterior habitante, sir Terence Brendon, pasó a mejor vida y la ley otorgó su patrimonio a Thomas. Pensamos que nuestra fortuna no podía ser mayor... ¡Oh, pero qué errados estábamos! ¡Qué errados estábamos! —Los ojos de Ursula se volvieron a llenar de terrible pesar y lágrimas se asomaron peligrosamente. Wystan la incitó a que bebiera un poco de la copita de oporto para calmar su excitación. La mujer así lo hizo y continuó—: Poco después de heredar la propiedad, nos establecimos en la hermosa casa y vivimos tranquilos durante un año, me parece. Mornewood no es el mejor de los sitios, ¿sabe? Es un lugar diferente, yo diría que es frío y triste... —Ursula tragó saliva—. Pero pudimos adaptarnos, al final. Después de todo, no todos los días eres bendecido con una mansión tan elegante y antigua... Sin embargo, nuestra tranquilidad, la paz que habíamos alcanzado, se vio trastocada cuando Thomas descubrió el relato de la trágica historia de sir Devon Mornall.

Ursula desvió la mirada y la clavó en las llamas del hogar, se llevó la mano al pecho y trató de contenerse. El dolor era demoledor. Wystan la miraba con seriedad, esperando con secreta impaciencia el resto del relato.

—Siempre odié la fascinación que Thomas sentía por lo oculto, ya sabe, los espectros,

las médiums, los planos astrales y las invocaciones demoniacas. Era una obsesión suya, una manía, podría decirse. Siempre queriendo conocer sobre fuerzas arcaicas, sobre las criaturas que saltan en la noche... Era simplemente ridículo. En más de una ocasión sostuvimos tertulias en las que no se hablaba de otra cosa que de aparecidos y criaturas fantasmales. —Ursula cerró los ojos con irritación y añadió—: ¡Cómo las odiaba!

—¿Y qué fue lo que sucedió? —preguntó Wystan, sin dejar de notar la furia que de pronto se había apoderado de la mujer.

—Hasta ese momento —respondió lady Ursula, tranquilizándose—, Thomas sólo coleccionaba historias y anécdotas; su fascinación se limitaba a las charlas y a las odiosas revistas que tratan sobre esos inmundos temas. Pero fue en *Mornall House* que su obsesión encontró su diana.

—Con la historia de este tal Devon Mornall —dijo Wystan, con los ojos firmemente clavados en Ursula Brendon. Ésta asintió, llena de pena—. ¿Y cuál es la historia?

—Es..., es una tontería... —Ursula miró al profesor. Éste espero, sin mover un músculo del rostro—. No la conozco bien del todo, pero puedo..., recuerdo algo sobre que que Sir Devon Mornall fue el fundador de *Mornall House*, hace más de doscientos años, me parece. Se casó con una joven llamada Etheldred, y durante mucho tiempo vivieron felices en la propiedad; hasta tuvieron la fortuna de tener un hijo varón, el sucesor de sir Devon Mornall. La vida era todo lo que podían pedir los Mornall..., hasta que una serie de sucesos inexplicables les arrebató la felicidad, y sir Devon terminó por quitarse la vida y la casa quedó maldita.

—¿Qué sucesos inexplicables?

—Su esposa, Etheldred Mornall, ella..., ella desapareció una noche, de manera misteriosa. Sir Devon la buscó por todas partes, junto con la guardia de la aldea, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos. Poco después fue hallada en los páramos al oeste de Mornewood, completamente desnuda y hablando como una demente. Nadie sabe qué fue lo que le sucedió, pero Etheldred jamás volvió a ser la misma; decían que hablaba en lenguas antiguas y que a veces se la encontraba en los rincones de la casa, comunicándose en susurros con las sombras. Su salud se deterioró rápidamente y murió poco después de una extraña enfermedad, al igual que el hijo de sir Devon, lo que llevó a éste a la desesperación y a buscar respuestas en lo oculto, en lo prohibido... Según las historias que se cuentan en los páramos de Mornewood, su búsqueda se convirtió en una obsesión que le trastornó la mente. Y debió hallar más de lo que esperaba, porque terminó por quitarse..., por quitarse la vida. Algunos dicen que Etheldred fue raptada por el mismísimo demonio, que la llevó a los páramos y la hizo su novia por la fuerza; otros dicen que

una bruja le quitó el alma para emplearla en perversos hechizos... Y otros..., otros creen que encontró una entrada a las bóvedas del infierno y que el horror que vio allí la hizo enloquecer. Yo, desde luego, no creí en nada de esto; son sólo historias, ya sabe, como las que le gustan al populacho. Pero para Thomas fue diferente..., Thomas se vio de pronto en el medio de una de las historias sobrenaturales que tanto amaba, y comenzó a indagar. Y empezó a buscar toda la información posible de los Mornall a su alcance, y empezó a tener un comportamiento de lo más extraño.

—¿Qué tipo de comportamiento?

—Empezó a cavar en el jardín, en el bosque y en los alrededores de la casa... —La voz de Ursula Brendon se llenó de indignación y añadió—: Desde luego, a mí no me dijo nada..., como siempre.

—¿Encontró algo en particular?

—Esa búsqueda se convirtió en todo para él. Y un día, de alguna manera que desconozco, halló una llave sepultada en el jardín de la casa, y después, una noche, partió con un grupo de hombres de la villa hacia el bosque..., y desde entonces no hemos vuelto a saber de ellos..., de los hombres. Los buscamos y..., y fue como si hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Y sir Thomas Brendon?

Los ojos de Ursula se llenaron de terrible pesar, su labio inferior tembló como el de un niño pequeño y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Él... Yo... —El semblante de lady Ursula se crispó, lleno de horror— L-lo..., lo he visto... Él ha...

Wystan le indicó con un gesto de la mano que bebiera más oporto, pero esta vez ni siquiera la aromática bebida logró hacer que los nervios de la mujer se tranquilizaran. Ursula comenzó a temblar y su rostro adquirió un tono pálido, como el de la cera.

—T-tres..., tres semanas después... Profesor Hargrave, tres semanas después de su ausencia, ¡Thomas vino a casa! —Ursula se llevó las manos a los ojos y negó con la cabeza lastimeramente—. Él vino a casa... Pero ya no era Thomas, profesor... ¡Ya no era Thomas! —Y rompió a llorar terriblemente acongojada. En sus gemidos era posible reconocer una vena profunda de terror, de miedo lacerante. Lo que fuere que Ursula había visto, la había dejado en un estado de completo terror, al borde de la locura.

—Lo siento, señora, pero necesito que continúe con su relato —dijo Wystan, con los ojos clavados en Ursula—. Sé que ha sufrido mucho, pero es imperativo que continúe con la historia, para saber de qué forma puedo ayudarle.

—Sí, yo... Lo siento —dijo Ursula poco después, apesadumbrada y un poco más tranquila—. Es que..., es tan difícil...

—Continúe, por favor —agregó Wystan fríamente.

—Buscamos a los hombres que habían partido con mi marido, pero no encontramos a ninguno, y tampoco a mi esposo. Durante tres semanas fue un misterio que carcomió mi alma, incluso los agentes de policía que vinieron de Barnsley dijeron que tal vez se habían marchado de cacería o que se habían ido de juerga. Pero yo sabía que no era así, podía sentirlo en mis entrañas. Entonces, tres semanas después de su ausencia, Thomas apareció... —Los ojos de Ursula se clavaron en los de Wystan, pero no veía al profesor ni al presente, veía a Thomas, o lo que fuera que tenía puesta la piel de Thomas en aquella ventosa y espantosa noche de su recuerdo. Ursula continuó, pero no como una persona, sino como una especie de autómatas, como si se encontrara en un trance inducido por el miedo más espantoso—: Apareció en los jardines de la casa; estaba lleno de tierra, de sangre seca y de suciedad..., y..., y le faltaba el brazo izquierdo. —Suavemente se llevó la mano derecha al brazo izquierdo y lo acarició—. No era Thomas, tenía el rostro de Thomas, pero no era él. Era..., era... una criatura... Era un ser bestial... Era un monstruo. Jamás vi algo tan aterrador en mi vida...

—¿Y qué sucedió?

—Todo fue muy confuso... Yo..., salí..., al jardín y..., Chelsea... Ella... Él desapareció como un espectro incorpóreo. —Los ojos de Ursula volvieron a ver el presente y añadió—: Poco después, alrededor de un mes, fue que empezaron los sucesos: la gente de Mornewood comenzó a desaparecer, algunos de sus camas y otros en el bosque. Fueron pocos, pero en una población como Mornewood, un puñado es bastante considerable. Y también...

—Ajá.

—También están las apariciones..., en los páramos y en el río, comenzaron a parecer..., comenzaron a aparecer fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Sí, fantasmas; espectros blancos envueltos en tinieblas. Ven a la gente de lejos, y cuando uno trata de acercárseles huyen hasta esconderse en la espesura, como si jamás hubieran existido. Son presencias desconcertantes.

—¿Algún otro fenómeno?

—Mi ama de llaves dice que algunos de los sirvientes le han contado que en el pueblo la gente comenzó a escuchar susurros viniendo de los árboles.

—Curioso... —musitó Wystan meditabundo, llevándose la mano a la barba.

—Por eso he venido, profesor Hargrave, porque no sabía qué más hacer. La policía dice que no hay nada de qué preocuparse; pero yo sé que no es así. Necesito ayuda, para que encuentre a Thomas y lo traiga de regreso.

Los ojos de Wystan miraron a Ursula con dureza.

—No voy a mentirle, lady Ursula, es posible que Thomas no retorne.

Las palabras de Wystan fueron un aguijón en el corazón de Ursula. El rostro de la mujer se constriñó pesoso y sus labios se fruncieron en un mohín de sufrimiento.

—Pero trataré con todas mis fuerzas de encontrar y ayudar a su marido.

—¿Tiene idea de lo que está sucediendo?

—Sí, la tengo, pero, por su estabilidad mental, prefiero mantenerlo para mí, por el momento.

Ursula asintió sumisa. Su semblante seguía lleno de dolor y sufrimiento, pero al menos era evidente, de manera sutil y casi inexistente, que un poco de solaz había llegado a su vida al poder compartir finalmente la aterradora vivencia que le arrebató la tranquilidad.

—¿Qué..., qué debo hacer?

—De momento, retorne a *Mornall House* y espere mi llegada. No demoraré mucho, pero tengo que consultar con un par de textos y con algunos colegas expertos.

—De acuerdo, profesor —dijo Ursula, como una niña a la que se le diera una tarea sencilla—. Lo estaré esperando.

Wystan se puso de pie y Ursula hizo lo mismo. La acompañó hasta el vestíbulo y después a la puerta. En el porche, Ursula se volvió y miró a Wystan.

—Gracias, profesor..., gracias por ayudarme.

—Sea valiente, lady Ursula, y, si Thomas vuelve a aparecer, no le permita la entrada a *Mornall House*, por más que usted lo desee. Dígame que no está invitado, que no puede ingresar.

—Pero es su casa, ¿cómo espera que yo...?

—Simplemente prohibáselo —cejó Wystan.

—Así lo haré, profesor.

Al cerrar la puerta, Wystan miró a la parte superior de las escaleras. Allí se encontraba Sybella con una sonrisa pletórica en los labios.

—¿Tenemos otro caso? —preguntó la joven, evidentemente emocionada.

—Eso parece...

Pero las palabras de Wystan se cortaron, porque Viola se halla al fondo del vestíbulo, ensombrecida. Y no fue necesaria ninguna palabra para que Wystan comprendiera que su esposa tenía un aciago presentimiento royéndole hasta lo más tierno del corazón.

Capítulo III

Una aciaga premonición

La confortable y cálida casa en la calle Walpole estaba adornada primorosamente al estilo de Viola. Había retratos y pinturas en las paredes, floreros bellamente adornados, jarrones de exquisita belleza y unas cuantas hermosas figurillas de porcelana en algunas de las repisas y mesillas. Cualquiera que ingresara al interior se daba cuenta de que la casa tenía el espíritu y buen gusto de Viola Hargrave en todas partes. Muchos de los que iban a consultar con el profesor por vez primera dudaban que una casa como esa, elegante y de buen gusto, fuera la residencia de un académico. La presencia del profesor se encontraba escondida, por decirlo de alguna manera, y no se revelaba fácilmente, ni en el vestíbulo o en la sala, ni en las habitaciones o en el comedor, sino en un lugar recóndito. Ése lugar, el lugar sagrado y místico en el que Viola ni con toda su influencia demoledora podía colocar su bandera de conquista, era el estudio, ubicado en la parte superior, al fondo del pasillo de paredes primorosamente empapeladas con detalles de vides y vainas. Allí, en la puerta descascarada del fondo, se encontraba la sala del profesor B. W. Hargrave.

Era una gran estancia, sin embargo se veía atestada de mesas de trabajo cuyas superficies estaban a su vez atestadas de carpetas, tratados, cartas y pergaminos viejos. Dos amplias ventanas habrían ofrecido una luminosidad decente, sino es porque estaban cubiertas por pesadas cortinas de lóbrego terciopelo azul. En la pared que miraba al norte se encontraba un gigantesco librero repleto de pesados y polvosos volúmenes de antiguas eras. En las mesillas y sobre el librero, estatuillas de oscuros dioses africanos y deidades mesoamericanas miraban a la lejanía con sus fríos e intensos ojos de caoba y obsidiana. En la pared del este se apreciaba una colección de armas traídas de Japón, Mongolia, Egipto y de los cazadores lapones del norte de Europa. En un rincón se encontraba una avejentada y destartada armadura romana del siglo I antes de Cristo, con *gladius* mellado y un escudo con una rajadura espantosa. En un aparador cercano se hallaban exhibidas las cuatro garras de singulares animales que no figuraban en ninguna de las listas de los zoológicos del mundo, y que el conocedor denominaría como zarpas de harpía. En una pared se hallaba una vitrina para coleccionar insectos con una plaquita en la que se podía leer *Fatum*, y en cuyo interior se encontraban colocados primorosamente treinta y nueve cuerpecitos de distintas formas y tamaños, que iban desde los que parecían pequeñas ramas y piedras, hasta los que lucían como diminutos cuerpos femeninos envueltos en roídos retazos de tul. Había una gigantesca alfombra persa que cubría casi todo el piso, y en otro de los rincones se encontraba un armario

que exhibía una curiosa colección de joyas procedentes de Mesopotamia, Grecia y el África Septentrional. En una repisa cuatro vasos canopos —uno de ellos roto— se mostraban orgullosos y antiguos. Un colosal mapamundi adornaba una de las paredes, mostrando con puntos rojos y cálculos matemáticos lo que parecían ser rutas de migración, áreas sagradas, lugares santificados y zonas en donde abundaban cierto tipo de fenómenos no del todo naturales. Tapizando las paredes había, además, ilustraciones y grabados de monstruos y criaturas provenientes del folklore popular y las leyendas tradicionales. Cualquiera que ingresara a esa habitación, creería que había sido transportado por artificio mágico a la tienda de un gitano errante o de un sabio del oriente lejano.

Wystan dejó un par de libros en la amplia mesa del centro y meditó unos instantes, pensando en qué más podría necesitar para resolver el caso de Ursula Brendon. Viola, de pie en la entrada de la habitación, se mostraba silenciosa, desconcertada y terriblemente contrariada; su presencia desencajaba en el estudio como una encantadora tarta de cumpleaños en un umbroso cementerio olvidado. Y quizá porque era consciente de la ridiculez de su presencia en ese grotesco contexto, era que se negaba a ingresar en la habitación.

—No..., por favor, no lo hagas; no esta vez —musitó Viola con las manos en el pecho. Sus palabras parecieron todavía más inapropiadas en medio de los ídolos salvajes y las aterradoras ilustraciones. Wystan se volvió y la miró.

—Pero tengo que hacerlo, querida. No puedo...

—No esta vez, por favor —repitió Viola, con los ojos a punto de reventar en lágrimas—. Deja que alguien más vaya, deja que alguien más se ocupe de este caso... A-algo..., algo no está bien...

—Me he enfrentado a casos más peligroso, Viola. Este no...

—Es diferente, puedo sentirlo. —Viola dio un paso hacia el interior del estudio. Su presencia pareció irradiar un poco de luz y naturalidad al lugar, pero daba la impresión de ser una luciérnaga perdida en la espesura de un hediondo pantano—. Cuando tú y Sybil se marchan a un caso, me quedo aquí, rezando por ustedes y pidiendo a Dios que todo se resuelva satisfactoriamente. Me muero de miedo y de preocupación, pero he llegado a aceptar lo que haces, en verdad, he llegado a aceptarlo por más doloroso que me resulte. Porque sé que haces lo que amas y que no te detendrías por nada...

—Viola, eso no es verdad —exclamó Wystan con seriedad.

—Pero por esta ocasión, solamente por esta ocasión, te pido que no lo hagas.

—No puedo dejar a lady Ursula...

—No te pido que la abandones, por Dios, no podría hacerlo; la pobre mujer..., ella... No, no la abandones. Pero te pido, por nosotros, por nuestro amor, que no te encargues de este caso. Sólo de este caso. Por favor, Tolly.

—Soy la única persona a la que puede recurrir, Viola; si no la ayudo, nadie más podrá.

—¿Y qué hay del profesor Devereux, o del teniente Holden? Alguno de ellos te puede ayudar ahora... Tú los has ayudado incontables veces antes.

—Devereux se encuentra en Hungría en estos momentos, investigando la aparición de un witchlein descarriado. Y Holden se esfumó el año pasado, dando caza a un ucumar en el norte de la Argentina. No hay nadie más.

—¿Y Blaer Baines?

—Ello no es una opción... No puede.

Viola avanzó por entre los tratos viejos y los pergaminos polvorientos. Se acercó a Wystan y lo tomó de las manos. El profesor vio en los ojos de Viola una verdad oculta, una premonición terrible y atemorizante que llenaba a su mujer de un miedo violento y supurante.

—Sé que sabes lo que haces, amado mío, en verdad lo sé, pero por esta ocasión hazme caso, sólo por esta ocasión, ¿sí?

—No puedo, Viola.

Viola suspiró, se armó de valor y, sufriente, añadió:

—Sé que ya no resistes como antes. Sé..., sé que ahora estás más cansado que antes... Batallar por siempre es imposible, es simplemente imposible. No lo has dicho y no lo dirás jamás, pero lo sé, aquí. —Viola colocó la mano de Wystan en su pecho—. No puedo prohibirte que vayas, sólo soy una mujer, pero puedo pedirte que no vayas, que te quedes a mi lado; eso puedo pedírtelo, puedo reclamarlo como mi derecho como esposa.

—Yo... —Wystan se sentía dolido y desdichado, porque las palabras de su esposa eran verdad y le herían en el fondo del alma. El brío de la juventud lo estaba abandonando, era una realidad; además, era cierto que un hombre no podía luchar en contra de la maldad del mundo por siempre. Sin embargo lo que más odiaba y que más le atenazaba el alma con un dolor recalcitrante, era que lo amaba, que le encantaba luchar contra la oscuridad y el horror aunque lo destrozara poco a poco. Amaba llegar más allá; como los exploradores en busca del origen del

Nilo o los expedicionarios que trataron de hallar el Pasaje Nordeste, así él con la raíz de la penumbra que asolaba a la humanidad y al mundo. Su mirada se desvió durante unos instantes hacia un elaborado mueble del fondo de la habitación, un bargueño italiano en cuyo centro se encontraban dos puertecitas cerradas con una cadenita de plata. El horror. Y se preguntó en esos instantes hasta dónde llegaría por conocer la raíz de la maldad, qué tanto de él estaba dispuesto a dar.

—Sólo piénsalo, ¿sí? —Viola volvió a llamar su atención—. Piensa, en lo que podrías hacer para no ir a ese terrible lugar... Piénsalo, por favor, ¿por mí?

Viola se acercó a su marido, olió su aroma y le besó en la mejilla. Le acarició la nariz y los párpados con gentiles gestos y después se marchó, más triste y preocupada que antes.

Sybella llegó cargando un montón de libros al estudio, justo en el momento en el que Viola salía. Ésta levantó la mano, acarició la mejilla de la sobrina de Wystan y continuó su entristecido andar por el pasillo.

Sybella miró al interior del estudio con el rostro repleto de confusión. Algo había sucedido allí, no sabía qué, pero estaba segura de que algo había sucedido. Su tío Wystan parecía destrozado, como si se encontraran luchando en su interior dos demonios de crueles zarpas afiladas.

—¿Entonces se acabó? —preguntó Sybella, dejando en un escritorio cercano los libros que había traído.

—Sí, se terminó... —musitó Wystan apesadumbrado, caminando lentamente hacia una de las ventanas cubierta con la cortina—. Es momento de poner fin a estas correrías dementes.

—Pero..., antes... ¡No puede ser! A ti te gustan las correrías dementes. Nunca te he visto tan vivo como cuando estamos en algún caso. ¿Recuerdas el singular caso del bosque de Sherbone? ¿O el extraño acontecimiento de las piedras de Eldontown? ¿Y qué hay de...?

—Sí, lo sé, Sybella, lo sé, pero..., no puedo luchar por siempre. Es imposible. En algún momento esto se tiene que detener. Quiero... —Suspiró con pesar y tomó la pesada cortina—. Quiero llegar a viejo con todas mis facultades intactas.

—Pero el caso de Mornewood suena demasiado jugoso para dejarlo ir —exclamó Sybella con frustración, tomando de la pila de libros el primero de ellos, que tenía entre sus páginas una cinta roja como separador.

—¡Esto no es un juego, Sybella! —amonestó Wystan, mirando a su sobrina con frialdad. Sybella comenzó a amilanarse, pero después de unos instantes de duda se mantuvo firme.

—No puedes abandonarlo, tío. No es posible. Cualquiera otro lo haría, pero no tú. ¡Sé que no es un juego! Estoy muy consciente de que...

—¡Qué dirían tus padres si te vieran acompañándome y poniendo tu vida en peligro!

—¡A la mierda con lo que dirían! —explotó la chica.

—Sybella, cuida tu lenguaje —la amonestó Wystan, dedicándole una mirada de reprensión. Sybella bajó los ojos y trató de tranquilizar sus ánimos.

—Dirían que soy feliz; que hago lo que me gusta hacer —exclamó Sybella con una sonrisa trémula, después de unos instantes.

—No es correcto para una muchachita decente —respondió Wystan, abriendo lentamente la cortina. Una hendidura brillante, como un cuchillo de luz, se mostró en el lóbrego interior del estudio.

—Es correcto para nosotros, y eso es lo importante... —Sybella apretó el libro contra su pecho y, con voz un poco más serena, agregó—: Es correcto para las personas a las que ayudamos. Dime, tío Wystan, ¿habrías abandonado a la tía Viola cuando sucedió lo del oscuro caso de los túmulos de Sudworth? ¿La habrías abandonado? Dime.

—No... —musitó Wystan. Comenzó a cerrar la cortina de nuevo, se detuvo en seco y, entonces, agregó—: Pero tampoco puedo abandonarla ahora...

—Entonces tampoco puedes abandonar a lady Ursula Brendon —exclamó Sybella con decisión. Miró hacia el bargueño, oculto en la parte más oscura de la habitación, clavó sus ojos en el mueble, como si en su interior se albergara la furiosa cabeza de un demonio demente, y agregó—: ¿Recuerdas, tío, el extraño suceso de las hadas de Oldbury? ¿Lo recuerdas? Porque yo no lo he olvidado... No puedo.

Wystan abrió enormes los ojos y después los desvió, entornándolos.

—El suceso de las hadas de Oldbury... —musitó Wystan meditabundo. Algo en su mente había se había removido violentamente.

Sybella levantó el libro que tenía en las manos y lo extendió hacia Wystan. Éste, indeciso, miró el libro de reojo.

—Es el *Tratado sobre los no-muertos y espíritus errantes* del padre Lesauvage —aclaró

Sybella—. Estuve leyendo un poco después de que me explicaste el caso de lady Ursula y..., bueno..., pues mira...

Wystan trató de resistirse pensando en las palabras de su esposa, pero la página que le mostraba Sybella era demoledoramente incitante. Si Viola le había dicho que el caso le daba un mal presentimiento, era porque en verdad alguna presencia oscura y poderosa los estaría esperando —Viola había adquirido cierta habilidad premonitrice desde lo sucedido en Sudworth—, sin embargo ya en anteriores ocasiones se habían enfrentado a entidades malignas y sedientas de sangre, a monstruos que desafiaban a las imaginaciones más trastornadas y cuya sustancia era la crueldad misma. Aunque, era un hecho, Viola jamás se había mostrado tan suplicante como ahora; desde luego que muchas veces había tratado de disuadirlos, pero jamás con tanto ahínco como en esta ocasión.

La página del libro seguía abierta y el separador rojo parecía latir como sangre entre sus páginas amarillentas. ¿Qué habría descubierto Sybella, qué información podría encontrarse en las páginas de aquel olvidado tratado? Wystan no pudo soportar el seductor libro que se abría ante él, prometiendo comenzar a desenmarañar el misterio como el inicio de una madeja de estambre. Dejó caer la pesada cortina de terciopelo y el estudio volvió a pertenecer a las tinieblas. Tomó el libro lleno de curiosidad y leyó el título del capítulo:

Sobre los no-muertos de levante, también denominados Vrykolakas.

—El vampiro griego —explicó Sybella con una sonrisa de suficiencia.

Wystan sonrió satisfecho. A veces le espantaba y le enorgullecía a partes iguales lo buena que era Sybella para ese tipo de cosas. Pero tenía razón, el vampiro griego podría explicar con asombrosa precisión lo que estaba sucediendo en los páramos de Mornewood. Wystan comenzó a leer el capítulo con calma.

—¿Entonces no crees que sea un *vampir* o un *strigoi*? —preguntó Wystan sin despegar los ojos del libro.

—Según lo que explicó lady Ursula, nadie ha presentado mordeduras, decaimiento o falta de fluidos... —dijo Sybella tratando infructuosamente de ocultar su emoción.

—Sí, pero ha habido desapariciones —objetó Wystan, estudiando con cuidado la información impresa.

—Pero es sabido que los vampiros son conocidos por alimentarse inteligentemente de sus víctimas; no son tan descuidados como para perder su fuente de alimentación o comenzar una plaga.

—Al menos los que son viejos lo hacen de ese modo. Pero quizá podría ser un leshi o un vodyaniye.

—¿Qué harían tan lejos de casa un espectro eslavo y un genio ruso?

—No sería la primera vez que alguien los trafica o los invoca para fines personales.

—Pero allí está todo —dijo Sybella, tocando con la punta del dedo las páginas del libro—. Un ser que vuelve de la tumba, no para alimentarse de sangre, sino para causar dolor y perturbación mental a sus seres queridos. Y ¿no fue exactamente eso lo que hizo Thomas Brendon? ¿No se presentó en *Mornall House* y alteró el estado psíquico de Ursula Brendon hasta casi la locura?

—Es cierto, pero... ¿Cómo fue que sir Thomas Brendon, un baronet inglés, terminó poseído por un espíritu griego? No tiene mucho sentido.

—Tal vez sir Thomas Brendon tiene un antepasado griego —exclamó Sybella excitada—. O ese tal Devon Mornall o alguien más en los páramos de Mornewood no fue enterrado con los ritos correctos..., o con un error en ellos o..., no sé... —Sybella bajó la mirada, meditabunda, y añadió—: Tal vez..., tal vez Devon Mornall utilizó un rito griego que salió mal y sus consecuencias se están manifestando ahora... La explicación debe estar allí, esperándonos.

Wystan meditó unos instantes. Había razón en las palabras de Sybella, pero algo en su interior no terminaba por cuadrar.

—Tendremos que investigar más a fondo y realizar un par de consultas —sentenció Wystan después de unos instantes de profunda reflexión—. Puede que sea un caso de *vrykolakas*, pero no abandono la posibilidad de que un *strigoi* sea la causa, incluso hasta un *upir*; de momento no podemos definirlo con precisión. Necesitamos recabar más datos.

—Y esos datos se encuentran en los páramos de Mornewood —añadió Sybella, esperando que su tío tomara una resolución.

—Así es —dijo Wystan, y le dedicó una significativa mirada a su sobrina.

—¿Eso quiere decir...? —preguntó Sybella, sonriente.

—Que partiremos pronto a los páramos de Mornewood —decretó Wystan.

—¡Sí! —exclamó Sybella triunfal.

—Pero primero tendré que realizar un par de llamadas y consultar con el profesor Payne y con Auguste Ingham; son los más experimentados en estos temas.

—Comenzaré a preparar todo para el viaje —exclamó Sybella, emocionada, y salió de estudio con paso vivaracho.

Wystan volvió a mirar el mueble que estaba cerrado con una cadena de plata y suspiró con pesar. Sybella tenía razón, el mundo era oscuro y lleno de terrores, pero mientras estuviera en sus manos y tuviera fuerzas para luchar, alzaría una antorcha en la oscuridad. Amaba a Viola, y todo lo que hacía, lo hacía por ella..., o al menos así es como se convencía a sí mismo por lo que estaba a punto de hacer. Pero en su cabeza seguía rondando la misma pregunta: ¿Cuánto de él estaba dispuesto a dar para desentrañar los misterios de las tinieblas..., cuánto de él tendría que dar para que la antorcha siguiera encendida?

Capítulo IV

Mornewood

Una neblinosa mañana llegaron a la estación de Barnsley, ciudad en la que se quedaron una semana para adquirir algunas provisiones necesarias. Después tomaron un taxi que los llevó hasta las afueras de la urbe, y desde allí rentaron un carruaje que los condujo hacia el noroeste, internándose durante un día de viaje en los campos y los valles agrestes.

Mientras más al interior de la naturaleza salvaje se adentraban, más oscuro y frío parecía volverse el otoñal paisaje del que estaban teñidos los páramos de Mornewood. Los cielos eran grises y ventosos, repletos de nubes cenicientas veteadas con hilos de blanco desteñido. El suelo era tosco, con parches de hierba grisácea entre las rocas, algunos groseros brezos y unos pocos arbolillos enclenques que resistían los azotes de las crueles y gélidas corrientes del viento. El camino se internaba en un ondulante territorio de extensos y pronunciados valles, rodeados por colinas de suaves pendientes.

Cerca de la tarde, cuando el crepúsculo avanzaba irremediadamente sobre el mundo, una ligera y helada lluvia comenzó a caer desde los cielos. Hacía un frío terrible. Parecía que en aquel recóndito lugar el fantasma del invierno había comenzado ya su irrefrenable conquista.

—Sí que es un lugar feo... —musitó Sybella, observando el agreste paisaje de los páramos de Mornewood desde el interior del carruaje. A lo lejos, en una cadena de colinas, unas densas nubes se arremolinaban prediciendo una húmeda y helada noche.

Wystan no contestó. Sus ojos estaban clavados en el paisaje, observando el ondulante terreno que se extendía más allá de la ventana del carruaje, pero su mente estaba en otra parte, en el recuerdo de Viola cuando le dijo que finalmente marcharía a Mornewood. El profesor B. W. Hargrave había resistido a muchas tribulaciones y dolores a lo largo de su extensa carrera, y los había resistido con entereza y honor; cada punzada, cada desgarrón y cada golpe macizo habían sido soportados con su inamovible aplomo. Sin embargo, de todos los sufrimientos naturales o paranormales que experimentara a lo largo de los años, el que más le afectaba era el de la visión de los ojos de su querida Viola al sentirse defraudada. Esa imagen le destrozaba no sólo la consciencia, sino el alma.

—Me prometiste que no irías..., me dijiste que... —Había protestado Viola.

—Me dijiste que lo pensara, Viola, y eso he hecho. Y no hay otra salida, tengo que ir. Si Sybella está en lo correcto, este podría ser un caso muy peligroso. Lady Ursula necesita mi ayuda.

—¡Yo te necesito conmigo! —gimió Ursula, devastada. Comenzó a llorar y, con un hilo de voz, añadió—: Tolly, por favor..., no vayas.

—Partimos mañana, y es todo lo que tengo que decir —exclamó Wystan fríamente, tratando de poner una barrera de hierro entre sus emociones y su deber.

—Pero..., por favor...

Wystan no había dado tiempo a su esposa para responder y había cerrado la puerta de su alcoba con un fuerte golpe. Sabía que de haber mirado a Viola a los ojos por un par de segundos más, le habría resultado imposible dejarla. Ahora, ya en los oscuros y cenicientos páramos de Mornewood, no podía pensar en otra cosa que en la cara de decepción y de dolor de ella. Era terrible, se despreciaba por ser tan egoísta y obstinado, pero también se sentía excitado por aquel nuevo y desconcertante caso, que prometía estar lleno de descubrimientos y revelaciones. En su interior una terrible batalla se desataba, partiendo su corazón: por un lado la necesidad que sentía por Viola, por el otro el terrible deseo por llegar hasta el final, de iluminar las tinieblas. Sin embargo, sabía que era imposible para un hombre continuar así por siempre, no solo por su salud personal sino por la de su matrimonio. Y así, mientras el carruaje llegaba a la parte alta de una colina, fue que lo decidió: aquel sería su último caso, pasara lo que pasara, ese sería el último. Después de los páramos de Mornewood se desharía de todos los documentos, los artefactos y las reliquias paranormales y las donaría al Museo Británico o a sus colegas. Se retiraría a vivir al campo junto con Viola, quizá en algún lugar cerca de Brighton.

El carruaje se detuvo en la cima de la colina. El cochero indicó con dos golpes de su puño que habían llegado. Wystan abrió la portezuela y descendió del carro. Afuera el frío era más intenso y la lluvia agujijoneaba las mejillas cruelmente. Wystan se acomodó el sombrero gris de fieltro, se cerró el sobretodo hasta el cuello y se llevó las manos enguantadas hasta la boca, para resguardar un poco de calor.

—Me dijo que le avisara en cuanto divisáramos el pubelo, señor, y allí está: Mornewood —dijo el cochero, un hombre con rostro cetrino y semblante tosco que portaba el capote cerrado hasta la barbilla, con el sombrero chorreando espesas gotas de lluvia.

La colina sobre la que se habían detenido señoreaba un valle que se extendía hasta topar con un neblinoso y oscuro bosque por el noroeste. Junto al bosque se encontraba el pueblo, pequeño y miserable ahora; antes, según había investigado Wystan en Barnsley, había sido un asentamiento

minero de carbón de mediana importancia, hacía unos setenta años. Con el tiempo y tras el decaimiento de las minas, Mornewood había terminado por convertirse paulatinamente en una decadente y terrible sombra de lo que había sido, con edificios abandonados y construcciones en condiciones espantosas. Todavía era posible percibir, o más bien sentir, la grandeza de la que había gozado en su momento. Ahora no era otra cosa que un cadáver olvidado y sus habitantes los últimos gusanos que se alimentaban de los pocos restos que encontraban entre los huesos carcomidos. Resultaba obvio que Mornewood terminaría por desaparecer y convertirse en un fantasma con el pasar del tiempo.

Wystan dejó escapar una voluta de blanco vapor entre sus dedos y miró el paisaje. Era decadente y triste, como si sobre todo el lugar se extendiera una especie de lánguida cortina de congoja. Los brezos eran tristes, las praderas estaban desoladas y los campos yermos. Había, notó con interés, unos cuantos extraños agujeros de unos dos metros de diámetro esparcidos en el terreno, internándose en la oscuridad de las entrañas de la tierra. El bosque del noroeste resultaba tenebroso, con espirales de neblina emergiendo por entre las cargadas copas de los árboles y con una sombría vegetación que parecía el negro pelaje de un lobo salvaje. Al oeste se ensanchaban en toda su amplitud los páramos, una gigantesca extensión de eriales y piedras erosionadas por el impetuoso viento. Sin embargo, con toda su lobreguez y terrible frialdad, había algo en aquel paisaje, una especie de vena mágica y emocionante, como el cauce de un río profundo perdido en medio de la noche.

—Lo repito, no es el más bonito de los lugares a los que hemos ido —exclamó Sybella desde la puerta del carruaje, aferrando su abrigo con una mano y la capucha con la otra.

—Tampoco el peor... —musitó Wystan, sin dejar de mirar aquel panorama que resultaba inhóspito y sugestivo al mismo tiempo.

Enseguida Wystan trepó al carruaje y en poco tiempo estuvieron de nuevo en movimiento, descendiendo en dirección de la desolada Mornewood.

El carruaje continuó sacudiéndose lentamente hasta que finalmente pudieron ver por las ventanas las viejas construcciones de Mornewood. Los escaparates de las antiguas tiendas se encontraban rotos o tapiados con gruesas maderas, las paredes estaban destartaladas y derruidas, y los retorcidos tejados se encontraban en un estado lamentable. Aunque, mientras más cercanos al centro de la villa se encontraban, más vida parecía percibirse; era como si los extremos del lugar hubieran terminado por desecarse y morir, mientras que en el centro, en una pequeña plazoleta, aún pudieran encontrarse los efluvios suficientes para mantener la vida. Allí había un par de

tiendas, dos *pubs* y un hostel, así como algunas casas de dos pisos que sin lugar a dudas habían tenido mejores tiempos. Por las ventanas de las edificaciones era posible ver el fulgor de la luminosidad interior. Había luz eléctrica en Mornewood, pero también era obvio que ésta no había terminado por cuajar completamente; era casi como retroceder en el tiempo, como si el lugar se resistiera a dejar ir su ancestral pasado.

El carruaje los depositó frente al hostel. En la enseña se podía leer:

El madero ardiente

Era un sitio desolado y oscuro, completamente en concordancia con el resto de la población. Su techo de dos aguas se mostraba avejentado y torcido, las rectangulares y polvosas ventanas relucían con un anaranjado famélico, y las paredes se mostraban algo inclinadas; en general daba la impresión de que la construcción se vendría abajo con el primer ventarrón fuerte. En el porche ya se encontraba esperando un muchachito de unos doce años y de semblante servicial. Su mirada lucía decidida y su talante diligente. Era delgaducho y su piel era blanca como el papel, sus cabellos negros y algo despeinados, y sus dientes superiores sobresalían un tanto por entre los labios. A juzgar por su presencia en medio del frío y de la lluvia para dar la bienvenida los visitantes, resultaba evidente que poseía un carácter tenaz.

—Buenas noches, capitán —exclamó el muchacho cuando los recién llegados descendieron del carruaje—. Señorita, permítame ayudarle, por favor. Adentro estarán mucho más cómodos y calentitos, mientras yo me encargo de sus pertenencias. Por favor, adelante.

Wystan y Sybella ingresaron al hostel, mientras el cochero y el muchacho se afanaron en descargar el equipaje.

El interior del hostel era cálido, casi hogareño, en contraposición con el frío cortante de los páramos. Tras el recibidor había una pequeña salita, constituida por un par de sofás raídos y una otomana que había visto mejores días. Frente a la salita se encontraba una chimenea, ardiendo y crujiendo con un calor magnífico. El fuego provenía de un solo madero, de cuyo interior parecía emerger la placentera calidez que iluminaba el lugar. Las paredes estaban forradas de madera y se encontraban adornadas con pinturas que habrían estado a la moda hace unos cincuenta o sesenta años, así como un par de fotografías en las que se podía ver la parte frontal del hostel y el retrato de una familia de aspecto severo; también había algunas herramientas, como cascos de minero y quinqués antiguos, mostrando con orgullo el pasado minero del lugar. No era un sitio que podría denominarse elegante, ni siquiera hospitalario, pero en su pequeña y humilde medida terminaba por ser agradable.

Junto al fuego se encontraba una ancianita, retorciendo con parsimonia sus artríticas y nudosas manos. Era bajita y con el cabello completamente cano. Sin embargo, a pesar de su edad, lucía rozagante y lozana, como si hubiera obtenido un nuevo aire en sus días invernales.

—Buenas noches, mi buena señora —comentó Wystan, quitándose el humedecido sobretodo—. Me gustaría hablar con la dueña del hostel que, me imagino, ¿se trata de usted?

La viejecilla miró a Wystan con ojos lentos y negó con la cabeza.

—Yo sólo soy la criada, el señor es... —comenzó la viejita.

—Ese sería yo, capitán —exclamó el muchacho, ingresando al interior de la sala, cargando en sus brazos con dos de los pesados y alargados fardos del equipaje de Wystan—. Y no es de mi incumbencia, señor, pero, ¿qué trae tan pesado hasta este pueblo olvidado de Dios? ¿Un yunque?

Wystan esbozó una sonrisa.

Tras el muchacho ingresó el cochero, trayendo con grandes dificultades el resto del equipaje, que consistía en dos baúles de considerable tamaño y un par de bolsas de lona de viaje.

—¿Tú eres el dueño de la posada? —preguntó Sybella, extrañada.

—Así es, señorita. Mi nombre es Thane, Thane Rowbottom, dueño y administrador de *El madero ardiente*. Y somos famosos por nuestro madero —Thane señaló con la barbilla el madero que ardía en la chimenea—, el cual, según la leyenda, jamás se ha apagado desde la fundación del pueblo, hace cientos de años, cuando el mismísimo Uther Pendargon pasó por aquí y lo llenó de magia.

—Hum..., ya veo —dijo Wystan, con una sonrisa benévola.

Era imposible que un madero como ese estuviera imbuido con una magia tan ancestral, sobretodo de un personaje legendario como Uther Pendragon; Wystan lo sabía perfectamente. Sin embargo resultaba encantador que el muchacho tratara de brindarle a su hostel un aura mística y atractiva con aquella leyenda inventada, esperando seguramente que los pocos huéspedes quedaran impresionados y conmovidos.

—Lady Ursula Brendon me encomendó darle hospedaje y estar a su completa disposición —exclamó Thane servicial— ¿Quiere que lo lleve a sus habitaciones, capitán?

—Si me haces el honor.

—Será un placer. —Thane miró a Sybella y, con gran pompa, añadió—: Si me hace el favor, señorita...

Sybella sonrió y siguió a Thane por las escaleras. La señora Ackerman y el cochero fueron también tras ellos.

El pasillo por el que el dueño del hostel los llevó era lóbrego, con algunas telarañas colgando de las esquinas. Las débiles luces que pendían del techo apenas lograban apartar la oscuridad reinante. El lugar le dio a Sybella una fuerte impresión de soledad y abandono.

—Ustedes son los dos únicos huéspedes... —exclamó Thane con un tono de beneplácito en la voz—, y con ustedes ya batimos el récord del anterior mes.

Wystan y Sybella se miraron, entre apesadumbrados y divertidos. Aquel muchacho, aun viéndose en una situación tan decadente como la suya, no parecía perder los ánimos. Por el contrario, su alegre cariz era, hasta cierto punto, contagioso.

—¿Cómo fue que un muchacho quedó a cargo de una posada en Mornewood? —preguntó Sybella.

—La *única* posada en Mornewood, señorita —contestó Thane orgullosamente, mientras se acercaban al fondo del pasillo—. Pues verán, mi padre se marchó hace mucho y mi madre murió hace un par de años, y mi tío, que era el dueño, desapareció hace poco. Así que ahora soy yo el responsable...

—Aunque ya lo era desde antes, a decir verdad —puntualizó la señora Ackerman desde atrás del grupo.

—¿Y cómo fue que desapareció tu tío? —preguntó Wystan con naturalidad, aunque sumamente interesado.

—La verdad es que no lo sé, capitán; nadie lo ha vuelto a ver desde que se marchó al bosque; algunos dicen que se fue de caza y que ahora debe de andar perdido, deambulando por los páramos. —Wystan y Sybella se dedicaron una mirada significativa—. Yo digo que no puede ser.

—¿No? Entonces, ¿en dónde crees que se encuentra? —preguntó Wystan.

—Está muerto, señor, seguramente —respondió la señora Ackerman con frialdad.

—Quizá en verdad esté de cacería... —señaló Sybella.

—Es que no fue de caza —dijo Thane solícito—; la escopeta y los cartuchos continúan en su lugar.

—Yo digo que está muerto —volvió a decir la señora Ackerman.

—Por alguna razón que desconozco —añadió Thane—, salió al bosque él solo, y no regresó.

—Lo que quiere decir que seguramente se emborrachó y se perdió en los páramos —intervino la señora Ackerman como si nada—; ahora su cadáver debe de estar con el cuello roto en alguno de los respiraderos de las viejas minas.

—Puede ser... —musitó Thane, y sin agregar nada más continuó caminando por el pasillo.

—No parece que te importe mucho, muchacho —dijo Wystan.

—Él era el dueño de la posada en el papel —dijo Thane, sin darle mucha importancia—, pero era yo, como antes lo fue mi madre, el verdadero dueño y administrador; trabajando arduamente para dar el mejor servicio. Mi tío, la verdad, no ayudaba mucho...

—Lo único que hacía era gastarse el poco dinero en ginebra —exclamó la señora Ackerman puntual—. Era un vago y un impertinente de lo peor.

—Pero era tu tío —objetó Sybella—; seguramente lo extrañas, ¿cierto?

—Pues no extraño que dilapide el poco dinero que ganábamos y tampoco echo de menos las golpizas que me daba —respondió Thane—. No, señorita, definitivamente no extraño nada de eso... Pero extraño los buenos momentos, como cuando no estaba borracho e intentaba ser un buen hombre, aunque esos momentos no eran muy comunes, si le soy franco, señorita.

—Fue un hombre malo —añadió la señora Ackerman con acidez—, que llevó a la madre de mi querido muchacho a una muerte temprana. Era un hombre que se peleaba en la taberna de los Okley cada semana y que se la pasaba de juerga durante días..., un hombre que, como habría dicho mi buena madre, se ganó lo que andaba buscando. Cualquiera que fuera su destino, lo cosechó con creces el muy bastardo. Y discúlpeme, joven muchacha, si me expreso así delante de usted, pero las gentes del campo no tenemos pelos en la lengua.

Sybella sacudió la cabeza con una mueca comprensión, reprimiendo la risa.

Llegaron ante la puerta. Thane la abrió y él y el cochero metieron en el interior de la habitación el equipaje de Wystan y de Sybella. El lugar era pequeño, con una cama desvencijada y vieja, y en la pared un par de retratos casi consumidos por la humedad, a punto de perder por completo la pintura. Había una mesita sobre la que descansaba una lámpara de aceite, porque de vez en cuando la luz eléctrica se iba o menguaba peligrosamente. También se encontraba una puerta en la pared de la izquierda que daba a la segunda habitación, la perteneciente a Sybella.

—Aunque tienes que admitir que la forma en la que desapareció tu tío fue particularmente

extraña —dijo Wystan tras ingresar a la habitación y observando con cuidado la reacción del joven a sus palabras—. Marchar al bosque sin escopeta y en soledad; me imagino que es un comportamiento extravagante.

—Bueno..., pues sí... —balbuceó Thane. Se volvió y miró a Wystan. En los ojos del muchacho había cierta aprensión, una especie de deseo que pugnaba por salir. Y finalmente añadió —: La gente, capitán, ha desaparecido..., y los fantasmas, ellos..., rondan en las afueras de Mornewood. Algo... —Se interrumpió y miró a la señora Ackerman y al cochero, y enseguida añadió—: algo no está bien, capitán, para nada bien. —Thane se acercó a Wystan y a Sybella, y con aire de complicidad agregó—: Es por eso que lady Ursula los hizo venir, ¿sí? ¿Para resolver las misteriosas desapariciones? Puedo reconocer a dos visitantes poco usuales cuando los veo. Es como un presentimiento; viene del lado de mi mamá.

Ante esta revelación el cochero, un tipo de fea estampa y calva cabellera, miró a los recién llegados con recelo. La señora Ackerman observaba con curiosidad a los dos nuevos visitantes, esperando una respuesta.

—Sí, hemos venido a desenmarañar este extraño caso —exclamó Sybella en el acto, con un tono de suficiencia y superioridad.

—Vinimos a petición de Lady Ursula, mi joven amigo, es verdad —respondió Wystan al instante, dedicándole una mirada de amonestación de Sybella—. Pero primero tenemos que buscar pistas, conocer el lugar y sus particularidades. Algo extraño está sucediendo aquí, sin duda alguna, pero no podemos prometer desenmarañar nada hasta que tengamos más piezas de este oscuro rompecabezas.

—Puede contar conmigo para lo que sea, capitán —exclamó Thane en el acto—. Lady Ursula pagó los servicios de *El madero ardiente* por adelantado, pero si puedo hacer algo más para ayudarlo, no dude en pedírmelo.

—Eres un muchachito bastante franco y servicial, ¿no es así? —exclamó Wystan—. Creo que tus servicios podrían resultarnos de ayuda.

—A su tío no le importaba lo bueno que era Thane cuando le propinaba las tundas —apuntó la señora Ackerman indignada.

—Pronto necesitaremos de tus esfuerzos —dijo Wystan, sin poner atención a la señora Ackerman—; por el momento límitate a realizar tu trabajo. Y si sucede algún evento extraño o algún fenómeno peculiar, no dudes ni un instante en comunicármelo a mí o a la señorita Sybella.

—Así se hará, capitán.

Wystan le dio un par de chelines al receloso cochero y al joven Thane y, tras conocer el horario de la cena, él y Sybella se quedaron en soledad en su habitación.

Capítulo V

Fantasmas y desapariciones

Sybella miró con detenimiento el espejo de cuerpo entero que se encontraba en su habitación. Era grande, viejo y oval, con los bordes carcomidos y con una extraña película verdosa manchando la mayoría de la superficie. Observó durante instantes su reflejo en el espejo y trató de arreglarse los rebeldes cabellos que escapaban al tirante moño en la nuca. En el internado la señorita Corfton siempre la había reprendido por su estampa desgarbada y por su incapacidad para mantener el uniforme ordenado. Y es que siempre le había resultado imposible mantener en orden su apariencia; sobre ella pesaba una especie de maldición que la condenaba a terminar despeinada y con las ropas descuidadas al final del día. Menos mal que había dejado el infierno del instituto hace un par de años.

Suspiró ante sus infructuosos intentos por componer los mechones sediciosos y finalmente, tras colocarse un poco de saliva en el pelo, se dio un último vistazo. Para sus estándares, no lucía nada mal. Se había puesto una falda alta y sencilla, ajustada en la cintura, así como una blusa blanca y un par de botines sin tacón; para Sybella mientras más cómodo su vestuario, mejor. Así que asintió satisfecha con la imagen que le devolvió el espejo.

Su habitación era pequeña, un poco más que la de Wystan, pero mucho más agradable y limpia, con un pequeño tocador en una de sus paredes y un par de bureaux a los lados de la cama. Todo el mobiliario era viejo, pero mostraba la gracia y la exquisitez que la posada gozara en antaño.

Se acercó a una de las ventanas y miró hacia la calle. Afuera todo estaba desierto. Había dejado de llover hacía media hora, pero el viento gélido había arreciado. No le sorprendería para nada si en mitad de la noche se dejaran caer unos cuantos copos de nieve. Desde la ventana las calles lucían desiertas, completamente abandonadas. Las ventanas de algunas de las casas se mostraban pobrementemente iluminadas, como enfermizas ascuas perdidas en la inmensidad de una oscura bóveda. El cielo estaba cubierto por una espesa cortina de nubes y la luz de la luna se encontraba totalmente ausente, excepto cuando muy de vez en cuando un surco lumínico lograba atravesar el tupido manto vaporoso.

Sybella meditó profundamente sobre el aspecto de la población, que la hacía sentir un poco nerviosa. Le daba la impresión de que Mornewood se encontraba presa de una terrible pena, llena

de una congoja insondable. Era como si el monstruo que los había llevado a ella y a Wystan allí, permeara de alguna manera con su malsana presencia esa parte del mundo. Aferró el antepecho de la ventana y trató de penetrar en la noche con la mirada. Era imposible; las tinieblas se arremolinaban y se acumulaban como brea pegajosa. Sin embargo se juró que resolverían el terrible problema que se cernía sobre Mornewood y sobre *Mornall House*; pues si lo hacían, quién sabe qué podía pasar, tal vez hasta podrían espantar el hedor del monstruo que se encontraba detrás de aquel enojoso lío, e incluso, si corrían con suficiente suerte, quizá hasta devolver un poco de riqueza y salud a la villa. Sybella estaba segura que podrían hacerlo. Hasta el momento, todo parecía indicar que las cosas se desenvolverían satisfactoriamente, como en la mayoría de los casos en el pasado. Tenía plena confianza en las habilidades y experiencia del tío Wystan; con él al frente nada malo podía suceder.

Un golpe en la puerta la sacó de sus reflexiones. Wystan la esperaba. Su tío se había colocado una chaqueta sencilla y un par de pantalones de vestir grises. El traje de viaje y los guantes habían desaparecido.

Descendieron al salón y se encontraron con que la cena estaba lista. Ratificaron que ellos eran los únicos huéspedes en el hostel, pues de las veinte sillas con las que contaba la gran mesa, sólo se ocuparían dos, las de ellos. Algunas rebanadas de queso de cabra, vino aguado, vegetales al vapor y unos enfermizos trozos de ternera constituyeron la comida que les llevó la vieja y activa sirvienta, que respondía al nombre de Edeline Ackerman. Wystan comió sin reparos, aunque Sybella apenas y tocó su alimento, porque el sabor le resultó bastante desagradable.

Al momento de servir el café, Wystan solicitó amablemente a la señora Ackerman que llamara al dueño del hostel, porque deseaba hacerle algunas preguntas.

—¿Sigues creyendo que se trata de un *vrykolakas*? —preguntó Wystan a su sobrina, mientras esperaban a que Thane llegara al salón.

—¿Lo dudas, tío? —preguntó Sybella, dándole un trago al sumamente amargo café.

—Tengo mis sospechas.

—¿Qué te hace dudarlo? —preguntó Sybella, mientras hacía muecas de desagrado debido al intenso gusto acre de la bebida.

—La historia del tío de Thane —exclamó Wystan, mientras sacaba de su pitillera de plata un cigarro y lo encendía con una cerilla. Sybella esperó a que su tío se explicara. Wystan disfrutó durante unos instantes del cálido sabor del tabaco en el interior de sus pulmones y enseguida, tras soltar la bocanada de humo, agregó—: El vampiro griego trae pesar y dolor a las personas ante

las que se presenta, usualmente sus seres queridos... Pero la criatura con la que nos batiremos se está llevando a las personas. Eso resulta evidente.

—¿Y el vampiro griego no lo hace?

—Tu misma me diste el libro con los pormenores —exclamó Wystan con una sonrisa.

—¿Y qué decía?

—No lo leíste completo, ¿cierto?

Sybella levantó los hombros con una sonrisa inocente. La chica era sumamente brillante, pero muchas de las veces su impulsividad se llevaba lo mejor de ella, obligándola a perder los detalles importantes y las minucias detrás de las cuales se ocultaban las verdaderas respuestas.

—No, no lo hace —añadió Wystan, tras darle una calada más a su cigarrillo—. El vampiro griego trata de retomar su vieja vida, no de llevarse a sus seres queridos con él. Por otro lado, la criatura con la que lidiamos se está llevando a las personas poco a poco. ¿Para qué? ¿A dónde? ¿Para quién? Un entramado de misterios.

—¿Para alimentarse, tal vez?

—Podría ser...

—Si es así, entonces tampoco puede ser un *strigoi* —exclamó Sybella con un velado dejo de triunfo—. Un vampiro no se atrevería a poner en riesgo su fuente de alimento... A menos que sea uno joven.

—Tendría que ser uno muy joven.

—Entonces no tiene sentido —exclamó Sybella, desviando la mirada y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me parece que estamos tratando con una especie diferente, con una criatura que tiene un efecto como de sirena. —Wystan le dio otra calada a su cigarro y después expulsó el humo hacia el techo—. ¿Recuerdas el caso de Oldbury?

—El caso de Oldbury... —susurró Sybella, abriendo los ojos enormes—. ¿No crees que...?

—Por eso dije que “una especie de sirena”; algo o alguien con ese efecto, que atrae a la gente al bosque y la atrapa de alguna manera. —Wystan miró hacia la luz del techo y susurró—: El deseo y el amor...

—¿Me buscaba, capitán? —dijo Thane ingresando por la puerta.

Wystan y Sybella miraron a Thane. Llevaba las mangas remangadas, manchado de tizne y parecía un tanto sonrojado. A Wystan le resultó obvio que el muchacho había estado alimentando a su madero encantado a escondidas de sus huéspedes.

—Muchacho —exclamó Wystan amistosamente—, toma asiento, por favor.

Thane no vaciló y enseguida se sentó en una de las sillas vacías, cerca del profesor.

—Necesitamos de tu ayuda —dijo Wystan, mientras le indicaba a Sybella que le sirviera al muchacho una taza de café y un par de biscochos. La chica así lo hizo.

—¿En qué le puedo ayudar, capitán?

—Cuando llegamos mencionaste algo sobre fantasmas, ¿cierto?

—Así es, capitán.

—Estos “fantasmas”, ¿desde hace cuánto hicieron su aparición?

—Poco después de que desaparecieran el baronet y sus hombres.

—¿Qué puedes decirme de ellos, de los espectros?

—Bueno, pues, antes se decía que aparecían fantasmas, ya sabe, de los mineros muertos y eso, pero jamás nadie vio nada..., nada tan real, al menos.

—Hasta la desaparición del baronet.

—Sí, así es, capitán, desde entonces hemos visto a los fantasmas con gran claridad, más o menos como lo veo ahora a usted... Bueno, no tan claramente, pero me entiende, ¿no? —Wystan asintió con tranquilidad. El muchacho prosiguió—: Aparecen en la noche o al caer la tarde..., a veces sí y a veces no. Y son espeluznantes, porque no hacen nada, sólo se quedan allí, mirando, y nada más, parados en los páramos. Se siente raro; dan miedo. Y cuando uno trata de acercarse, desaparecen.

Wystan meditó unos instantes, y enseguida añadió:

—Los fantasmas, ¿qué espacios frecuentan?

—No entiendo, capitán.

—En dónde aparecen. ¿En el pueblo, en el bosque, en los páramos?

—Ah, en los páramos, alrededor de Mornewood, sí. No han aparecido en la villa hasta el momento... Aunque Herbert Garrett dijo que vio uno merodeando en los páramos, y Bernardine

Lane creyó ver a sir Thomas Brendon mirándola en lo profundo del bosque.

Wystan le dedicó una mirada a Sybella. Ésta entrecerró los ojos y desvió la mirada, meditabunda. Su rostro estaba fruncido en una mueca severa, revelando que su mente trabajaba con diligencia tratando de unir las piezas del rompecabezas.

—Cuando llegamos noté algunos agujeros en el suelo, en las colinas y en el valle, cerca de Mornewood. ¿Me preguntaba si podrías explicarme qué son? —preguntó de pronto el profesor, tras darle un sorbo a su café.

—Son los pozos de las minas, capitán. ¿Recuerda que la señora Ackerman le dijo que mi tío podría haber caído por uno de ellos? Bueno, pues no sería la primera persona. Ese tipo de accidentes han sucedido en el pasado; la mayoría de los pozos están cerrados, pero algunos de ellos no. Y no es que sea frío con lo que le pasó a mi tío, capitán, para nada, o que no quiera darle cristiana sepultura, sino que una vez que una persona ha caído en uno de ellos, es prácticamente imposible recuperar el cuerpo.

—¿Por qué es eso?

—Verá, mucho antes de que las minas se secaran, se excavaron sin planeación un montón de pozos y túneles por debajo de los páramos y en los alrededores de Mornewood; luego, cuando la gran compañía abrió la mina más productiva a un par de millas de aquí, los túneles se quedaron olvidados; algunos se usaron para almacenar cosas y cachivaches, ya sabe, pero el resto se olvidó. Ahora, quien cae por uno de los respiraderos o de los pozos, cae seguramente a su muerte, y como el mapa que existía de los túneles desapareció hace tiempo, recuperar un cadáver es casi imposible. Una vez bajé con Herbert Garrett, ayudados por una cuerda. Es como entrar en un laberinto: hoyos y cavernas por todos lados. Da miedo.

Wystan abrió la boca para esbozar otra pregunta, pero entonces llegó la señora Ackerman al salón. Su rostro estaba pálido y de sus ojos brotaba una preocupación terrible.

—Desapareció... ¡Desapareció! —musitó la señora Ackerman, visiblemente perturbada.

—¿Quién?! —preguntó Wystan, poniéndose de pie.

—El cochero, señor, el cochero que lo trajo hasta aquí... ¡Desapareció!

La anciana se llevó las manos al rostro, sus rodillas flaquearon y a punto estuvo de desmayarse, pero Thane llegó hasta ella con un movimiento tremendamente rápido y la ayudó a sentarse en una de las sillas vacías.

Wystan llegó hasta la anciana y la miró a los ojos.

—Señora Ackerma, dígame, ¿cómo se enteró? ¿En dónde fue visto por última vez? ¿Qué rastros quedaron de él? ¡Responda, mujer, responda!

—William Tinker..., pasó corriendo y dijo... —exclamó la señora Ackerman con un hilo de voz, a punto de perder el conocimiento—. Dijo que encontraron el carruaje... El resto de la guardia va para allá. Y los caballos ¡Oh, por dios! ¡Los caballos! Dijo que... ¡Oh, por Dios!

—¿En dónde encontraron el carruaje?! —espetó Wystan sin reparar en el terrible estado de la anciana.

—Los caballos..., muertos... Sin sangre. ¡Oh, por dios! —gritó la señora Ackerman al borde del colapso.

—¿Señora Ackerman? —intervino Thane con tacto—. Necesitamos que nos diga en dónde encontraron el carruaje, por favor.

—En las afueras, en la gran colina... Todos van para allá. ¡Oh, por Cristo!

—¡Mierda! —exclamó Sybella.

—Será mejor partir cuanto antes —dijo Wystan, dirigiéndose a la puerta.

—Señorita, quizá la escena puede ser muy fuerte para usted —dijo Thane a Sybella—. Quédese en el hostel y cuide de la señora Ackerman.

—Nada de eso —respondió Sybella indignada—. Te sorprenderías al conocer las criaturas macabras con las que me he tenido que medir, muchachito; no podrías volver a dormir.

—Pero, señorita... —intentó intervenir Thane, pero Sybella ya se había marchado siguiendo a su tío.

Un viento se desplazaba crudo y severo en los páramos. La humedad en la atmósfera sólo hacía más frío el aire circundante. Wystan, ataviado sólo con su chaqueta sencilla, expulsaba nubes de vapor, mientras caminaba a paso rápido hacia la colina sobre la que se habían detenido al llegar a Mornewood. Sybella iba a pocos pasos de distancia, aferrándose los brazos con las manos a causa del terrible frío. A un lado de ella se encontraba Thane, con una lámpara en lo alto. El muchacho había tenido el atino de ponerse un abrigo de lana antes de salir. Seguían el camino que iba de Mornewood a la colina, pero en medio de la negra noche la definición del sendero se perdía en las sombras difusas.

—¡Capitán, tenga cuidado! —gritó Thane en medio de la tiniebla.

—¡No hay tiempo! —respondió a voz en cuello Wystan, imprimiendo mayor velocidad a sus pasos.

—Tenga cuidado con los pozos..., puede haber alguno por aquí. ¡No se salga del camino! — Pero Wystan no respondió. Thane se limitó a gritar—: ¡Al menos haga que la señorita regrese al hostal!

Sybella miró a Thane fastidiada.

—Necesito a Sybella; no podría dejarla atrás por nada del mundo —respondió Wytan sin rechistar. En su tono había cierta emoción que resultaba imposible de contener. La excitación lo llevaba a caminar aún con mayor ahínco.

Sybella le dedicó a Thane una expresión triunfal.

Poco después llegaron a la suave pendiente de la alta colina. En la cima era posible observar las lámparas de algunos de los habitantes de la villa. Ascendieron a paso rápido y pronto se encontraron con los pobladores de Mornewood que habían marchado a mirar el espantoso siniestro. Eran alrededor de veinte, todos ellos hombres de rostros grises y huraños, armados con escopetas, cuchillos, un par de azadones y algunas hachas de trabajo. Rodeaban el carruaje, que estaba fuera del camino y volcado sobre uno de sus costados. Los caballos, o al menos los irreconocibles restos que quedaban de ellos, estaban tendidos a pocos metros de distancia, sus ojos habían estallado desde el interior por una intensa presión y sus pieles parecían desecadas por una fuerza brutal. Los animales habían sufrido terriblemente al momento de su muerte, y sus cuerpos estaban deformados hasta el punto de parecer plastas sin forma. Del feo y receloso cochero no había el menor de los rastros.

Los hombres, al ver llegar a Wystan, Sybella y Thane, les dedicaron miradas hoscas, llenas de miedo y recelo.

—¿Quién los encontró? —preguntó Wystan vehemente a los hombres. Pero ninguno de ellos contestó y sólo recibió miradas llenas de desconfianza.

—Es el experto traído por lady Ursula, viene de Londres —exclamó Thane, tratando de justificar la singular presencia del profesor Hargrave.

Entre los presentes se extendió un rumor de desaprobación y miedo.

—Fui yo... —dijo finalmente uno de los hombres, dando un par de pasos hacia la luz de Thane. Era un hombre que destacaba por su excepcional altura y su fornida constitución. Se quitó la gorra y añadió—: Mi nombre es William Tinker.

—¿Y qué hacía tan noche en las afueras de Mornewood, señor Tinker? —preguntó Wystan.

—Soy de la Guardia de Mornewood, y estaba haciendo mi ronda cuando escuché a lo lejos los gritos de estas pobres bestias. —Tinker señaló con un ademán desgano a los caballos—. Sonaba como si el mismísimo Satanás las estuviera martirizando. Cuando llegué ya estaban así, y del cochero no puedo decir nada.

Wystan se abrió paso entre los presentes y se aproximó al carruaje. Alguna fuerza brutal había sacado del camino el carro por el costado derecho, a juzgar por el terrible golpe que se apreciaba en la portezuela destrozada. Después, alguien había trepado, arañando la madera y dejando marcas y rajaduras en todas partes.

—Tío, mira —exclamó Sybella, junto a los restos amorfos de los caballos.

Wystan se aproximó y observó lo que le indicaba su sobrina.

—¿Qué sucede? —preguntó Thane, acercándose por detrás y arrojando más luz a los cadáveres brutalizados.

—No hay sangre... —musitó Wystan extrañado.

—Exacto —confirmó Sybella con aire de suficiencia. Y era verdad, de los cuerpos deshechos de los caballos no caía ni una sola gota de sangre. Las pieles rotas, los huesos partidos y la carne desgarrada estaban completamente secos. Algo había robado la sangre a aquellas pobres bestias; sin embargo no había forma de saber cómo, pues no había señales de mordeduras o de inserciones de ningún tipo.

Wystan pidió la lámpara a Thane y se aproximó al carruaje, en donde había estado el asiento del conductor, ahora destrozado. Examinó el terreno a su alrededor, lo que le mostró varias huellas descalzas, revelando que había sido más de uno el atacante; Wystan considero que alrededor de cinco individuos. Además, la hierba había sido arrancada a puñados y la tierra debajo estaba removida. El cochero había luchado con todas sus fuerzas para evitar que lo llevaran a las tinieblas. Su experiencia como batidor durante la Guerra de los Bóeres le indicaba a Wystan que el cochero había sido derribado y después arrastrado violentamente por una poderosa fuerza contra la que había resultado fútil toda lucha. Wystan siguió el rastro de la tierra y la hierbas removidas, auxiliado por la lámpara de Thane, mientras los presentes le observaban con curiosidad y desconfianza. Las trazas de la lucha del cochero se alejaban por un par de metros de distancia y terminaban abruptamente en el interior de un pozo cercano, cuya oscuridad era completamente impenetrable.

Sybella se acercó tiritando para mirar el interior del agujero. La negrura resultaba

atemorizante y antinatural, como si brotara del interior de la tierra como espeso alquitrán, o más bien, como si se tratara de alguna sustancia completamente desconocida para los hombres.

—Está allá abajo —exclamó Sybella preocupada, soltando una voluta de blanco vaho y mirando con inquietud el pozo de la mina. Observó a su tío y añadió—: ¡Está allá abajo! ¡Tenemos que bajar! ¡Ahora!

Sybella se volvió para gritar a los hombres que trajeran algunas sogas y lámparas, pero Wystan la aferró por el brazo antes de que emitiera sonido alguno.

—No, Sybella.

—Pero, tío, el hombre debe de estar allí abajo; Thomas Brendon tiene que estar allí también...

—No sabemos contra qué nos enfrentamos; no es un *vrykolakas* ni un *strigoi*, eso está claro. —Wystan le dedicó una mirada al carruaje destrozado y a los caballos desangrados—. Ninguna de esas dos criaturas actuaría de esta manera tan feroz.

—Pero es evidente que lo que sea que asola Mornewood, se encuentra allí abajo; de allí es de donde emerge. ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Sybella! Si descendemos ahora mismo sin saber a qué nos enfrentamos, correremos un gran peligro; si llevamos a estos hombres con nosotros, estaremos mandándolos a sus tumbas.

—Sus tumbas ya están cavadas de todos modos —exclamó Sybella con acidez—. No ganamos nada esperando.

—Ganamos tiempo —respondió Wystan, mirando con intensidad a su sobrina—. Y si bajamos ahora, no podremos descubrir qué se esconde detrás de este misterio.

Sybella, desesperada, le sostuvo la mirada. Después soltó un suspiro, desvió los ojos en un gesto de resignación y asintió.

Wystan regresó con el resto de los hombres, que esperaban ansiosos. Wystan no ofreció explicación alguna y se limitó a dar las buenas noches y a retornar a Mornewood, seguido de una intranquila Sybella y de un desconcertado Thane.

Capítulo VI

Encuentro en las tinieblas

Salieron temprano del hostel, después del enclenque desayuno de huevos tibios sin sabor, té aguado y rancia mantequilla sobre tostadas apergaminadas. Wystan se había colocado un blazer azul marino y sus zapatos para caminar; Sybella portaba un abrigo ajustado, unos guantes de terciopelo y sus botas sin tacones; mientras que Thane llevaba las mismas prendas de anoche, además de la escopeta de dos cañones de su tío al hombro y un morral con algunos cartuchos.

La mañana era clara y hermosa. En esas horas, con el cielo de un azul invernal y el aire fresco recorriendo los páramos, Mornewood no parecía el sitio tétrico que los había recibido anoche, lucía, de alguna manera, encantador. Hasta cierto punto los edificios de la villa, retorcidos y avejentados, mostraban a la luz del día cierta belleza difícil de definir, de algún modo pintorescos y hermosos en su eterna languidez; los páramos parecían mares extensos de un verdor ceniciento; y el bosque, antes lleno de misterios y lóbreguez, ahora lucía como una agradable zona para realizar un vivificante paseo matinal. Sin embargo, y a pesar de la luz reconstituyente del día otoñal, Mornewood no dejaba de tener un espíritu triste y desolado, uno que sólo aumentaría con el inexorable paso del tiempo.

Estuvieron paseando toda la mañana y el mediodía por los alrededores de Mornewood, observando el terreno, las edificaciones, los caminos y los puntos de referencia más importantes. Wystan no se separaba de una pequeñita libreta, su diario de viaje, en el que anotaba con cuidado datos que consideraba de relevancia. Thane servía de guía, añadiendo anécdotas sobre lo que había pasado de importancia para el pueblo en tal o cual sitio, así como algunos fragmento de su niñez, como el lugar en donde se había peleado con Herman y Herbert Garret por defender el honor de Bertie Smith y el sitio preciso en el que su tío le había enseñado a disparar con la escopeta. Fueron de aquí para allá, estudiando con cuidado la totalidad de Mornewood. Observaron algunos de los antiguos derroteros que atravesaban el bosque, la estrecha senda que se internaba en los páramos y los caminos que emergían de algunos de los túneles abiertos en las colinas del este. Pudieron apreciar algunas de las antiguas estructuras mineras, en donde todavía era posible ver los pocos castilletes que no habían sido desmantelados por completo. También dieron un pequeño paseo por el oeste, en el lindero entre el páramo y el bosque, reconociendo el terreno y estudiando la distribución de las pocas granjas que se encontraban al suroeste de Mornewood. Al verlos, la gente del pueblo les miraba con recelo y rápidamente se marchaban de

su vista, como si los recién llegados fueran proscritos o la causa de las misteriosas desapariciones. Sin embargo, dejando de lado las caras largas y hurañas de los habitantes, el paisaje de ovejas, pastores, vallas de piedra y granjitas retorcidas, resultaba sumamente atractivo.

Al final del atardecer, con un oscuro crepúsculo de cielos neblinosos amenazando con cernirse sobre Mornewood, llegaron a una de las granjas más occidentales del lugar. El edificio de dos pisos era antiguo, con techo de dos aguas y pequeñas ventanas cuadradas. Las paredes grises y toscas mostraban la constitución resistente de su construcción. De la pequeña chimenea manaba un hilo de nubecillas que se disipaba en el viento. Al lado del edificio principal, rodeado por cercas de madera, se encontraba un gran establo.

Dos chicos, el mayor de unos doce y el menor de nueve, arreglaban una de las cercas, apañándose las con grandes dificultades. Thane fue con ellos y los saludó amistosamente, mientras que Wystan y Sybella fueron a observar el pie de una colina cercana, en donde se encontraba la entrada tapiada de lo que antes había sido uno de los túneles a las viejas minas. Como la noche caería pronto, habían acordado regresar a *El madero ardiente* en cuanto Thane terminara de charlar con los dos chicos.

—¿Qué tipo de criatura es esta contra la que nos enfrentamos, tío? —preguntó Sybella, colocando la mano sobre las maderas que sellaban el túnel. Alrededor de la entrada habían crecido racimos de abundante vegetación, y algunas de las raíces de un olmo cercano emergían de la tierra para crear un dintel natural.

—Tengo mis sospechas —dijo Wystan, garabateando en su diario—. Pero nada en concreto. Necesitamos más datos.

—Lo de las desapariciones..., es muy extraño —observó Sybella, mirando el cielo de violetas que pronto descendería en las tinieblas.

—Lo es, sin lugar a dudas —dijo Wystan pensativo.

—¿Y has notado lo feo que nos miran las personas?

—Sí, lo he notado.

—Pero qué cretinos.

—Oh, vamos; me imagino que no están acostumbrados a recibir visitas, al menos ya no; sus antepasado, ellos fueron los que seguramente tenían todo tipo de trabajadores y visitantes rondando por el lugar, cuando las minas eran provechosas.

—Es triste...

—Pero inevitable. Algún día las minas tenían que dejar de ser productivas.

—Lo sé, pero no deja de ser triste —dijo Sybella con un suspiro—; no vieron hacia el futuro.

—Nadie puede ver al futuro, Sybil, no con total claridad; todo lo que podemos hacer es adaptarnos a las circunstancias. Aceptar lo que somos y lo que es el mundo.

—Como sea, si yo fuera una de las personas de aquí —dijo Sybella levantando los hombros—, hace años que ya me habría largado. A la mierda con todo esto.

—Por favor, Sybella, cuida tu lenguaje, que no eres un marinero —reconvino Wystan a su sobrina, despegando los ojos del diario—. Además, no es tan fácil como parece. ¿Dejar la familia y el mundo que conoces detrás? Se necesita mucho valor para hacer algo así. Y estas personas, me imagino, no están acostumbradas a mirar al miedo directamente a la cara.

—¿Crees que si tenemos éxito las cosas cambiarán?

—Tal vez, pero no es seguro... Depende de las personas realmente. Lo único que podemos hacer es realizar bien nuestro trabajo y tener un poco de confianza. Eso es todo.

Sybella suspiró y miró hacia Thane, que ya llegaba junto a ellos.

—¡Capitán! Los Ellworth dicen que sus padres desaparecieron hace tres noches —dijo Thane, señalando con la barbilla hacia los dos muchachos que reparaban la cerca sumamente apurados. Pronto el crepúsculo se transformaría en una lóbrega noche, impidiendo a los chicos continuar con su labor.

—¿Es así? —exclamó Wystan reflexivo, llevando la mano a la barba—. Preséntanos con ellos, Thane, tengo algunas preguntas que realizarles.

—Enseguida, capitán —dijo Thane solícito.

Los dos chicos tuvieron que dejar la cerca sin terminar, porque la noche llegó con tremenda rapidez. Wystan y Sybella fueron llevados al interior de la granja y sentados en la mesa de la cocina. Uno de los dos muchachos, el mayor, colocó una tetera para el té.

—Así que, ¿Niel? —preguntó Wystan al muchacho mayor cuando se sentó de nuevo en la mesa—. ¿Cómo sucedió la desaparición de sus padres?

Niel miró a su hermano menor. En los ojos de ambos era posible reconocer la desconfianza y el miedo. Sin embargo el muchacho menor, que respondía al nombre de Albert, estaba tremendamente pálido y temblaba un poco.

—Como ya les dijo Thane —añadió Wystan para tranquilizar a los dos muchachos—, soy un investigador de Londres, y quizá podamos ayudar a sus padres.

Niel desvió la mirada y la fijó en sus dedos, que estrujaba nerviosamente. Se paseaba la lengua por los labios y lucía sumamente perturbado. Sus ojos parecían dos cuentas de cristal a punto de romperse.

—Los llamó Margaret... —dijo Albert de pronto, y enseguida rehuyó la mirada del profesor.

—¿Quién es Margaret, Albert? —preguntó Sybella, escrutando el rostro del muchacho.

—Nuestra hermana... —susurró Niel—. Ella era nuestra hermana.

—¿La pequeña Margaret...? —susurró Thane con el semblante extrañado, recordando a la pequeña niña que había muerto de pulmonía hace tiempo. Niel y Albert asintieron al mismo tiempo—. Pero ella murió hace cuánto ¿tres años? ¿Cuatro?

—Cuatro... —susurró Niel.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sybella, mirando a su tío.

Wystan negó con la cabeza y se dirigió a los dos muchachos:

—¿Cómo fue que los llamó Margaret?

—Nuestra madre..., Ella..., ella era la que la escuchaba..., en el bosque... —dijo Niel.

—Mamá la oía todas las noches..., le hablaba desde los árboles —añadió el pequeño Albert, cada vez más pálido.

—Le pedía ayuda, le decía que estaba sola y que la necesitaba —dijo Niel—. Y una noche no aguantó más y respondió a su llamado. Padre fue tras ella, pero no logró detenerla. Se internaron en el bosque, y después no regresaron.

—¿Y por qué no le habían dicho de esto a nadie? —preguntó Sybella.

—Estamos esperando —dijo Albert con los ojos a punto de desbordarse en lágrimas.

—¿Esperando qué cosa?

—A que regresen... Tienen que regresar, con Margaret. Mamá dijo que la encontró...

Niel le dedicó una mirada de reproche a Albert.

—¿Cómo sabes que la encontró, Albert? —preguntó Wystan.

—Porque..., mamá empezó a hablarme a mí hace dos días —dijo Albert, después de unos momentos de silencio.

—¿Y..., qué te dice?

—Dice que ella, papá y Margaret me están esperando —respondió Albert; sus manos temblaban visiblemente—. Dicen que salga al bosque a jugar con ellos...

—¿Cuándo te lo dice? —preguntó Wystan, mirando con sumo interés al muchachito.

—En la noche... —murmuró Albert asustado.

—¿En la noche? —preguntó la chica, mirando aprensiva por la ventana a la oscuridad que reinaba afuera.

—Todas las noches...

—¿Ahora? —preguntó Wystan, clavando sus brillantes ojos en el niño.

Albert miró temeroso a Wystan y asintió lentamente.

Wystan y Sybella se miraron llenos de estupor. Albert rompió a llorar. El profesor se levantó rápidamente y echó a correr en dirección de la puerta. La abrió de golpe y salió de la casa. Allí fuera todo era silencio y oscuridad. Y entonces la vio, de pie a veinte metros de distancia, sobre la colina cercana a la granja. Una figura se hallaba de pie, observando con interés la puerta; gracias a la oscuridad, sus rasgos eran inidentificables. Lo único que podía reconocer Wystan era la blancura espectral que parecía brillar espantosamente a su alrededor.

—Un fantasma... —susurró Thane detrás de Wystan. El muchacho sostenía su escopeta entre sus nerviosas manos.

—¡Quédate aquí, Thane! —exclamó el profesor, que enseguida se llevó la mano a la parte trasera y extrajo del cinturón una daga de plata, en cuya hoja se mostraba una serie de runas grabadas cuidadosamente. Y echó a correr en dirección de la figura; trepó rápidamente por la pendiente, sin despegar los ojos de su objetivo. Resbaló en una fisura lodosa y casi cayó de bruces; apoyó las manos sobre la hierba y continuó corriendo. Cuando colocó los ojos de nuevo en la figura, ésta ya se había marchado. Wystan no se detuvo, y continuó con su carrera hasta perderse de vista más allá de la cima de la colina.

Sybella, que se había entretenido en calmar a Albert, salió poco después.

—¿Qué sucedió? —preguntó la chica, buscando con la mirada a su tío.

—¡Un fantasma! —respondió Thane al instante, señalando con el cañón de la escopeta hacia la colina por la que había desaparecido Wystan.

—Vamos, tenemos que ir tras él —exclamó Sybella preocupada.

—Me dijo que me quedara aquí —respondió Thane alarmado.

—¡Tenemos que ayudarlo! —bramó Sybella.

—Sí..., claro..., sí. Al establo; podemos ir a caballo —exclamó Thane, marchando hacia la cerca para treparla.

Sybella miró a Thane desconcertada.

—No, no..., mejor no... —dijo la chica hoscamente.

—Pero..., sería mucho más rápido.

—Sí, pero..., es que..., ya sabes... —Sybella balbuceó algo ininteligible y después añadió —: ¡Vamos, perdemos tiempo!

Y echó a correr hacia la colina. Thane, confundido, levantó los hombros y fue detrás de ella.

Wystan corría desaforado, aferrando con fuerza la daga en la mano. La figura se había metido entre los árboles y dentro de poco desaparecería por completo en medio de las espesas matas. El profesor se esforzaba al máximo por no perderla la pista, estampándose contra ramas y saltando rocas, esquivando raíces y sorteando árboles. Apenas podía mantener el ritmo del espectro, viendo desaparecer su espeluznante fulgor a través de la intrincada floresta.

El fantasma se movió a una velocidad impresionante, casi como si danzara libremente sobre la hierba y las raíces. Fácilmente habría podido perder a Wystan, pero se demoraba el tiempo suficiente para que el profesor le diera alcance. Finalmente el fantasma descendió por una depresión del terreno y se encontró con las paredes de una casa en ruinas. Ésta era simple y tosca, probablemente había pertenecido a un leñador hace ya bastantes años; ahora no tenía techo y de los sólidos muros de roca ahora sólo quedaban en pie dos. La criatura se internó en la destartalada y sencilla construcción y se detuvo en la pared del fondo, en donde se encontraba la olvidada chimenea. Wystan llegó poco después, jadeando y con el arma preparada para atacar. El espectro se mantuvo de pie, sin volverse, como si alguien le susurrara desde la pared.

—¡Date la vuelta, espíritu! ¡Muéstrate! —exclamó Wystan, llevándose la mano libre al interior del abrigo.

De la figura sólo podían escucharse los bufidos entrecortados, como si le costara mucho

trabajo respirar. Y era visible, a pesar de la oscuridad imperante, que temblaba violentamente.

Wystan avanzó, con la cuchilla lista. Y ya se encontraba a menos de cinco pasos de distancia, cuando vio a las demás figuras paradas en los muros y las sombras de los árboles. Lucían justo como la que tenía en frente, envueltas en un velo de incertidumbre y tenebrosidad.

Durante unos instantes los espectros se quedaron mirando en silencio, como a la expectativa. Wystan podía sentir sus ojos escrutándolo con cuidado, estudiándolo cuidadosamente. Aquellas figuras espectrales se deleitaban analizando las particularidades de su enemigo; y era posible experimentar una concentración punzante, como si algo más mirara a través de aquellos ojos ciegos. Y fue entonces que lo sintió, una especie de vibración, un estremecimiento poderoso e incómodo que le hizo temblar cada parte del cuerpo; era como si su sangre y sus vísceras palpitaran violentamente bajo su piel, como si debajo de sus músculos habitara una colonia de inquietas cucarachas. El miedo se esparció por toda su espalda, mientras su frente se perlaba de un sudor frío y viscoso.

Wystan se detuvo y levantó valientemente un poco más la cuchilla, para mostrar que no se encontraba desarmado. El metal pareció resplandecer gélidamente en medio de la penumbra. Lentamente, como si sus movimientos estuvieran coreografiados, los espectros se prepararon para atacar a su víctima. El silencio era aplastante y la tensión abrumadora. La sensación que embargaba a Wystan y que removía sus órganos y su sangre se volvió más intensa, por lo que alistó el arma para hacerla caer sobre la espalda de la figura que tenía delante. Estudió la actitud de los espectros y se preparó para lo peor; extrajo del interior de su abrigo un pequeño librito antiguo forrado en cuero y lo levantó a la misma altura de la daga. El pequeño tomo comenzó a soltar ascuas, como si alguien le hubiera prendido fuego desde el interior, después diminutas lenguas doradas lo envolvieron y finalmente se convirtió en una especie de antorcha de resplandores ambarinos. A pesar de las brasas, la oscuridad no parecía alejarse, la luz se limitaba a rodear a Wystan únicamente. Los espíritus miraron la escena durante unos segundos más y ya estaban por arrojarse sobre su presa, cuando empezaron a retroceder uno a uno en silencio, sin dejar de mirarle. Finalmente, el que el profesor tenía delante comenzó a trepar lentamente por la pared de piedra con una gracia espeluznante y antinatural, como si se tratara de una araña humana, y se perdió en la oscuridad de la noche, junto con la incómoda sensación que había embargado a Wystan hasta el momento.

El profesor bajó la daga y soltó una exhalación de alivio. El pequeño libro se apagó al instante y se disolvió en cenizas en la mano de Wystan. Poco después llegaron Sybella y Thane. Los dos jadeaban y miraban con preocupación a su alrededor.

—¿Qué pasó?! —preguntó Sybella alarmada.

—¿Atrapó al fantasma? —inquirió Thane, apuntando con su escopeta a las tinieblas y a los muros de la casa abandonada.

—No, no lo hice —dijo Wystan con tranquilidad, observando con interés los bordes de las paredes de piedra. Miró a su sobrina y añadió—: Creo que ya no podremos contar con el Grimorio crepuscular de Santa Agatha.

—¿Pero qué pasó? —volvió a preguntar Sybella.

—Me parece, que acabamos de presentarnos con nuestro enemigo... —respondió Wystan, con una inexpresiva sonrisa en los labios. Se volvió y empezó a andar de regreso a la granja. Se detuvo, se sacudió las cenizas que manchaban su mano y añadió—: Thane, mañana nos llevarás a *Mornall House*.

—¿Qué buscaremos en la casa? —preguntó Sybella, sin dejar de mirar las ruinas de la casa.

—El origen del mal... —susurró Wystan, con el rostro marcado por una extraña mezcla de preocupación y emoción.

Capítulo VII

Mornall House

Pasaron aquella noche en la granja haciendo guardia. A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, mandaron a los dos chicos Ellworth a la casa de una de sus tías al este de Mornewood, y les dijeron que si tenían que regresar para atender a los caballos y al resto de los animales, lo hicieran siempre de día y acompañados de algún familiar.

Poco después se dirigieron hacia el norte, siguiendo el camino que dejaba atrás el pueblo y se internaba en el enorme, espeso y húmedo bosque. La maleza y los helechos pugnaban por recuperar el camino que se abría entre los altos y rectos árboles. La tierra era negra y fresca, las hojas muertas tapizaban el sendero, las raíces gruesas y fuertes, y las ramas de los árboles parecían miembros retorcidos que se alargaban para alcanzar los mismísimos cielos.

—Un magnífico sitio de caza —exclamó Wystan, mientras caminaban por la densa floresta.

—Se extiende varias millas hacia el norte y al noroeste —respondió Thane diligente—. Hay algunos zorros al este y unos cuantos tejones también. Y una vez vimos un jabalí, pero hirió al señor Robertson y escapó. No pudimos atraparlo.

—¿Piensas cazar algo, Thane? —preguntó Sybella, señalando con la barbilla la escopeta del muchacho.

—Después de lo de anoche, no pienso ir a ningún lado desarmado, señorita.

—Dime, Sybella.

—De acuerdo, señorita.

—Sybella —exclamó Sybella divertida.

—Sí, señorita Sybella —respondió Thane con fingida propiedad y una sonrisa en los labios. Sybella, sonriente, negó con la cabeza.

—¿Me imagino que no se había presentado ningún suceso tan violeto como el del cochero que fue atacado? —intervino Wystan.

—No, capitán, ninguno así. Hasta el momento las personas que desaparecían, se habían marchado por su propio pie, en completa paz. Algunos creían que se habían ido para buscar una

vida mejor, en Barnsley o en Sheffield. Pero siempre se marchaban de forma misteriosa; sin nada, ni dinero ni ropa..., y en mitad de la noche. Raro, si me lo pregunta.

—¿Y nadie ha hecho nada? —preguntó Sybella.

—Todo el mundo sabe que pasa algo extraño, pero nadie quiere aceptarlo... Y eso que el número de personas desaparecidas es ya bastante grande.

—¿Cuántas van? —preguntó Sybella interesada.

—Unas veinte o veinticinco —respondió Thane pensativo.

—No son tantas —exclamó Sybella, con una sonrisa incrédula.

—En un pueblo como este, debe ser un número considerable, ¿no es así, Thane? —intervino Wystan.

—No somos un pueblo muy grande, capitán, si eso es lo que quiere decir —respondió Thane levantando los hombros.

—¿Unas doscientas personas?

—Un poco menos, sí —respondió Thane, meditabundo.

El bosque era oloroso y sumamente poblado de árboles y maleza, a pesar de ser otoño. Las ramas y las copas se cerraban tanto, que pronto Wystan, Sybella y Thane marchaban bajo un manto de oscuridad casi total; era casi como caminar en el interior de un herboso túnel. Los pájaros cantaban en la distancia y los animales correteaban entre las raíces retorcidas. Los pasos de los viajeros sonaban amortiguados por la densa capa de hojas muertas y tierra húmeda. El lugar resultaba hermoso, pero ciertamente opresivo. Si una persona se permitiera deambular por ese bosque en la noche, seguramente se encontraría perdida en cuestión de minutos.

Poco después las paredes de maleza y arbustos mostraron una salida en el fondo. Un arco gótico de piedra de cantera cincelada daba paso a un lumínico prado de hierba cenicienta. El camino se transformaba de una capa de hojas y tierra en una senda de grava perfectamente delineada. El prado estaba perfectamente podado, con algunos abetos y unos cuantos sauces adornando primorosamente el paisaje. En el centro, en donde terminaba el camino de grava, se encontraba una amplia casa de arquitectura isabelina. Se trataba de un edificio que mostraba el poder que la familia que lo erigiera había llegado a esgrimir hace muchos años. Era rectangular, completamente simétrico, con altos ventanales adornando su fachada, así como parteluces góticos hermosamente trabajados en piedra. En ambos extremos de la casa se encontraban dos torres de gran tamaño, también con elevadas ventanas y coronadas, como el resto de los techos de la casa,

con elaboradas torrecillas y picos de recargados adornos. Daba la impresión de que aquel edificio estaba inspirado en un castillo medieval, pero sus adornos ostentosos y vistosos lo revelaban como lo que realmente era: el laurel de la alguna vez pudiente familia que lo había erigido. Ahora, a pesar de su magnificencia y estilo, la casa, como el resto de Mornewood, se encontraba en declive. Sus adornos y soberbios elementos no hacían sino recalcar dolorosamente su postrera decadencia.

Wystan, Sybella y Thane llegaron hasta el elegante pórtico de columnas corintias y jalaron la cadena que hizo sonar una campanilla, indicando su presencia.

Abrió la puerta un sujeto ataviado con un severo traje de servidumbre. Se trataba de un hombrecillo de edad avanzada, con el pelo cuidadosamente peinado, un par de ojillos pequeños y una abultada nariz aguileña.

—¿Qué desean? —preguntó el sirviente con tono de desdén. Sus ojillos recorrieron con descaro a cada uno de los recién llegados.

—Es el profesor B. W. Hargrave, señor Daubney —exclamó Thane con presteza—. Fue traído por lady Ursula para resolver...

—Aquí no hay nada que resolver, muchacho —exclamó el señor Daubney, tajantemente—. La señora no necesita de otra cosa que un pleno descanso; y ciertamente no requiere a charlatanes entrometidos.

—El profesor puede ayudar, ¡en verdad!

—La señora está en un estado delicado —cejó el señor Daubney.

—Si tan sólo pudiéramos ver a la señora un momento... —intervino Wystan con amabilidad.

—El doctor Wortham nos realizó una visita ayer y diagnosticó un caso de histeria severo —expresó el señor Daubney ceñudo—. Su presencia sólo empeorará las cosas. Vuelvan por donde vinieron, si me hacen el favor. —Y realizó un gesto repentino para cerrar la puerta.

—¡Señor Daubney! —se escuchó una suave voz femenina en el interior, antes de que la placa de roble se cerrara por completo—. Abra la puerta en este instante.

—Pero, Tilda...

—¡Pero nada! —sonó en el interior la delicada voz femenina—. ¡Abra enseguida esa puerta, hijo de porquero!

La puerta volvió a abrirse lentamente. Esta vez apareció detrás el rostro de una mujer. Era delgada, de cabellos rubios cenizos. Los ojos eran grandes, protuberantes, los pómulos muy marcados, pero con la nariz y los labios casi inexistentes. Parecía desnutrida, casi famélica. Era difícil calcular su edad, pero debería de tener poco más de veinte años. Estaba ataviada con un austero traje de servidumbre, y de sus empuñadas caderas colgaba un pesado manojó de llaves.

—Profesor Hargrave, ¿supongo? —dijo la mujer con un tono de voz sedoso y bajo. Había en su actitud cierta inocencia encantadora.

—Señora —confirmó Wystan, llevándose la mano al pecho con un ademán elegante.

—Soy el ama de llaves y mi nombre es Matilda Sheach, pero pueden llamarme Tilda, si así lo desean. Pase por favor. —Tilda se hizo a un lado y permitió a los visitantes ingresar a la casa. El señor Daubney intentó protestar, pero una mirada de Tilda lo hizo callar, limitándolo a contener su furia y a ponerse colorado—. Thane, hola, no te vi. ¿Cómo ha estado la señora Ackerman?

—No muy bien, después de lo que pasó con el carruaje sus nervios se resintieron —contestó Thane, algo sombrío.

—Me imagino; pobre señora Ackerman. Siempre ha sufrido de sus nervios.

—Aunque su artritis se está curando; y eso es bueno.

—¿A quién debo anunciar? —interrumpió el señor Daubney, molesto.

—Yo los presentaré a la señora, señor Daubney, muchas gracias; usted vaya a preparar el té y algunos biscochos para nuestros invitados —exclamó Tilda con tranquila superioridad.

—Pero ciertamente no pasarán con un arma ante la presencia de la señora —observó el señor Daubney cáustico, mirando incisivamente el arma que portaba Thane al hombro. El muchacho pareció reacio a dejar su escopeta de doble cañón.

—Thane, ¿crees que podrías...? —comenzó Tilda afablemente. El muchacho, ante la petición amable de la sirvienta, terminó por dejar en manos del señor Daubney su arma y el morral con cartuchos.

El señor Daubney indicó con un arisco gesto a Wystan que entregara cualquier arma que portara. El profesor le entregó su daga de plata y enseguida, indiferente, mostró el interior de su blazer para revelar que se encontraba desarmado. El señor Daubney les dedicó una última mirada de desprecio y se marchó rápidamente.

Tilda, con un ademán educado, pidió a los presentes que la siguieran.

El interior de la casa era espacioso, con altas paredes recubiertas de madera. Las habitaciones, de techos altos, se mostraban bien iluminadas por los elevados ventanales y repletas de muebles de gran exquisitez y soberbia; sin embargo, todas ellas parecían estar permeadas por una especie de sutil postración, como si los fantasmas del pasado se resistieran a marcharse. Pasaron cerca de unas espléndidas escaleras de madera de roble, cuidadosamente trabajadas y barnizadas, todo un ejemplo de la belleza del renacimiento inglés. Después, Tilda los llevó hasta una especie de sombría galería, en una de sus paredes se encontraban varias ventanas de gruesos marcos biselados y en la otra pinturas que mostraban a los anteriores dueños de la casa, así como algunas estatuas de arte clásico. En la última de las pinturas se encontraba Alexander Brendon, un viejo de huraña mirada, pronunciada nariz bulbosa y unos ralos y largos cabellos amarillentos. Su rostro parecía críptico y lucía enfurecido, como si hubiera soportado de manera silente años de una terrible maldición.

—Disculpe al señor Daubney, profesor —dijo Tilda mientras caminaban por la galería—. Es un viejo sobreprotector. No quiere otra cosa que velar por los intereses de la familia. Ver extraños lo pone de mal humor.

—Entiendo, señorita Sheach —respondió Wystan—. Además, me imagino que la situación actual debe de parecerle espantosa.

—Es verdad... —musitó Tilda, con un dejo de profunda tristeza—. A todos nos lo parece.

Finalmente llegaron al salón. Había algunos muebles forrados con cuero, una mesita para el café, algunos libreros y un par de divanes. La chimenea era enorme, rectangular y con aderezos sumamente recargados, adornada en los flancos por un par de pequeñas columnas jónicas. Sobre una mesita descansaba un gramófono, de donde salía la canción *Shine On, Harvest Moon* de Ada Jones y Billy Morray. Las cortinas de las ventanas estaban abiertas, dejando que los rayos del sol iluminaran gran parte del salón; sin embargo la fría luz de la mañana no hacía otra cosa que darle un toque desolado e invernal. En el fondo se encontraba la dueña de *Mornall House*, Ursula Brendon. Estaba sentada en un diván y miraba con ojos lánguidos y perdidos hacia afuera, hacia el precioso jardín. Su belleza era patente, resaltada de manera extrañamente exquisita por la tristeza y la luz anémica de los ventanales; parecía una especie de ninfa del invierno o un etéreo ángel de la muerte. Wystan, Sybella y Thane no pudieron hacer otra cosa que permanecer estáticos ante aquella escena arrebatadora.

—El profesor B. W. Hargrave —presentó Tilda con pompa—. Y compañía.

Ursula Brendon salió de sus profundos pensamientos y miró a Wystan. En su rostro una sombra de alegría se asomó. Lucía más bella y trémula que nunca; la delgadez en la que había caído le confería un toque aún más soberbio y aristocrático, por extraño que resultara.

—¡Profesor! Es una alegría verlo —dijo lady Ursula, callando el gramófono con un ligero toque de su mano—. Por favor, tome asiento.

—Lady Ursula Brendon —exclamó Wystan, sentándose en uno de los sillones de cuero. Sybella y Thane hicieron lo mismo.

—Es un gran alivio tenerlo aquí; empecé a pensar que quizá no vendría.

—No podíamos dejarla en una situación como esta —intervino Sybella solícita—. No sería lo correcto. Le ayudaremos a estar con Thomas Brendon de nuevo.

Wystan amonestó a su sobrina con la mirada. Sybella bajó la vista, sonrojada.

—Tardamos un poco en venir, lady Ursula —dijo Wystan con calma—, porque tuvimos que hacer un poco de investigación, consultar con algunos colegas, expertos en estos asuntos, y adquirir algunos elementos que podrían resultar útiles al momento de lidiar directamente con la situación.

—¿Ya saben a qué se enfrentan? ¿Saben qué tipo de demonio se apoderó de Thomas?

—Creemos que es una especie de no-muerto, señora.

—¿No..., muerto? —preguntó lady Ursula, vacilante.

—Un ser que vive entre este mundo y el otro.

—¿Como el de esa tonta novela?

—Sí, así es, como el de *Drácula* —respondió Wystan a regañadientes y forzando una sonrisa, porque no era la primera vez que ese tipo de material escandaloso se entrometía en su línea de trabajo—. Pero van a ser necesarias más armas para enfrentar a esta criatura que flores de ajo. Además, ni el *vampir* o *strigoi* tienen el comportamiento errático que la criatura presenta en este caso. Pensamos que podría tratarse de un vampiro griego, pero los recientes acontecimientos lo descartan. Estamos casi seguros de que es un no-muerto, sólo que no sabemos de qué clase.

—No entiendo —dijo Ursula Brendon, extrañada—. Cómo es posible que sepan lo que es, y a su vez no lo sepan. ¿Cómo planean traer a Thomas de regreso?

Wystan y Sybella cruzaron una fugaz mirada.

—Verá, lady Ursula —aclaró Wystan—, los no-muertos son como animales, criaturas que responden a instintos, perversos sin lugar a dudas, pero instintos a final de cuentas. Animales, ¿comprende? Es como un ave, pongamos por ejemplo el zorzal. Usted sabe que el zorzal es un ave, pero existen diferentes tipos de zorzales, como el *turdus philomelos*, el *turdus pilaris* o el *turdus rufiventris*, por decir algunos. Pertenecen a la misma familia, pero cada uno de ellos tiene, por necesidades geográficas y económicas, conductas específicas, si bien bastantes similares.

—¿Me está diciendo que mi Thomas se convirtió en un animal? —exclamó lady Ursula, un tanto inquieta.

—Pues sí... —contestó Sybella, con el rostro constreñido por la pena.

—¡Esto es una abominación! —exclamó lady Ursula, perdiendo el color. Sus ojos se movieron nerviosos, mientras intentaba comprender la terrible información.

—En algunos casos, los efectos pueden ser revertidos —añadió Wystan—. Pero en otros... Bueno...

—¡No! ¡No puede ser! ¡Thomas! ¡No, por favor!

Lady Ursula se puso de pie, alterada; con nerviosismo se retorció los pequeños dedos y empezó a caminar por el salón presa del pánico. Y fue justo en ese momento que el señor Daubney ingresó al salón, cargando en una bandeja de plata el té y algunas pastas.

—¿Qué está sucediendo aquí?! —preguntó el señor Daubney, con el ceño fruncido.

—No, Charles, está bien... —comenzó lady Ursula, tratando de mantener la calma.

—Sabía que no tendrían que haber ingresado. ¡Lo sabía! ¡Es un ultraje! ¡Un ultraje! —bramó el señor Daubney. Y miró a Wystan y rugió—: Señor, hágame el favor de salir en este mismo instante.

—Me parece que primero... —comenzó Wystan tranquilamente.

—No me obligue a usar la fuerza; no tengo empacho en recurrir a la violencia cuando se trata de la seguridad de mi señora, usted... ¡Bastardo!

—¡Charles! —gritó lady Ursula alarmada.

—¡Señor Daubney! —exclamó Tilda sobresaltada, de pie en uno de los rincones del salón.

—Perdone mi lenguaje, señora, pero es que... —comenzó el señor Daubney a disculparse.

—Haz el favor de retirarte, Charles —dijo lady Ursula indignada—. No es la forma de tratar a los invitados.

—Pero, señora, yo..., sólo...

Pero la resolución de lady Ursula era de acero; su talante aristocrático se revelaba en todo su esplendor. Charles Daubney dejó la bandeja en una mesita cercana y, con los hombros bajos, dejó el salón.

—Disculpe el sobresalto, profesor, es que... —Trató de disculparse lady Ursula con Wystan.

—No se preocupe, mi señora, comprendo la situación en su totalidad. Este tipo de fenómenos llevan a las personas a sus límites. Es terrible.

—Pero en qué clase de infierno se ha convertido mi vida —dijo lady Ursula, sentándose en el diván de nuevo. Parecía más pálida y consumida. Se llevó las manos a los ojos, para impedir que las lágrimas se asomaran, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos. Wystan se apresuró a brindarle un pañuelo. La mujer lo tomó con gran aprecio y procedió a secar sus mejillas. Después de unos instantes en los que pudo recomponer sus ánimos, añadió—: Dígame, profesor, ¿cómo piensan afrontar esto? ¿Si no saben qué bestia tiene a Thomas, cómo pueden proceder?

—Como le dije, no sabemos a qué clase de no-muerto nos enfrentamos, pero sí sabemos que es uno. Y existen ciertos rituales, ingredientes y recursos que funcionan de manera general. Desde luego, cuando se sabe contra qué tipo de no-muerto se batalla, es posible emplear recursos particulares y mucho más eficientes. Es como una enfermedad.

—Entonces, si es como una enfermedad, ¿es curable?

Wystan y Sybella se miraron el uno al otro.

—Bueno..., sí..., más o menos —respondió Sybella con las mejillas rojas, un tanto incómoda—. Es como una “enfermedad social”, ya sabe.

—No, no entiendo...

—Es como una enfermedad venérea —aclaró Wystan con tanto tacto como pudo—, como la sífilis, para ser más exactos.

—¿Eso quiere decir que mi Thomas..., que él...? —Lady Ursula no pudo terminar la pregunta, porque una arcada de asco la invadió y a punto estuvo de vomitar.

—No creo que estos temas sean propios para las damas, capitán... —musitó Thane

nervioso.

—No necesariamente, mi señora —dijo Wystan prontamente para ayudar a calmar los nervios de su anfitriona—. Es una enfermedad infecciosa, sí, y puede ser transmitida por un encuentro sexual, también, pero no es la única vía. La analogía se encuentra en que la enfermedad deteriora y modifica el sistema nervioso y, consecuentemente, el cuerpo del huésped. En este tipo de enfermedad, si se trata a tiempo y con la medicina adecuada, es posible curarla..., en la mayoría de los casos. Sin embargo, y como le dije desde que se presentó en mi casa: No siempre hay una cura, porque esta no es sólo una enfermedad del cuerpo sino del alma también.

—¿De qué forma pudo haberse modificado Thomas? —preguntó lady Ursula, temerosa de la respuesta.

—En el caso del *vampirismo común* encontramos por un lado el adelgazamiento de la epidermis, lo que lo vuelve foto-sensible, es decir, incapaz de soportar la luz del sol durante un tiempo prolongado, y por otro lado algún órgano se modifica para permitir la hematofagia o ingestión de sangre. Sin embargo este tipo de modificaciones tienen un amplio espectro, así como las costumbres que el afectado adopta. Todo depende de la sepa con la que estemos tratando.

—¿Ingesta de sangre? —preguntó lady Ursula, asqueada y con la frente más pálida que antes.

—Sí, sangre animal o humana... Y es peligroso, porque la infección puede propagarse con tremenda rapidez, si no se le pone un alto. Thomas contrajo la enfermedad de alguna manera que desconocemos —continuó Wystan en un tono casi académico—, así que tenemos que descubrir cómo se contagió y en dónde se encuentra su madriguera. Porque cabe la posibilidad de que exista un *no-muerto de origen*, tal vez relacionado con algún vampiro antiguo, y sir Thomas sea simplemente una víctima atrapada en esta horrible situación.

—¿Qué..., qué es un vampiro antiguo?

—Es un tipo de criatura muy vieja —añadió Sybella—, de las primeras de este tipo, que hace mucho lograron sobreponerse a sus instintos primitivos. Pero es muy difícil verlos en la actualidad, porque no suelen tener trato con humanos; no les gusta vivir en ciudades o cerca de asentamientos humanos, porque creen que echamos a perder el mundo que nos rodea, y muchos de ellos consideran que nuestra necesidad de destruir lo hermoso es preocupante, y que algún día terminaremos por corromperlo todo, hasta nuestra propia sangre. Para ellos somos como bestias sin razón, más bien como ganado... ¿Cómo le explico? Somos como un mal necesario, y por ello no se arriesgan a contagiar a alguien, por temor a desatar una epidemia incontrolable que vuelva

escaso su alimento: la sangre humana. Pero de vez en cuando, de alguna forma, alguien resulta infectado, por accidente o por malicia. Si se trata de un vampiro viejo, la mayoría de las veces basta con asesinarlo para devolver todo a la normalidad.

—¿Entonces es posible ayudar a Thomas? —preguntó lady Ursula.

—Esa es una posibilidad, ciertamente, pero eso sólo podrán decírnoslo los hallazgos de nuestra investigación.

Ursula Brendon miró a Wytan. Había algo en los ojos de la mujer, una especie de dolor que trataba de emerger transformado en palabras. Su alma pugnaba por expresar el horror que la embargaba. Abrió la boca para decir algo, pero de su interior no salió nada. No se atrevió. Al final, con un hilo de voz, se limitó a decir:

—Por favor, profesor, hágame saber cualquier cosa con la que pueda ayudar.

—Muchas gracias, lady Ursula.

—No, gracias a usted, por venir en mi auxilio —respondió lady Ursula, ofreciendo una radiante sonrisa.

Capítulo VIII

La leyenda de sir Devon y lady Etheldred

Wystan, Sybella y Thane fueron llevados por lady Ursula y Tilda a la parte trasera de la casa. La mayoría de las habitaciones estaban cerradas, lo que brindaba cierta atmósfera de encierro y sordidez. Finalmente, tras unas enormes puertas dobles, encontraron la biblioteca. Se trataba de un lugar espacioso, de dos plantas, con altos muros y piso de madera provisto de algunas alfombras. Las paredes de sus dos niveles estaban forradas de libreros, cuyos entrepaños se encontraban atestados de libros viejísimos. En el piso inferior, al pie de la única pared que no tenía librero, se hallaba la que había sido la mesa de trabajo de Thomas. Sobre ella había varios libros sobre el folklore popular y leyendas tradicionales, un par de viejísimas ilustraciones de sir Devon Mornall y de la casa hacía muchos años. Los vistosos ojos de lady Ursula miraban desde un retrato fotográfico que descansaba en uno de los extremos. Había una caja de plata que parecía haber estado enterrada, y algunos cuadernillos de anotaciones con la investigación de Thomas Brendon.

A Sybella le dio calosfríos lo mucho que aquella biblioteca se parecía al estudio de su tío.

—¡Cuántos libros! —exclamó Thane, mirando con terror la cantidad enorme de tomos guardados. El muchacho consideraba la lectura la actividad humana más torturante del mundo, y odiaba con cada fibra de su cuerpo cuando el reverendo Woodham les hacía leer la biblia o cuando el profesor Sadler le daba lecciones.

—En lo personal, no me gusta estar aquí. No me trae buenos recuerdos —dijo Ursula Brendon, de pie en el centro de la biblioteca. Miró a Tilda, que se encontraba muy cercana, cuidado de su ama. La sirvienta asintió, con el rostro lleno de consternación.

—¿Aquí era donde Thomas estudiaba? —preguntó Wystan, observando la gigantesca colección de libros en las dos plantas.

—Sí; a veces no salía en días y me preocupaba muchísimo... —Lady Ursula desvió la mirada y a punto estuvo de romper a llorar de nuevo. Tilda se acercó a ella y le colocó cariñosamente una mano en el brazo.

—Si nos permite, indagaremos un poco; quizá las respuestas que buscamos se encuentren aquí —dijo Wystan, acercándose a lady Ursula. Y con voz tranquilizadora, agregó—: No es necesario que esté presente, mi señora.

Lady Ursula tomó la mano de Wystan y la apretó con fuerza entre las delicadas suyas.

—Gracias por estar aquí para mí... —susurró lady Ursula, acercándose más al profesor. Entonces, como si un resorte se hubiera activado en su interior, se marchó de manera sorpresiva. Tilda, desconcertada por la repentina partida de su señora, fue tras ella.

—De acuerdo... —dijo Sybella, mirando con extrañeza las puertas de la biblioteca. Se volvió hacia su tío, levanto los hombros, negó con la cabeza y añadió—: ¿Qué es lo que tenemos que buscar?

—Sí..., bien... Cualquier elemento que conecte a Thomas Brendon con la historia de *Mornall House* —dijo Wystan, y se acercó a la mesa de trabajo—. Específicamente la leyenda de sir Devon y Etheldred. Allí es donde estarán las respuestas, estoy seguro. —Se volvió para mirar a Thane—. Muchacho, ve afuera y trata de dar con el lugar en el que estuvo enterrado este objeto. —Levantó la caja de plata. La abrió y observó con cuidado el interior forrado de seda—. Y pregunta al resto del personal por cualquier actividad sospechosa; no importa si es mínima o si lo consideran intrascendente; si es extraño, házmelo saber.

—Enseguida, capitán —dijo Thane, y salió disparado del interior de la biblioteca, aliviado de que no lo tuvieran adentro leyendo.

—Y tú, Sybella, busca los antecedentes de *Mornall House*, mientras más viejos mejor. — Sybella asintió con presteza. Wystan se sentó frente a la mesa de trabajo de Thomas Brendon y comenzó a releer la investigación del baronet.

El tiempo pasó extremadamente lento mientras se encontraron encerrados en la biblioteca. El claro cielo matinal se tornó paulatinamente oscuro al avanzar el día; las nubes permearon al mundo y pronto Mornewood volvió a sumirse en la penumbra cenicienta que la caracterizaba. Una ligera lluvia se dejó caer de los cielos al comenzar la tarde y poco después se transformó en un aguacero intenso y helado, a punto de convertirse en aguanieve.

Thane había regresado a la biblioteca cuando el reloj dio las seis de la tarde. Le comunicó a Wystan que el agujero en donde fue hallada la caja había sido rellenado por el servicio de la casa por órdenes del señor Daubney. El muchacho encontró que una parte del jardín se encontraba repleta de agujeros recientemente rellenados, así que le había llevado casi todo el día remover la tierra de todos, sólo para encontrar que no había nada fuera de lo normal en ninguno. Por otra parte, sus indagaciones con los sirvientes habían dado pocos frutos, pues el señor Daubney había prohibido estrictamente al servicio hablar sobre cualquier asunto que alterara los nervios de la

señora. Con todo, Thane había logrado obtener un par de los relatos más o menos interesantes del mecánico y del jardinero, sobre las sombras que merodeaban y los susurros que de vez en cuando se escuchaban en los alrededores de *Mornall House*.

—No puedo creer que no estén dispuestos a cooperar —exclamó Sybella cansada, frotándose los ojos. La pila de libros que se elevaba junto al sillón en donde estaba sentada revelaba sus exhaustivas indagaciones sobre el pasado de la casa. Dos libros descansaban en su regazo, con pedazos de listón a modo de separadores. Sin embargo su investigación no había resultado del todo fructífera, pues algunas de las páginas con información reveladora o que podría resultar trascendente habían sido arrancadas violentamente, en ocasiones hasta capítulos enteros —. Estamos tratando de ayudar a su señora y a su señor, ¡por todos los cielos!

—Ellos no lo ven así, Sybil —dijo Wystan con una cansada sonrisa paterna. Sobre el escritorio se encontraban las libretas con la investigación de Thomas Brendon, algunas de las páginas habían sido dobladas por el profesor para recordar que podían resultar significativas. Sin embargo, hasta el momento las anotaciones del baronet no habían sido del todo satisfactorias; la mayoría de ellas eran pensamientos inconexos y citas crípticas sin sentido alguno. Era casi como si Thomas Brendon se hubiera esforzado exhaustivamente en convertir su investigación en una maraña sin pies ni cabeza, como si hubiera deseado con todo su corazón borrar el rastro de sus averiguaciones. Era como toparse con un muro infranqueable hecho de misterio e intrigas. Wystan era consciente de que allí faltaba una pieza clave.

—Pero estamos tratando de ayudarlos, no de robar sus ovejas y sus aperos..., o lo que sea que consideren de valor en este pueblo alejado de la mano de dios.

—Para ellos las extrañas desapariciones, el malestar de su señora y los misteriosos fantasmas que rondan Mornewood, han sido fenómenos aterradores que desequilibraron sus vidas. Nosotros, extranjeros, no somos sino una agravante al problema. Piénsalo: personas que vienen de la gran ciudad a indagar por aquí y por allá sobre los asuntos de su señora y de su señor. No es la situación más cómoda, para nadie.

—Pero es que es evidente que algo raro está pasando.

—Es difícil afrontar lo desconocido; es complicado plantarle cara a aquello que nos aterra.

—¡Pero no desaparecen personas del pueblo y te quedas así, como si nada, sin hacer algo al respecto! —bramó Sybella exasperada.

—Bueno, pues aquí está Thane, ayudándonos, y él es parte de Mornewood.

El muchacho se encontraba tirado en el centro de la habitación, rodeado de libros. Wystan le

había dado la tarea de buscar algún tipo de mapa o indicios sobre los pozos y túneles bajo Mornewood. Thane había empezado su investigación con bríos, pero después de unos minutos se aburrió y se dedicó a mirar las manecillas del reloj, esperando a que el tiempo avanzara más de prisa, porque estaba fastidiado a muerte. Tenía un pesado volumen sobre el pecho, y cuando lo levantaba y colocaba sus ojos en él, una mueca de dolor se mostraba en su rostro y lo volvía a dejar caer sobre su pecho, abatido.

—Sí, es verdad —exclamó Sybella, mirando al chico—. ¿Y tú qué piensas de todo esto?

Thane, sonriente, miró a Sybella. Un poco de conversación era como un oasis en medio de aquel desierto de palabras y párrafos soporíferos.

—Yo sí creo que está pasando algo raro, señorita Sybella.

—¡Que me digas Sybella, nada más! —bufó Sybella.

—De acuerdo, “Sybella nada más” —respondió Thane y se echó a reír. Después se recompuso y añadió—: Lo siento, es que ya estoy aburrido.

—Déjate de tonterías y dime qué piensas —exclamó Sybella divertida.

—Pues sí que están pasando cosas raras, eso no se puede negar..., pero entiendo a la gente, no es fácil hablar de las cosas que duelen.

—¿Lo ves? —dijo Wystan, volviendo a su lectura.

—Pues es estúpido, estamos intentando resolver este caso —exclamó Sybella, un poco malhumorada—. Al menos podrían mostrar un poco de interés; si fuera por nosotros, podríamos marcharnos, pero no, aquí estamos, luchando hasta el final. Hasta parece que no les importa que sus familiares desaparezcan.

—Sí nos importa... —musitó Tilda, de pie en la entrada de la biblioteca. Cargaba una escudilla con algunos refrigerios, unas tacitas y una tetera de porcelana. El rostro de la mujer estaba sumergido en un pesar demolidor. Sus protuberantes ojos se habían puesto rojos y acuosos, y trataba con todas sus fuerzas de no ponerse a llorar.

—¿Tilda? —musitó Sybella sonrojada, porque sabía que de alguna forma había metido la pata.

Tilda abrió sus incipientes labios y comenzó a temblar. Thane se puso de pie y se acercó a ella a gran velocidad, a tiempo para salvar la bandeja de soltarse de sus manos. Wystan se puso de pie y con una señal de la mirada, le indicó a Sybella que cerrara las puertas de la biblioteca.

La chica se movió con sigilo y se apresuró a cumplir la orden.

—Por favor, Tilda, toma asiento —indicó el profesor con amabilidad.

La sirvienta, un tanto a insegura, así lo hizo.

—No, debería de marcharme... —musitó Tilda alarmada en cuanto su espalda tocó el respaldo, tratando de ponerse de pie. Pero Wystan, con mano firme, la tomó por el hombro y la obligó a sentarse de nuevo.

—Dinos ¿qué sucedió?

Tilda se removió en su asiento. Temblaba y se retorció las delgadas manos con nerviosismo.

—No puedo..., no debería... Mi señora...

—¿Qué sucedió, Tilda? —preguntó de nuevo el profesor. Su mirada de ojos grises estaba clavada en el rostro de la sirvienta. Ésta llena de temor trataba de escapar de aquella mirada penetrante y escrutadora—. ¿Quién desapareció, Tilda? ¡Dinos!

Tilda miró a Thane en busca de ayuda, pero hasta el muchacho la miraba con una curiosidad preocupante. Finalmente, tras soltar un suspiro entrecortado, exclamó:

—M-mi hermana menor, Chelsea..., se marchó... —Y comenzó a sollozar desconsolada.

—¿Se marchó? ¿A dónde? ¿A Barnsley? —preguntó Thane, tristemente esperanzado.

—Desapareció. Se marchó..., al bosque..., con él...

—¿Con quién? —preguntó Sybella, pero Tilda estaba en un estado de abatimiento total y le fue imposible responder.

—Dinos cuándo sucedió, Tilda —dijo Wystan, tratando de ocultar su impaciencia.

—Hace..., hace dos días, cuando él vino...

—¿Quién? —preguntó Sybella de nuevo.

—El señor..., sir Thomas Brendon.

Wystan y Sybella se dedicaron una mirada significativa.

—Fue una terrible noche —comenzó Tilda con débil voz, paseando sus ojos por el suelo alfombrado—. No hacía viento y la oscuridad afuera era total. Mi señora se encontraba en su habitación, alistándose para dormir. Chelsea era su doncella y se encontraba con ella. La señora dijo que mi hermana cambió repentinamente su forma de comportarse; dijo que parecía perturbada

y que se mesaba los cabellos con desesperación. Dijo que la vio palidecer como un cadáver y que después casi se encaramó en la ventana para saltar al jardín. La señora la detuvo y se acercó a la ventana para mirar..., y allí lo vio..., a Sir Thomas Brendon. Estaba en el jardín trasero. La luna se había abierto paso entre las oscuras nubes y desparramaba su roja luz sobre él. —Sybella le dedicó una mirada a su tío, y pudo ver que en el semblante de Wystan se dibujaba una inquietud mortal—. La señora dijo que parecía un actor en un escenario. Fue entonces que lady Ursula comenzó a gritar y a llorar llena de espanto, mientras Chelsea salía corriendo de la habitación. El señor Daubeny y Clive lograron interceptarla cuando ya salía al jardín... Dijeron que estaba fuera de sí, que parecía como si un demonio la hubiera poseído, porque su fuerza era tremenda y gemía como si fuera un animal furioso. Gritaba el nombre del señor con desesperación, gritaba que la dejaran estar con él, que..., que... —Las mejillas de Tilda se sonrojaron—, que lo necesitaba en su interior, en lo más profundo de su carne. Yo llegué cuando la sometían sobre césped..., y lo vi... Era aterrador, lo más aterrador que he visto en mi vida. Era un monstruo. Y entonces la luna relampagueó, y Chelsea comenzó a sangrar. El señor Daubney y Clive miraron horrorizados la sangre en sus manos. Mi hermana se soltó y comenzó a correr en dirección de sir Thomas. Yo grité y fui tras ella... Pero el señor Daubney le indicó a Clive que me detuviera, y así quedé dominada en el suelo. Vi a Chelsea llegar junto a sir Thomas, la vi tomar su mano y sonreírle como si... ¡Oh, Dios! ¡Ella sangraba; no sé por dónde pero sangraba! De-después..., después se marcharon... Se largaron entre las sombras, hacia el bosque... No entiendo... Ellos dos... ¿Cómo es posible? ¡¿Cómo?! —Tilda comenzó a llorar con mayor fuerza, completamente acongojada.

—Tilda... ¿Había alguna relación entre tu hermana y Thomas Brendon? —preguntó Wystan con los ojos entrecerrados—. Y me refiero a una relación más allá de la profesional.

Tilda desvió sus enrojecidos ojos y su labio tembló incontrolable. Miró la puerta y después a Wystan.

—No me haga decirlo; por favor, se lo imploro.

—¡Dime, Tilda! ¡Ahora!

—No... —exclamó Tilda suplicante.

—¡Tilda!

—Ella... ¡Oh, pobre Chelsea! Ella..., ella era amante de sir Thomas... Y yo era su confidente. ¡Oh, Dios! —Tilda volvió a estallar en lágrimas—. Este es nuestro castigo por permitir el pecado. ¡Oh, Dios, oh, Dios! Jamás debí ocultar el diario... ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! ¡Todo esto es mi culpa; toda mi culpa!

—Tranquilízate, mujer —exclamó Thomas, tomando por los hombros a Tilda—. Quieres que ayudemos a tu hermana, ¿cierto? —Tilda, temblorosa como una ramita en medio de un vendaval, asintió—. Dinos de qué diario estás hablando.

—Del diario del señor, el diario de Thomas Brendon. Cuando Chelsea desapareció, creí..., creí que quizá se había fugado con el señor, a pesar del extraño acontecimiento. Y registré su habitación, y encontré el diario... En él estaba anotado que se lo había dado a Chelsea en la noche de su desaparición por si algo le sucedía.

—¿Y en dónde está ese diario? —preguntó Sybella, impaciente.

Tilda jadeó, tratando de contener su tristeza, y finalmente se llevó las temblorosas manos al interior de la pechera de su uniforme de sirvienta. Deshizo un par de costuras y sacó una pequeña libreta encuadernada en cuero. Se la tendió a Wystan.

—Lo oculté porque no quería que la señora se enterara de lo de mi hermana y el señor —dijo Tilda con un hilo de voz.

Wytan tomó el diario y comenzó a hojearlo. Allí estaba la pieza que faltaba.

—¿Por qué no nos habían dicho nada? —preguntó Sybella—. ¿Por qué no nos dijeron que sir Thomas había aparecido hace dos días?

—Creo..., creo que mi señora se siente avergonzada, y el señor Daubney nos prohibió hablar al respecto.

—No creí que te intimidara el señor Daubney.

—No, no lo hace, porque tengo la confianza de mi señora, pero si se confirma que mi hermana hacía lo que hacía... —Tilda calló, sobrepasada por la emoción y el temor—. No..., no quería ver la decepción en los ojos de mi señora al momento de saber que yo había participado en tan despreciable traición. ¡Por favor, no le digan lo que hice!

—No será necesario, Tilda, ¿verdad capitán? —intervino Thane, tomando a la sirvienta por la mano y volviendo el rostro para mirar a Wystan.

—Mientras no se interponga en el camino de nuestra investigación, tu secreto estará a salvo —prometió Wystan.

Tilda asintió, no muy convencida, y bajó la mirada, acongojada.

—¡Ajá! —exclamó Wystan, victorioso. Su dedo señalaba el título en una de las páginas:

La leyenda de sir Devon y lady Etheldred.

Wystan la leyó en voz alta para Sybella, Thane y Tilda. En esta se contaba que hace mucho tiempo, a inicios el siglo XVII, sir Devon Mornall había contraído nupcias con lady Etheldred Durward. Encantado con su nueva esposa, sir Devon había mandado a restaurar *Mornall House* por completo, preparando en especial la habitación matrimonial y la estancia que ocuparía su hijo cuando llegara. Durante un tiempo la felicidad de sir Devon y Etheldred Mornall no tuvo comparación. Etheldred se convirtió en todo su mundo para él. Se decía que ella era tan dulce y amable, que no había persona que no cayera al instante enamorada de su encanto, y que su belleza resplandecía como la primera estrella de la noche, sobre todo en un lugar tan oscuro y desolado como lo eran los páramos de Mornewood. Con su buen talante y su siempre risueña disposición, convenció a su marido de remodelar y ampliar los jardines y de contratar a más gente para el servicio. Bajo su administración la casa siempre estuvo llena. La pareja realizaba grandes fiestas en las que invitaban a poetas y a pintores, a célebres literatos y famosos pensadores. Incluso la villa prosperó como jamás antes se había visto. En Mornewood la vida era buena y resplandeciente. Pero aquel modo de vida tan espléndido y hermoso tenía que llegar a su fin. Y la calamidad llegó cuando Lady Etheldred quedó en cinta. Al principio todos se alegraron, porque un nuevo integrante se uniría a la familia finalmente, pero las cosas no resultaron como se esperaban. Lady Etheldred perdió al niño que cargaba en sus entrañas cuando, caminando por el bosque, cayó en lo profundo de una hondonada. La casa se sumió en una tristeza pesada y terrible. Sir Devon lloró su amarga pérdida, pero fue Etheldred la que pareció hundirse en una congoja irreparable. La pareja intentó tener un nuevo hijo en otras ocasiones, pero el cuerpo de Etheldred desechaba con violencia todos los productos que se alojaban en su vientre. Ella se sumió aún más en la desesperación y la tristeza. Para aliviar su dolor, sir Devon le construyó una fastuosa casa de campo en lo profundo de la espesura del bosque. Durante un tiempo Etheldred se sintió mejor, se refugiaba en su casa de campo y de vez en cuando volvía a sonreír. Pero la tristeza jamás se fue de su vida. Deseaba con desesperación tener un hijo, pero su cuerpo se negaba completamente a darle uno. Sir Devon buscó con desesperación la cura para el mal de su esposa; primero recurrió a la ciencia, pero al no encontrar respuestas satisfactorias en los hombres sabios y cultos, recurrió a las artes místicas, a las fuerzas de la oscuridad... Y fue allí en donde finalmente halló la respuesta para la aflicción de su mujer. La más terrible de las respuestas..., un pacto con el Demonio. Tiempo después Etheldred desapareció misteriosamente. Y fue hallada en los páramos después de algunos meses. Estaba completamente desnuda y sangraba profundamente por tajos realizados en todas las partes de su cuerpo, y murmuraba palabras en un dialecto perverso e incomprensible. Pasaron los días y la señora pareció mejorar su salud, sus mejillas volvieron a tener su color y sus labios adquirieron un tono rojizo brillante. Sin embargo su alma había

cambiado; la pureza y candor que antes había tenido fueron sustituidos por una ira terrible y por una lascivia incontenible. *Mornall House* jamás sería la misma.

Etheldred quedó encinta una vez más. Y la noche que dio a luz fue la noche más espantosa y horrenda que se haya registrado en la tierra, coronada por una horripilante luna escarlata. El niño nació muerto... Nadie se dignó a verlo, nadie quiso saber de él. Fue enterrado sin ceremonia en un monumento levantado en las afueras del bosque, al oeste, mirando a la extensión de los páramos, y junto a él fue sepultada la llave de la casa de campo de la esposa, como símbolo de la muerte de la pureza. La ira de Etheldred se volvió tan peligrosa después de aliviarse, que sir Devon Mornall temió por su propia vida y la de todos los que lo rodeaban. Buscó ayuda de nuevo en materiales profanos, pero encontró todos sus esfuerzos estériles. Así que decidió terminar con el peligro con sus propias manos... El cuerpo de su esposa fue depositado lejos de los ojos de los curiosos, en donde podría descansar tranquilamente sin ser perturbado, allí, en donde la tragedia había comenzado. Sir Devon, atormentado por sus acciones y por el dolor, terminó por quitarse la vida, colgándose en la biblioteca de la casa. Tras el espantoso evento, Mornewood se sumió para siempre en la oscuridad y la decadencia. Y así terminaba la espantosa leyenda de sir Devon y Etheldred Mornall.

Capítulo IX

Sombras y lluvia

Wystan terminó la lectura y se quedó pensativo. Sybella estudiaba con cuidado en su cabeza las palabras que acababa de escuchar y Thane no dejaba de mirar las vigas del techo con una mezcla de horror y macabra curiosidad, preguntándose en cuál de ellas habría pendido el cuerpo de sir Devon Mornall.

El profesor miró entonces a la sirvienta, que lucía completamente horrorizada por lo que acaba de escuchar.

—Lo mejor será que descanses un poco, Tilda —le dijo Wystan, observando el terrible estado nervioso en el que se encontraba la mujer—. No debió ser sencillo confesar la *situación* de tu hermana y sir Thomas Brendon.

Tilda asintió con la mirada perdida, se puso de pie y fue hasta la puerta, acompañada por el solícito Thane. Antes de salir, la sirvienta se detuvo y miró hacia el profesor.

—Señor Wystan, profesor, por favor, ayude a mi hermana. Chelsea necesita regresar conmigo. La amo. Es la única persona que me queda en el mundo. Yo..., no sabría qué hacer sin ella.

—Haremos lo que esté a nuestro alcance, mujer —respondió Wystan con seriedad—. Ahora ve a descansar.

Tilda asintió y enseguida se marchó, desconsolada.

—¿Qué fue lo que hizo sir Devon?! —preguntó Thane desconcertado por la historia, tras regresar al interior de la biblioteca.

—Convirtió a su esposa en un vampiro —respondió Sybella, con el ceño fruncido—. La convirtió en un vampiro para que pudiera tener un hijo.

—¿Eso es posible?! —exclamó Thane horrorizado.

—En algunos casos, con algunas cepas... Sí, lo es. —Sybella miró a su tío preocupada—. Pero la verdadera pregunta es: ¿Con quién hizo el trato sir Devon? ¿Con algún vampiro antiguo? ¿Eso quiere decir que hubo un vampiro antiguo aquí, en Mornewood?

—Hay más de una forma de contagiarse del vampirismo —dijo Wystan, todavía sumido en sus pensamientos—. Hubo un par de detalles en la historia..., detalles que... —Miró a Sybella y le dijo—: Sybil, necesito que vayas a *El madero ardiente* y traigas contigo los polvos Egipcios; me gustaría tenerlos cerca. Están en mi bolsa de viaje. Yo me quedaré a estudiar el diario y a relacionar su información con la investigación de Thomas; sin duda alguna aquí se encuentran algunas de las respuestas que necesitamos. —Wystan levantó el diario y lo agitó ante los ojos de Sybella y Thane. Después se sentó en el escritorio y comenzó con su trabajo.

Sybella le indicó a Thane que la siguiera. Pero antes de que los dos jóvenes llegaran a la puerta, se escuchó la voz de Wystan:

—Y Sybella..., ten mucho cuidado, ¿quieres? —Wystan miraba a su sobrina con un dejo de preocupación en la mirada.

Sybella asintió con gravedad. Y enseguida se marchó junto con Thane.

El frío penetraba hasta lo más hondo de los huesos. El abrigo ajustado que portaba Sybella no era suficiente para soportar las gélidas corrientes del noreste. Las nubes se arremolinaban tumultuosas en los cielos del atardecer y las copas de los árboles eran revueltas por el bullicioso viento, arrojando sobre los chicos las gotas de lluvia que habían permanecido ocultas en las enmarañadas ramas. Anochecería dentro de poco. Los últimos destellos del grisáceo día se perdían en la lejanía de poniente, mientras las sombras entintaban al mundo de manera amenazadora. Todo parecía cubierto por una película que realzaba los azules y los negros. Pronto la oscuridad sería total.

—¡Maldición! —exclamó Thane, mientras atravesaban el lóbrego y húmedo bosque.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —preguntó Sybella sobresaltada, al ver que el muchacho se detenía.

—Olvidé pedirle mi escopeta al señor Daubney.

—No podemos volver, ya casi es de noche y no traemos ninguna luz.

—No te preocupes, yo te protegeré —exclamó Thane, presumiendo su valor.

—No necesito que me protejan —respondió Sybella con una soberbia sonrisa repleta de suficiencia—. Es una suerte que el señor Daubney no me revisara a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo te diré que estamos mucho más seguros que con tu escopeta de doble cañón.

Thane miró a Sybella receloso, pero como la chica había reanudado su andar, se vio en la necesidad de continuar con su camino.

—Y de todos modos, ¿quién eres tú? —preguntó Thane después de un rato—. El capitán fue traído por lady Ursula, y parece saber su negocio. Pero, ¿y tú?

—Soy su sobrina.

—Eso ya lo sé. ¿Para qué te traje? Eso es a lo que me refiero.

—Yo le cuido la espalda.

—¿Al capitán? Parece un hombre que sabe cuidarse solo.

—Él se centra en descubrir el misterio, mientras que yo hago guardia, por decirlo de alguna forma.

—¡Pero eres una mujer! —exclamó Thane divertido.

—¿Y eso qué, cabeza de mierda?! —exclamó Sybella indignada—. ¿Acaso una mujer no puede ser valiente?!

—Claro..., en el interior de su casa o cuando tiene hijos.

—No seas estúpido. Las mujeres han luchado muchas veces en el pasado; las mujeres escandinavas, por ejemplo...

—Sí, sí, sí, claro... Basta, ya, ya, tranquila, para lecciones de historia tengo al profesor Sadler. Mejor dime, ¿cómo fue que llegaste a estar con el capitán?

—“Mejor dime como llegaste a estar con el capitán” —exclamó Sybella imitando a Thane como si este fuera un idiota.

—Oh, ya... Basta —dijo Thane molesto.

—Di que las mujeres también podemos ser valientes —exclamó Sybella malhumorada, y le soltó al muchacho un puñetazo en el brazo.

—¡Ay! —bramó Thane, y miró a Sybella con furia. La chica se estaba riendo burlona. Entonces el muchacho le devolvió el puñetazo al brazo.

—¿Qué demonios te pasa?! —gritó Sybella, sobando se la extremidad adolorida.

—¿Qué te pasa a ti?! —replicó Thane, también masajeando el herido brazo.

Los dos se detuvieron y se miraron unos instantes. Ambos tenían el ceño fruncido y se

observaban con odio; pero enseguida sus muecas se torcieron y comenzaron a reír.

—Me agradas, Thane —dijo la chica afable.

El muchacho realizó la mala imitación de una pomposa reverencia y sonrió.

—Y entonces, ¿cómo conociste al capitán? —preguntó Thane después de reanudar la marcha.

—Ah eso..., bueno, fue hace un par de años, cuando yo tenía quince. Serían ya tres años, me parece. —Sybella trató de ordenar los años en su pasado, pero se embrolló y negó con la cabeza —: La cosa es que cuando yo tenía quince me encontraba estudiando en el Instituto para señoritas Crofton.

—¿Cómo es un instituto?

—¡Es el infierno! Ni te lo imaginas. Te enseñan a cantar y tocar un instrumento, también a cocinar y a caminar con elegancia, y a realizar todo tipo de labores aburridas; en resumen, te transforman en “la señorita perfección”.

—¿Para qué?

—Para que te desenvuelvas en sociedad con propiedad.

—No suena tan mal.

—Para muchas chicas no lo era; hasta les gustaba. Pero para mí era el infierno hecho una realidad. Si algún día me muero y me voy al infierno, allí es a donde voy a parar, al Instituto para señoritas Crofton. —Sybella realizó una graciosa mueca de horror. Thane no pudo evitar reír.

—¿Y qué pasó? —preguntó el muchacho, sonriente.

—Pues pasó que mis papás se murieron.

—Oh, lo siento —exclamó Thane realmente apenado.

—Sí, fue terrible... De pronto ya no había dinero para mis estudios en el instituto, un abogado me dio un poco de dinero para mi sustento y después me echaron a la calle. Yo no tenía a nadie. La fortuna de mis padres fue requisada y a mí no me tocó nada.

—¿Y cómo te las arreglaste?

—Encontré un apartamento a un precio módico en uno de los barrios más deplorables de Londres. Era una verdadera porquería; hay animales que viven mejor de lo que yo vivía entonces.

Aquella fue la época más oscura y terrible de mi vida; pasé hambre y frío. Y a poco... —Sybella suspiró pesarosa, llena de indignación—, a poco estuve de recurrir a mi cuerpo para vivir. —Thane se llevó las manos a la boca, horrorizado. Sybella asintió valientemente y continuó—: No me enorgullece decirlo, para nada, me avergüenza terriblemente, pero no puedo negar la verdad. Por suerte mi tío me encontró y me llevó a vivir con él. Mi vida cambió radicalmente. Y desde entonces le ayudo en su línea de trabajo, luchando contra monstruos y espectros. Hemos ido a muchas partes, a la Europa Continental, a algunas regiones de América del Sur, a Estados Unidos, y hasta una vez fuimos a Estambul y a Egipto. Siempre me dice que hago un trabajo estupendo.

—Y ya en serio ¿qué es exactamente lo que hace tu tío? —preguntó Thane de pronto—. Porque me cuesta un poco de trabajo creer lo que está pasando aquí, la verdad.

Sybella sonrió con cierta condescendencia y negó con la cabeza. Y después, con aire de fingida humildad, añadió:

—Ayudamos a mantener el orden del mundo: Luchamos en contra de lo paranormal.

—¿En serio?

—En serio —respondió Sybella con seriedad y orgullo.

—¿Fantasmas?

—Sí.

—¿Hombres lobo?

—Algunas veces.

—¿Duendes?

—Gnomos y geniecillos también.

—¿Elfos?

—Una vez mi tío dijo que visitó una de sus *ciudades* bajo una colina en Islandia, pero yo no los he visto. A mí me tocó ver a las hadas.

—¿Hadas?! Claro, porque eres mujer —dijo Thane levantando los hombros.

—Las hadas contra las que me enfrenté son las criaturas más terribles que te puedas imaginar —exclamó Sybella con indignación fuertemente marcada en su voz—; después de nuestro encuentro con ellas no pude dormir en dos meses. ¡Dos meses! —El semblante de la chica se ensombreció—. El teniente Padmore no regresó a Londres con nosotros, para tu información.

—Oh, lo lamento.

—No te preocupes, no lo sabías. —Sybella suspiró y más tranquila añadió—: Al final, después de todo, mi tío prácticamente me adoptó, y por eso cambié mi nombre. Antes era Sybella Norwood; ahora soy Hargrave.

—Lo quieres mucho, ¿cierto?

—Es un gran hombre. Y él me quiere a mí mucho, y también adora a mi tía Viola.

—Me habría gustado tener un tío así... —musitó Thane, bajando la mirada. El muchacho no pudo sino pensar en su propio tío desaparecido, borracho y golpeador.

Sybella, entristecida por Thane, le colocó un brazo encima para reconfortarlo. El muchacho sonrió tristemente. Sybella no pudo sino pensar en lo afortunada que había sido su vida tras el revés del Instituto y lo feliz que era ahora.

Y continuaron caminando en dirección de la villa, bajo las gotas que caían de las copas de los árboles.

El chorreante bosque estaba más oscuro que antes. Las copas y las ramas retorcidas impedían ver el cielo con claridad. Las sombras rondaban por entre los arbustos, las raíces y los helechos. La poca luz azulada que lograba atravesar por entre la espesa maleza apenas servía para indicarles el camino.

—No falta mucho, hay que darnos prisa —exclamó Thane, apretando el paso.

—¡Espera! —exclamó Sybella de pronto. La chica se detuvo e inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando un sonido lejano. Su mirada estaba clavada en el sendero delante.

—¿Qué..., qué pasa? —preguntó Thane nervioso, deteniéndose para mirar a la joven.

—Allí —señaló Sybella adelante, con un ligero movimiento de la barbilla.

Una sombra estaba parada a la mitad del sendero. Thane se sobresaltó y dio un par de pasos hacia atrás, espantado. No había visto a aquella persona, y de no ser por Sybella seguramente habría chocado con ella.

—¿Hola? —preguntó Thane, esperando escuchar la voz de alguno de los habitantes de Mornewood. Pero la persona no contestó. Se balanceaba de un lado para otro, como si se tratara de un borracho. Un jadeo acuoso manaba de su pecho.

Thane dio un par de pasos hacia ella, tratando de descubrir de quién se trataba. Pero al ver a la figura desgarbada y silenciosa, algo en su interior se activó, una especie de miedo primitivo que le paralizó el cuerpo.

—Uno de los fantasmas... —musitó Thane, lleno de espanto.

La persona en medio del camino levantó el rostro. La poca luz que se filtraba al interior del bosque reveló pobremente sus rasgos. Thane abrió enormes los ojos y su rostro se transformó en una mueca de terror. Aquella era la cara de su tío. Sin embargo lucía extraña, sumamente extraña, monstruosa; poseía una una expresión de atontamiento, como si se tratara de un imbécil clínico. Las venas se revelaban violetas y exaltadas bajo la pálida y quebradiza piel; las ropas estaban sucias, llenas de sangre seca y desgarradas; y sus miembros lucían largos y flácidos, descansando a los costados del cuerpo, como si no tuviera huesos en su interior. Sin embargo lo más aterrador de su aspecto eran los ojos, completamente blancos, como cubiertos por una pátina lechosa y carnosa; no parecían mirar a nadie, totalmente carentes de expresión y consciencia.

El tío de Thane levantó el brazo y estiró la mano, lenta y cansinamente, como si apenas tuviera fuerzas. Sus dedos eran blancos como la cal, aunque parecían haber estado sepultados en un suelo de tierra negra. No parecía querer hacer mal alguno, por el contrario, parecía vulnerable, frágil e inofensivo. Thane podía apreciar una especie de susurro proviniendo de él, prometiéndole que marcharían al bosque para enseñarle a disparar de nuevo. El muchacho dio un par de pasos hacia adelante, sintiéndose como hipnotizado. De pronto sintió que sus piernas y brazos se engarrotaban, y que su pecho comenzaba a calentarse a una velocidad tremenda, como si entre sus pulmones se encendiera un carbón ardiente. Intentó correr pero su tío, de alguna manera, lo había apresado férreamente sin siquiera tocarlo. Los ojos lo ceñían con una fuerza descomunal; casi podía escuchar proveniente de ellos el murmullo espectral que lo retenía atado al suelo inexplicablemente. La expresión en el rostro del tío se volvió terrible de súbito, revelando unos dientes puntiagudos y cascados. Su rostro se llenó de una furia perversa y delirante, como el de una bestia. El calor en el interior de las costillas de Thane se volvió tremendo, como si alguien soldara sus órganos. Sintió un regusto cobrizo en la garganta y a punto estuvo de soltar un doloroso grito, pero la sangre que ya manaba por su cogote se lo impidió. Unos espumarajos rojos y unas gotas de sangre volaron por los aires y salpicaron el rostro de su tío. Y justo cuando se inclinaba en una arcada para vomitar la sangre..., un fognazo iluminó momentáneamente la escena, seguido de un tremendo estallido. Thane pudo ver que su tío lanzaba un chillido agudo mientras se tambaleaba hacia atrás, llevándose las manos al pecho, de donde caían ascuas de un blanco intenso. Sintió unos dedos que lo aferraron por el cuello de la chaqueta y que lo obligaron a correr.

Sybella asía con una mano a Thane por la chaqueta y con la otra sostenía una pistola automática Colt 1903. La chica no volvió sobre sus pasos, sino que continuó por su camino, en dirección de la villa. Al pasar junto al monstruo le asestó un potente golpe en la cabeza con el mango de la pistola y enseguida le soltó otro disparo al torso, a quemarropa. El tío de Thane cayó de costado entre ascuas blancas, lanzando escalofriantes chillidos y revolviéndose en el suelo como un poseso.

A los lados del camino, sombras se removieron violentamente. Chillidos espantosos manaron de entre los árboles y los arbustos. Cuerpos cayeron de las copas y de la maleza. Lanzaban sus manos desesperadas para aferrar a los dos jóvenes. Mientras corría, Sybella se daba una media vuelta de vez en cuando para soltar un par de disparos a sus perseguidores. Los fognazos le permitían ver a cinco o seis de esas criaturas, de pieles pálidas y ojos lechosos corriendo tras ellos como animales rabiosos. Las balas pasaban silbando y se perdían en la inmensidad de las tinieblas. Algunas de ellas daban en su objetivo y explotaban en brasas blancas las pieles de los perseguidores. Los gritos desgarradores resonaban espantosamente, como si de animales en el matadero se tratara.

Thane corría tan rápido como podía. De vez en cuando escupía chorros de sangre que le empapaban el pecho de la camisa. El corazón le dolía en punzadas lacerantes. Sentía que sus brazos y piernas eran de hierro, atacadas de repente por diminutos y constantes calambres. Era incapaz de volver el rostro, pero podía escuchar cada vez más cerca los chillidos grasientos y entrecortados de los monstruos que los perseguían.

—¡Corre, Thane, corre! —gritaba Sybella entre disparo y disparo.

El muchacho estaba a punto de caer desfallecido. El dolor era demasiado. Aquello que le había hecho su tío le trastornó el cuerpo realmente. Sus palmas sudaban y sus cejas chorreaban un sudor caliente y pastoso.

De pronto salieron del bosque y se encontraron descendiendo a toda velocidad por la suave pendiente hacia Mornewood. Thane dio un paso en falso y resbaló en el lodo del camino. Cayó de bruces y rodó por el suelo. Soltó un chillido y trató de ponerse de pie, pero volvió a caer, lastimándose la muñeca izquierda. Levantó la vista hacia el bosque, esperando ver a la manada de monstruos arrojándose sobre él, pero en su lugar vio a Sybella, entre él y la criatura que alguna vez había sido su tío, Harold Rowbottom. La chica apuntaba decidida, con el arma en las dos manos. El monstruo respiraba dificultosamente, soltando de su nariz volutas de vapor. Fuera del bosque resultaba evidente que aquel hombre era una bestia. Sus ojos eran más grandes que los humanos, así como los dedos de sus manos. La prominencia de sus dientes destacaba, emergiendo

como si tuviera una especie de alfilerero atestado en la boca. Temblaba violentamente, como si fuera presa de un acceso de fiebre sumamente violento, y espumarajos sanguinolentos caían por su jadeante boca. El agujero que tenía en el cuello rezumaba una especie de líquido púrpura, negro en medio de la noche. Sus ojos, desesperados, fueron de Sybella a Thane y después a la punta del arma de la chica.

—¡Inténtalo, malnacido! —bramó Sybella llena de furia— ¡Te reto a que lo intentes! ¡Te pido que lo intentes, maldita mierda podrida!

La criatura sopesó sus oportunidades. Entonces, más temblorosa que antes, lanzó un rugido agudo, lleno de frustración, y salió corriendo hacia la espesura del bosque. Poco después, todo era silencio.

Sybella soltó un enorme suspiro, acompañado de una voluta de vapor, y bajó el arma.

—Ca-casi n-nos at-atrapa... —logró articular Thane completamente horrorizado. Estaba tirado en el suelo. Su cara estaba pálida como la cera y salpicada de barro y sangre. El muchacho apenas podía creer lo que acababa de atestiguar. Hasta ese momento, pensó que lo que el profesor Hargrave perseguía no era otra cosa que ensoñaciones y fantasías. Quería ayudar al profesor, en verdad quería, pero siempre creyó que pronto se descubriría que los vampiros no eran sino ladrones o personas con algún mal común, como la rabia. Pero aquello que había visto en el bosque no era nada parecido a la rabia o a los salteadores. Aquello era pura maldad. Trató de hablar de nuevo, pero de su boca sólo emergió—: Cas-si..., casi..., n-nos at-atrapa...

—Sí..., menos mal que no se enteró que se me habían terminado las balas, ¿eh? —respondió Sybella con una sonrisa trémula. Thane frunció el rostro, incrédulo y aterrorizado. Sybella lo ayudó a ponerse de pie y añadió—: Bueno, mira el lado bueno: ya sabemos quiénes son los fantasmas de Mornewood.

Thane bufó, descompuesto y perturbado. Y se dirigieron a Mornewood, mientras una gotitas de agua volvían a precipitarse desde los cielos.

Wystan dejó el diario sobre la mesa de trabajo y se frotó los ojos con los dedos pulgar e índice. Estaba cansado. Después miró la ventana —la lluvia volvía a caer con fuerza— y finalmente el reloj. Eran las once de la noche. Seguramente Sybella y Thane se habrían refugiado de la lluvia en *El madero ardiente* y no regresarían hasta mañana.

—¿Tiene hambre? Después de todo, declinó nuestra invitación para la cena.

Wystan se volvió y vio a lady Ursula. Ésta se encontraba de pie en la entrada de la biblioteca. La mujer, más frágil y pálida que nunca, miraba el suelo de madera como una chiquilla regañada.

—Puedo..., puedo hacer que le traigan algo... —dijo lady Ursula con nerviosismo—. Tal vez un poco de jamón o algunos biscochos. Lo que usted desee..., cualquier cosa.

—Es muy amable, pero no tengo hambre. Muchas gracias.

—¿Se quedará a dormir? Mandé a Gretta a que preparara una habitación..., en caso de que... Si quiere quedarse a dormir, desde luego... Si no, puedo mandar a Clive con usted, para que lo lleve a la villa en el automóvil.

—Si usted me ofrece una habitación, con gusto dormiré aquí —respondió Wystan tranquilamente.

—Bien, le diré a Gretta que le muestre la habitación en, ¿media hora?

—Estaría bien.

—O..., o puedo mostrársela ahora mismo —añadió lady Ursula, con las mejillas encendidas.

—En media hora estará bien —respondió Wystan gentilmente.

—Sí..., claro... Disculpe, yo... Me retiro. —Y lady Ursula salió rápidamente, con la cabeza gacha y aferrando sus codos.

Gretta, una pequeña y rechoncha sirvienta, llegó media hora después para llevar a Wystan a su habitación. Subieron las escaleras, recorrieron los oscurecidos pasillos y las sombrías habitaciones. Se cruzaron con un par de personas del servicio, pero en general la casa parecía estar invadida por una atmósfera de completa soledad. El único ruido que rompía con la serenidad del silencio nocturno era la lluvia repiqueteando contra los cristales de la mansión. Finalmente llegaron a la habitación que ocuparía Wystan. Era espaciosa y estaban forradas sus paredes con viejos tapices de pardas figuras y oscuros colores. La cama en el centro era amplia, provista de dosel y con grandes almohadones de plumas. El piso estaba alfombrado y había algunos muebles de madera negra, muy antiguos y robustos. La sirvienta se marchó y Wystan se quedó en soledad, con la lluvia de fuera como la única compañera. No tardó en meterse en la cama, a esperar a que el sueño lo invadiera.

Recostado pensaba en Sybella y en Thane, en que esperaba que la joven no cometiera la imprudencia de regresar a la mansión en la mitad de la noche y bajo esa terrible y helada lluvia.

Quién sabe qué bestias podrían estar ocultándose en el bosque. Después su mente divagó hasta encontrarse con el detalle de la historia de sir Devon y lady Etheldred Mornall que más lo inquieto: La luna escarlata. Había visto ese detalle algunas ocasiones en el pasado, pero sólo en unas cuantas había sido el signo de la mismísima maldad, y en una de esas ocasiones había tenido consecuencias realmente fatales: El extraño suceso de las hadas de Oldbury. Pero no podía ser, simplemente era imposible que ambos casos tuvieran relación... Aunque también estaba el detalle de la vibración... Esa maldita vibración. Si así era, entonces se encontraban en un gran peligro..., y ante una gran oportunidad. Sin embargo el sueño ya empezaba a reposar sobre su mente, impidiéndole ver con claridad los elementos que analizaba en su cabeza. Ya mañana, con sus anotaciones en mano y la mente despejada, podría empezar a realizar un par de comparaciones, para descubrir, seguramente, que no había correspondencia alguna entre ambos casos. Después su mente levitó hasta encontrarse con el recuerdo de su esposa, Viola. Pensó en lo mucho que extrañaba su olor y la calidez de su cuerpo. Notó cuánta falta le hacía y lo mucho que echaba de menos el sonido de su voz y el hermoso color de sus ojos, la característica que más amaba en ella. Deseó tenerla a su lado en ese instante y poder abrazarla, hundir su nariz en su cuello y tocar su suave piel.

Y Wystan comenzó a perderse en los recovecos placenteros del sueño.

Repentinamente la puerta chirrió en la oscuridad de la habitación, abriéndose y cerrándose con suavidad. Wystan no se movió, pero al instante el sueño se marchó y sus sentidos se agudizaron. Escuchó los pies arrastrándose lenta y sigilosamente por la alfombra. Las cortinas del dosel se descorrieron perezosamente. La débil luz de la diminuta lámpara reveló los delicados detalles del rostro de lady Ursula. Lucía triste y débil, como una flor etérea en su camisón de seda.

—¿Lady Ursula...? —musitó Wystan.

La mujer dejó la lámpara en una mesita de noche y la apagó. Wystan sintió que la mujer trepaba en la cama y que se metía bajo las mantas junto a él. Lady Ursula tomó la mano del profesor y la llevó hasta su rostro. Colocó las puntas de los dedos en sus labios y después en su mejilla.

—Mi señora, esto es sumamente peculiar... —susurró Wystan, extrañado.

—Por favor... —masculló ella, acercándose hasta encontrar con sus labios los de Wystan. El beso fue tierno y cálido, aunque casi inexistente. Ella era como un soplo de viento, casi inmaterial. Cada gesto y cada movimiento parecían ser los últimos de su existencia—. Sólo por esta noche..., por favor... —musitó, llevando la mano de Wystan por debajo del camisón, primero a su torso y después a su pecho. Wystan pudo sentir la dócil piel contra su palma, los minúsculos

senos y los pezones erectos. El corazón de lady Ursula retumbaba con fuerza dentro de su cuerpo, una marcha lenta y fúnebre pero poderosa y seductora.

Wystan intentó reprochar, pero sus palabras se cortaron cuando lady Ursula bajó su propia mano con rapidez hasta la entrepierna de él. Y volvió a besarlo, esta vez con mayor pasión, casi hasta el punto de quebrarse a sí misma. Fue entonces que Wystan aferró su mano con fuerza y la separó de sí lo más gentil que fue capaz.

—Abrázame, por favor y no me dejes ir, por favor... —murmuró lady Ursula entristecida, casi al borde de las lágrimas—. Dejemos que los inmateriales fantasmas se marchen y no atormenten nuestro sueño, comparado al de la muerte... Sólo por esta noche... Protégeme, protégeme como él no pudo... Quédate a mi lado por esta noche. Por favor.

Wystan negó suavemente con la cabeza. Los ojos de lady Ursula estaban empañados por las lágrimas y la vergüenza del inminente rechazo.

—La protegeré, mi señora, pero no así..., no de esta forma.

—Pero yo te necesito ahora... —respondió lady Ursula, con lágrimas cayendo por sus mejillas. Se llevó las manos al rostro y rompió a llorar—. Sentí celos..., cuando se la llevó a ella y no a mí. ¡Soy un monstruo! ¡Soy un monstruo! ¡Sentí celos, por Dios sentí celos! —Las miradas se encontraron a través del velo de la noche. Las gotas de agua repiqueteaban fatigadas en las ventanas—. Yo..., yo sabía..., lo de mi marido y lo de Chelsea... ¿Por qué me rechazó? ¿Por qué a ella y no a mí? ¿Me odiaba tanto como para hacerme esto? ¿Qué error encontró en mí? ¡Oh, por Dios, la vergüenza!

—No era culpa —dijo Wystan en tono bajo pero reconfortante—; fue el egoísmo de él el que la lastimó de esta forma, comprenda.

—Pero yo lo amaba... —Lady Ursula miró a Wystan, suplicante—. Lo amo..., todavía.

—Pero él no, y tiene que escapar de él, no dejarse caer en sus garras.

—Pero yo...

—El amor es una maldición y una bendición; dolor y placer... Todo al mismo tiempo, y no sólo uno de ellos.

Lady Ursula cayó sobre Wystan y se abrazó a él, llorando de manera incontrolable, rezumando el terrible y venenoso dolor que embargaba su corazón. Ambos se quedaron abrazados un tiempo. Poco después lady Ursula descendió de la cama y se marchó hacia la puerta; al abrirse, el brillo de la lámpara logró definir los rasgos del señor Daubney durante unos instantes,

aguardando a su señora. El sirviente miró a Wystan y, con un dejo de agradecimiento en su adusta mirada, asintió lacónicamente.

La puerta se cerró. La lluvia parecía deslavar el mundo alrededor de la casa. Después, sólo oscuridad.

Capítulo X

La hondonada

A la mañana siguiente, Sybella y Thane llegaron a *Mornall House* cuando la luz del día despuntaba entre las pesadas brumas que dominaban al mundo. Cuando se presentaron en la puerta de la mansión, Tilda los recibió de buen ánimo y los invitó al refectorio de los sirvientes para desayunar gachas de avena. Platicando con Gretta, Clive y algunos de los otros sirvientes, el tiempo pasó rápida y agradablemente. Poco después los dos jóvenes se encontraron con Wystan en el comedor de la mansión, en donde éste desayunaba tranquilamente. Sybella portaba un morral de lona y Thane se había cambiado por completo de atuendo.

—¿Qué tal te fue anoche, tío? —preguntó Sybella, sentándose en la gran mesa— ¿Alguna curiosidad interesante?

—Sugestiva, principalmente —dijo Wystan, llevándose la tasa de té a los labios—, pero intrascendente al final.

—Porque nosotros descubrimos quiénes son los misteriosos fantasmas de Mornewood, ¿verdad, Thane?

Sybella se volvió a mirar a Thane. El muchacho, incomprensiblemente, lucía más rozagante y despabilado que antes.

—Así es, capitán, descubrimos que los fantasmas... —comenzó Thane con emoción.

—Son los pobladores desaparecidos de Mornewood —completó Wystan con una sonrisa, y después le dio una mordida a su tostada con jalea.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sybella desconcertada.

—Lo vi venir a millas de distancia —respondió Wystan de buen humor—. Además, correlacioné la información del diario con algunas de las páginas que habías marcado en tu investigación de los antecedentes de la casa, así como con la investigación de sir Thomas Brendon. Fue bastante simple, realmente, y después deduje que esos fantasmas no podían ser sino los pobladores desaparecidos, infectados de vampirismo por el mismísimo Thomas Brendon.

Sybella y Thane se miraron sorprendidos.

—Ayer vimos a uno, a mi tío —dijo Thane finalmente.

—Y cerca de seis más —añadió Sybella—. Nos persiguieron por el bosque. El tío de Thane intentó sorberle la sangre.

—¡Fue espantoso! ¡Lo más aterrador que he vivido! —Thane perdió un poco el color al recordar el extraordinario suceso.

—¿Y aun así estás dispuesto a ayudarnos, Thane? —preguntó Wystan interesado.

—Más que nunca, capitán —respondió Thane, valientemente.

—Curioso que digas que “intentó” robarte la sangre y no que sorbió o que te succionó la sangre ¿Cómo fue intentó robarte la sangre? —preguntó Wystan lleno de curiosidad.

Thane levantó los hombros algo confundido.

—No lo sé... Parecía... Era como si... De repente comencé a vomitar mi sangre.

—No se acercó para nada —observó Sybella, frunciendo el ceño—. Pero cuando llegamos a *El madero ardiente*, Thane estaba escurriendo sangre por todas partes. Su ropa parecía teñida con sangre.

—En la noche me dolía el pecho y me torcí la muñeca —exclamó Thane exaltado—, pero hoy, cuando desperté, me sentía mejor que ayer. No lo entiendo.

—Es el *beso del vampiro*, muchacho —indicó Wystan. Thane miró extrañado al profesor. Éste dio otro sorbo a su taza de té, se limpió los labios con la servilleta y enseguida añadió—: Algunos tipos de *vampir* extraen la sangre de sus víctimas y a cambio, mientras el proceso dura, son capaces de brindar un periodo de *recuperación*, en donde los males mortales se esfuman y el cuerpo se recupera de cualquier dolencia de manera casi milagrosa. Este proceso puede durar días, pero al final, cuando el no-muerto está por finalizar a su víctima, toda la energía recobrada termina por tornarse en un decaimiento profundo, después sobreviene el colapso biológico y, consecuentemente, la transformación.

—¿Eso quiere decir que voy a morir? —preguntó Thane, con el rostro descompuesto y pálido.

—Quiere decir que tu tío tratará de regresar por ti, y de transformarte en una de esas criaturas. Tenemos que evitarlo. —Wystan colocó su mano sobre el hombro del muchacho para tranquilizarlo. Thane asintió, algo nervioso.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Sybella, robando una tostada del desayuno de su tío.

—Según mis lecturas del diario, primero deberemos ir a donde “la tragedia comenzó” — contestó Wystan, ofreciendo el platito con jalea a su sobrina. Después bebió de su taza de con tranquilidad y añadió—: Y veremos qué sacamos una vez hallamos registrado el lugar.

—¿Y en dónde es eso? —preguntó Thane.

—La Hondonada de la Bruja, me parece que la llaman. ¿Sabes en dónde está?

—Sí, capitán, todo el mundo sabe en dónde está..., pero a nadie le gusta ir allí. Es un lugar maldito.

—Y me parece que ahora sabemos por qué —agregó Wystan, limpiándose los labios con la servilleta. Miró a su sobrina y añadió—: ¿Trajiste lo que te pedí?

Sybella sonrió y sacó de su morral un diminuto estuche de madera de sicomoro barnizado, muy parecido a una polvera. Lo colocó sobre la mesa y lo deslizó hasta dejarlo al alcance de su tío. El profesor sonrió, asintió y se la guardó rápidamente en el abrigo.

Lady Ursula no estuvo presente cuando dejaron la mansión; el señor Daubney alegó que la tormentosa lluvia de anoche había terminado por alterar su nerviosa condición y que la había postrado en cama. Así que partieron hacia el bosque, en dirección del este.

La neblina no se levantó durante el resto del día, las espirales vaporosas emergían de entre los árboles como espectros flotantes carentes de forma. Cuando llegaron a las cercanías de la Hondonada de la Bruja, alrededor del mediodía, el cielo continuaba cubierto por espesos nubarrones y la niebla parecía haberse vuelto todavía más densa.

Wystan llevaba el diario de Thomas Brendon en el bolsillo de la chaqueta, Sybella cargaba con su bolso de lona y Thane había obtenido de nuevo su morral y su escopeta del señor Daubney, por lo que se le veía más decidido, aunque ciertamente nervioso.

—Entonces, ¿no me voy a convertir en vampiro? —preguntó Thane por enésima vez.

—¡Ya te dije que no! —bramó Sybella, exasperada.

—Pero entonces cómo explicas que me siento bien... Cómo explicas lo del beso del vampiro.

—Mira, sí, es verdad, tu tío colocó sobre ti una marca de sangre; pero no te contagió, porque no se acercó a ti, no te mordió y no te dio su sangre. Estás bien, totalmente bien. —Sybella bufó desesperada y añadió—: Considéralo como una bendición... —Sonrió perversamente y

agregó—: Hasta que tu tío venga por ti de nuevo.

Thane palideció por completo.

—¡Sybella! —la reprendió Wystan.

—Tenía que decirlo; es que ya me harté, tío —dijo Sybella entre carcajadas, mirando el semblante aterrado de Thane.

—Y tú, Thane, deja de preocuparte, de momento te encuentras perfectamente sano.

—De acuerdo, capitán —exclamó Thane, no muy convencido y tratando de afrontar sus temores.

Finalmente llegaron a la entrada de la hondonada. Wystan observó el terreno. La lluvia había borrado la mayor parte de las huellas, pero la gran experiencia del profesor como rastreador durante la guerra en el África le revelaba que se había llevado a cabo una pelea de algún tipo en el lugar. Partes de tierra habían sido removidas y surcos se mostraban en el suelo, como si hubieran arrastrado a alguien. Ése alguien había conseguido liberarse y...

—¡Oh, por Dios! —exclamó Sybella, señalando el brazo podrido que yacía bajo una capa de hojas, barro y ramas—. ¡Es el brazo izquierdo de alguien!

—El brazo de Thomas Brendon... —musitó Wystan.

Sybella se levantó la falda y extrajo de una cartuchera atada a su muslo su pistola automática. Thane, sonrojado, desvió la mirada al ver las medias de Sybella.

—No, no es necesario, de momento —aclaró Wystan, hincándose para examinar con cuidado el miembro cercenado—. Según los relatos de lady Ursula y de Tilda, a sir Thomas ya le faltaba el brazo izquierdo cuando apareció en *Mornall House*; lo que quiere decir que fue aquí donde lo perdió.

Wystan sacó un pañuelo del interior de su chaqueta y con él tomó la extremidad. Estaba en estado de descomposición bastante avanzado, y resultaba evidente que había sido roto por una fuerza pulverizadora, para después ser cercenado por un afilado instrumento, que hallaron a pocos pasos de distancia, bajo unas zarzas. El hacha tenía sangre seca en el mango y en partes de la hoja.

Dejaron el brazo en su lugar y después marcharon al interior de la hondonada. Las paredes eran altas y de piedra. Wystan examinó la escena y concluyó que también allí había habido lucha. En el fondo del lugar se encontraba un capuchón de roca a cuyos pies se podía apreciar el foso que sir Thomas Brendon y sus hombres habían abierto. Varios instrumentos de trabajo como palas,

zapapicos y azadones estaban regados cerca de la fosa. También se encontraba una costosa pipa de caoba pisoteada y casi enterrada en el barro. En el interior del agujero, de cerca de siete pies de profundidad, se encontraba un ataúd y su tapa. Ésta había sido reforzada con ciento veinte clavos de hierro y el ataúd asegurado con pesadas cadenas de acero, cerradas con tres robustos candados de plata que yacían en el fondo.

Wystan descendió al foso para examinar de cerca los restos. Junto al ataúd, en el suelo, estaba una llave de plata. La levantó y la examinó a la pobre luz cenicienta del día. Era enorme y sumamente recargada en sus detalles.

—La llave encerrada en la caja que encontramos en el escritorio de sir Thomas Brendon — exclamó Wystan. Y enseguida la guardó en su bolsillo.

—¿Cómo supo sir Thomas Brendon en dónde encontrar la caja en el jardín? —preguntó Sybella.

—Por la leyenda, seguramente. Sir Devon reconstruyó el jardín de *Mornall House* para Etheldred, cuando su época más feliz. No es de extrañarse que Thomas, acertadamente, creyera que la llave que guardaba a la esposa fuera sepultada en un lugar tan simbólico. La desenterró y después vino a este lugar sacrílego a perturbar los restos de Etheldred.

—¿Y cómo supo que Etheldred estaba aquí?

—Según el diario de Thomas Brendon, Etheldred no estaba enterrada en el cementerio de la parroquia. ¿Y por qué habría de estarlo? Después de todo, seguramente sir Devon Mornall creyó que la maldad que se había apoderado de su mujer le impediría descansar en suelo consagrado. Así que la enterró aquí, en donde la tragedia había comenzado.

—Desde niños nos advierten que no vengamos para acá —señaló Thane, observando con miedo reverencial el gran capuchón de roca—. Dicen que se pueden escuchar los gritos de las brujas cuando el bosque está silencioso.

—No, muchacho, de brujas no —dijo Wystan, señalando con la barbilla el interior del ataúd y la tapa. En la cara de ésta última se podían observar múltiples arañazos, como si alguien se hubiera acabado las uñas en la madera tratando de salir—. Los candados de plata consagrada le impidieron escapar, y durante años estuvo encerrada en su interior, muriendo de hambre y descendiendo en la locura.

—¿Etheldred?! —exclamaron al unísono Sybella y Thane.

—¿Etheldred estaba viva? ¿Enterrada viva? —preguntó Sybella incrédula.

—Me temo que encontramos a nuestro *no-muerto de origen*. —Wystan miró los restos desgarrados y avejentados de la antigua capa de seda—. Al parecer, Etheldred convirtió a Thomas en no-muerto, y éste transforma para ella a las gentes de Mornewood.

—Misterio resuelto... —susurró Thane, observando con la mirada perdida los rasguños en la tapa e imaginando el horror de estar enterrado vivo.

—Pero caso más abierto que nunca... —exclamó Sybella.

—Así es, mi querida Sybil —dijo Wystan, saliendo trabajosamente del agujero. Se quitó la tierra de los pantalones con un par de golpecillos de las palmas de sus manos y añadió—: Ahora tenemos que hallar su madriguera y destruirla.

—¿Y en dónde encontraremos su madriguera? —preguntó Thane.

—La casa de campo —se escuchó una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron al instante. Sybella apuntó con su pistola automática, Thane con su escopeta y Wystan se llevó la mano al interior de la chaqueta.

Tilda levantó una de sus manos y palideció, asustada. Llevaba al brazo una pesada canasta y cubría su espalda y cabeza con una capa roja.

—¿Tilda? —exclamó Sybella, extrañada y aliviada, bajando el arma.

—Voy a tener que ponerte un cascabel, mujer —exclamó Wystan irritado.

—Ya tengo uno —dijo Tilda con una sonrisa tímida, haciendo sonar las llaves que pendían de su cadera—. Me mandó la señora, lady Ursula..., con el almuerzo. —Levantó la canasta que colgaba de su brazo.

—¿Y por qué a ti? —preguntó Sybella.

—Soy de su total confianza —respondió Tilda con una sonrisa trémula, algo avergonzada. Sybella la miró inquisitivamente. La sirvienta bajó la mirada y añadió—: Y quería ayudar..., en lo que pudiera, por mi hermana.

Sybella asintió, meditabunda, y enseguida preguntó:

—¿Por qué dijiste que la casa de campo?

—Por la historia..., la leyenda. Si esa no-muerta necesita un lugar para descansar, el lugar que seguro preferiría sería el de su casa de campo, ¿no? Allí se la vivía alejada de las personas, y era feliz.

Sybella y Thane miraron a Wystan para confirmar.

—Sería un buen lugar para comenzar —concordó Wystan.

—¿Y qué hay de los túneles? —preguntó Sybella.

—Bueno, si quieres bajar a explorar una red de túneles en las tinieblas, sin ningún tipo de mapa o guía, eres libre de hacerlo —dijo Wystan con tono de sorna—. Pero considero que agotar las posibilidades que no nos pongan en desventaja estratégica es una mejor opción, ¿qué dices?

—De acuerdo... —exclamó Sybella, suspirando con exasperación.

—Así que vamos hacia el oeste —dijo Wystan puntual.

—¿Al oeste? —preguntó Sybella.

—Capitán, es hacia el norte —exclamó Thane al instante—, hacia lo profundo del bosque, así decía en la historia.

—Pero también decía —dijo Tilda pensativa, mirando el suelo—, que la llave de la casa de campo fue sepultada con el hijo de sir Devon y lady Etheldred. —Levantó la vista y vio al profesor, para confirmar su suposición. Éste asintió, satisfecho.

—Y la tumba de su hijo estaba, ¿en dónde? —preguntó Sybella.

—En el oeste, mirando hacia los páramos —añadió Tilda.

—Exacto —dijo Wystan—. Tienes buena memoria, mujer.

—En mi posición en la casa es una habilidad necesaria —respondió Tilda humildemente—; pero no es tan buena, realmente.

Wystan tomó una de las palas regadas en el suelo y Thane un zapapico, y pronto dejaron la Hondonada de la Bruja, envueltos en la incertidumbre mística de la niebla.

Capítulo XI

El túmulo solitario

Cuando llegaron hasta el extremo occidental del bosque, el día ya descendía en el ocaso. Con el manto brumoso que cubría los cielos no dispondrían de muchas horas de luz, así que tendrían que apresurarse.

El bosque cesaba de golpe, dando paso a los extensos páramos que se extendían ondulantes hasta perderse de vista. Entre el césped gris emergían acumulaciones rocosas de gran blancura y antigüedad. Las nubes vaporosas que recorrían las llanuras se movían siguiendo el ritmo del silbante viento, marchando lentamente como etéreos mantos sedosos.

Tilda cantaba con su melodiosa voz una tonadita cuya letra inventaba al momento. La lobretez del páramo desentonaba tremendamente con el ánimo de la mujer, que parecía dirigirse a un día de campo y no a exhumar los antiguos restos de un neonato.

Al llegar al linde, el túmulo del hijo de sir Devon se mostró a la distancia, un poco hacia el norte. Se trataba de un monumento pequeño, de piedra de cantera. Se encontraba en lo alto de una suave colina y estaba coronado por la estatua de lo que antiguamente había sido un hermoso ángel. Las facciones del angélico ser habían sido borradas por la inclemencia del clima, y sus alas estaban partidas, perdidas hacía muchos años en los recovecos del tiempo. La figura, sin rostro y desprovista de su antigua gracia, lucía espantosa, con su semblante carente de expresión y condenada al sufrimiento de su incompleta estampa. Parecía como una criatura divina esclavizada, transformada en un monstruo por la vileza de la mortalidad decadente que la rodeaba.

Se aproximaron al solitario túmulo y sin dudar comenzaron a cavar en el suelo. La luminiscencia del cielo empezó a descender rápidamente. Wystan, Thane y Sybella se turnaron con las herramientas para terminar el trabajo. Cuando finalmente dieron con el pequeño ataúd, apenas tenían unos minutos de luz a su disposición. Con la ayuda de la pala rompieron el candado de plata que cerraba el pequeño féretro. Las miradas buscaron curiosas el contenido, cuando Wystan abrió lentamente la tapa. Y allí estaba, el hijo de sir Devon y lady Etheldred Mornall. Tilda desvió la mirada, horrorizada; Thane contuvo la arcada que amenazó con hacerlo vomitar violentamente; y Sybella frunció el rostro, llena de repugnancia. Wystan fue el único que estudió la escena con sumo cuidado, observando más allá de las ropas deshechas, la piel desecada y los amarillentos huesos diminutos. El hijo de los Mornall había resultado un monstruo; mucho más

parecido a una bestia que a un humano. Poseía una cabeza demasiado grande, con unas cuencas para los ojos gigantescas, y unos dienteillos desarrollados y puntiagudos. Sus manos portaban tres dedos terminados en garras, y la parte inferior de su cuerpo mostraba, en lugar de piernas, una especie de cola alargada, como la de una serpiente. En la espalda se hallaban dos muñones, como si la criatura hubiera desarrollado los brotes de lo que después se transformaría en un par de alas. ¡Y no había nacido muerto! De alguna manera ese engendro proveniente de las entrañas de Etheldred Mornall había respirado el aire de los páramos de Mornewood. En la parte frontal del cráneo podía verse el potente golpe que le había arrancado la vida al nacer, seguramente asestado por su padre.

Wystan estiró la mano, pero se detuvo enseguida, cuando notó por el rabillo del ojo a la figura a la distancia que caminaba lánguidamente sobre la hierba de los cenicientos páramos. Volvió el rostro para mirar con claridad al recién llegado. Sybella, Thane y Tilda dirigieron sus rostros para hallar lo que había captado la atención del profesor.

Una mujer caminaba hacia ellos con paso afligido, envuelta en un pesado manto escarlata. Sus rojos cabellos eran removidos en oleadas de fuego intenso por el viento que surcaba la llanura. Resultaba evidente que bajo el pesado manto no portaba prenda alguna, ya que sus piernas sobresalían completamente desnudas en su lento y entristecido andar. La mujer llegó al pie de la colina y ascendió flemáticamente hasta llegar a un par de metros de la tumba. Durante unos instantes se quedó mirando con curiosidad y, hasta cierto punto, miedo. Tilda quedó horrorizada al ver el extraño aspecto de los ojos de la mujer, que eran totalmente negros, con el iris de un rojo ígneo y brillante. El rostro, por otro lado, era lo más hermoso que cualquiera de ellos hubiera visto, con unos pómulos delicados y unos suculentos labios encarnados que contrastaban con su blanca piel. Era como mirar a un exuberante y místico asfódelo.

La mujer levantó su delicada mano con pausados movimientos, emergiendo de su manto como un hálito incorpóreo. Sus ojos se clavaron en el monumento profanado, en el ataúd transgredido y en las herramientas que portaban Wystan y los suyos, y su bello rostro se frunció en una mueca de dolor, dejando correr por sus mejillas pesadas lágrimas de sangre.

—¿Por qué...? —gritó la mujer, mientras las nubes en los cielos comenzaban a encarnarse y a revolverse violentamente—. ¡¿Por qué han lastimado la santidad del sepulcro de la criatura?! ¡¿Qué pecado perpetró el inocente para ser objeto de la más terrible de las execraciones humanas?! —Su voz sonaba como el retumbar del trueno, incrementándose en intensidad al mismo tiempo que la titnura roja que comenzaban a elevarse espectral en los páramos. Y terriblemente acongojada añadió—: ¡Malditos! ¡Malditos sean sus nombres y sus lares! Maldita la hora en la que profanaron el corazón sangrante de mi pecho; maldita su estirpe procedente de las regiones

más recónditas del Erebo. —Miró a los cielos, que habían comenzado a abrirse para revelar un resplandor rojizo y feroz, y doliente exclamó—: ¡Mi pobre bebé! ¡Inocente y libre de toda culpa! ¡Mi hijo!

Sybella, Thane y Tilda se miraron estupefactos. ¡Era Etheldred Mornall!

—Señora, no era nuestra inten... —intentó decir Thane para disculparse. Pero los ojos de la mujer lo fulminaron como si se tratara de un relámpago destructor. Las brumas se revolvieron de golpe y las nubes se abrieron en un monstruoso movimiento, acompañadas de un estruendo infernal, como si sonaran las trompetas del Final de los Días. Una esplendorosa y espantosa luna roja emergió en los cielos, tan escarlata como la sangre misma. El mundo se transformó de pronto en un caleidoscópico reino de oscuridad y sombras color rubí.

Etheldred, con un ademán inmaterial pero tajante, levantó la mano. La realidad pareció detenerse y el aire volverse más espeso. La hierba, las faldas y los cabellos se mecieron lentamente, como si la escena estuviera enteramente sumergida en el agua. Thane, a la orden del ademán de Etheldred, comenzó a flotar, como tomado por dóciles manos invisibles. Su cuerpo, enmarcado por la oscuridad y resaltado por la tétrica luna carmesí en los cielos, parecía la pintura más aterradora de todas; y su cariz se volvió más espantoso cuando comenzó a manar sangre de su boca y del resto de sus orificios corporales.

El muchacho pudo sentir el repulsivo sabor cobrizo mientras la sangre caliente reventaba en su boca, y el calor del espeso líquido que manaba incontrolable a través de sus oídos, ojos, nariz y ano. Incluso los poros de su piel comenzaron a supurar sangre en pequeñísimas gotas rojas. El escarlata efluvio se esparció con poética lentitud, dejando salpicaduras y partículas propagadas en el aire mismo, como un sacrílego y nebuloso rocío.

Etheldred abrió la boca, sacando de su interior, de entre sus dientes y labios, una larga, babosa y rojiza lengua que pulsaba deseosa y lasciva. Dicho apéndice lucía asqueroso, repleto de pápulas viscosas que palpitaban grotescamente. La sangre se movió con la elegancia de una horda de insectos, flotando por los aires y descendiendo hasta concentrarse en su boca, tocando su lengua como si de un pequeño dedo se tratara. Las pápulas se abrieron y la sangre ingresó en ellas de forma repugnante. Etheldred engulló el carmesí efluvio de Thane con soberbio y voluptuoso placer, mientras gotas manchaban su blanca faz y le daban un toque extraordinariamente espeluznante.

El pobre de Thane se encontraba al límite, completamente ensangrentadas sus ropas. Su piel estaba pálida y las venas debajo palpitaban desesperadas. Etheldred lo estaba vaciando por entero..., cuando de pronto la pala le dio de lleno en la cara.

—¡Chupa eso, maldita perra! —gritó Sybella, tras el golpazo.

Thane cayó al suelo y fue atrapado por Wystan, entre la lluvia de sangre que prosiguió.

Sybella había terminado por salir de su estupor y reaccionar. Había tomado la pala del suelo, salvado la distancia que la separaba y asestado un potente golpe directo a Etheldred en el rostro. Ésta dio un par de pasos hacia atrás, con las manos enrojecidas cubriendo su jadeante y enrojecida cara.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Wystan. Pero justo cuando ya todos se movían para salir corriendo, el alarido de Tilda los detuvo.

La sirvienta se había vuelto para correr, pero ya llegaban alrededor de quince jadeantes figuras, rodeando la cima. El rápido examen de aquellas criaturas a la luz escarlata había revelado a los ojos de Tilda que no se trataba de personas, sino de monstruos sedientos de sangre. Y lo más extraño y horripilante era que no lucían como el tío de Thane, cuyo rastro humano resultaba patente en su bestial fisionomía. Las figuras que estaban por llegar a ellos parecían criaturas brutales y dementes —monstruos deformes y maltrechos—, y no cualquier cosa parecida a alguna forma humana. Sus cuerpos habían sufrido violentas modificaciones. La piel del cráneo parecía haberse desecado, carente de cabello y mostrándose tirante del cuello y los hombros, revelando las protuberantes angulaciones de los huesos debajo. Sus ojos estaban sumidos en sus cuencas y eran gigantescos, carnosos y blancos, como si estuvieran cubiertos por una severa conjuntivitis. Sus dientes eran protuberantes y asesinos, y sus blancas y viscosas pieles parecían esforzarse al máximo por mantener unido el asqueroso tumulto de órganos hinchados y mal conectados de su vientre. Sus extremidades estaban desfiguradas y aderezadas con horripilantes espinas de hueso: los brazos eran largos y pulsantes, y las piernas eran parecidas a las ancas de una cabra. Lucían en su totalidad como abortos de la naturaleza, criaturas cuya sola existencia era una dolorosa rajadura en el orden natural. Sus deformes y purulentos cuerpos eran sostenidos apenas por la voluntad de su ama. Además, portaban en sus espaldas una especie de crestas óseas y cartilagosas de fallidos intentos de alas, como si fueran, de alguna forma, parte del fracasado engendro brotado del infecto vientre de Etheldred.

La elegancia romantizada del no-muerto de las novelas e historias, había sucumbido ante la realidad mil veces más aterradora y amenazante.

Sybella extrajo de debajo de su falda su pistola automática, apuntó y lanzó un par de tiros llena de excitación. Las balas fallaron su objetivo.

—¡Sybella! ¡Con calma! —gritó Wystan, dejando a Thane en el suelo y llevándose la mano

al interior del abrigo.

Sybella respiró para serenar su pulso, apuntó con cuidado y disparó. La bala surcó la noche y se estampó directamente en el cráneo de uno de los engendros de Etheldred. El proyectil atravesó hueso y cerebro, soltando chispas blancas como una flecha en llamas, disolviéndose después al viento entre ascuas mortecinas. La criatura se desparramó en el suelo y reventó como si se tratara de una abultada tripa emponzoñada. Las vísceras malolientes, los huesos y la sangre corrompida quedaron expuestos a la luz de la roja luna. Después comenzaron a arder en pequeñas flamas, hasta que no quedó nada excepto una mancha de cenizas finísimas.

Etheldred lanzó un chillido demencial al mismo tiempo que todas las criaturas, como si compartieran el dolor de su compañero asesinado. Y se abalanzó, mostrando su roja y pulsante lengua y sus manos terminadas en afiladas garras. Tilda tomó la escopeta de Thane del suelo y apuntó nerviosa hacia la espeluznante criatura. Accionó uno de los dos gatillos y disparó. La explosión del cartucho y la fuerza le arrancaron la escopeta de las manos, que salió dando un tremendo giro hacia atrás, pasando cerca de la pierna de Sybella. Los perdigones se incrustaron en el muslo de Etheldred, empujándola bruscamente, pero proporcionándole el menor de los daños. Sólo detenida unos instantes, Etheldred se arrojó aún más enfurecida sobre el grupo. Las demás bestias también ya llegaban a ellos, resistiendo o esquivando los balazos que Sybella intentaba proporcionarles. Estaban tan cerca que sus repugnantes rasgos se definían con espantosa claridad en aquella noche de pesadilla.

Wystan se levantó tan alto como era y alzó su mano cerrada en puño, dejando caer un estuchito de madera de sicomoro al suelo. Con la otra mano, embadurnada en lo que parecía tintura negra, comenzó a realizar símbolos en el aire, que parecían un círculo y varias lanzas que descendían de él. Empezó a pronunciar una especie de encantamiento en un dialecto antiguo y arcano. Sybella sólo logró reconocer las palabras *Aten* y *Horajti*. La voz de Wystan se volvió más grave y elevada. Sybella disparaba, pero sus balas pasaban rosando o perdían su objetivo. Las criaturas eran tremendamente ágiles. Etheldred estaba sobre ellos ya, y aferró a la aterrada Tilda por la muñeca, mientras abría sus fauces para clavar sus afilados dienteillos en el cuello y empezar a sorber la sangre con las pápulas de su lengua.

Wystan lanzó un grito tremendo, que se esparció en la noche como el rugido de un tigre. Abrió la mano que tenía en lo alto y en su palma explotó un polvo negro y fino, transformándose en una voluta de fuego dorado y poderoso. Durante unos instantes la cima de la colina quedó envuelta por el resplandor de la gigantesca espiral de fuego que manaba de la palma de Wystan. La llama se transformó en una torre, que se elevó esplendorosa a los cielos, dejando a todos estupefactos y paralizados. La gran torre flamígera se convirtió en un gigantesco halcón en llamas,

que aleteó con sus poderosas alas y lanzó plumas de fuego a los cielos. El halcón voló con elegancia y majestuosidad en una espiral hasta lo más alto, después realizó un violento tirabuzón y se proyectó hacia el suelo. Las alas expelieron fuego dorado y poderoso. El ave se volvió inmensa; sus llamas eran impresionantes y majestuosas. Todo el cielo era una nube dorada y esplendorosa. De pronto el gran halcón comenzó a esparcirse y se dividió en pequeños hilos de lluvia áurea, que se proyectaron a la tierra como miles de estrellas llameantes. El fuego azotó la colina y los páramos circundantes con una lluvia ardiente y mortal.

Las criaturas se retorcieron, llenas de pavor y dolor, en medio de aquel aguacero quemante y esplendente. Wystan tomó al desmadejado Thane en brazos, y tuvo que indicarle a Sybella que aferrara a la aterrorizada Tilda para salir huyendo de la colina, mientras los monstruos de Etheldred, y ella misma, huían despavoridos del fuego solar que descendía desde los cielos.

Temblorosas luces de oro líquido iluminaban el bosque. Wystan, Sybella y Tilda corrían atemorizados en medio de la floresta. El corazón de Tilda bombeaba lleno de pavor. Sybella y Wystan mantenían la mirada fija entre las sombras, mientras la luz dorada descendía lentamente y la oscuridad volvía a ceñirse al mundo. Poco a poco las tinieblas crecían, mientras la luz que iluminaba las ramas y los troncos se tornaba paulatinamente en un pálido naranja, después en un incipiente amarillo y finalmente en desconcertantes tinieblas. El bosque había retornado a su lóbreguez misteriosa. La noche volvió a reinar en el mundo, sin embargo, la maligna luna roja había desaparecido de los cielos.

Las ramas bajas les golpeaban el rostro y las raíces que emergían de la negra tierra amenazaban con hacerlos caer de bruces. El silencio era opresivo, y ya podían escuchar a los monstruos corriendo en medio de las tinieblas, buscándolos desesperadamente. Wystan sabía que ese tipo de criaturas tenía los sentidos afinados de un experto cazador; cualquier olor o sonido podía ser detectado a millas de distancia. Además, con Thane cubierto en sangre, se volvían un objetivo demasiado claro. Su única esperanza era correr y tratar de ponerse a salvo. Luchar para sobrevivir.

Corrían desesperados. Entre los arbustos podían escuchar los sonidos de las pisadas y los jadeos entrecortados. Los monstruos estaban cerca, demasiado cerca.

Sybella corría delante, abriendo el camino, y en su desesperado andar no notó el desnivel del terreno que se encontró repentinamente justo frente a ellos. Sus pies hollaron el vacío y cayó por la pendiente, seguido de Wystan, Thane y Tilda. Se desplomaron resbalando por el desnivel y fueron a dar al fondo de una pequeña cuenca, rodeada de piedras y árboles. En medio de aquel

vallecillo se encontraba una abertura, uno de los pozos que conformaban la entrada a las minas.

Wystan se levantó adolorido, gruñendo por lo bajo. Sybella y Tilda también se irguieron magulladas, apresurándose a revisar a Thane. Dentro de lo que cabía, el muchacho estaba ileso.

De pronto, un bufido llamó su atención. Todos se volvieron hacia el agujero que se habría en el suelo. Unas manos pálidas y temblorosas emergieron, trepando con fiereza. Después surgió la malformada y consumida cabeza de piel tirante de uno de los engendros de Etheldred. Su lengua escurría una bilis negruzca, y sus ojos cremosos y ciegos miraban entre espasmos a Wystan y a las dos mujeres. Ya no quedaban trazas de lo que algunas vez fuera el profesor Sadler de Mornewood.

Sybella buscó su arma, pero ésta se había desprendido de sus manos. Y la vio, tirada a un par de pasos de distancia. Sin pensarlo se arrojó sobre ella con un salto. Pero el no-muerto reaccionó a una velocidad impresionante y también se abalanzó en dirección del arma. Sybella cayó al suelo con un resoplido, aferró la empuñadura de la pistola y se preparó para disparar, pero el monstruo ya aferraba su muñeca y la zarandeaba violentamente. Los dos forcejearon durante unos instantes, pero la chica no pudo soportar la fuerza de la criatura y, con un terrible dolor en la mano, soltó el arma, que salió volando hasta caer a unos pasos de distancia.

Wystan le propinó una patada al no-muerto y logró quitárselo de encima a su sobrina. Ayudó a Sybella a ponerse de pie y la hizo retroceder, colocándose entre ella y el monstruo. Y justo cuando éste estaba por brincar sobre ellos, una sombra blanca cayó como una piedra. La sombra y el monstruo rodaron por el suelo y comenzaron a batallar violentamente. Ambos combatientes se enzarzaron en un terrible combate, gruñendo y chillando como animales embravecidos. Wystan logró ver que la sombra blanca que luchaba era una mujer, completamente desnuda, cuyo cuerpo estaba cubierto por una pátina blanca, casi resplandeciente, como si estuviera bañada en mármol muy fino.

La mujer desnuda se impuso. Dominó al monstruo en el suelo y le propinó un furioso mordisco, para después arrancarle, entre chillidos furiosos y salvajes, un buen pedazo de carne del cuello. La sangre manó negra y pestilente. La mujer escupió el trozo de carne y aferró con sus manos la herida, y con una fuerza tremenda, arrancó de cuajo la cabeza de su enemigo. El crujido húmedo resonó terrible. La mujer arrojó la cabeza al agujero y se volvió para mirar a Wystan y los demás. Sus dientecillos brotaban como espinas amenazantes, sus ojos eran blancos como la leche, y su cuerpo parecía resplandecer ligeramente. Sus cabellos, desordenados y salvajes, eran de un rubio cenizo, y le daba una apariencia aún más feroz. La desnudez de su cuerpo de alabastro revelaba una belleza impresionante, extrañamente resaltada por la sangre enemiga que escurría por su barbilla y delgado cuello. Lentamente se levantó y los encaró, mirándolos con sus blancos

ojos como si fueran un fenómeno interesante, un evento de lo más curioso. A pesar de la bestialidad patente, su rostro era hermoso y suave.

—Che-Chelsea... —susurró Tilda, llevándose las manos al pecho—. Oh, Dios mío..., Chelsea... ¿Q-qué t-te sucedió?

Chelsea miró a su hermana, casi como si la reconociera, y dio un pasito tímido hacia ella. Tilda levantó su temblorosa mano y también avanzó, con los ojos bañados en lágrimas.

—Hermanita... —musitó Tilda, adolorida.

Chelsea temblaba con pequeños espasmos, pero parecía que trataba de contenerse, parecía que trataba de comprender lo que estaba viendo. Tilda dio un paso hacia adelante, pero Wystan la aferró con la muñeca y la atrajo hacia sí. Chelsea lanzó un chillido agresivo, mostró los dientecillos y saltó hacia la pared. Y trepó con movimientos violentos e innaturales hasta perderse más allá de su línea de visión.

—Pero profesor, era mi hermana —exclamó Tilda, enfada y confundida.

Wystan acercó su mano al rostro de Tilda y pasó sus dedos por debajo de la nariz; se los mostró enseguida, revelando las manchas de sangre que habían emergido de las fosas nasales.

—Te estaba atrayendo...

—Pero..., pero ella nos salvó —exclamó Tilda nerviosa, mirando los restos del no-muerto decapitado y después al profesor y a Sybella—. ¿Cierto? Chelsea nos salvó, ¿verdad? Ella lo hizo. No es como los otros... ¿verdad?

Wystan también miró los restos, meditabundo. Y sin decir nada más, volvió a llevar a Thane en brazos, y salió por la parte más suave del terreno. No había tiempo que perder, todavía no estaban fuera de peligro.

Capítulo XII

La maldición del amor

Caminaban tambaleantes por las calles de Mornewood. Las luces de las ventanas de las casas brillaban con ambarino fulgor en la oscuridad dominante. Algunas de las cortinas se abrían discretamente para mirarlos, y enseguida se cerraban, para escapar del horror que la presencia de los extranjeros podría revelar. Wystan notó que en varias de las casas en las que antes había visto vida, las luces estaban por completo extinguidas, como si ya nadie habitara en su interior. Mornewood parecía más apagada y consumida que nunca.

La luz de *El madero ardiente* les resultó la más hermosa que hubieran visto jamás, exceptuando quizá la del halcón sobre la tumba solitaria. Caminaban con lentitud, sintiendo cada parte de sus magullados cuerpos. Atravesaron el umbral del hostel y renquearon hasta llegar a la sala. La señora Ackerman estaba sentada en uno de los viejos sillones frente al hogar, ocupada en su labor. Al mirar a Thane soltó un grito tembloroso y de un salto se dirigió hacia el profesor.

—¡Cristo! ¡¿Pero qué le ha hecho?!— chilló la señora Ackerman, colocando sus delgadas y lisas manos sobre la piel y las ropas sangrantes de Thane—. ¡Está muerto! ¡Está muerto!

—Tranquilícese, señora Ackerman— exclamó Wystan—. Thane necesita un baño y algunas compresas calientes; también algo de comida y ropas para guardar el calor. ¡Rápido!

—Pero el pobrecito...

—¡Muévase!

La señora Ackerman salió despedida a una velocidad impresionante, como si fuera una chiquilla en la flor de su juventud. Wystan le dedicó una mirada recelosa.

Utilizando algunos tubos de goma y algunas agujas que guardaba en su equipaje, Wystan se ocupó de realizar una transfusión de la sangre de Sybella a Thane. Después, Tilda y la señora Ackerman bañaron concienzudamente al pobre muchacho. Enseguida lo arrojaron y lo acostaron en su habitación. Lo hicieron comer con grandes esfuerzos un poco del estofado que había preparado la señora Ackerman para la cena y después quedó completamente dormido, en mucho mejor estado del que había llegado.

Wystan y Sybella se sentaron a descansar en la sala, tras el largo y extremadamente

ajetreado día. Sybella estaba despatarrada en el suelo, delante del fuego, con los ojos cerrados y la boca bien abierta. Wystan se había aflojado la corbata y fumaba con tranquilidad uno de sus cigarros, mientras meditaba seriamente en los sucesos del día.

—Todo esto para nada —se quejó Sybella, frunciendo el rostro. Su semblante estaba algo pálido por la trasfusión de sangre, pero su juventud le permitía continuar como si nada—. ¡Maldita sea! ¡Todo esto es una mierda!

—Cuida ese lenguaje, Sybella, que no eres un marinero —la amonestó Wystan, pero sin mucha convicción, porque estaba sumido en sus pensamientos.

—Lo siento, tío. Pero es que es frustrante...

—¿Qué cosa, sobrina?

—Que logramos llegar hasta Etheldred y no pudimos detenerla. Y, además, perdimos la llave de su casa de campo.

—¿En verdad? Yo no estaría tan seguro —exclamó Wystan, dedicándole a su sobrina una mirada triunfante. Se llevó la mano al interior del chaleco y después mostró a la luz anaranjada del fuego la pesada y negruzca llave de la casa de campo de Etheldred Mornall.

—¡¿Cómo?! —exclamó Sybella sonriente, irguiéndose con los codos—. ¡Pensé que no la habíamos tomado en nuestra huida!

—Mientras Etheldred tomaba la sangre de Thane, me dediqué a examinar los restos del hijo y extraje la llave.

—Ahora podremos ir a su madriguera y exterminarla —sentenció Sybella con una sonrisa victoriosa.

—Quizá...—exclamó Wystan, dubitativo. Sybella le dedicó una mirada recelosa—. Por lo pronto, esta noche, haremos guardia. Porque me parece que aquí mismo tenemos un caso de...

Fue entonces que Tilda descendió de las escaleras. Estaba pálida y su semblante lucía descompuesto.

—Tilda, toma asiento por favor —le indicó el profesor. Sybella se puso de pie de un salto y se acercó a la sirvienta para ayudarla a llegar a hasta uno de los sillones de la salita.

Tilda se sentó lentamente. Parecía como si su alma hubiera abandonado su cuerpo. Sus ojos miraban perdidos a la nada. A una señal de Wystan, Sybella se apresuró a servirle una copita de ginebra. La mujer la aceptó y la sostuvo en sus delgados dedos durante bastante tiempo, sin

decidirse a llevársela a los labios.

—¿Cómo se encuentra Thane, Tilda? —preguntó Wystan.

—¿Qué...? Ah, Thane... Sí, mucho mejor..., dentro de lo que cabe. —Los iris de los bulbosos ojos de Tilda, negros como la pez, ascendieron lentamente hasta posarse en Wystan. Y con un susurro sofocado agregó—: Mi hermana, profesor Hargrave, mi hermana..., ella...

—Se ha convertido en no-muerto, así es —dijo Wystan sin rodeos. Sus palabras sonaron tajantes y poderosas. Tilda desvió la mirada y lágrimas se asomaron en sus ojos.

—Podemos curarla —exclamó Sybella al instante.

—Es posible —intervino Wystan, amonestando a Sybella con la mirada—. Es posible, Tilda, pero no puedo ofrecerte certeza. Si llegamos al origen de...

—Mi hermana... —musitó Tilda con la mirada perdida, sin reparar en las palabras de sus interlocutores.

—Necesitamos tu ayuda, Tilda, para encontrar la casa de campo de Etheldred —soltó Wystan—. Thane no podrá ayudarnos mientras se recupera; Etheldred casi lo mata hoy. Y necesitamos de tu conocimiento de Mornewood, que hoy probó ser bastante provechoso.

—La señora debe de estar preocupada y furiosa por mi ausencia —dijo de pronto Tilda, dejando la copita de ginebra en una mesita cercana y poniéndose de pie.

—Tilda... —musitó Sybella.

La sirvienta se alisó el mugroso y maltrecho delantal de su falta y se dirigió hacia la salida.

—¡Tilda! —exclamó Wystan—. Necesitamos tu ayuda... Tu hermana, necesita de tu ayuda. Tienes que ser valiente..., por ella, por Chelsea.

Tilda se detuvo en la puerta. El fuego crepitante del salón le daba una estampa temblorosa a su sombra.

—La señora me espera... —susurró Tilda.

—Necesitamos tu ayuda, Tilda... —musitó Sybella suplicante—. Por favor.

—Es demasiado, para cualquiera... —Tilda volvió el rostro para mirar al profesor y a la joven—. Yo..., yo no quiero saber más... Perdón.

—No seas como los demás habitantes de Mornewood; no le des la espalda a la verdad —

exclamó Sybella un tanto furiosa. Pero el profesor levantó la mano, haciéndola callar.

—Al menos déjame acompañarte a la mansión —dijo Wystan poniéndose de pie, después de unos incómodos instantes de silencio.

—No, gracias; le pediré a William Tinker y a la Guardia que me acompañen... Con ellos estaré a salvo.

Sybella miró a su tío, a la espera de una orden, pero éste se limitó a mirar a la sirvienta escrutadoramente. Tilda se marchó por la puerta, llorando.

La oscuridad inundaba la habitación por completo. Afuera el viento silbaba entre las ramas de los árboles y los aleros de las casas. En las esquinas de los vidrios de la única ventana de la habitación se mostraban unos insignificantes cristales de congelación. El lugar sólo contaba con una cama, una silla vacía, un baúl, la puerta que daba al pasillo y la puerta que daba al guardarropa.

El seguro de la ventana se levantó silenciosamente. Los postigos se abrieron lentamente, dejando ingresar el sumamente helado aire del exterior. En el marco de la ventana apareció, como si fuera un acróbata con extraordinarias habilidades físicas, la figura de un hombre apoyado en el antepecho. Silenciosamente descendió al interior de la habitación y se acercó tambaleante y jadeante a la cama. Levantó sus manos y las estiró sobre la durmiente señora Ackerman. Una lengua roja y palpitante emergió del interior de la boca de la criatura. De las fosas de la señora Ackerman emergieron un par de gotitas de sangre apenas visibles. Después manó un hilillo de sangre, escarlata y caliente. La bestia se relamió los pálidos labios y las protuberantes encías ante la presencia del líquido carmesí, y se acercó para lamer a su pobre víctima. Pero se detuvo súbitamente, sintiendo instintivamente el peligro que lo rodeaba.

—Suficiente de lametones, malnacido —exclamó Sybella, saliendo del guardarropa. Portaba en su mano su pistola automática.

Wystan ingresó a la habitación y encendió la luz de golpe. Apuntó con un revólver Webley a la criatura y le indicó a Sybella que cerrara la ventana. La señora Ackerman se despertó al instante y miró a la criatura.

—¡Harold! —exclamó la señora Ackerman, petrificada del miedo y con el semblante totalmente pálido.

Harold Rowbottom, el tío de Thane, lanzó un chillido, abriendo sus enormes y cremosos

ojos, y salió disparado hacia la ventana. Empujó a Sybella con un codazo y a punto estuvo de romper el cristal y escapar, pero Wystan disparó dos veces, hiriéndole en el muslo y en la cadera. La herida manó sangre púrpura y ascuas blancas. Harold rompió con su cabeza la ventana y su cuerpo dio de lleno en el antepecho. Sybella, en vez de alejarse, le disparó a quemarropa en tres ocasiones. Las chispas blancas volaron por todas partes, inundando la habitación. Pero Harold, chillando de dolor, arremetió contra Sybella furioso. La chica le asestó un balazo más en el pecho y un golpe con el mango del arma, pero sus esfuerzos fueron infértiles, porque dentro de poco Harold la tenía dominada en el suelo. Wystan, temiendo herir a su sobrina, se arrojó sobre el no-muerto, pero este, de un potente golpe, lo estampó contra la pared. El revólver cayó cerca de la entrada de la habitación.

La señora Ackerman rompió a gritar estridentemente, sentada en la cama.

Wystan se puso de pie y aferró a Harold por el cuello con una llave de ahorcamiento. El vampiro se resistía con todas sus fuerzas. Sybella le soltó los últimos tiros de su arma. Las chispas la bañaron por completo. El no-muerto, más enfurecido que nunca, aferró a la chica por el cuello y se levantó tan alto como era, con el profesor asido a su espalda. Estampó a Wystan contra el muro, rompiendo las tablas, y después levantó a Sybella con la intención de darle un mordisco en el cuello. La chica luchaba valientemente con golpes y patadas, pero sus esfuerzos resultaban vanos ante la tremenda fuerza sobrehumana de un no-muerto hambriento, asustado y herido. Los alaridos de desesperación de la señora Ackerman se hicieron más intensos y agudos.

El foganazo inundó la habitación como un relámpago. La bala atravesó el cráneo de Harold Rowbottom por el costado, soltando pedazos de hueso, sesos y ascuas blancas por el otro. El cuerpo del no-muerto cayó pesado, igual que el de Sybella.

En la puerta se encontraba un pálido, ojeroso y tambaleante Thane, con el humeante revólver Webley en la mano. El muchacho cayó de rodillas y después vomitó en el suelo. Durante unos instantes, todos permanecieron estáticos, aún presos del desconcierto. Después, lentamente, comenzaron a moverse. La señora Ackerman llegó hasta Thane y lo sostuvo entre sus brazos.

—Pensé que el beso del vampiro me daría energías... —musitó Thane con una trémula sonrisa, cuando el profesor se hubo acercado.

—Sí, es cierto, pero también te dije que toda esa energía se convertía en una languidez terrible —dijo Wystan, ayudando al muchacho a llegar hasta la cama de la señora Ackerman—. Etheldred aceleró el proceso y te dejó en un estado lamentable.

—Aunque no tan lamentable como para salvarme la vida —añadió Sybella sonriente.

—¿Qué hacía mi tío aquí? —preguntó Thane, mirando el cadáver de Harold Rowbottom en el suelo.

—Se alimentaba de la sangre a la señora Ackerman; seguramente comenzó a venir poco después de que desapareció en el bosque. Y le otorgó el beso del vampiro.

—Por eso... —susurró Thane cansinamente—, por eso su artritis desapareció milagrosamente, ¿cierto?

—Sí, y por eso se le veía cada vez más rozagante y vivaracha.

La señora Ackerman miró aterrorizada sus manos, completamente libres de artritis. Palideció, sus ojos se pusieron en blanco y se desvaneció, cayendo en la cama cuan larga era.

—Ese maldito —murmuró Thane, y negó con la cabeza—. No era suficiente con chuparnos el sustento en vida, ¿también lo tenía que hacer en la muerte?

—Ustedes eran su familia —exclamó Wystan—. Vino a ustedes porque los amaba, de alguna forma..., a su manera, supongo. Un no-muerto siempre retorna por aquel al que amaba: una esposa, un hijo, un sobrino, una amante. Terrible en verdad. Terminada la conversión de la señora Ackerman, probablemente habría continuado contigo. —Después miró el demacrado semblante de Thane y añadió—: Muchas gracias por salvarnos, muchacho. Ahora regresemos a tu habitación. Necesitas dormir. No creo que tengamos más incidentes por esta noche. —Se volvió hacia Sybella—. Y tú también, Sybil, a la cama.

—Yo puedo aguantar —respondió la chica, levantando los hombros.

—Sin duda. Pero te necesito fresca para mañana. Me inclino a pensar que no fuimos los únicos que vimos acción esta noche.

Muy temprano a la mañana siguiente, Clive se presentó en *El madero ardiente* con un mensaje de lady Ursula Brendon. Un incidente había ocurrido en la mansión la noche pasada y era imperativa la presencia del profesor Hargrave en *Mornall House*.

El cadáver de Harold Rowbottom había desaparecido poco después entre ascuas blancas, convirtiéndose en nada más que en finas cenizas que Wystan procedió a guardar en un frasquito etiquetado, porque, como había dicho al momento: “¿Cada cuándo se tiene la oportunidad de tener polvo de vampiro a la disposición?”.

Cuando salieron, una ligera y helada lluvia se dejaba caer desde los encapotados cielos

color pizarra. Siguieron el camino a través del goteante bosque en dirección de la mansión de lady Ursula. Poco después *Mornall House* se mostró ante ellos en medio de los jardines cenicientos en toda su gloria. Los bosques de los alrededores expelían enormes volutas de niebla, otorgándole a la casa un aura sobrenatural e impactante.

Fueron recibidos en la puerta por el señor Daubney, quien enseguida los llevó hasta el salón. Allí los esperaba Ursula Brendon, de pie frente a la chimenea, con una tacita de té en las delicadas manos.

—¿Profesor? —exclamó lady Ursula Brendon un tanto sonrojada, al ver llegar a Wystan y a Sybella. El profesor se limitó a sonreírle con cortesía y a asentir con la cabeza. Ambos se miraron incómodamente durante unos instantes.

Sybella miró a lady Ursula y después a su tío. Entrecerró los ojos recelosa y se apresuró a decir:

—¿Llamó por nosotros, lady Ursula?

—Oh, sí... Yo... quería decirles que... —balbuceó lady Ursula, saliendo de su aturdimiento.

—Que Thomas Brendon estuvo aquí anoche —completó Wystan.

—¿Cómo lo sabe, profesor? —preguntó lady Ursula, desconcertada.

—Imagine que los no-muertos estuvieron activos anoche, porque ayer tuvimos el honor de conocer al desaparecido Harold Rowbottom en la habitación de la señora Ackerman, en *El madero ardiente*.

—¡Oh, por Dios! —exclamó lady Ursula, llevándose las manos a los labios—. ¡¿En dónde está Thane?! ¿Acaso está...?

—No, por el contrario, después de las experiencias del día de ayer podría decir que está más vivo que nunca, aunque un poco decaído. Y de hecho fue él quien nos salvó a nosotros la vida en el engorroso incidente de anoche. —Wystan se llevó la mano al interior del abrigo y extrajo el botecito que contenía las cenizas de Harold Rowbottom. Lady Ursula se acercó y las examinó con temor. Parecía tinta y no polvo—. Los restos de Harold Rowbottom, mi señora.

—Eso explica el malestar de Tilda —dijo lady Ursula pensativa, después de unos instantes de reflexión—. Llegó anoche, después de lo sucedido con Thomas, acompañada de William Tinker y otros hombres. Tenía los nervios destrozados y hoy no pudo levantarse. Pobrecilla.

—¿Qué sucedió anoche, lady Ursula?

—Thomas se presentó una vez más —dijo lady Ursula, preocupada—. Pero en esta ocasión no se limitó a los jardines; en esta ocasión rondó por las afueras de la casa y en el tejado, como si se paseara..., o más bien, como si buscara algo, no lo sé. Y había figuras, las vimos, ¿cierto, señor Daubney? —El sirviente, parado en una esquina, asintió con parsimonia—. Estaban en el lindero del jardín..., blancas y espectrales. ¡El horror! ¡El horror! —Lady Ursula se sentó en su diván y se llevó las manos al rostro. El señor Daubney dejó su puesto y se adelantó preocupado, pero lady Ursula lo detuvo con un ademán de la mano. Enseguida la señora levantó los ojos y añadió—: Y quiso entrar, a la casa... Thomas quiso entrar a la casa. Pero le dije que no estaba invitado..., que no podía ingresar, como usted me recomendó. Y ¡oh, por Dios, sus ojos! ¡El horror! La furia en sus ojos.

—¿Es cierto todo esto, señor Daubney? —preguntó Wystan al sirviente.

—¿Se atreve a dudar de las palabras de la señora? —preguntó el señor Daubney indignado.

—Se lo preguntó porque vamos a necesitar de su cooperación y de la del servicio esta noche. Y si continúa negando la realidad, entonces no podremos contar con usted.

Irritado el señor Daubney miró de soslayo a Wystan, pero lentamente asintió.

—Todo con tal de proteger a la señora.

—¿Por qué? ¿Qué va a suceder hoy en la noche? —preguntó lady Ursula, aferrando sus manos en el pecho.

Wystan tomó asiento en uno de los sillones del salón, se acomodó y miró a lady Ursula con decisión.

—Cuando llegamos aquí, ¿recuerda que le dije que no sabíamos a qué clase de no-muerto nos enfrentábamos?

—S-sí..., dijeron que no sabían cómo se había contagiado Thomas —respondió lady Ursula, nerviosa.

—Bien, pues resulta que hay un *no-muerto de origen*: Etheldred Mornall.

—¿Etheldred Moranll?! —exclamó lady Ursula desconcertada.

—Sí, fue convertida en un no-muerto por sir Devon Mornall y enterrada en la Hondonada de la Bruja. Allí su mente se trastornó hasta la locura. Y fue ella quien contagió a sir Thomas, cuando éste la extrajo de su prisión subterránea. No podíamos dar con el tipo de no-muerto porque las

criaturas de este caso no cumplían con los parámetros de los no-muertos de los libros, al menos no con alguno que no permitiera su identificación. Y eso se debe a que la cepa a la que nos enfrentamos es nueva, completamente diferente a lo que se ha visto con anterioridad. ¿En qué baso mi observación? Bueno, primero, ya le dije que no existen registros de no muertos como estos, y, segundo, al parecer la cepa, de alguna manera que escapa a mi comprensión, creó una segunda variación de no-muertos; cosa que nos despistaba completamente.

—¿Qué quiere decir?

—Que hay más de un tipo de vampiro en Mornewood —explicó Sybella.

—Aún no lo comprendo del todo —añadió Wystan, algo reflexivo—, pero por alguna razón, algunos de los no-muertos tuvieron una reacción violenta, que originó transformaciones severas en sus cuerpos: malformación de miembros, brote de protuberancias de carácter osteológico en la espalda y descamamiento extremo en partes de la piel. En el otro caso, las criaturas presentan modificaciones, sí, pero no tan profundas como en el primero; incluso..., incluso, me atrevería a decir, que no tan severas como para arrancar su humanidad por completo.

—Chelsea Sheach —exclamó Sybella de golpe.

—¿La hermana de Tilda? —musitó lady Ursula, sorprendida.

—La encontramos anoche, en el bosque..., y nos salvó la vida —explicó Sybella.

—Así es —dijo Wystan—. Pero mientras más lo pienso, más concluyente se vuelve la idea de que no nos salvó a nosotros, sino a su hermana. —Wystan miró a su sobrina—. Recuerda, Sybella, a Harold Rowbottom yendo por la señora Ackerman y por Thane a causa de su relación. Me parece que lo mismo sucedió anoche con Chelsea y Tilda. Chelsea no quería que su hermana cayera en las garras de un sujeto cualquiera, sino en las de ella, porque se amaban, eran muy unidas.

—Es verdad, Chelsea le confiaba a Tilda todo, incluso lo de su amorío con... —Sybella se calló abruptamente, y miró avergonzada a lady Ursula—. Lo siento, en verdad, no quería...

—No..., está..., e-está bien... —dijo lady Ursula con voz temblorosa, desviando la mirada—. No me sorprende; eran muy unidas.

—Tilda no quería que usted se enterara que ella sabía —dijo Sybella a modo de disculpa—; no quería herirla.

—Oh, pobre Tilda... —musitó lady Ursula, entristecida—. Cargar con tal peso en su pecho todo este tiempo.

—¿No está enojada?

—¿Cómo podría estarlo? Fue Thomas quien colocó este peso sobre nosotras, su egoísmo, y no al revés. —Lady Ursula le dedicó una fugaz mirada a Wystan.

—No esperaba que los sucesos se desarrollaran tan rápido —dijo Wystan, después de carraspear un par de veces—; pero me parece que Thomas Brendon, siguiendo las órdenes de su ama Etheldred, busca transformar a todos en Mornewood y desatar, posteriormente, una epidemia. Sin embargo, estos últimos no-muertos, que no presentan modificaciones tan severas, quizá puedan ser la clave para hallar una cura, o para encontrar la verdad...

Sybella le dedicó a Wystan una mirada recelosa.

—¿Y planean venir esta noche a *Mornall House*? —preguntó lady Ursula, un tanto alarmada.

—Cuando nos llamó en la mañana, imaginé que Thomas Brendon se había presentado, ciertamente. Sin embargo no esperé que intentara ingresar o que rondara tan abiertamente en los jardines y el tejado.

—¿Entonces vendrán esta noche..., para convertirnos a todos? —preguntó lady Ursula, mordiéndose el labio.

—Así es, particularmente a usted, mi señora —sentenció Wystan—. El no-muerto de Thomas Brendon tiene una fijación por usted, porque, a final de cuentas, era su esposa. —Lady Ursula se ruborizó y reprimió una sonrisa. Wystan suspiró y agregó—: Creí que tendríamos más tiempo; una semana o dos. Pero al parecer nuestra presencia los ha alertado y han acelerado su avance; tratarán de ingresar esta noche, y ni siquiera la prohibición de ingresar a la casa podrá detenerlos. No esta vez.

—¡Dios mío!

—No se preocupe, mi señora, los estaremos esperando —decretó Wystan, poniéndose de pie.

Capítulo XIII

La caída de Mornall House

—¿No sería mejor que lleváramos a la señora a Barnsley? —exclamó el señor Daubney, siguiendo por el corredor a Wystan—. Con el automóvil sería sumamente rápido.

—Pero no lo suficiente —acotó Wystan—. Si cayera la tarde y el automóvil se encontrara en terreno abierto, les estaremos ofreciendo a lady Ursula en bandeja de plata.

—¡Cielos!

—Prepare a los sirvientes; dígales la verdad. Coloque en una habitación segura algo de comida y demás elementos para sobrevivir en caso de emergencia, así como algunas antorchas y lámparas. Consiga todas las armas que pueda; los cartuchos comunes no les harán daño, pero al menos los detendrán. Además, es capital que todos los habitantes de la casa tengan siempre consigo cualquier tipo de arma punzocortante. Y recuerde, nuestro objetivo es sir Thomas Brendon; capturarlo principalmente, asesinarlo si es preciso.

El señor Daubney asintió y se marchó con paso vivo.

—Sybella, encuentra a Clive. Ve con él hasta *El madero ardiente* y trae el armamento.

—¿Todo?

—Sí.

—Bien —concordó Sybella, mientras llegaban a la puerta delantera de la casa.

Sybella estaba a punto de salir disparada, pero se detuvo y se volvió a mirar a su tío. Éste se encontraba revisando las anotaciones de su diario con interés. Sybella pudo observar que Wystan había anotado “Luna escarlata” con símbolos de exclamación y había subrayado las palabras varias veces, como hacía cuando le daba vueltas a una idea. Wystan cerró su diario de golpe.

—¿Tío? —preguntó Sybella enseguida.

—Dime.

—No creo que sea prudente que te lo diga yo —dijo Sybella un tanto cohibida, jugueteando con sus dedos—, pero..., no te dejes caer en la tentación, ¿sí? Piensa un poco antes de actuar.

—¡Ja! Mira quién lo dice —exclamó Wystan divertido.

—Sí, lo sé, pero..., la tía Viola... ¿Lady Ursula...?

Wystan miró a su sobrina a los ojos. Le sonrió y añadió:

—No te preocupes, Sibyl. Si no caí en la tentación en la noche que dormí aquí, no caeré en una segunda oportunidad, definitivamente.

—Me da gusto escucharlo... —dijo Sybella aliviada, pero enseguida comprendió el sentido de las palabras y exclamó confundida—: ¡Espera! ¡¿Cómo?!

—Apresúrate, sobrina mía; después podrás meter gustosa las narices donde no te llaman.

Y tras darle un par de palmaditas en la espalda, envió a Sybella a cumplir su cometido.

El día transcurrió lento y sin sorpresas, todo el tiempo bajo una lluvia ligera y helada. Toda la casa se hallaba en movimiento. A Wystan le sorprendió ver que había más personas del servicio de las que esperaba, alrededor de unas veinte; yendo de aquí para allá, solícitos a las órdenes del señor Daubney. Algunos de los jóvenes se prepararon con revólveres, escopetas, cuchillos, hachas de trabajo y algunas dagas antiguas. En las caras de los sirvientes era posible ver la preocupación y el sofocamiento que les causaba la situación, siendo la primera vez que se enfrentaban abiertamente y cara a cara con el peligro que azolaba a Mornewood.

Sybella llegó poco después de las tres de la tarde; la lluvia había empeorado y ahora caía un chubasco terrible que parecía no se iría jamás. Wystan reunió a todos los habitantes de la mansión en el salón, que se había convertido en su centro de operaciones, y les dio una pequeña instrucción para lidiar con los no-muertos. Cuando llegó la hora de la cena, la comida de lady Ursula fue servida en sus aposentos, y la de los sirvientes en el salón. La noche cayó pesada y oscura, y la lluvia cesó de golpe, como si el cielo preparara el campo de batalla. Se organizaron grupos de vigilancia para resguardar la habitación de la señora y para proteger las afueras de la mansión. Pero cuando finalmente dieron las once de la noche, todo parecía tranquilo; no había el menor indicio de algún ataque o de extraños rondando en los jardines de *Mornall House*.

—Quizá se dieron por vencidos —exclamó Sybella, mirando por la ventana del salón.

—¿Tú qué crees? —preguntó Wystan, metiendo balas de un pulimentado color platinado en su rifle Lee-Enfield. A su lado se encontraba la funda alargada que había contenido el arma.

—Que están esperando a que bajemos la guardia —respondió Sybella, mirando a su tío.

Wystan sonrió y su sobrina hizo lo mismo.

Sybella se volvió a mirar por la ventana. En el jardín se podían ver los puntitos de las linternas entre los abetos.

En la entrada del salón se escuchó un carraspeo intenso. Wystan y Sybella se volvieron y miraron al señor Daubney y a Clive. Éste último portaba en la cadera, pendiendo de un tahalí, un sable de caballería.

El señor Daubney ingresó al salón con paso seguro y se acercó a Wystan, carraspeó de nuevo y extendió la mano.

—Quería..., agradecerle —dijo el señor Daubney, con gran dificultad—, por todo lo que hace por la señora.

Wystan estrechó la mano del sirviente.

—Pero en cuanto esto termine los quiero fuera de la casa... —exclamó el señor Daubney rápidamente. Enseguida se dio la media vuelta y se marchó.

Clive, un muchacho pelirrojo y de semblante un tanto atontado, pero de espíritu valiente, se dirigió a Wystan. Los ojos del muchacho se mostraban enormemente abiertos en ese momento.

—Eso es más de lo que cualquiera de nosotros va a recibir del señor Daubney en la vida.

—Me lo imagino —dijo Wystan divertido. Señaló el sable del muchacho con la mirada y añadió—: Buena elección, chico.

—También tengo esto —dijo Clive, sacando de la parte trasera de su cinturón un revólver antiguo—. Aunque según la instrucción que nos dio, las balas no sirven de mucho.

—De ese tipo no —señaló Sybella—. Sólo las que han sido bañadas especialmente con plata bendecida.

—Lo mejor será que tengas un arma de acero o de hierro a la mano —aclaró Wystan—, pues si el fuego y las balas no los ralentizan, siempre puedes confiar en el filo de tu espada. Recuerda que es preciso cortarles la cabeza y después quemar sus cuerpos.

—No se preocupe, señor, estoy bien protegido. —Clive sacó del cuello de su camisa un crucifijo que pendía de una cadena.

Sybella y el profesor cruzaron una mirada fugaz.

—¿Eres católico? —preguntó Wystan.

—Irlandés, señor, que es lo mismo —respondió Clive, sonriente.

Sybella abrió la boca, pero Wystan respondió primero:

—Sí, te servirá, hijo.

Clive sonrió satisfecho y, tras recibir un paquete de balas de plata y dar las gracias, se marchó a seguir con la guardia.

—Pero los objetos no tienen poder por sí solos —le dijo Sybella a su tío.

—No, es cierto, a menos que sean objetos que entraron en contacto directo con el cuerpo de un dios o con la poderosa magia que estremece al mundo. Sin embargo, la magia se encuentra en donde los hombres creen que se encuentra. Si Clive cree que la efígie de un dios judío puede salvarle la vida, quizá lo haga.

Pasada la media noche comenzó a llover de nuevo, con gotas heladas y delgadas como gélidos hilillos cortantes. La mayoría de los sirvientes se refugió en el interior de la casa y esperó; muchos terminaron dormidos en los pasillos, cerca de las escaleras, con sus armas a la mano. A causa de la lluvia y los vientos la luz eléctrica se cortó repentinamente, dejando el interior de la casa a oscuras y en completo silencio. En las ventanas repiqueteaban las gotas de forma casi hipnótica.

Wystan y Sybella recorrían los lóbregos pasillos y las tétricas habitaciones con una lámpara en la mano. El profesor llevaba su rifle Lee-Enfield colgado a la espalda, mientras que Sybella portaba una pesada escopeta Winchester Modelo 1897, cargada con cartuchos personalizados de perdigones de plata consagrada. El silencio era espectral. De vez en cuando podían escuchar los pasos o las voces del señor Daubney y de Clive, que también realizaban su guardia en la planta inferior. Wystan y Sybella inspeccionaron primero la habitación en donde se habían refugiado la mayoría de las mujeres del servicio. Tras constatar que todo se encontraba en orden continuaron vigilando los pasillos de la oscurecida mansión. Poco después llegaron hasta la puerta de la habitación de lady Ursula. Allí se encontraban Glenn y Laurence, dos fornidos muchachos a los que también se les había provisto de balas de plata para sus rifles. Wystan miró a los dos sirvientes. Éstos hicieron un par de gestos para dar a entender que todo estaba en calma. Wystan asintió y continuó junto con Sybella su recorrido.

El tiempo se sucedió tensamente. La lluvia continuaba cayendo con fuerza y la oscuridad parecía hacerse más intensa a cada minuto que pasaba.

—Tal vez no planean atacar hoy —dijo Sybella, cuando atravesaban la galería por quinta vez.

—Algo me dice que no piensan dejarse amilanar —dijo Wystan, mirando los rasgos de su sobrina con la lámpara—; algo me dice que están asustados.

—¿De nosotros?

—No..., no de nosotros... He estado revisando mi investigación cuidadosamente, y me he puesto a pensar en el caso de las hadas de Oldbury. Tiene una gigantesca similitud.

Sybella palideció tremendamente.

—No estás diciendo que..., que se trata de... —La voz de Sybella temblaba por el recuerdo.

—El Abismo Perenne.

Los ojos de Sybella se abrieron enormes y se llevó una mano a la boca.

Y fue entonces que escucharon los estridentes sonidos de varias ventanas al romperse en la lejanía. En la galería en donde ellos estaban, una de las altas ventanas explotó, lanzando al interior un millar de pedazos de cristal y de gota de lluvia. Una criatura saltó a la galería a unos tres metros de distancia, y miró con sus ojos ciegos a Wystan y a Sybella. En la lejanía se comenzaron a escuchar gritos, chillantes sonidos de silbatos y descargas de armas de fuego.

La criatura se abalanzó. Wystan se apartó con serenidad, permitiendo que la chica apuntara con mayor claridad.

—Recuerda, Sybil —dijo Wystan templado, mientras el monstruo atravesaba la galería chillando como un jabalí herido—: Apunta, respira y dispara. Con calma.

Sybella aferró el arma con firmeza, pero con la suficiente relajación de los músculos. Soltó un suspiro prolongado y, cuando el no-muerto se hallaba a menos de medio metro de distancia, apretó el gatillo. El fogonazo iluminó la galería por unos instantes, las chispas y perdigones volaron y se estamparon justo en el rostro de la criatura, reventando la piel, los huesos y los ojos. La sangre salpicó en los retratos y en las esculturas griegas. La criatura se desmadejó y cayó de bruces en el pulimentado suelo de mármol, entre espasmos terribles y violentos. Wystan se aproximó y le descargó un balazo de su rifle en la nuca. Las brasas blancas inundaron el piso. Poco después el no-muerto comenzó a arder por cuenta propia, hasta quedar reducido a una mancha negruzca de cenizas extremadamente finas.

—Ha comenzado —exclamó Wystan. Enseguida él y Sybella se marcharon a toda prisa por el pasillo.

En el interior de toda la casa se había desatado una caótica y terrible lucha. Los gritos y los chillidos resonaban aterradores en todos los rincones de la edificación. Los monstruos habían ingresado por las ventanas y habían tomado a los sirvientes desprevenidos. En el suelo, en las escaleras y en el salón, se podía ver una espantosa carnicería, con los cuerpos regados de algunas de las criaturas decapitadas y de los cadáveres de los sorprendidos sirvientes que habían sido asesinados, succionada su sangre hasta la última gota.

Wystan y Sybella corrían por los pasillos, encontrándose de vez en cuando con alguna criatura que se abalanzaba salvajemente en busca de sangre. Sybella disparaba su escopeta y soltaba puñetazos y patadas llena de furia, abriéndose paso como si fuera una doncella guerrera. Wystan utilizaba su rifle con satisfactoria precisión, aunque también hizo uso de una carta de tarot marcada con el número XIII, que abanicaba con un movimiento vigoroso y que soltaba una especie de nube oscura que se arrojaba sobre los enemigos y los consumía, disolviéndolos en la nada. Utilizó el rifle y la carta hasta que ésta última se gastó por completo y quedó inservible. Después se llevó la mano a la manga y extrajo una enorme pluma de cuervo, la cual utilizaba para invocar una centella de color azul intenso que quemaba la piel de los monstruos con una violencia aterradora. Incluso recurrió a un frasquito de cristal repleto de una sustancia transparente y oleaginosa, que sacaba de vez en cuando de su bolsillo y el cual utilizaba para rociar a las bestias y quemarlas como si fuera ácido.

Tras librar escaramuzas desesperadas en los pasillos y corredores, finalmente llegaron al pie de las escaleras, en donde la lucha era más encarnizada, justo en lo más caótico y brutal de la batalla. Los disparos de los sirvientes y los gruñidos destemplados de los monstruos se entremezclaban de forma horrorosa. La oscuridad y las luces relampagueantes de las lámparas y de los estallidos de las armas volvían todo confuso y aterrador. Un fogonazo y de pronto había delante un monstruo horripilante, otro fogonazo y había desaparecido. Los gritos y los llantos retumbaban por todas partes. Los cuchillos y las hachas cortaban la carne enemiga, y la sangre manaba, salpicando paredes y suelo de forma escalofriante.

Sybella se abrió paso a punta de su arma, descargando y bombeando para volver a disparar. Sus descargas hacían estallar en chispas blancas a los vampiros, arrojándolos al suelo. Los sirvientes se apresuraban y remataban al vampiro cortándole la cabeza con algún cuchillo o hacha. Wystan apuntaba cuidadosamente con su rifle y disparaba a las cabezas, reventándolas entre ascuas níveas y resplandecientes.

Tras el desorden inicial, los hombres y mujeres de la casa, bajo las órdenes del señor Daubney, comenzaron retroceder ordenadamente hacia la segunda planta de la casa, sin dejar de batallar durante un instante.

Fue entonces que apareció en medio del caos, procedente del pasillo, la enorme figura de William Tinker, de la Guardia de Mornewood. Resultaba evidente que acababa de ser convertido no hace mucho, porque todavía poseía algunos cabellos sobre la cabeza, portaba sus ropas, y sus miembros y facciones no estaban tan corrompidas. En la mano arrastraba por la pierna a Gretta; la sirvienta estaba semidesnuda, con una expresión de profundo horror marcado en sus rasgos ahora sin vida. El enorme monstruo lanzó un chillido escabroso que aturdió a todos y enseguida se arrojó sobre los sirvientes como un toro rabioso.

Fue Clive el que dio un brinco de las escaleras y lo afrontó, llevando en una mano su revólver y en la otra el sable. Le apuntó con su arma y le descargó tres balazos, antes de que William Tinker le arrebatara el revólver de un golpe, lo aferrara por el cuello, lo levantara y le mirara cara a cara. Clive, sobrecogido, dejó caer el sable y se llevó la mano a las ropas para extraer su crucifijo. Tinker le tomó por el vientre y lo desgarró con su poderosa fuerza. Las vísceras del muchacho se desparramaron en una perturbadora cascada de sangre.

—¡No! —gritó desgañitado el señor Daubney en lo alto de la escalera. Y se abalanzó rápidamente hacia William Tinker, esgrimiendo una imponente espada bastarda que seguramente había pertenecido a una de las armaduras medievales que ornaban algunas de las alcobas. La hoja de la espada cayó poderosa sobre el hombro de Tinker y se hundió hasta el pecho. Pero la gigantesca bestia sólo se enfureció más y arrojó de un revés al señor Daubney contra el muro. El señor Daubney se estampó enseguida contra el suelo con tremenda fuerza, soltando un resoplido terrible. Al ver esto, los sirvientes se desesperaron y emprendieron una desorganizada huida por los pasillos y las habitaciones de la casa, lanzado alaridos y chillidos de horror. Los no-muertos se abalanzaron en desesperada persecución, cazando con fruición a sus presas.

Wystan le propinó dos tiros a William Tinker en la espalda, y Sybella le descerrajó tres descargas en el vientre. Pero la enorme bestia continuaba lanzando golpes y zarpazos a diestra y siniestra. Tinker aferró a Wystan por el cuello y lo arrojó a dos metros de distancia; después intentó aferrar a Sybella, pero la chica logró esquivar el agarre brincando hacia atrás ágilmente. Sybella intentó disparar, pero las cargas de su escopeta se habían terminado. Se levantó la falda y extrajo la pistola automática. Tinker ya se arrojaba sobre ella. La chica apretó el gatillo tan rápido como pudo. Las balas salieron a una velocidad impresionante, estampándose en el pecho, el rostro y el cuello del monstruo. La criatura aferró a la joven por el pecho de la blusa y la estampó en la pared. Sybella aferró la mano de Tinker y continuó disparando hasta que su arma quedó vacía.

Wystan disparó toda la carga de su rifle sobre Tinker y después, sacando de su sobaquera de lona su revólver Webley, le descargó los seis tiros del tambor. La bestia parecía resistirse a todos los ataques, por lo que Wystan sacó de su manga la pluma de cuervo, y estuvo a punto de usarla sobre Tinker, pero éste se volvió inesperadamente, propinándole un golpe de revés con su masivo puño. El profesor cayó por el suelo y la pluma se perdió en el suelo empapado de sangre. Tinker miró a Sybella con apetito y reveló su asquerosa y punzante lengua. Un hilo de sangre manó de la nariz y la boca de Sybella. La chica sintió la sangre emergiendo de su interior con fuerza, mientras Tinker abría la boca para ingerirla.

El señor Daubney se levantó tambaleante y aprovechó el embotamiento de Tinker con la sangre de la joven, y, haciendo uso de todas las fuerzas de su cuerpo, le desclavó la espada bastarda del cuerpo, y después, de un movimiento potente y furioso, lo decapitó. El corpachón de Tinker cayó como si fuera un muñeco de paja. Sybella también cayó y vomitó una terrible andanada de sangre que preocupó a Wystan. El señor Daubney soltó la espada y se llevó las manos a las costillas; después miró el cuerpo destripado de Clive y cayó de rodillas, lamentándose lastimeramente.

A lo lejos, la lucha parecía que empezaba a menguar rápidamente. Los monstruos empezaban a ganar terreno contra los defensores.

—¿Sybella? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Wystan preocupado, tras levantarse y aproximarse a su sobrina.

—Estoy bien... —dijo Sybella entre jadeos, limpiándose la barbilla con el dorso de la mano. Wystan intentó ayudarla a ponerse de pie, pero la chica se deshizo de los brazos de su tío con un movimiento violento, y enojada añadió—: Ya te dije que estoy bien.

Wystan se limitó a asentir preocupado.

Un grito provino de la parte superior de la casa, alertándolos

—¡La señora! —bramó el señor Daubney alarmado. Tomó su espada del suelo y trepó ágilmente por las escaleras.

Wystan y Sybella fueron tras él.

Los pasillos ya no estaban en sombras. Fuego había estallado en la casa y ahora comenzaba a consumir las habitaciones y los corredores peligrosamente.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de lady Ursula, encontraron a Glenn y Laurence

muertos, sangrando profusamente por la nariz y la boca, y con las ropas empapadas en sangre.

El señor Daubney se quedó estático unos instantes, mirando con horror los cadáveres de los dos muchachos. Wystan no perdió tiempo y abrió la puerta de la habitación de golpe. La escena que hallaron en el interior los dejó totalmente ofuscados. Sobre la enorme cama de lady Ursula se encontraba de pie Thomas Brendon. Junto a él estaba Chelsea Sheach, completamente desnuda y hermosa, aferrando con voluptuosidad el cuerpo estremecido de Ursula. Thomas aferraba la mandíbula de su esposa y la besaba con deleite, mientras un hilo de espesa sangre brotaba de la unión de los labios y caía por el cuello de la mujer.

Thomas estaba ataviado con una antigua gabardina negra, y sus facciones parecían no haberse modificado en nada, exceptuando la palidez extrema, su brazo faltante y la pulsante y larga lengua rojiza llena de pápulas que de vez en cuando emergía por entre los labios de su esposa y los suyos. Chelsea mostraba su desnudez con violenta libidinosidad, mientras masajeaba lujuriosamente el cuerpo de Ursula. Era como si los tres estuvieran participando en una orgía de sangre y muerte.

Los cristales de la ventana de la habitación estallaron repentinamente con una fuerza sobrenatural. Sobre el marco de la ventana apareció una criatura deforme y horripilante, con la malformadas alas a la espalda, unos dientes protuberantes y una babosa y pulsante lengua escurriendo sangre. El monstruo se abalanzó sobre Thomas, Ursula y Chelsea. El primero trató de oponer resistencia, pero el ataque había sido demasiado sorpresivo. Thomas cayó de la cama, mientras que Chelsea fue apresada con una pata sobre el colchón. La repugnante bestia aferró a Ursula por el cuello y la levantó.

El señor Daubney se abalanzó al interior, con la espada en lo alto. La horripilante criatura soltó un golpe vertiginoso con sus garras directo al cuello del señor Daubney, rajándose por completo. La espada cayó de las manos del sirviente, mientras una cascada de sangre brotaba de la profunda herida. El señor Daubney, en shock, cayó con las manos tratando de contener infructuosamente la sangre. Fue entonces que Chelsea rasguñó y mordió la pata que la apresaba. La criatura levantó su garra y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el cráneo de Chelsea, destrozándose en el acto. Al retirar su miembro, sólo quedaba una pulpa viscosa y rojiza de lo que había sido el cráneo de la hermana de Tilda.

Thomas se levantó a tiempo para ver al monstruo llevarse a Ursula por la ventana y saltar hacia la parte trasera del jardín, hacia las tinieblas y la lluvia. Thomas ni siquiera meditó su siguiente acción y también pegó un tremendo brinco hacia la ventana.

—¡Oh, por Dios! —gritó Tilda horrorizada cuando llegó a la habitación y vio los restos

destrozados de su hermana.

Wystan no tuvo tiempo para nada más, tomó la espada bastarda del señor Daubney y, seguido por Sybella, quien aferró a Tilda para llevarla consigo, corrió por el pasillo.

En el furor de la batalla alguna lámpara debió romperse y encender el cortinaje o los muebles, porque algunas de las habitaciones estaban encendidas en llamas. Los pasillos estaban llenos de humo y la visibilidad se estaba volviendo casi nula. Fue un milagro que logaran salir hasta el jardín trasero. La lluvia caía estrepitosamente sobre el mundo. Apenas pudieron ver cómo Thomas luchaba frenéticamente contra el monstruo que se había llevado a su esposa. Lady Ursula estaba tirada sobre la hierba, inconsciente y completamente empapado su ligero camisón.

Sybella colocó un nuevo cargador en su pistola automática, mientras que Wystan aferró con las dos manos la larga empuñadura de la espada. Ambos se aproximaron rápidamente, con la intención de poner a salvo a lady Ursula. Pero justo en ese instante la lluvia cesó de golpe, como si alguien hubiera cerrado un grifo. Y experimentaron la vivencia más extraña de sus vidas, porque el sonido de las pesadas gotas seguía escuchándose con claridad, pero no había agua; además, el aire se había vuelto pesado y la noche más fría que nunca. Una rajadura de luz escarlata lo iluminaba todo, apartando la lluvia a diez metros de distancia. Una espectral luna de sangre se mostraba esplendorosa y aterradora entre las nubes espesas. Más allá, en los lindes de la luz roja, la cortina de agua caía como si nada, pero dentro de la luminiscencia todo estaba completamente seco. Era casi como saltar entre realidades.

Tanto Thomas como el monstruo habían dejado de luchar y miraban embelesados la belleza sobrenatural de la luna sanguinaria. Wystan y Sybella pudieron ver una figura emerger de entre los oscuros árboles del bosque. Etheldred Mornall, completamente desnuda, se aproximó hasta donde se encontraba Ursula. Al llegar a ella, la miró como si observara a un pajarillo herido y la levantó en sus brazos con una ligereza asombrosa.

—¡Thomas! —gritó Wystan.

Thomas Brendon miró sorprendido a Wystan. Éste le señalaba a Etheldred. Thomas miró a su mujer en brazos de la bestia y salió disparado, a una velocidad pasmosa, casi volando sobre el rojizo pasto de sangre. Pero entonces la luna roja desapareció entre los nubarrones, exactamente en el mismo momento que Etheldred y Ursula parecían esfumarse en el interior de la lóbreguez del bosque. La lluvia se precipitó de nuevo como un manto pesado.

Sir Thomas cayó de rodillas y lanzó un estridente grito que reverberó terriblemente en el

jardín, y después se desvaneció en una voluta de radiante vapor rojo.

El lugar estaba iluminado por las llamas de la casa, que ardían furiosas a pesar de la lluvia. Sybella se aproximó al monstruo que seguía en el jardín y le asestó dos tiros en la cabeza. La repugnante bestia se desparramó en el suelo. Wystan cortó la cabeza con la ayuda de la espada y enseguida arrojó el arma a un par de metros de distancia con un movimiento furioso y un grito desesperado.

Wystan se dejó caer y se sentó en el suelo, abatido. Desanimada, Sybella se volvió y miró la casa, las ventanas vomitaban frenético fuego acompañado de pesadas volutas de espesa humareda.

Habían fallado.

Capítulo XIV

En lo profundo del bosque

Mornall House había sido reducida a escombros y su lánguida belleza extinguida para siempre. Los pobladores se aproximaron a las inmediaciones en donde había estado la gran mansión, sólo para ver los humeantes restos y para extraer cualquier cosa de valor que pudieran rescatar de entre las ruinas. Los pocos sirvientes que sobrevivieron al incidente se refugiaron en las casas de sus familiares en Mornewood. La población, más asustada que nunca, prefirió ocultarse tras sus puertas y ventanas, y la Guardia de Mornewood fue disuelta; cada quien salvaría su propio pellejo.

En el interior de *El madero ardiente*, Wytan y Sybella lamieron sus heridas durante dos días. El profesor parecía haber caído en un profundo estado de melancolía reflexiva, como si estudiara en su cabeza de manera obsesiva qué había salido tan terriblemente mal. Sybella, por su parte, tenía un humor pésimo y se irritaba con una facilidad tremenda; se la pasaba refunfuñando de un lado para otro del hostel y respondía de malos modos cuando alguien se dirigía a ella. Tilda, más perturbada que nunca, se limitó a refugiarse en una habitación que Thane le concedió sin cargo alguno; no quiso regresar a casa por el dolor que le producirían los recuerdos de Chelsea.

—¿Sybella? —preguntó Thane, llevando en las manos un plato con la sopa de puerros y coles de la señora Ackerman.

—¿Qué quieres? —respondió Sybella arisca, sentada en el sillón de la sala frente al fuego que nunca se apagaba de *El madero ardiente*. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba enfurruñada las llamas crepitando en el hogar.

—Te traje algo de comer...

—Ah, bueno.

Thane puso la sopa en una mesita cercana y le tendió una cuchara de madera a la joven, acompañada de una sonrisa. Sybella miró a Thane y después a la cuchara, y desvió los ojos de nuevo hacia el fuego. El muchacho bajó las vista y la cuchara, desalentado.

La chica miraba las llamas con insistencia, como si su vida dependiera de ello; resultaba evidente, en el reflejo de las lenguas de fuego sobre sus ojos, que el miedo y el abatimiento estaban llevándose lo mejor de ella.

—No es real, ¿sabes? —dijo Thane después de un rato. Sybella le miró hosca, pero curiosa. Thane señaló con un ademán desganado al madero que ardía en la chimenea—. No es real; Uther Pendragon no le puso magia. Yo o la señora Ackerman lo mantenemos encendido cuando tenemos huéspedes. La verdad es que es una historia que se inventó mi mamá, ya sabes, ante de morir.

—¿Por qué? —preguntó Sybella, mirando con extrañeza al muchacho.

—A mi mamá le gustaban las historias de magia y fantasía, y me las contaba cuando yo era niño; sobre duendes y dragones y hadas y esas cosas. —Thane sonrió entristecido—. Siempre decía que en las historias podemos ver reflejada la maldad humana, con los brujos perversos y los dragones avariciosos, pero que también podemos ver lo mejor de nosotros mismos, con los gentiles caballeros andantes y las sacrificadas heroínas trágicas. Ella creía que las historias eran mágicas por sí mismas, y por eso creó la leyenda del madero encantado que jamás se apaga.

—¿Para invocar magia o algo así? —preguntó Sybella un tanto descreída.

—No; para ofrecer magia en donde no la hay... Para ofrecer, esperanza. —Thane miró el madero y añadió—: Y ahora lo que necesitamos, es un poquito de esperanza, ¿no crees?

Sybella miró a Thane. Éste le ofreció una nueva sonrisa afectuosa. El semblante de la chica se suavizó, asintió un poquito avergonzada y le sonrió tanto como le permitió su acongojado estado. Enseguida desvió la mirada, meditabunda, y observó el madero ardiendo suavemente.

—No te desanimes ahora, Sybella —dijo Thane, y le volvió a tender la cuchara.

—Gracias. —Sybella miró la cuchara y finalmente se decidió a tomarla, junto con el cuenco de sopa. Miró al muchacho, sintiéndose un poco mejor, y añadió—: ¿Y..., cómo sigues? ¿Mejor?

—Sí, mucho mejor —respondió Thane sentándose en otro de los sillones—; gracias por la sangre, por cierto.

—De nada —Sybella comenzó a revolver la sopa con la cuchara para enfriarla. Distraída agregó—: Mi tío dice que mi sangre es de buena calidad, que tiene efectos casi mágicos.

—¿Se las has dado a más personas?

—Sí; ya antes la doné. Mi tío dice que las personas responden bien a mi sangre, que no siempre es lo mismo con la sangre de todos.

Thane asintió y miró a las llamas. Sybella observó pensativa el color y la textura de su sopa.

—No podemos darnos por vencidos... —exclamó Thane casi en un susurro.

—No, no podemos —añadió Sybella un tanto reflexiva y apesadumbrada.

—Entonces, tenemos que hacer algo, ¿no? —Thane miró a Sybella, esperanzado.

—Sí, tenemos que hacer algo..., la cosa es que no sé qué cosa. —Sybella levantó los hombros y se llevó a la boca una cucharada de la sopa. Para los estándares de *El madero ardiente*, estaba sorprendentemente buena.

—¿Qué es lo que piensa hacer el profesor?

—No lo sé, no lo había visto así de abatido desde el caso de las hadas de Oldbury —respondió Sybella meditabunda.

—¿Qué pasó en Oldbury?

Sybella miró hacia las llamas del hogar. Su rostro se mostraba de pronto terriblemente atacado por un potente y descorazonador recuerdo.

—¿Sybella? —preguntó Thane, mirando con preocupación a la chica.

—Fue..., fue la primera vez que me tocó lidiar con..., con el Abismo Perenne. —Sybella miró a Thane con preocupación y añadió—: Hace tiempo fuimos llamados a resolver un caso en Oldbury por el párroco del lugar. Las personas desaparecían en los bosques, y lo único que se encontraba de ellas eran sus prendas de ropa, pero, de manera extraña, completamente intactas, como si se las hubieran quitado para andar desnudas por el bosque. Fuimos a investigar, y en esa ocasión se nos unió un viejo amigo de la armada de mi tío, el teniente Padmore, que también trabajaba en sucesos más allá de los normales. Para no hacerte la historia larga, sólo te diré que los conocimientos de mi tío nos permitieron descubrir en el bosque a un grupo de hadas. Pero no eran hadas como las de los cuentos, bonitas y juguetonas, no; éstas eran sanguinarias y terribles, pequeños seres que en bandada atacaban a la gente en el bosque y consumían la carne, la sangre y los huesos en su totalidad. Mi tío me dijo que las hadas no eran así en estado natural, que esas habían sido transformadas por alguna especie de agente maligno, por alguna clase de presencia venenosa. Y poco después descubrimos que las hadas se presentaban cuando una luna roja brillaba en los cielos...

—Como la que apareció sobre *Mornall House*... —musitó Thane.

—Sí, como esa. Pero no es extraño que fenómenos así se presenten en el mundo; la luna del cazador, la luna de octubre, por ejemplo, es roja y poderosa, y llama a las criaturas que habitan en la noche. Y ciertos seres afines a la magia también son capaces de convocar fuera de época a una luna roja para sus propios fines. Te digo, no es lo más raro del mundo. Sin embargo, las hadas de

Oldbury se multiplicaban sin cesar, como si alguien las hubiera esclavizado para reproducirse sin control; cada día eran más y más, y requerían más y más alimento. Se empezaron a convertir en una plaga, una verdadera amenaza. En varias ocasiones estuvimos en peligro mortal, pero gracias a la increíble puntería del teniente Padmore y a la sabiduría de mi tío, logramos salir con vida y encontrar la verdad.

—¿Pues qué pasó? —preguntó Thane cautivado.

—Fue entonces que descubrimos quién estaba detrás de todo.

—¿Quién? —exclamó Thane más interesado que nunca.

—Ya te lo dije, el Abismo Perenne, quien atrapó y transformó a las hadas. Por suerte logramos detenerlas a tiempo, aunque a costa del sacrificio de la vida del valiente teniente Padmore. —Sybella negó con la cabeza, pesarosa.

—Y este caso ¿es igual?

—No igual, pero parecido. Hay una luna de sangre en los cielos y criaturas que amenazan con desatar una epidemia. Pero falta...

—¿Qué cosa?

—La presencia del Abismo Perenne. La ocasión anterior era..., no lo sé..., muy clara. En esta ocasión no parece encontrarse en ninguna parte. —Sybella miró el fulgor del fuego bailando en el reflejo de sus manos—. La verdad sea dicha, en aquella ocasión no estuve frente a frente con el Abismo Perenne, pero mi tío dice que la principal señal de su presencia es una especie de sensación..., más bien..., como de vibración... Es como..., como si tu sangre y tus órganos no pudieran mantenerse en su lugar... O algo así, mi tío no fue del todo claro.

—¿Y cómo podemos saber si está involucrado?

—Mi tío tiene en su estudio, en Londres, un mueble hechizado que le regaló un mago italiano, al que sólo pueden acceder las personas de mayor confianza. En su interior se encuentra su investigación sobre el Abismo Perenne. Mi tío tiene buena memoria para estas cosas, pero le gusta tener todo por escrito. Allí relata sus anteriores encuentros y, especialmente, un mapa que muestra los lugares en donde el Abismo Perenne ingresó a este mundo en el pasado.

—¿N-no..., no es de este mundo? —preguntó Thane, sintiendo que una oleada de frío que le recorría la espalda.

—No.

—¿Y entonces qué es?

Sybella estaba a punto de contestar, cuando apareció el profesor Hargrave en la salita.

—Es material para una charla más profunda —intervino Wystan, guardando su diario en uno de los bolsillos de su abrigo. Sus ánimos parecían renovados y su semblante había adquirido de nuevo su característica férrea determinación—. Thane, necesito enviar un mensaje a Londres; Sybella, prepara las armas.

Sybella y Thane se miraron sorprendidos.

—¿Vamos a partir? —preguntó Sybella extrañada.

—Sí —exclamó Wystan decidido.

—¿A dónde? Pensé que después de lo de *Mornall House*...

—Tú misma lo dijiste al aceptar el caso: No podemos abandonar a las personas a las que ayudamos, así como tampoco podemos abandonaremos a lady Ursula ahora que nos necesita más que nunca. —Del bolsillo interno de su abrigo extrajo una llave grande y negra, la llave de la casa de campo de Etheldred—. Nos hicieron una terrible visita; bien, creo que es momento de que nosotros les hagamos una visita a ellos.

—Probablemente lady Urula ya no sea lady Ursula en estos momentos —apuntó Sybella.

—Entonces le debemos una muerte digna.

La chica asintió decidida, recobrando los ánimos.

—Yo quiero ir con ustedes... —dijo una vocecita a espaldas de todos, descendiendo por las escaleras.

Wystan, Sybella y Thane se volvieron. Era Tilda, más pálida y ojerosa que nunca.

—No es necesario, Tilda —dijo Wystan—; dedícate a descansar. Después de tu pérdida...

—Voy con ustedes —sentenció Tilda—. Debí ayudarles cuando me lo pidieron la primera vez. Pero me dio miedo y ahora mi hermana está..., más allá de cualquier cura. Mi pecado fue la cobardía. Por favor, déjenme redimirme, por Chelsea.

—Tilda...

—Déjala venir con nosotros, tío —intervino Sybella—. Lo ha perdido todo: la casa en la que trabajaba, a sus compañeros, a su señora, a su hermana... Se lo han quitado todo. Déjala venir

con nosotros.

Wystan miró a Tilda. La mujer era delgada y pequeña, delicada como una patita de ave, pero en sus bulbosos ojos se podía ver una determinación de acero, y, más profundamente enraizado, en lo más hondo y doliente de su corazón, un abrazador deseo de muerte. Si Wystan no le permitía ir con ellos, ella, seguramente, trataría de encontrar su retribución por cuenta propia. Al menos si la dejaban acompañarlos, tendrían un par de manos extra y podrían cuidarla.

—De acuerdo, pero tendrás que aprender a disparar y a esgrimir un cuchillo —dijo Wystan finalmente.

Tilda, con los ojos rojos y humedecidos, asintió.

—¿Y qué es lo que quiere que diga el mensaje, señor? —preguntó Thane, enseguida.

—Toma, aquí mismo tengo la carta —dijo Wystan, llevándose la mano al interior del chaleco.

Tres días después dejaron *El madero ardiente* muy temprano por la mañana, bajo los encapotados cielos de ceniza. Guiados por Tilda y por Thane, se internaron entre los árboles retorcidos y los espesos helechos, y caminaron cubiertos por las ramas y el follaje hasta llegar al norte, muy al norte, en donde el bosque era más profundo y trepaba por unas accidentadas y abruptas elevaciones.

Wystan llevaba su sobretodo y un sombrero de fieltro gris; Sybella portaba una abrigo largo y un par guantes de cuero; Thane una chaquetilla de lana, una bufanda y una gorra; y Tilda, además de un ceñido abrigo de viaje, un austero vestido negro que le cubría hasta las muñecas y la totalidad del cuello.

—Sí, según lo que me contaba mi abuela —dijo Tilda, mientras trepaban por la pendiente llena de árboles, raíces y musgo—; la casa de campo de Etheldred se encontraba en la cumbre, detrás de esas elevaciones.

—¿En verdad Etheldred trepaba hasta acá sola? —preguntó Sybella, resoplando y exhalando volutas de vaho blanco. La chica se recargó sobre un árbol para recobrar el aliento y sentir el aire tremendamente gélido en sus pulmones.

—No, ella tomaba un sendero que rodeaba las colinas; aunque en aquellos tiempos pasar tiempo a “solas” no era pasar tiempo realmente a “solas”. Seguramente viajaba con varios de sus criados.

—Y me imagino que este camino, si bien dificultoso, es el más rápido —apuntó Wystan.

—Sí, profesor, así es —respondió Tilda, observando con serena emoción las copas de los árboles y el húmedo musgo que crecía sobre los troncos. De haber estado en otras circunstancias, con aquel escenario rodeándola, Tilda habría parecido una especie de ninfa del bosque o una bruja celta. Resultaba evidente que la belleza arbórea del lugar tría un poco de solaz a su mente atribulada y sufriente.

Continuaron ascendiendo por el escarpado terreno, trepando cada vez más y sintiendo el frío que se volvía más punzante y cruel. Finalmente llegaron a una cumbre empinada, en donde se elevaba una achaparrada cresta de piedras por sobre el bosque. Desde allí pudieron ver con claridad la oscura floresta que lo rodeaba todo como un océano de verdes y marrones, además del lugar en donde había estado *Mornall House*, la lóbrega Mornewood y los extensos y pardos páramos que se abrían hacia el oeste, todo cubierto por espantosas nubes de tormenta. Una visión desconcertante y majestuosa, sin lugar a dudas.

Encontraron una especie de balcón natural y allí dejaron las armas, abrieron los bolsos de viaje y se sentaron a comer, acompañados de la vista del imponente paisaje.

—No se ven cuadros así todos los días —exclamó Wystan, llevándose un trozo de jamón ahumado a la boca. El profesor señalaba el esplendoroso escenario en el que se encontraban.

—Es hermoso —concordó Sybella, dando un trago de agua de su cantimplora.

—Se puede ver el hostel desde aquí —señaló Thane, apuntando con el dedo hacia Mornewood, en donde podía verse a lo lejos el retorcido tejado de *El madero ardiente*—. La señora Ackerman debe estar preparando la cena ahora mismo; exceptuando su sopa de puerros y coles, todo lo demás que cocina no es precisamente lo más sabroso del mundo.

—Y que lo digas —exclamó Sybella con una sonrisa.

—Ya lo sé; pero no se lo digas..., no quiero hacerla sentir mal. Hace su mejor esfuerzo.

—Sólo digo que a su “mejor esfuerzo” no le caería mal un poco de sal —dijo Sybella divertida.

Todos rieron y acordaron jamás hablar la verdad sobre los guisos de la señora Ackerman frente a ella. Y así, mientras observaban el gélido paisaje, continuaron comiendo.

—Cuando éramos niñas, Chelsea me convencía para que viniéramos a jugar aquí, para que exploráramos lo más profundo del bosque —dijo Tilda después de unos minutos de silencio, mientras observaba Mornewood más allá de las copas de los árboles—; ella siempre fue tan

aventurera e intrépida, yo, por el contrario, siempre fui la cobarde. —Tilda desvió la mirada un poco avergonzada—. Cuando estábamos aquí, fantaseábamos a que éramos las reinas de Mornewood y que, tras casarnos con duques y príncipes, nos marcharíamos a viajar por el mundo. —Desvió la mirada, la clavó en el trocito de queso que tenía entre las manos y sonrió con tristeza—. Chelsea siempre quiso irse, marcharse de Mornewood, incluso, una vez, hasta logró obtener un puesto como asistente de un almacén en Sheffield, y me dijo que después de un tiempo, cuando ya estuviera bien asentada, mandaría por mí. Lamentablemente cuando..., cuando murió nuestra madre nos quedamos sin sustento, y tuvimos que entrar al servicio de la casa de los Brendon. Todos los sueños de Chelsea se fueron por los suelos... Pero jamás perdió su valentía y su arrojo, y estaba decidida a marcharse, pero esta vez a Londres. Me dijo... —Los ojos bulbosos de Tilda se llenaron de lágrimas y su rostro se contrajo en una mueca de dolor—, me dijo que me llevaría con ella..., que estaba ahorrando para llevarme con ella, para que nos fuéramos las dos, porque no quería quedarse sin la persona que más amaba en el mundo. Y ahora..., ahora jamás podremos hacerlo...

—Haremos pagar a Thomas por lo que le hizo a Chelsea —exclamó Sybella con seriedad.

—Necesitamos a Thomas vivo, para llegar al origen de todo esto —dijo Wystan inmutable.

—Tilda necesita su venganza —replicó Sybella, observando con decisión a su tío.

—Necesitamos pensar, antes de actuar; no podemos dejar que nuestro orgullo afecte con las personas a las que amamos.

—Por eso —exclamó Sybella excitada—, Sybella necesita...

—Lo que necesito, es ayudarlos..., por mi hermana —dijo Tilda casi en un susurro.

—Y lo harás —dijo Thane, tomando la mano de Tilda. El muchacho le ofreció una sonrisa. La sirvienta asintió, desviando el rostro para mirar las nubes que se acercaban amenazantes en el horizonte.

En los rostros de todos se mostraba el abatimiento y la tristeza, pero al encontrarse juntos, en compañía los unos de los otros, se llegaba a asomar en sus ojos, en especial en los de Tilda, cierto confort y un dejo de tímida alegría.

Después de la comida treparon la cresta y se encontraron con un valle cercado de penachos rocosos. Allí, recargado en la ladera del oeste, rodeado por un bosquecillo de abetos y pinos, se encontraba la casa de campo de Etheldred Mornall. Se trataba de una construcción robusta, más parecida a una cripta familiar que a una casa de campo; sus contrafuertes y paredes eran bastante gruesos y de sólida piedra. El techo era una especie de cúpula, y se internaba en la piedra y la

tierra de la ladera como si un gigante la hubiera encajado por la fuerza. Sir Devon Mornall no había reparado en gastos para hallar una cura para la tristeza de su esposa.

Descendieron por la pendiente con cuidado y después se internaron en el bosquecillo. Llegaron al lindero, en donde pudieron ver con claridad la alta puerta de hierro de la casa. Todo parecía solitario y abandonado en la penumbra del fámélico día. Los muros estaban cubiertos por musgo en algunas partes y por espesa hiedra en algunas otras. La puerta lucía pesada, adornada con elementos arabescos de plantas, vides y vainas, y en su centro la diminuta cerradura en donde encajaba la llave que Wystan guardaba celosamente.

Alistaron las armas. A Thane le tocó el revólver Enfield que Wystan guardaba en su baúl, mientras que Tilda portaba en sus manos el revólver Webley. Sybella llevaba su escopeta y su Colt1903, y Wystan el rifle Lee-Enfield. Salieron al descampado y se aproximaron a la casa con pasos rápidos. Se acercaron a la puerta y la observaron con cuidado. Era vieja, muy vieja, y se había resistido a la corrosión valientemente, pero las manchas de óxido y el deterioro se mostraban claramente en su superficie.

Wystan extrajo la llave del interior de su abrigo y la insertó cuidadosamente en la cerradura. Los antiguos mecanismos internos se activaron y chasquearon lastimeramente. Poco después, tras soltar un vaho húmedo y frío, la puerta se abrió lentamente, revelando el pasillo que se internaba en las tinieblas. Thane encendió una linterna, y así ingresaron a la oscuridad que los esperaba pacientemente.

El pasillo no era muy largo, pero sí estrecho y oscuro, como si el interior de la construcción fuera una especie de habitación secreta o un mausoleo familiar. Wystan tuvo que pasar en varios puntos bajando la cabeza. Después de unos instantes, la luz de Thane se vio opacada por la luz de la cámara principal a la que llegaron. Sobre sus cabezas se abría una gran cúpula. Alrededor, las paredes se mostraban describiendo un círculo. En el suelo se hallaba un anillo de un metro y medio de ancho, repleto de agua completamente negra como la obsidiana. En lo alto de la bóveda había una rajadura, que permitía el ingreso de un poco de la luz cenicienta de fuera. En las paredes se hallaban algunos estandartes muy viejos, junto con algunos muebles antiguos y desvencijados, entre los que destacaba, en el otro extremo, un escritorio con varios papeles desordenados, que revelaban que hasta hace poco alguien había estado trabajando con gran ahínco. Y justo en el centro se hallaban varios cirios de diferentes tamaños, rodeando una silla de madera tallada con formas intrincadas y forrada con terciopelo negro. Sentado en ésta se encontraba Thomas Brendon, con su único brazo reposando sobre uno de los descansabrazos y el

puño apoyado en su frente; parecía estar meditando profundamente.

Wystan saltó el anillo, se aproximó y apuntó con el rifle. Detrás de él, Sybella, Tilda y Thane saltaron también y se quedaron plantados, apuntando con sus armas. Thomas levantó la vista y miró con sus ojos blancos a los recién llegados. Su rostro, sumido en un juego de tinieblas y luces de vela, parecía una mezcla de abatimiento total y rabia contenida.

—Sir Thomas Brendon... —dijo Wystan.

—Profesor Bartholomew Wystan Hargrave —dijo Thomas. Su voz sonaba como un susurro perdido en la oscuridad—. Es un gusto presentarse propiamente. No, un gusto no, un honor.

—¡Se acabó, Thomas! —exclamó Sybella.

—¿En verdad? —preguntó Thomas, escéptico y divertido.

—Ha llegado el momento de tu final —sentenció Sybella, apuntando con la escopeta.

—Se acabó, Thomas; sabes que sólo hay un camino —dijo Wystan con tranquilidad.

—¿Y cuál es ese camino, profesor? —preguntó Thomas hoscamente.

—Podemos ayudarnos mutuamente —soltó Wystan, bajando de pronto el rifle. Sybella, Thane y Tilda se quedaron pasmados—. Tenemos un fin en común: Detener a Etheldred Mornall, ¿no es así?

Thomas sonrió encantado. Se levantó de la silla y se quedó parado en medio de los cirios, con su brazo colgando a su costado. Estaba ataviado con una vieja y elegante gabardina negra, y debajo tenía la ropa con la que había desenterrado a Etheldred, pero ahora sucia y llena de manchas de sangre seca. Aún, con todo, lucía majestuoso.

—Creí que veníamos a detenerlo a él —exclamó de pronto Sybella a su tío.

Thomas miró a Sybella, sonrió con desagrado y miró al profesor.

—¿No les has dicho a tus sirvientes? ¿No les has dicho que se encuentran en medio de una guerra entre seres divinos, mucho más grandes y poderosos que ellos? —Volvió a mirar a la incrédula Sybella y añadió—: Así es, mi joven damita, yo completé los pedazos del enigma de sir Devon y Etheldred Mornall; descubrí en dónde estaba la llave de su sepulcro, descubrí la terrible verdad que yacía sepultada bajo el suelo de la Hondonada de la Bruja..., y hasta descubrí *qué* había hecho a la joven Etheldred su consorte en los páramos: el dragón.

—Comencé a sospechar que había dos castas en combate —dijo Wystan—, cuando una de

las abominaciones de Etheldred irrumpió de forma tan vistosa en la habitación de Ursula, mientras tú y Chelsea la convertían.

—¿Tan tarde? —exclamó Thomas, un tanto desilusionado—. Tenía mejor concepto de usted.

—¿Por qué no se convirtió, como todos los demás? —preguntó Sybella.

—Porque logró liberarse —respondió Wystan, sin dejar de mirar a Thomas—, logró liberarse cortando su brazo, ¿o me equivoco? —Señaló el miembro faltante del baronet con un ademán de la barba.

—No, profesor, no se equivoca, está en lo correcto; de haberme arrastrado con ella en aquella noche de luna escarlata, habría terminado convertido en una de esas abominaciones que luchan contra nosotros. Pero gracias a mi valor y al amor que tengo por mi querida Chelsea, logré liberarme y escapar, imbuido con la bendición que ahora corre por mis venas y que he esparcido entre la población de Mornewood..., entre mis descendientes.

—¡No es una bendición! —gritó Tilda, con los ojos bañados en lágrimas—. ¡Me quitó a Chelsea! ¡Me quitó a mi hermana! ¡Maldito seas! ¡Bastardo!

—No, Matilda, no lo es... Es una bendición —dijo Thomas con serenidad, como si fuera un profesor que explicara un tema sumamente facilísimo a un alumno—. Escuchar el sonido de la noche, saborear la esencia de la vida, experimentar el brillo de la luna en el corazón, sentir en la piel el alma de tu amante, escuchar el canto... No, Matilda, no hay maldición que resulte tan estimulante y placentera. Es una bendición, es una fortuna, un peldaño más en la escalera de la evolución humana. No hay mejor regalo que el que corre por mis venas.

—Por eso fuiste por lady Ursula —dijo Wystan.

—¡Exacto, profesor, exacto! —exclamó Thomas sonriente—. Veo que entiende a la perfección la situación en la que nos encontramos. Así es, por eso fue que buscaba irremediamente a mi esposa; por eso protegía los alrededores de nuestra casa, para resguardarla de los esbirros de Etheldred. —Thomas desvió la mirada con un gesto dramático—: Cuando nos casamos no la amaba, es cierto, nuestro matrimonio fue una farsa para unir a nuestras familias y aumentar nuestra riqueza. Pero con el tiempo llegué a quererla, a mi modo..., era, a final de cuentas, mi esposa. Y no es que poseyera una moral reprobable o que fuera una estúpida, pero era tan fría y rígida como un pescado muerto... ¡Agh! Debió de estar presente en nuestra noche de bodas para entender lo que digo. ¡Terrible! ¡Insípida! Pero lo que realmente me hacía odiarla, lo que me hacía sentir que mis entrañas se desgarraban, era que siempre se oponía a encontrar la verdad en el lado oscuro del mundo, en lo sobrenatural y en el misticismo. Cómo

aborrecía la pobre las reuniones que llegue a convocar para tratar tan elevados temas. Era una ciega, una testaruda y una estirada. Éramos infelices, los dos, juntos. —Thomas rio para sí, después su rostro se transformó súbitamente en una máscara de seriedad y añadió—: Pero era mi esposa, y le debía la felicidad. Así que fui por ella, para darle el obsequio más grande de todos, para convertir ese pescado frío y muerto en la más voluptuosa de las amantes, en una de las diosas de mi nuevo mundo. —Thomas se llenó de pesar—. ¡Oh, mi querida Chelsea! ¡Mi bien amada y tierna Chelsea! ¡Esa sí que era una amante! ¡Mi alma gemela! ¡Mi verdadera mujer! —Su rostro se llenó de furia y añadió—: Y entonces ustedes aparecieron y se interpusieron en mi camino, en mi destino, e hicieron que perdiera a mi esposa y a mi adorada Chelsea. Y por eso..., por eso ahora serán mis esclavos, lamerán mis botas y saborearán mis desperdicios, y los usaré a mi libre y entera disposición hasta la llegada del Juicio Final.

—Podemos realizar una alianza, Thomas —dijo Wistan—. Aún podemos detener a...

—No, profesor —cejó Thomas, excitado—; los dioses y los animales no hacen alianzas. Nosotros mandamos, ustedes obedecen.

Thomas levantó las manos en un gesto lento y calculado. Del anillo de agua que rodeaba el piso comenzaron emerger manos blancas como la cal, seguidas de cabezas calvas y ojos blancos y brillantes. Los descendientes de Thomas Brendon acudían al llamado de su padre.

Capítulo XV

En las entrañas de la bestia

La casa de la calle Walpole estaba tranquila y serena, demasiado tranquila y serena. Viola extrañaba llevarle a Wystan una taza de té al estudio mientras trabajaba y ver a Sybella caminando de un lado para otro del pasillo, acompañada como de costumbre por su característico barullo y algazara. Sin ellos dos, el mundo de Viola era francamente aburrido y gris. Desde luego que visitaba a la señora Sherburn de vez en cuando por las tardes, y en ocasiones iba con sus amigas Ambrosine y Eleanora a los almacenes a comprar algún sombrero o una nueva estola, pero al retornar se encontraba de nuevo con la casa sola y fría.

Por las noches rezaba por la seguridad de su sobrina y de su esposo, pensaba en ellos y suspiraba pesarosa, esperando, siempre, que estuvieran ya de regreso sanos y salvos.

Wystan no solía inmiscuirlo mucho en sus asuntos; incluso en el caso de los túmulos de Sudworth, en donde se habían conocido, la había mantenido en tinieblas, sin decirle por entero cómo habían aplacado la furia del fantasma que emergía de la pintura maldita. Wystan había dicho que era por su bien, para alejarla de la oscuridad y de la locura del mundo. Por eso le extrañó enormemente cuando llegó la carta. Seguramente algo estaba saliendo terriblemente mal.

Viola se encontraba ocupada en su labor, sentada en la sala de estar, pensando en sus cosas, cuando escuchó el golpe en la puerta de entrada. Viola atendió y el amable mensajero le tendió el sobre. Volvió al salón y se sentó ante la chimenea. La misiva era de Wystan, así lo decía la máquina de escribir que había estampado su nombre en el sobre. La abrió y estudió las palabras con cuidado, emocionada por tener noticias de su marido.

Para Viola Hargrave.

Mornewood, 18 noviembre de 1910

Amada esposa:

No puedo describirte el terrible apuro en el que nos encontramos aquí, en los Páramos de Mornewood. La misión que nos encomendaron parece estar destinada al fracaso, después del terrible debacle que supuso la caída de la *Mornall House* y la desaparición de lady Ursula Brendon.

Sybella se encuentra bien de salud, pero está enfurruñada por haber fallado a nuestra anfitriona. Y la entiendo, yo mismo no me encuentro en la mejor de las disposiciones.

Sin embargo no desistiremos en nuestra empresa hasta haber resuelto este caso que a veces parece, sinceramente, infranqueable. Nos encontramos en una situación sumamente peligrosa, de la que quizá dependa el futuro de nuestras vidas y de las vidas de las buenas gentes de Mornewood. No podemos abandonarlas, no ahora. Sé que deben dolerte estas palabras, pero te pido que seas valiente y fuerte como siempre lo has sido; sin ti, sin la piedra angular de mi vida, jamás lograría llevar a término ninguna de mis más arriesgadas empresas.

El motivo de mi epístola es que te reúnas con nosotros, aquí, en Mornewood, y que traigas contigo la investigación que se encuentra encerrada en mi estudio. Todos y cada uno de los elementos de mi investigación deben de ser traídos hasta aquí. Y tienes que apresúrate. ¡Es de capital importancia para resolver este horrendo caso! Sabes que no podría pedírselo a nadie más... Eres la única persona en la que confío ciegamente.

En el folio que acompaña esta carta se encuentran las instrucciones que debes seguir al pie de la letra.

Tu marido, que te ama eternamente.

B. W. Hargrave.

—Oh, Tolly —exclamó Viola, apretando la carta contra su pecho—. ¿Qué terrible debe ser la situación en la que te encuentras como para que recurras a mí? Te lo dije, te lo dije... Te dije que no fueras. Oh, Dios mío ¡cuídalos a ambos!

Miró rápidamente el folio que acompañaba la carta y cerró los ojos, entristecida por el infierno en el que ahora se deberían encontrar su esposo y su sobrina.

Sin perder más tiempo dejó el salón y subió por las escaleras hasta la segunda planta. Fue hasta el fondo del pasillo y abrió la descascarada puerta del estudio de su marido. La oscuridad era desconcertante. Entre las ilustraciones en las paredes y los extraños artefactos del mundo, aquella habitación ofrecía la más angustiosa de las atmósferas.

Viola ingresó lentamente, como si atravesara las líneas de un país enemigo. Se aproximó al bargueño y miró con temor la cadena de plata que lo cerraba con un diminuto candado. Abrió un compartimiento oculto en el costado del mueble de madera y extrajo la pequeña llave. Enseguida la introdujo en el candado y lo abrió. Quitó la cadenita con respetuosa lentitud y abrió las portezuelas del mueble. Allí se encontraban perfectamente organizados varios pergaminos y

pliegos de papel enrollados y lacrados, así como algunas libretas y diarios. Tomó un portafolio cercano y comenzó a rellenarlo con la investigación de su marido.

Poco después el mueble estaba vacío y Viola se marchaba de la habitación con el portafolio bajo el brazo, dispuesta a seguir con toda prontitud las instrucciones de su esposo.

Las criaturas salieron de las aguas y comenzaron a acercarse lentamente a Wystan y los suyos. Las monstruosidades temblaban, apresados por violentos espasmos, y sus pieles colgaban fofas y blancas, totalmente húmedas por el agua que chorreaban; gruñían y jadeaban desesperadas, saboreando la sangre que corría por el interior de los cuerpos de sus víctimas.

Wystan se aflojó la corbata y el cuello de la camisa y abrió los botones hasta revelar su pecho. Allí pendía un medallón de plata, redondo, pesado y feo, que mostraba un zafiro engastado y modelado como una luna llena.

—¡Quédense a mi lado! —gritó Wystan. Sybella, Tilda y Thane se arrimaron lo más que pudieron, sin dejar de apuntar con sus armas a todas partes, mientras las criaturas se aproximaban cada vez más.

—Oh, por favor, mi querido profesor —dijo Thomas Brendon con aire de desilusión—, ese talismán sólo evitará que su sangre salga de su cuerpo y llegue hasta nosotros, pero ¿qué evitará que nosotros lleguemos hasta usted?

Los monstruos se abalanzaron en oleada hacia ellos. Los destellos de los disparos de las armas llenaron la cámara durante unos instantes. Las balas y perdigones de plata estallaron en las carnes de los engendros soltando chispas lumínicas. Un par de ellos cayó derribado al suelo, pero el resto continuó con su desaforada carrera. La segunda andanada de proyectiles eliminó a varios más, pero no a los suficientes. Fue entonces que Wystan apuntó a Thomas, que continuaba de pie entre los cirios, con una sonrisa indolente marcada en sus amoratados labios. El profesor activó el cerrojo de su rifle y apretó el gatillo, pero una sombra blanca se interpuso y golpeó la boquilla del arma, desviando el tiro.

—¿Ursula?! —exclamó Thomas, desconcertado.

De la rajadura del techo abovedado comenzaron a brotar las bestias de Etheldred, dejándose caer presurosas. Y fue entonces que la brutal batalla entre los dos tipos de no-muertos se desató en el interior de la casa de campo.

Delante de Wystan se encontraba Ursula. Su piel se había desecado a un paso apresurado y

se mostraba pegada a los huesos, tirante hasta casi rajarse. Sus cabellos habían desaparecido casi por completo, arrancados con violencia, y de su cráneo sólo colgaban mechones pálidos de lo que antes había sido su hermosa cabellera dorada. Sus piernas y brazos se habían estirado y deformado de manera tan acelerada, que los músculos y la piel se habían desgarrado violentamente. Todavía estaba envuelta en los retazos de su camión de dormir, pero ya se mostraban las malformadas alas de hueso en su espalda. De su boca emergían dienteillos deformes y puntiagudos. Sus hermosos ojos azules yacían totalmente emblanquecidos, sumidos en las profundas cuencas del consumido cráneo. Ninguna persona cuerda habría creído que aquel ser babeante, demente y asqueroso había sido alguna vez lady Ursula Brendon.

Ursula bramó presa de una furia animal y se arrojó contra Thomas, tumbando los cirios y la silla. Ambos se batieron en una lucha brutal y desenfadada en el suelo, mientras los demás no muertos combatían salvajemente a su alrededor.

Wystan, Sybella, Thane y Tilda miraban desesperados el caos que se había desatado en toda la cámara. Los monstruos chillaban y soltaban alaridos como animales furiosos; la sangre púrpura y negruzca corría y salpicaba por todas partes, convirtiendo suelos y pisos en lienzos terroríficos.

—No tienen por qué temer, cariños míos —exclamó Etheldred, llegando por la entrada de la bóveda—. Pronto se unirán a nosotros, pronto comulgarán con la gloria del dragón.

—¡Jamás! —exclamó Wystan, indicándoles a los demás que se colocaran detrás de él—. ¡Puedes decirle a tu oscuro amo que lo haré regresar a la más sombría de las bóvedas del Averno de donde salió! ¡Dile que B. W. Hargrave está aquí! ¡Dile que frustraré sus planes una vez más!

Etheldred sonrió, revelando un par de incisivos extremadamente largos y seductores.

—¡Allí! —gritó Sybella, señalando junto al escritorio en la pared, una rajadura en los muros. No era muy grande, pero la poca luz revelaba que un pasadizo se hundía en las tinieblas.

Echelon a correr, con Wystan sin dejar de apuntar con el rifle a Etheldred. Ésta continuó andando con lentitud hasta llegar a la altura en la que los dos esposos se batían violentamente en el suelo.

—Gracias, profesor —dijo Etheldred sin inmutarse, con la brutal batalla rodeándola—, por traerme hasta aquí y ayudarme a terminar con esta embarazosa molestia. No se me habría ocurrido buscar en este sitio..., ya sabe, los recuerdos no son del todo precisos.

Los hijos de Etheldred sobrepasaban en número y violencia a los engendros de Thomas. Pocos quedaban de los descendientes de éste, y estaban siendo acorralados contra una de las paredes; daba tristeza verlos, ahora asustados y desesperados, tratando de defender la deplorable

existencia a la que Thomas los había forzado.

Wystan, sin dejar de apuntar, echó un vistazo rápido a los papeles sobre el escritorio. Sin meditarlo aferró un pliego grande y viejo y se lo entregó a Sybella, mientras que Thane y Tilda se metían por la hendidura. La sobrina del profesor se introdujo tambaleante en el agujero.

—¿Cómo se siente la venganza, hija mía? Dulce como la ambrosía, ¿cierto? —preguntó Etheldred a Ursula. Ésta le pegó un mordisco salvaje a Thomas en el cuello y le desgarró un buen pedazo de carne. Thomas lanzó un grito destemplado, lleno de dolor. Ursula se volvió y miró a su ama con sus ojos ciegos iluminados por la luz cenicienta, acompañados de una sonrisa llena de lascivia y euforia. La bala de Wystan penetró rápida y certera por uno de los huesos temporales y le reventó el cráneo con una explosión de centellas blancas y sesos.

—Ya no podrás reducirla a tu nivel, malhadada harpía —sentenció Wystan.

Etheldred sonrió lascivamente y se encaramó con lentos movimientos sobre el sufriente Thomas. Se inclinó hasta besarle los labios y enseguida colocó sus manos en el cráneo, y comenzó a apretar con fuerza. Thomas lanzó un grito desesperado y agudo, mientras los huesos comenzaban a ceder lentamente. Las manos de Etheldred imprimieron más fuerza a la cabeza de Thomas, hasta que ésta reventó como una calabaza, haciendo saltar los ojos y la lengua en una asquerosa explosión de sangre, carne y hueso.

Etheldred miró expectante al profesor. Wystan negó con la cabeza y se metió por la rajadura hacia el pasillo.

Etheldred se limitó a sonreír, satisfecha, mientras la carnicería continuaba en el interior de la bóveda.

Las paredes de bloques de piedra del pasillo pronto se transformaron en muros de roca sólida y desigual. El corredor se convirtió en un túnel, iluminado únicamente por la luz de la linterna de Thane. Era estrecho, aunque alto, de unos dos metros. Con cada paso que daban en su presurosa huida, más se internaban en las entrañas de piedra de las elevaciones del bosque. Hacía un frío tremendo, y podían sentir la presión de la roca, cada vez más sólida e inamovible, como una bestia dormitando su sueño invernal. A veces torcían hacia la izquierda o hacia la derecha, y a veces descendían por una suave pendiente que parecía internarlos hasta el infinito en la mole rocosa. Finalmente, en medio de una tenebrosidad desconcertante, y tras un tiempo que les pareció eterno, se encontraron con un cruce de túneles. Seis aberturas se mostraban ante ellos.

—¿Por cuál, capitán? —le preguntó Thane a Wystan.

Sybella se acercó a cada uno de los túneles y observó en su interior. No había ningún rastro que pudiera sugerir una ruta hacia la superficie.

—Sybella, dame el papel que te di —le dijo Wystan a su sobrina. La chica se buscó en las ropas, pero no lo halló. Wystan, exaltado, añadió—: ¡Es un mapa, un mapa de los túneles!

—Yo lo tengo —dijo Tilda, sacando de su abrigo el papel—. Se le cayó a Sybella en cuanto comenzamos a correr.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Wystan aliviado. Se lo arrebató de las manos a Tilda y lo estudio a la mortecina luz de la lámpara de Thane—. Lo vi de reojo en el escritorio y lo tomé; quizá pueda decirnos...

Entonces se escuchó un chillido agudo y cascado en el túnel por el que habían llegado. Todos miraron la boca del corredor con espanto.

—¡Vienen por nosotros...! —exclamó Tilda aterrada.

—¡Rápido, tío! ¿Por dónde?

Wystan revisaba el mapa y trataba de hallarle sentido, pero los trazos eran muy viejos y las notas eran de diferentes manos y diversos tipos de letra. Incluso a Thomas, que debió tenerlo seguramente para planear un ataque en los túneles en los que habitaban Etheldred y los suyos, le debió costar bastante trabajo descifrarlo. Pero para Wystan, de momento, le parecía que el galimatías de anotaciones y dibujos de los diferentes túneles era imposible de desembrollar.

—Es por allí... —dijo Thane, señalando el túnel del extremo de la izquierda.

—¿Cómo lo sabes, muchacho? —preguntó Wystan sorprendido.

Thane señaló al suelo. Un pequeño hilo de agua procedente de las tinieblas corría junto a la pared.

—¿Y si nos equivocamos? —preguntó Tilda nerviosa, sin dejar de mirar hacia el túnel de donde procedían los chillidos.

—Es mejor que quedarse aquí —exclamó Sybella.

Los aullidos se escucharon más cercanos.

—No tenemos una mejor opción —dijo Wystan, y aferrando a Tilda por el brazo la instó a continuar.

El camino era estrecho. Las paredes se cerraban de forma asfixiante, y la lámpara de Thane

estaba por consumirse en su totalidad. Pronto vagarían en las tinieblas, perdidos para siempre y perseguidos por los más espeluznantes y repugnantes cazadores de la penumbra. ¡Tenían que darse prisa!

El terreno desigual era difícil de andar, a cada paso alguna roca o un escollo los hacía tropezar y caer. Los muros eran cada vez más estrechos y astillados; las piedras filosas y puntiagudas le impedían andar con libertad, haciendo sumamente difícil el camino. La luz de lámpara fluctuaba, y a cada segundo amenazaba con dejarlos en medio de la negrura más extrema. Los aullidos destemplados a sus espaldas resonaban atterradoramente más cercanos. Pronto tendrían encima a toda la progenie de Etheldred, quienes estaba más acostumbrados a los túneles y pasadizos que los no-muertos de Thomas.

El túnel se constriñó hasta tal punto, que tuvieron que andar en una comprimida fila india, con Thane delante y Wystan en la retaguardia. Los aullidos resonaban en las paredes de forma escalofriante; ya podían escucharse los jadeos y las uñas de las criaturas de Etheldred corriendo como bestias desbocadas.

—¡Agua! —exclamó Sybella sorprendida.

Y la lámpara se apagó.

—¿Qué? —gritó alguien en las tinieblas.

—¡Agua! ¡Mi falda está mojada de agua! —respondió Sybella.

—La mía también —dijo Tilda.

—Adelante, se escucha agua —gritó Thane.

Entre los chillidos rechinantes podía distinguirse el sonido de una especie de regadera o de cascada pequeña.

—¡Continúen! ¡Rápido! —exclamó Wystan, apuntando dificultosamente con su rifle hacia la oscuridad de atrás—. ¡Debe ser uno de los pozos, debe estar filtrando agua de lluvia!

Y siguieron moviéndose a oscuras. Sus pies salpicaban el agua del hilillo que se había convertido de pronto en un riachuelo.

Sin previo aviso, un movimiento violento sucedió a las espaldas del grupo, después se escuchó un chapoteo salvaje y finalmente un gruñido lacerante.

—¡Agh! —se escuchó un grito en la retaguardia.

—¡Profesor! —exclamó Tilda, volviéndose laboriosamente con el revólver aferrado en las dos manos. Las paredes estaban tan cerradas que las sentía sumamente cerca de su rostro.

Una serie de aullidos violentos resonaban sonoramente en el interior del túnel. El profesor parecía estar batiéndose con una de esas bestias.

—¡Dispara, Tilda! —le ordenó Sybella, desesperada por no poder ayudar a su tío debido a lo ceñido de las paredes.

—¿Y si le doy al profesor?! —gimoteó Tilda fuera de sí.

Los chillidos de la criatura eran insoportables, como uñas arañando una pizarra gigantesca y desigual.

—¡Dispara! —bramó Thane, desde delante, sintiéndose inutilizado por las estrechas paredes.

—¡Agáchese, profesor! —gritó Tilda. Y soltó un tiro. El fogonazo iluminó el túnel unos instantes, revelando al monstruo que luchaba con el profesor en el suelo. El estallido resonó poderoso, trastornándolos a todos.

—¿Qué está pasando?! —vociferó Thane.

—¡Tilda! —gritó Sybella.

Tilda disparó una segunda vez. La bala dio de lleno en el ojo del monstruo, que se desmadejó al instante. Wystan pateó el cadáver, mientras chispas blanca volaban por todos lados, iluminando pobremente el túnel.

—¡Muévanse! —gritó Wystan con un jadeo—. Los demás no tardarán en llegar.

—¿Qué pasó?! —gritó Thane, desesperado. Sybella se limitó a empujarlo con la mano y a obligarlo a avanzar.

Poco después el sonido del agua se hizo más intenso y ensordecedor, y enseguida Thane sintió unas gotas mojando su rostro y después una andanada de agua, como si alguien hubiera soltado un cubo de agua helada sobre sus hombros. Volvió los ojos hacia arriba y miró el pozo de mina que estaba justo encima de ellos, a unos diez metros de altura. La tormenta se había desatado en la superficie y el agua escurría al interior a raudales. Las paredes del agujero estaban humedecidas y chorreantes, y dada la superficie de piedras escarpadas que se asomaban por todas partes les resultaría bastante complicado ascender; con el riesgo de resbalar, caer y romperse el cuello.

El primero en trepar fue Thane. Sybella le siguió.

—Suba profesor —dijo Tilda, cuando Wystan y ella estuvieron debajo de la abertura del pozo.

—Tú primero... —exclamó Wystan adolorido.

—No, adelante... Por favor —suplicó Tilda.

—No tenemos tiempo, Tilda; lo más conveniente es que... —Wystan detuvo sus palabras como si le hubieran dado una pedrada en la nuca. Miró a los ojos a Tilda y lo comprendió a la perfección, y vio de nuevo el deseo de muerte que había presenciado en el interior de la mujer en *El madero ardiente*. Negó con la cabeza y añadió—: No, Tilda, no vas a quedarte.

Tilda comenzó a llorar a la débil y casi inexistente luz del agujero.

—Defraudé a mi hermana y a mi señora, al señor Daubney y a mí misma... Tenía que haberlos cuidado mejor.

—No era tu responsabilidad, Tilda —exclamó Wystan, tomando a Tilda del hombro y tratando de hacerla entrar en razón—. Estas criaturas..., ellas son...

—Los perdí a ellos, profesor, pero no los perderé a ustedes; son lo último que me queda. No tengo a nadie más en el mundo. —Tilda intentó sonreír, infructuosamente—. Si no lo hago, no podrán salir; y si alguien puede hacer justicia, si alguien puede arreglar las cosas..., ese, ese es usted. Por favor, por mi hermana y por mí, termine con esto, se lo suplico.

—No, Tilda —dijo Wystan desconsolado—. No tienes por qué hacer esto.

—Quiero hacerlo..., en verdad... —dijo Tilda con una sonrisa trémula, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, a pesar de encontrarse toda empapada por el agua que caía a través del agujero—. Soy valiente ahora, ¿lo ve? Como dijo que debía serlo cuando estábamos en el hostel de Thane y me negué.

Wystan sintió que su corazón se rompía. Con todo el pesar del mundo sobre sus hombros, asintió y abrazó a la sirvienta.

—Arreglaré esto, por tu hermana y por ti —le dijo Wystan al oído. Tilda cerró los ojos para contener las lágrimas y asintió

Después se separaron y Wystan miró a la sirvienta a los ojos.

—No tienen que atraparte, Tilda, ¿me entiendes?

—No lo harán profesor.

El profesor miró a Tilda unos instantes más y después comenzó a trepar trabajosamente, sintiendo la terrible magulladura en su espalda producida por el ataque del monstruo. Tilda se quedó de pie mirándolo partir.

A Wystan le costaba bastante, el dolor punzante le debilitaba poco a poco. Además, las superficies de las rocas complicaban la ascensión. Arriba de él, a punto de salir, Thane y Sybella se esforzaban con gran ahínco por llegar al borde del agujero.

Cuando los dos jóvenes lograron llegar hasta arriba, el mundo parecía anegado por entero en agua tremendamente fría. Del cielo caía aguanieve en cantidades ingentes. Thane cayó de bruces afuera y enseguida se volvió para ayudar a Sybella. La chica emergió con un bufido, pero al instante se recompuso para mirar a su tío. La oscuridad del pozo era tremenda, y el agua chorreando como una cascada sólo hacía más embrollada la visión; todo era una oscuridad terrible y sin forma, como si el agua se despeñara hacia un vacío eterno. En el fondo creyó ver un fogonazo, un disparo amortiguado por la tierra y el agua. Después otra descarga y otra más, como si alguien corriera disparando y alejándose por el túnel.

—¡Tilda! ¡Tío Wystan! —gritó Sybella desesperada.

Entonces emergió la figura humedecida de Wystan, que apoyó las manos en la orilla. Se izó con la fuerza de sus brazos y se dejó caer sobre la hierba empapada. El agua caía caótica y helada desde los cielos, inundándolo todo.

—¿Y Tilda? —preguntó Thane—. No la veo, ¿en dónde está Tilda?

Wystan miró al muchacho y con el rostro lleno de pesar, chorreando espesas gotas, negó con la cabeza. Thane desvió la mirada, descompuesto.

—Tenemos que irnos... —dijo Wystan, poniéndose de pie y revelando una mueca de dolor.

—¿Cómo pudo dejar a Tilda? —preguntó Thane, incrédulo y desconcertado.

—Se sacrificó... —musitó Wystan, caminando hacia una acumulación rocosa que se mostraba a lo lejos por troncos entre los árboles.

—¿Profesor...? —preguntó Thane, observando la expresión embotada del rostro de Wystan.

Wystan no hizo caso y caminó tambaleante en la misma dirección. Después se inclinó peligrosamente sobre su lado derecho y enseguida, tratando de recomponerse, se desvió arriesgadamente hacia su lado izquierdo. Parecía ebrio. Finalmente sus piernas fallaron y cayó de

bruces.

—¡Oh, no! ¡No, no no..., por favor no! —exclamó Sybella, llevándose las manos a la boca.

Thane miró a la chica, confundido. Sybella corrió hasta llegar a su tío. Le examinó la espalda, en donde el sobretodo estaba desgarrado, y encontró, con gran horror, que una mordedura tremenda había atravesado el saco y la camisa de bajo, llegando hasta la carne.

Thane se aproximó y observó con cuidado.

—Lo mordieron... —exclamó Thane sin poder creer lo que veía—. El bastardo de allá abajo lo mordió.

Wystan intentó ponerse de pie, pero estaba más pálido que nunca, y sólo llegó a arrodillarse.

—Tenemos que seguir moviéndonos —dijo Wystan, mirando con ojos cansados a la distancia—. Allí, la Hondonada de la Bruja... A través del túnel fue como Thomas encontró la entrada a la casa de campo, seguramente... Te-tenemos..., tenemos que con-continuar...

—Te mordieron, tío —musitó Sybella, con el rostro lleno de preocupación y miedo.

Wystan sonrió cansinamente.

—Sí, pero le dije a Tilda que arreglaría todo esto, por su hermana y por ella.

—Te vas a convertir en vampiro —susurró Sybella, con los ojos llenos de lágrimas.

—No tengo tiempo para eso... —exclamó Wystan extenuado, y se puso de pie. Y con un ademán de la mano, le indicó a Sybella y a Thane que continuaran andando.

Y así partieron, bajo un cielo que se precipitaba en una marejada de gélidas aguas turbulentas.

Capítulo XVI

Una pregunta sin respuesta

Wystan pasó tres días en cama, sufriendo intensas fiebres y debilidad extrema. Su semblante lucía tremendamente pálido, la piel comenzaba a researse y a contraerse, y los músculos empezaron a consumirse poco a poco. No comía nada y durante las noches torturantes pesadillas invadían sus sueños.

La única pieza de la que no se desprendió fue del medallón de plata, el cual, al parecer, retrasaba los efectos de la transformación en no-muerto. Durante su agravamiento, Sybella permaneció todo el tiempo a su lado, durmiendo en una silla en la habitación y cambiando las vendas que rezumaban pus pestilente. Y no fue hasta la noche del tercer día, que su estado pareció estabilizarse un poco.

Por otro lado, Mornewood estaba más callada que nunca. Era evidente que la población se encontraba en un estado de abandono extremo, con la mayoría de sus habitantes ya desaparecidos. Pocas casas mostraban luces en su interior y las calles estaban más desiertas que nunca; bien se podría decir que Mornewood había terminado por convertirse finalmente en un pueblo fantasma.

—¿Y qué pasó con lo del beso del vampiro? Pensé que daba energías ilimitadas —exclamó Thane, ingresando en la habitación con un plato de estofado de ternera para Sybella.

La muchacha le dedicó una mirada de preocupación al profesor, que dormía intranquilamente en la cama.

—El beso del vampiro es utilizado por los no-muertos cuando se alimentan de una persona a lo largo de un periodo de tiempo. Al final, cuando la persona se encuentra al límite, la recaída es terrible..., como te sucedió a ti con Etheldred. —Sybella tomó el plato entre sus manos, suspiró y añadió—: Es entonces que el vampiro transforma a su víctima con una mordida. La criatura que mordió a mi tío no tenía la intención de alimentarse de él, sino de infectarlo.

—¿Pueden hacerlo a voluntad?

—Sí... —dijo Sybella, mirando de nuevo al profesor con preocupación—. Y no sé cuánto tiempo podrá resistir. El amuleto que carga en el pecho le está ayudando, pero no lo vuelve inmune.

Thane bajó la mirada, entristecido. El silencio en la habitación de Wystan era descorazonador.

—No podemos quedarnos así —dijo de pronto Sybella. Thane levantó los ojos y miró a la chica—. Tenemos que ayudar a mi tío, tenemos que enfrentarnos al *no-muerto de origen*; se lo debemos a Tilda y a lady Ursula.

—Etheldred... —musitó Wystan, abriendo los ojos. El gris del iris se había desvaído hasta convertirse en casi blanco, como nieve mugrosa.

—¡Capitán! —exclamó Thane alegre.

—¿Tío? —preguntó Sybella, dejando el plato de estofado en el suelo.

—Para detener esta maldición..., tenemos que capturar a Etheldred —dijo Wystan, tragando saliva y tratando de incorporarse. Lucía más débil de lo que Sybella había creído—. Mi sobretodo, ¿en dónde está?

—La señora Ackerman lo remendó —dijo Thane, señalando la prenda de ropa que se encontraba descansando en una percha.

—El mapa..., el que obtuvimos en la casa de campo... —musitó Wystan cansinamente, señalando la prenda de ropa. Su voz se escuchaba débil y reseca.

—Lo estuvimos estudiando, tío —dijo Sybella, que se puso de pie y fue a la puerta que daba a su habitación. Regresó poco después con el viejo pliego de papel—. Al parecer describe muchos de los túneles bajo Mornewood, al menos los más viejos; y creemos que las anotaciones más recientes fueron hechas por la mano de Thomas.

—Seguramente quería lanzar un ataque sobre Etheldred y los suyos —dijo Wystan—. Lo escucharon, estaba en guerra con ella.

—Eso no lo entiendo, capitán. Si ambos eran vampiros, ¿por qué estaban en guerra? —preguntó Thane.

—Etheldred sirve a un amo mayor, a un poder más grande que ella misma... —contestó Wystan, pasando cansinamente sus manos por el rostro—. Sirve al dragón.

—¿Dragón? —dijo Thane extrañado.

—El Abismo Perenne... —musitó Sybella.

—Thomas no quería perder su voluntad —explicó Wystan—, no quería convertirse en el

siervo de nadie, y por eso luchaba vehementemente en contra de Etheldred y los suyos. Ahora somos nosotros quienes luchamos en contra de ella y del Abismo Perenne.

—¿Cómo podemos hacerle frente, tío? —preguntó Sybella preocupada.

—Iremos a los túneles bajo Mornewood, Sybil, y los extirparemos como la infección que son. —Wystan bajó los pies al suelo y se sentó en la cama, apoyando la frente en las manos.

—Es mejor que Thane y yo vayamos; no estás en condiciones —dijo Sybella, acercándose a Wystan.

—Le prometí a Tilda que resolvería esto; no puedo fallarle, no ahora —dijo Wystan, decidido—. No puedo fallarles, Sybil. Tenemos que acabar con el Abismo Perenne de una vez por todas...

Thane y Sybella se miraron preocupados.

—Llegó un paquete para ti, hace dos días —dijo Sybella, señalando con la barbilla una mesita de noche junto a la cama sobre la que descansaba un envoltorio rectangular primorosamente forrado—. Es de Londres, del Museo Británico.

—No podía ser más oportuno —dijo Wystan con un dejo de alegría, acercando su mano al paquete. Lo tomó y lo colocó en sus rodillas. Desató el nudo del cordón, rompió el papel y reveló una caja rectangular de madera barnizada. El seguro de la caja era circular y de metal, y mostraba un relámpago descendiendo de los cielos flanqueado por dos carneros rampantes.

Thane se fijó en la espalda desnuda de Wystan. Abrió los ojos enormes, llenos de preocupación y después miró a Sybella. La chica observó lo que el muchacho había visto y su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—Tío, sería mejor que descansaras —insistió Sybella angustiada—. Déjalo en nuestras manos.

Wystan miró primero a su sobrina y después a Thane. Y finalmente trató de ver su espalda. Allí habían comenzado a crecer unas pequeñas protuberancias óseas bajo la piel. Wystan resopló y miró a su sobrina directamente.

—Tienes que confiar en mí, Sybella, tienes que hacerlo... Me encuentro en un punto crítico, y si no llegamos hasta el final, no podré retornar.

—Conoces cómo es esto, tío; quizá..., quizá no retornes —respondió Sybella apesadumbrada; en sus ojos se mostraba una furia que apenas era capaz de contener—; tú mismo

no dejabas de decírselo a lady Ursula.

—Las posibilidades son pocas, es cierto, pero las hay. —Wystan estiró hacia Sybella una pálida mano como la cera. La joven la estrechó entre las suyas—. Ahora más que nunca, mi querida Sybil, necesito de tu coraje y determinación; ahora más que nunca, necesito que creas que podemos vencer sobre todo lo que se encuentra en nuestra contra.

A Sybella comenzó a temblarle el labio inferior y cayeron espesos lagrimones por sus mejillas. Cerró los ojos y se acercó para que su tío la abrazara. Wystan así lo hizo, y durante unos instantes los dos se quedaron en silencio.

—Lo haré, tío..., lo haré... —susurró Sybella dolida.

Wystan se quitó el amuleto de plata y zafiro y se lo colocó a Sybella en el cuello. La chica, sorprendida, comenzó a desprenderse de él, pero la mano del profesor la detuvo.

—Pero sin él... —comenzó Sybella alarmada.

—El Amuleto de la Luna Atávica ha hecho por mí lo que ha podido —dijo Wystan serenamente—. Ya estoy más allá de su protección; es a ti a quien quiero que cuide de ahora en adelante. Además —Wystan sonrió—, me parece que durante toda esta aventura a ti te ha hecho más falta que a cualquiera.

Sybella comenzó a reír entristecida, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas. Se abrazó de nuevo a Wystan fuertemente.

—No importa lo que haya pasado o lo que llegue a pasar —dijo Wystan, acariciando la cabellera de Sybella—, ante los hombres y ante los dioses, eres mi familia, mi descendencia. — Sybella rompió a llorar, completamente descompuesta—. Jamás dejes que el orgullo se lleve lo mejor de ti, que se interponga entre tú y aquellos a los que amas.

Wystan la abrazó con más fuerza, sintiendo que el dolor y el miedo que lo embargaban se esfumaban, al menos durante unos instantes, de su corazón.

Wystan, con la caja de madera bajo el brazo, bajó a la salita, seguido por Sybella y Thane. Se sentó en uno de los sillones frente a la chimenea y miró las llamas. Estiró los dedos hacia el fuego, pero el calor sólo lo hizo sentir incómodo. Retiró la mano y la colocó sobre la caja.

—¿Qué fue lo que le mandaron, capitán? —preguntó Thane, señalando la caja con un ademán cansado.

Wystan miró el relámpago y los dos carneros, y suspiró cansadamente.

—Esta, mi querido muchacho, es el arma que necesitamos para derrotar al Abismo Perenne. —Abrió la caja y extrajo un par de guantes de cuero teñido de negro, cubiertos con pequeñas laminillas de hierro, lo que los convertía una especie de guanteletes. La parte que correspondía a las muñecas era gruesa y estaba doblada, revelando el interior forrado con vello de carnero. En el dorso, sobre la lámina que lo cubría, se encontraba labrado de forma bastante rústica un relámpago de oro.

Wystan levantó uno de los guantes y se lo enfundó en la mano. Se amoldaba perfectamente a sus dedos y a su palma. No lo constreñía ni le impedía el movimiento libre de la mano. Era como traer puesta una segunda piel.

Thane estiró la mano y tomó el segundo de los guantes. Era bastante pesado. Observó con cuidado las láminas de hierro que lo cubrían y el relámpago labrado; parecían estar cubiertos de una etérea pátina blanquecina. La piel de la que estaba hecho lucía lustrosa y, de alguna manera, viva.

—Son los Guantes de la Tormenta; los guantes de Thor —respondió Wystan a la mirada inquisitiva del muchacho—. Hechos con la piel de uno de los gigantes que el dios del trueno asesinó en sus gestas y con el vellón de uno de sus carneros.

Thane miró desconcertado y temeroso el guante.

—Creados por él con la ayuda de los enanos, e insuflados con su poder —añadió Wystan—. Las armas de un dios; capaces de derrotar bestias y monstruos, capaces de asesinar a un dragón.

—El Abismo Perenne —susurró Thane.

Wystan estiró los dedos dentro del guante. La prenda comenzó a brillar como si exhalara un sutil y vaporoso vaho. El que Thane tenía entre las manos hizo lo propio. El muchacho lo dejó caer al suelo, asustado. El guante se estampó en el piso como si pesara una tonelada.

Sybella lo tomó del piso y lo observó maravillada. Parecía dejar una estela mágica y sutil, y transmitía una especie de corriente eléctrica casi impalpable. La chica sonrió, asombrada por el fulgor místico y hermoso de la prenda, y enseguida miró a su tío. Éste parecía más decaído que nunca; sus mejillas se habían hundido y la mano que portaba el guante temblaba violentamente, a pesar de que trataba de controlarla.

—¿Tío? —preguntó Sybella preocupada.

Wystan se quitó el guante, le arrebató el otro a su sobrina. Los guardó en la caja y la cerró

de golpe. El semblante del profesor lucía espantoso, con los ojos sumidos en las cuencas y la piel cerosa, casi translúcida. Sus cansados ojos se clavaron en Sybella.

—No te preocupes, Sybil... —intentó decir Wystan.

—¿Qué no me preocupe?! ¡Esas cosas te están amatando! —bramó Sybella.

—Te lo dije: sirven para asesinar monstruos. —Wystan miró la caja con un dejo de miedo que intentó ocultar de los ojos de su sobrina—. Y ahora yo soy uno.

Sybella se hincó de rodillas junto a su tío y tomó su mano, que estrechó con fuerza y llevó hasta su mejilla. El dolor y la ira le impedían articular palabra o llorar. En su mente sólo se encontraba un profundo deseo de venganza.

—Esas malditas bestias de mierda —logró articular Sybella poco después—, esa perra de Etheldred y ese hijo de puta del Abismo Perenne no te arrancarán de mí...

Wystan abrazó a su sobrina con más fuerza.

—No tiene de qué preocuparse, capitán —dijo Thane—. Derrotaremos a Etheldred y a su dragón, por Tilda, por su hermana, por *Mornall House* y por usted.

—Eso haremos, Thane, eso haremos... —dijo Wystan, con una sonrisa triste en sus labios.

Sybella y Thane se encargaron de preparar las armas. Wystan no pudo porque la plata con la que estaban bañadas las balas le lastimaba la piel y los ojos. Así que le legó su rifle a Thane y les encomendó llevar toda la munición posible —que ya no era mucha— en sus bolsas de viaje.

Sybella preparó los tres cargadores que le quedaban para su pistola automática y los diez cartuchos para su escopeta. Thane alistó las veinte balas para el revólver Enfield y las treinta para el rifle Lee-Enfield. También se hicieron de un par de lámparas, algunas sogas y empaquetaron los elementos para hacer dos antorchas pequeñas. Wystan le regaló a Sybella su daga de plata.

Después revisaron el mapa de los túneles. Sybella lo había estudiado a consciencia y había encontrado que muchos de los pozos de mina que se encontraban al oeste de la aldea habían sido abandonados y terminaban en pasajes sin salida; sin embargo los que se encontraban en el este constituían una pequeña red que desembocaba en una cámara principal a unos ciento cincuenta metros bajo tierra.

—Allí, allí es donde encontraremos a Etheldred —dijo Wystan, señalando en el mapa la cámara central.

—¿Allí también se encontrará el Abismo Perenne? —preguntó Sybella.

—Es imposible saberlo con certeza.

—¿Cómo sabremos que estará ahí? —preguntó Thane enseguida—. Sybella dijo que cuando sucedió lo de las hadas, la presencia del Abismo Perenne era muy clara.

—Sí, lo era —sentenció Wystan—. Y ahora me parece que también lo es...

—Pero sólo hemos visto la luna roja... —intervino Sybella.

—Lo sentí, cuando estuvimos en la granja de los Ellworth, lo sentí mirándome a través de los ojos de las criaturas.

—¿Por qué no me dijiste? —preguntó Sybella alarmada.

—No quería preocuparte, Sybil; además, quería llegar al fondo de esto, quería terminar con mi más grande enemigo antes de retirarme. Quería estar seguro de que era el Abismo Perenne...

—Los ojos de Wystan se llenaron de pesar y dolor, que trató de contener—. Aunque me parece que mi temeridad me ha salido bastante costosa. Por eso ahora no puedo detenerme; ya no para descubrirlo, sino para eliminarlo de una vez por todas.

Sybella bajó los ojos, meditabunda.

—¿Ah estado alguna vez en presencia del Abismo Perenne? —preguntó Thane.

—Sólo una vez, precisamente en el caso de las hadas de Oldbury.

—¿Y cómo era?

—El mundo era diferente... —dijo Wystan recordando la anterior y aterradora experiencia—. El mundo en el bosque era diferente... Era como si..., como si fuera..., como si la realidad fuera otra...

—¿Como si la realidad fuera otra? —preguntó Thane extrañado.

—No sé cómo explicarlo —respondió Wystan con una sonrisa cansina.

—¿Qué es el Abismo Perenne, capitán?

Sybella miró a su tío. Éste tenía clavados los ojos en el mapa. Pero al escuchar la pregunta de Thane, le dedicó una mirada significativa a su sobrina.

—El Abismo Perenne es... —dijo Wystan, se pasó la lengua amoratada por los resacos labios y añadió—: Es una cosa más allá de este mundo... Es difícil de explicar... No es un animal

y tampoco es un espíritu... Es el Abismo Perenne, simplemente.

Wystan miró a Thane. El muchacho mostraba en su rostro una confusión tremenda.

—Mira, el Abismo Perenne ha estado en la tierra desde antes que tú y que yo, desde antes que el Imperio Británico y desde antes que Enrique VIII. Ha estado aquí desde mucho antes que Napoleón, que el Imperio Carolingio o la Republica Romana. Su primera aparición, según los registros que he logrado descubrir, data de antes la Edad Oscura Griega, aunque no puedo ofrecerte una fecha exacta. —Wystan vio que Thane no comprendía con claridad nada de lo que estaba diciendo, y añadió—: Ha estado aquí desde antes de la época de los castillos; en los años de los griegos y de los romanos. Y ha influido en el mundo, esparciendo su maldad en trozos como veneno ponzoñoso y pestilente; ha envileciendo las creaciones de los dioses con su maldad. Algunas de las historias de los héroes y los caballeros en brillante armadura, han sido inspiradas por los encuentros de los hombres con él; sin embargo en la vida real los finales no son tan románticos como en las historias..., mucho menos románticos.

—Entonces es un monstruo —dijo Thane, buscando la confirmación en los ojos del profesor.

—No; los hijos de Etheldred son monstruos. El Abismo Perenne no lo es.

—¿Pero qué es?! —exclamó Thane exasperado.

—Un esencia de otra realidad.

—De acuerdo, pero ¿qué es?

—Simplemente *es*, Thane —explicó Wystan—. No es una criatura ni un dios, aunque muchos lo han catalogado de una forma o de otra.

—Es el Abismo Perenne —sentenció Sybella con solemnidad calamitosa.

—Bueno, pero al menos díganme cómo se ve —dijo Thane, buscando una respuesta concreta en los ojos del profesor y de Sybella.

—Nadie lo ha visto... —dijo Sybella.

—¿Qué? —exclamó Thane confundido.

—Bueno..., no, más bien..., sí, pero... Oh, mierda... —balbuceó la chica.

—Ha sido visto —dijo Wystan pensativo. Le dirigió una mirada tétrica a Thane—. Pero todos aquellos que lo han visto han perdido la razón. El Abismo Perenne no es de este mundo, no

debería manifestarse en este mundo; pero lo hace, y eso desgarr a las mentes de quienes lo atestiguan. ¿Recuerdas a los esbirros de Etheldred? ¿Sí? Bueno, pues ellos lo han visto, directamente, y ahora son sus esclavos.

—¿Y por qué los esclaviza? —preguntó Thane, desconcertado—. ¿Qué es lo que quiere?

—Esa respuesta, mi joven amigo, nadie la conoce.

Capítulo XVII

Más allá del canto de las hadas

Cuando dejaron *El madero ardiente* por la mañana, una densa y húmeda neblina cubría por completo Mornewood. El frío era intenso y se metía hasta lo profundo de la carne, de la sangre y de los huesos. A pesar de encontrarse en la mañana, el lugar lucía más oscuro e inhóspito que nunca. La mayoría de las casas de la aldea yacían en total penumbra, y una lánguida y gélida atmósfera de abandono parecía empapar por entero las calles, las construcciones y los negros tejados. Los espesos velos de neblina lucían como el aliento de una terrible bestia en alerta, o más bien como si las espirales inmateriales fueran los guardianes de la oscuridad que habitaba bajo la tierra. Podían sentir las ligeras gotas estampándose contra sus pieles y ropas, y el frío tan intenso como agujas heladas. El aura de miedo presente se impregnaba como ponzoña paralizante. Había en el aire un dejo de magia y misticismo, pero también de muerte y desolación.

Caminaron en silencio, atravesando las tinieblas de los velos de niebla. Wystan llevaba bajo el brazo la caja con los Guantes de la Tormenta. Portaba su sobretodo, con el cuello subido, y un sombrero negro de fieltro cubriéndole de la escasa luz solar. Sybella se había colocado un par de pantalones de montar y sus botas de viaje hasta la rodilla; colgaba de su costado su bolsa de lona, y en las manos llevaba su escopeta, lista para disparar. Thane, con su chaqueta simple de lana gris y su abultada bufanda, cargaba con el rifle de Wystan y una mochila con las linternas y los elementos para las antorchas.

Se sentían acechados. No dejaban de mirar con nerviosismo a los tejados, en donde figuras espectrales parecían desvanecerse entre las sombras y las volutas neblinosas.

—Permanezcamos unidos —susurró Wystan. Su voz, aunque baja, sonó discordante con el mundo desolado y solitario por el que atravesaban.

Dejaron los edificios de Mornewood y continuaron su camino hacia el este, con el manto pesado de neblina sobre ellos. Sybella llevaba el mapa en una de sus manos y examinaba el terreno con cuidado, para no equivocarse en el pozo de mina que habían seleccionado para ingresar a los túneles. Después de deambular algunos minutos en el descampado, dieron finalmente con el agujero. No era tan vertical como muchos de los otros, incluso les permitiría descender un buen trecho con relativa facilidad.

Encendieron las linternas y se adentraron poco a poco en las tinieblas que reinaban en el

interior. Lentamente fueron descendiendo, franqueando las piedras y los escollos. Sybella marchaba al frente, con la linterna en alto para alumbrar el camino y también para poder ver el mapa con claridad y seguir la ruta que habían trazado en el papel. El túnel era medianamente grande, con sus paredes apuntaladas por vigas y postes de madera vieja. En el pasado seguramente fungió como una vía para los desechos sacados del interior de la mina, pero a juzgar por el abandono resultaba evidente que hacía mucho tiempo ya que nadie se paseaba por allí. Poco después se encontraron con una caída que se internaba en la oscuridad de la tierra. Ataron una de las sogas a una piedra cercana y después descendieron por ella hasta llegar a una cámara pequeña. Allí encontraron las bocas de tres túneles. Tomaron el de la izquierda y continuaron avanzando. El frío aumentaba considerablemente y la humedad en el ambiente también. No tardaron mucho en dar con otras bocas de túneles, y pronto el pasaje por el caminaban se conectó con varias más, creando una confusa maraña de pasadizos y aberturas. De haber entrado sin un mapa, perderse habría resultado tremendamente fácil. Pronto se percataron de que se encontraban en un laberinto de túneles, cámaras, atajos y pasos cerrados. Regresar sería una tarea titánica, una que requeriría una memoria y una capacidad para la localización extraordinarias.

Durante un buen rato continuaron caminando. Según el reloj de Wystan, habían pasado ya tres horas desde el inicio de su incursión. Se sentaron en una encrucijada de túneles y comieron un poco del queso de la señora Ackerman, algo de pan y unos cuantos tragos de vino. Wystan no consumió nada de alimento y se limitó a mirar al interior de los túneles, como si algo o alguien llamara en un susurro que solamente él pudiera escuchar. A Sybella le daba la impresión de que mientras más tiempo pasaban dentro de aquellos pasadizos, mayor era el alejamiento de su tío de la realidad.

Wystan, con los ojos perdidos en las tinieblas, entendía finalmente a Thomas Brendon. Era una experiencia como ninguna que hubiera vivido. Los sentidos se afinaban como punzantes bayonetas, o más bien como las agujas diminutas que confeccionaban un tapiz sin fin. Podía escuchar y sentir cosas que antes jamás habría siquiera soñado. Podía sentir las respiraciones de la tierra y de la roca que los rodeaban, podía oír el murmullo de las tinieblas, podía apreciar el crujido del tiempo transcurriendo imparable y podía saborear la textura del viento gélido en el bosque cercano; incluso podía escuchar muy a lo lejos, emergiendo de las tinieblas de los túneles, el aleteo de una mariposa: la voz de Etheldred... ¡No, no de Etheldred! De ella podía escuchar el llanto y la tristeza que la embargaban como un manto de zarzas espinosas... La canción de cuna, la canción de las hadas, proveniente de un hilo de oscuridad a través de un estanque de agua helada. ¡Era bellísima!

—¿Continuamos? —le preguntó Sybella a Wystan, cuando los dos jóvenes dejaron de

comer.

—¿Qué...? —masculló Wystan.

—¿Que si continuamos?

—Ah..., sí..., desde luego... —Wystan sacudió la cabeza, sacándose de la mente los susurros de la oscuridad—. Sí, continuemos, no tenemos tiempo que perder.

Tomaron sus cosas y siguieron con su viaje, adentrándose más y más en los túneles sofocantes de piedra y sombras. Con cada momento que pasaba, se internaban más y más en las entrañas de la tierra, alejados de cualquier tipo de ayuda. El aire comenzaba a viciarse y los pasadizos resultaban cada vez más sofocantes. La luz de las lámparas que iluminaba los recodos y los pasajes cercanos, creaba extrañas sombras de monstruos acechantes; no pasaba un instante sin que creyeran que una de las criaturas de Etheldred saldría de entre las tinieblas para arrojarlos sobre ellos. Tenían las armas listas, pero Wystan esperaba que el miedo que los embargaba en esos momentos no les arrancara violentamente el coraje necesario para usarlas.

—Mierda; pues aquí no sé cómo seguir —dijo Sybella poco después, alumbrando con la lámpara el mapa y mostrándoselo a Wystan—. En el mapa dice que debería haber un corredor hacia la izquierda, pero no hay nada.

—A lo mejor dimos una vuelta donde no debíamos —dijo Thane, mirando el pasadizo por el que habían llegado.

—No, estos tres túneles están marcados aquí, mira —Sybella le mostró con un gesto de la barbilla los números marcados en burdas placas de cobre en los travesaños de las tres entradas—. El cuarto túnel, el de la izquierda, ése es el que no está, ¿ves?

—Todos los túneles se parecen; yo creo que deberíamos de regresar.

—Es por allí... —sentenció Wystan, señalando el túnel más apartado de los tres visibles.

—No creo; según el mapa... —intentó decir Sybella, pero Wystan negó con la cabeza.

—Es por allí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la chica, mirándolo con una mezcla de extrañeza y aprensión.

—Puedo oírlo, puedo escuchar el sonido..., el canto de las hadas... Allí. —Señaló de nuevo el túnel—. Es..., es hermoso... Me recuerda..., a ella... —Comenzó a avanzar hacia el túnel; parecía estar en una especie de estado hipnótico. Dejó caer la caja de madera barnizada y

torpemente continuó avanzando.

—¿Capitán? —preguntó Thane, receloso.

—¿Tío, qué demonios te pasa? —preguntó Sybella. Se acercó a Wystan y lo tomó por el hombro.

Wystan se volvió con un movimiento violento. Sus ojos eran casi blancos por completo y sus dientes habían crecido. Su rostro lucía furioso, una máscara monstruosa de lo que antes había sido Wystan. Se abalanzó sobre Sybella, profiriendo un gruñido bestial. La chica logró dar un salto hacia atrás y le propinó un potente puñetazo. Sin embargo la fuerza no fue suficiente y Wystan cayó sobre ella, llevándola al suelo. Thane se arrojó apresurado y le descargó en la frente un golpe con la culata del rifle Lee-Enfield. Wystan cayó de costado, llevándose las manos al rostro.

Sybella se levantó, terriblemente asustada. Thane apuntó tembloroso al profesor con el rifle. Wystan estaba de rodillas y miraba aterrado su mano llena de sangre. Miró a los dos jóvenes y después levantó las manos. Los ojos del profesor volvían a mostrar consciencia humana.

—Lo..., lo lamento... —dijo con jadeos entrecortados—. No sé qué fuerza demoniaca se apoderó de mí. Yo..., yo lo lamento... Sybella, perdón.

La chica asintió. Pero en sus ojos era evidente que el miedo que había experimentado no se comparaba con nada que hubiera vivido antes. Wystan lo comprendió en la expresión de horror en la cara de la muchacha, así que se limitó a recoger la caja de los guantes y a continuar. Sybella y Thane lo siguieron, a una distancia prudente.

Wystan sintió un odio desgarrador en sus entrañas.

El canto se volvía más incitante y hermoso. A Wystan le costaba trabajo concentrarse. Podía escuchar las notas fluctuando como agua caliente emergiendo de las rocas. Sentía la sangre de Sybella y de Thane bombeando en el interior de sus pieles y de sus venas. ¡Pero qué terrible existencia! Wystan habitaba ahora en un mundo hermoso, lleno de sonidos y emociones aumentadas, mientras que la chica y el muchacho continuaban atados a la miserable existencia de la mortalidad mundana. En repetidas ocasiones Wystan disminuía el ritmo y pensaba en lo hermoso del canto de las sombras, en lo hermoso que sería que Sybella también pudiera escucharlo. ¡Pero qué manera de cantar, de vibrar en el filo de la noche! Aunque enseguida sacudía la cabeza y trataba de aclarar sus pensamientos. No era fácil escuchar la tonada para hallar el camino y mantener la mente despejada al mismo tiempo. Era una tortura, una tortura que

laceraba su mente, como un clavo oxidado insertado a golpes de martillo en el interior de su cerebro. Pronto estarían allí, más allá, en la oscuridad, y entonces verían al abismo y sabrían que más allá, después del velo gris de la vida, más allá del canto de las hadas, se encontrarían con la terrible verdad.

Terminaron gateando por un pasadizo extremadamente bajo y estrecho. La piedra los constreñía terriblemente y les impedía moverse con libertad. Apenas y podían avanzar con las armas, arrastrándose cuando el techo de piedra los empujaba contra el suelo. A veces el conducto se volvía tan diminuto, que les oprimía el pecho y tenían que pasar primero las armas y las lámparas para continuar, quedándose casi envueltos en la negrura total. A cada segundo, Sybella pensaba que se quedaría atorada, allí, a metros y metros de la superficie, rodeada de toneladas de tierra y piedra, en donde nadie, por más que lo intentara, podría ayudarla. Aquel pensamiento la llenó de un descorazonador espanto. Pero no podía echarse para atrás, y no lo haría, no ahora. Tenía que vengarse. Esa harpía tenía que pagar por lo que le había hecho a su tío; y ni toda la piedra y la tierra, la sangre o la muerte del mundo podrían impedir que le metiera una bala en la cabeza.

Wystan fue el primero en salir del constreñido túnel a la ancha caverna. Alumbró con la lámpara, pero los destellos se perdieron en la inmensidad de la negrura. Después ayudó a Sybella y finalmente a Thane. Y continuaron caminando. El aire estaba extremadamente cargado, casi resultaba palpable. Olía a podredumbre y a humedad, a óxido y a amoníaco. Sus pasos sonaban amortiguados, como si estuvieran en la más profunda e inhóspita de las bóvedas del inframundo. La luz de la lámpara parecía disminuida, como si la oscuridad que los rodeaba fuera mucho más opresiva que la oscuridad natural. Estaban envueltos en un manto de tinieblas, en un manto de miedo que los atenazaba cruelmente. Las paredes apenas eran visibles, pero ya no lucían como las de piedra que habían dejado atrás; lucían astilladas y blancas... Y se movían. El movimiento era casi imperceptible, pero allí estaba, lento y delicado. Y no tardaron mucho en reconocer que las paredes estaban cubiertas por un manto de no-muertos. El resto de las gentes de Mornewood estaba allí, convertidos en vampiros, durmiendo en las entrañas de la muerte. Los finos siseos de la respiración de los durmientes llenaban la piel de espanto. Un escalofrío recorrió la espalda de Wystan, Sybella y Thane al mismo tiempo.

Continuaron su camino apenas sin respirar, mirando con ojos lleno de pavor los cuerpos desnudos de las bestias encaramadas en los muros y el techo. De vez en cuando la luz de las linternas les permitía reconocer una cabeza, un brazo o una extremidad atacada por ramificaciones óseas. Entonces alejaban el rayo de luz y continuaban, más desconcertados y estremecidos que nunca.

Finalmente la caverna se fue ensanchando hasta convertirse en una enorme bóveda: la cámara central. Era gigantesca, con paredes que se elevaban a varios metros hacia la oscuridad del techo. No había piso, solamente un gigantesco lago de superficie negra, más parecida al cristal que al agua. Era increíble que una estructura como esa se encontrara bajo Mornewood. Quién y cómo había sido construida constituían un misterio inexplicable. Se habrían necesitado meses y maquinaria especializada para terminarla. Sin embargo allí estaba, maravillándolos con su enormidad.

Wystan elevó la linterna. Los reflejos anaranjados fulguraron sobre la pulimentada superficie del oscuro líquido. En el centro, emergiendo de las aguas, había una especie de torre pequeña, adornada con miles de detalles intrincados. En la cima se encontraba una figura arropada por las sombras.

Wystan adelantó el pie, dispuesto a zambullirse en aquellas negras aguas. Pero su sorpresa fue enorme cuando encontró que su pie no se hundía en la superficie, que el líquido, a pesar de moverse suavemente, se mantenía firme bajo su zapato. Colocó el otro pie y después se volvió para ver a los azorados Sybella y Thane. Con un gesto les indicó que avanzaran.

—Con una mierda..., con una mierda..., con una mierda... —musitaba Sybella una y otra vez llena de espanto, tras poner el tacón de su bota en la superficie cristalina.

Los tres avanzaron poco a poco, sintiendo bajo sus pies las ondulaciones de las tenebrosas aguas.

Mientras más cerca estaba a la torre, más intenso se volvía el canto que Wystan escuchaba, más hermoso y profundo. Tan sublime y familiar, que Wystan sintió un terrible miedo brotando de su pecho.

Cuando llegaron ante la torre, descubrieron que las escaleras ascendían alrededor de la edificación. Las tomaron y llegaron hasta la cima. La figura estaba recostada sobre un diván, arropada en una negra manta, parecida a una mortaja. La escena les resultó por demás incoherente.

El canto proveniente del interior del manto se volvió poderoso y magnífico, como la lluvia de las estrellas en el campo o la aterciopelada piel de una noche en el verano.

Wystan dejó la caja en el suelo. La abrió y extrajo los guantes. Se los colocó y se volvió hacia Sybella.

—Preparen las antorchas —le dijo a su sobrina con voz apenas perceptible.

—¿Por qué? —preguntó Sybella, con el corazón en la garganta.

—¡Haz lo que te digo! —reprochó Wystan por lo bajo.

Sybella asintió y le indicó a Thane con un ademán que sacara los elementos para hacer las antorchas. Thane se apresuró a sacar los palos de madera verde y las tiras de ropa vieja empapadas en queroseno. Mientras el muchacho se encontraba ocupado, Sybella y Wystan no dejaban de ver con nerviosismo el diván, esperando que la figura no se levantara para atacarlos. Thane enrolló con cuidado las tiras alrededor de los palos y les vertió un poco más queroseno. Sybella sacó una caja de cerillas y alistó una.

Wystan les indicó que aguardaran y comenzó a acercarse poco a poco hasta el diván. Con la lámpara estudió la figura que se encontraba cubierta por la manta negra.

—¡Ahora! —gritó Wystan. Tomó la manta y la apartó con un movimiento violento, justo en el mismo instante en el que un chillido penetrante resonaba furioso en la bóveda y hacía explotar las dos lámparas. Wystan hizo caso omiso de los pedazos de cristal que cortaron su cara y del fogonazo momentáneo. Dejó caer la lámpara y con ambas manos capturó el cuello de la mujer sobre el diván. Y, con el furor de la victoria vibrando en su corazón, gritó—: ¡¿En dónde está tu amo, demonio?! ¡Dime en dónde está tu amo!

Durante unos momentos, que le parecieron una eternidad, la oscuridad fue total. Después, lentamente, las dos antorchas flamearon con destellos anaranjados, alejando las alas de las tinieblas.

Wystan aferró el cuello de la mujer con fuerza, clavó sus ojos en ella y...

—¡¿Viola?!

Viola estaba completamente desnuda y en un estado como de hibernación. Su respiración era suave y acompasada, y su rostro parecía endulzado por un sueño placentero y ajeno a la espantosa realidad que la rodeaba. Wystan miró a su mujer durante unos instantes, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Aquello no podía ser sino un engaño de su enemigo, un espejismo destinado a debilitar su mente y su alma.

Viola abrió los ojos. Antes provistos de una belleza natural y de un verdor encantador, ahora eran blancos y ciegos, como la nieve tardía. Wystan retiró los guantes del cuello de su esposa y dio un par de pasos hacia atrás, desconcertado y lleno de horror.

—“No puedo describirte el terrible apuro en el que nos encontramos aquí, en los Páramos de Mornewood. La misión que nos encomendaron parece estar destinada al fracaso...” —Se escuchó una voz cercana. Wystan se volvió y miró en uno de los extremos de la torre, casi al borde, a Etheldred Mornall. Estaba ataviada con su capa carmesí, y sus desnudas manos blancas

sostenían una carta y un portafolio de cuero. La mujer miró con sus negros ojos de iris flamígeros a Wystan y, sin leer siquiera, añadió—: “El motivo de mi epístola es que te reúnas con nosotros, aquí, en Mornewood, y que traigas contigo la investigación que se encuentra encerrada en mi estudio...” —Etheldred levantó la carta y la dejó caer hacia más allá de la torre, a la oscuridad—. Demasiado fácil, ¿no lo crees? Los humanos son demasiado predecibles y estúpidos. Siempre he contado con ello..., y siempre he acertado.

Wystan miró a Viola. Su cuerpo continuaba siendo el mismo, la única diferencia estribaba en la mirada de ojos ciegos que se clavaba en las negras alturas y las tenues venas violetas que surcaban su cuello, sus axilas y sus ingles.

—¿Cómo pudiste?! —bramó Wystan, temblando de furia.

—Siempre han caído ante el amor, ¿sabes? Una de sus más grandes debilidades... Su maldición.

—¿Cómo pudiste?! —volvió a decir Wystan, preso de una rabia fulminante.

—Pero, ¿quieres saber cuál es su más grande debilidad? —exclamó Etheldred casi en un susurro.

—Abismo Perenne... —musitó Sybella, señalando a Etheldred. Ésta la miró con una sonrisa lasciva y arrojó el portafolio a los pies de Wystan. El estuche se abrió, desparramando la investigación que el profesor guardaba en su casa de la calle Walpole, en su estudio, en el interior del mueble de madera obsequiado por un hechicero italiano que sólo podía ser abierto por las personas en las que Wystan más confiaba.

—Su más grande debilidad es su ego, su excesivo amor propio —respondió Etheldred—. Porque se encuentra en directa oposición de su amor por los demás. Y eso es una contradicción de la existencia humana, una que siempre se lleva lo mejor de ustedes.

Wystan avanzó con los brazos y puños crispados, vuelto un energúmeno de furia. Pero Etheldred lo detuvo cuando levantó su mano derecha. Viola respondió como si un mecanismo oculto la activara. Primero se puso de pie y miró a su esposo, después cayó de rodillas y se llevó las manos al blanco vientre, presa de un dolor terrible. Se arqueó y vomitó un chorro de sangre púrpura. La piel comenzó modificarse, a estriarse y a rajarse; debajo, los huesos se cuarteaban y se rompían al ser modificados con excesiva rapidez. La piel de la cabeza comenzó a desecarse a una velocidad inusitada, mientras mechones del rubio cabello empezaban a desprenderse, revelando un cuero cabelludo hendido y el cráneo debajo. Los ojos de Viola se hundieron en sus cuencas de forma espantosa, casi a punto de reventar.

—¡Detenlo! —gritó Wystan, observando con horror la transformación violenta del cuerpo de su esposa— ¡Por favor! ¡Detenlo!

De la espalda de Viola comenzaron a emerger astillas óseas y cartilaginosas malformadas. La piel de los brazos se rompió, mientras se estiraban grotescamente y revelaban ramificaciones de huesos. El vientre se abultó y se amorató, mientras las vísceras y los intestinos en el interior se modificaban e hinchaban violentamente. Las caderas y las piernas crujieron sonoramente cuando la pelvis se fragmentó y las rodillas y los músculos se reventaron para darles formas como de atrofiadas ancas de cabra. Sangre rezumante, astillas de hueso, músculos vueltos pulpa y piel desgarrada era en lo que se estaba convirtiendo Viola Hargrave.

—¡Detenlo! —volvió a gritar Wystan desgañitado, cayendo de rodillas. Por las mejillas del profesor escurrían lágrimas de sangre.

Etheldred lanzó una estridente y desaforada carcajada.

Sybella apuntó con la escopeta y disparó. Pero Etheldred ya no estaba en su lugar. Había saltado por los aires con la gracia de una hoja al viento, y cayó más allá de la torre, sobre la superficie líquida.

—Disfruten de la compañía de mis hijos... —gritó Etheldred con un dejo de alegría en la voz, mientras se alejaba hacia las tinieblas con pasos ágiles y livianos.

Chillidos ensordecedores inundaron la bóveda. Por las paredes comenzaron a trepar los no-muertos.

Sobre la torre, Viola lloraba llena de un sufrimiento inhumano, mientras su cuerpo se modificaba incluso más allá de la transformación vampírica de la progenie de Etheldred. Ahora era un amasijo de dolor, venas reventadas y carne sangrante.

—¡Tío! —gritó Sybella, observando a los monstruos acercarse a la torre.

Wystan se limpió las lágrimas con el dorso del guante, lastimando su mejilla con la placa de hierro. Se puso de pie con un movimiento violento. Le arrebató a Sybella la pistola automática del cinturón y le apuntó a su esposa, o más bien a lo que quedaba reconocible de su cráneo entre las astillas de hueso y la piel sangrante.

La punta del arma tembló en la mano de Wystan. Sybella tenía el rostro descompuesto en una mueca de horror.

—Perdón..., amor mío... —musitó Wystan con la voz quebrada. Una nueva lágrima cayó de su ojo.

Cerró los párpados.

Accionó el gatillo.

El fogonazo resonó como un cañón.

La bala de plata le arrancó un chillido a Viola Hargrave, mientras su cráneo reventaba en ascuas danzarinas y su cuerpo deformado e hinchado caía desmadejado de espaldas.

Wystan dejó que la pistola se desprendiera de sus dedos. Cayó de rodillas, llevándose las manos al rostro, completamente abatido en cuerpo y alma.

Alrededor, los vampiros se aproximaban entre chillidos destemplados y gruñidos, corriendo sobre las aguas y escalando sobre la bóveda, acercándose amenazadoramente.

Todo estaba perdido.

Capítulo XVIII

La tempestad desencadenada

—¿Mío, todo mío? —preguntó Viola, descansando cómodamente bajo las sábanas. Podía sentir el placentero calor del cuerpo de su marido en contacto directo con su piel desnuda.

—Si tú insistes, mujer —dijo Wystan, tratando de mantenerse despierto.

Viola acarició el pecho de su esposo, mientras sentía el semen húmedo escurrir entre sus piernas.

—Oh, vamos, dímelo... —insistió Viola, con una sonrisa inocente.

—¿Qué cosa?

—Que eres mío —solicitó Viola—. Dime que eres mío... ¿Dirás que eres mío, todo mío?

—¿Pero qué clase de pregunta es esa, mujer? —preguntó Wystan bostezando, sabedor de que pronto perdería la lucha en contra del sueño.

—Sólo dímelo, y te prometo que jamás volveré a molestarte —exclamó Viola juguetona.

—De acuerdo...

—De acuerdo ¿qué?

Wystan suspiró. Viola lo estaba presionando de nuevo con sus niñerías emocionales. La miró directamente a sus ojos, verdes y resplandecientes. No podía decirle que no a esos ojos..., no podía decirle que no a ella.

—Soy todo tuyo... —musitó Wystan en los linderos del sueño, sin darle gran importancia.

Viola lo estrechó con fuerza y los apesó entre sus brazos con cariño, con la intención de nunca dejarlo ir.

Los chillidos retumbaban con una fuerza tremenda, trastornándolos a todos. La caverna era oscuridad total. Las dos antorchas diminutas no podrían batallar en contra de las sombras que se cernían sobre ellos peligrosamente.

Una zarpa se elevó desde el borde de la torre, seguida de una cabeza calva, provista de astillas de hueso que la deformaban tremendamente. Sybella soltó la antorcha, bombeó su escopeta y enseguida disparó a la monstruosa cara que los veía con sus blancos ojos desde la negrura. La bestia cayó de espaldas a las tinieblas, soltando quejidos destemplados y envuelta en un manto de chispas blancas.

Otro de los vampiros trepó hasta la cima, pero Thane lo despachó descerrajándole un potente tiro del rifle directo en el rostro. Las chispas saltaron, pero no hubo tiempo de festejar, porque más criaturas ya trepaban o se dejaban caer desde las negras alturas. Sybella y Thane comenzaron a luchar, soltando disparos y golpes de culata para salvar la vida. El caos que reinó a continuación fue confuso y espantoso: las garras afiladas volaban por todas partes, las descargas iluminaban de manera momentánea la penumbra y los chillidos resonaban atterradoramente, lastimando el alma y las entrañas. Las siluetas y las sombras se sucedían unas a otras ante la mortecina luz de las antorchas, creando un caleidoscopio escalofriante de muerte y pavor. Los dos jóvenes apenas podían mantener a raya el horror que se cernía sobre ellos.

Mientras tanto, Wystan se encontraba arrodillado ante lo que había sido el cuerpo de su esposa. Las lágrimas habían cesado. Sus ojos estaban fijos en la sangre derramada y en los huesos rotos. No podía ver ni escuchar nada. El resto de sus sentidos estaba saturado con la pena; el dolor era insoportable. El mundo se había desplomado sobre su alma. Nada volvería ser lo mismo.

Una de las criaturas trepó y abrió la boca, mientras estiraba su inmunda garra hacia Thane. El muchacho sintió el mismo que calor en el interior de las costillas que había experimentado con su tío, y su sangre comenzó a burbujear en los profundo de su garganta. Trató de activar el cerrojo del rifle para disparar a su enemigo, pero un chorro de sangre emergió de su boca, directo a la pulsante lengua del monstruo. Fue Sybella quien lo tomó por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hacia atrás, salvándolo de la sed del monstruo. El vampiro se abalanzó, pero Sybella sacó el amuleto que le había regalado Wystan. La criatura vaciló unos instantes, que la chica aprovechó para apuntar y descargar su arma directo en el pecho. La bestia cayó de espaldas entre ascuas fulgurantes.

Sybella estaba por darse la vuelta, cuando dos monstruos cayeron sobre ella, tumbándola junto con Thane al suelo. Las criaturas empezaron a llegar a raudales. La cima de la torre sobre el lago estaba siendo conquistada de manera irremediable. La escopeta se desprendió de las manos de Sybella con un fognazo perdido. Una de la antorchas cayó hacia las aguas, disminuyendo la visibilidad. Thane, lanzando gritos de desesperación, soltaba tiros con el revólver, mientras las bestias comenzaban a sacar la sangre de su cuerpo.

—¡Tío! —gritó Sybella, con las garras de los vampiros oprimiéndola contra el suelo—. ¡Ayúdame! ¡Tío Wystan!

Algo en el interior de Wystan se activó. Dos bestias se aproximaban a él. La furia se apoderó del profesor, una furia fulminante que no hallaría paz ni serenidad en la anchura del globo, nunca más. Le habían arrebatado su alma misma, le habían quitado el mundo entero..., le habían robado su portal sagrado; lo habían convertido en un monstruo. ¡Bien, que el monstruo emergiera!

Wystan se levantó con un movimiento inesperado. Los guantes en sus manos brillaron con un resplandor blanco y poderoso. Una de las criaturas se abalanzó sobre él, pero Wystan la recibió con un potente golpe directo al rostro. Al momento del contacto entre el guante y la carne del no-muerto, un chispazo eléctrico iluminó la penumbra poderosamente. El fuego del relámpago se liberó en el interior de la cavernosa bóveda. El relámpago estalló imponente junto con el golpe. La bestia se transformó al inicio en chispas, pero enseguida reventó en una masa blancuzca que se disolvió en cenizas al viento.

Otro de los monstruos se arrojó sobre el profesor, pero también fue recibido con un certero puñetazo. Fue como si un relámpago descendiera de los cielos para fulminar a la criatura; su cabeza explotó entre ondas y fuegos eléctricos. Wystan corrió y se abalanzó sobre los vampiros, amasados en torno a Sybella y Thane, y comenzó a repartir puñetazos a diestra y siniestra, asesinando a sus enemigos con los relámpagos que invocaban los guantes. Con cada golpe caverna se llenaba de poderosos estruendos y de luces deslumbrantes. Las chispas volaban por todas partes, las bestias caían bajo los furiosos puños de Wystan. Los monstruos trataron de repeler el ataque, pero la cólera del profesor era demasiada. Las luces mortíferas de los guantes estallaban con violencia, llevándose consigo a un enemigo a la vez.

Los vampiros tuvieron que retroceder y saltar de la cima de la torre hacia el refugio de la oscuridad.

—¡Sybella! ¡Levántate! —gritó Wystan furibundo—. ¡Nos largamos de aquí!

Sybella, aturdida, logró tomar su arma y después se puso de pie. Ayudó a Thane a incorporarse y se aproximaron al profesor. El muchacho estaba en un estado de confusión total, y no fue hasta que Sybelle le dio dos tremendas bofetadas que reaccionó.

Wystan miró por una última vez los restos de su mujer y, con la quijada bien apretada, indicó que era momento de marcharse. Tomaron el resto de las armas y comenzaron a descender, iluminados únicamente por la refulgente luz de los guantes.

Corrieron sobre el agua negra, sin embargo la superficie no era tan dura como antes, ahora parecía una especie de goma que se hundía lentamente bajo sus zapatos, volviendo su marcha mucho más dificultosa. Tuvieron que huir tan rápido como pudieron, con los monstruos de ojos blancos chillando estridentemente sobre sus talones. No se dirigieron a la caverna por la que habían ingresado, sino a la dirección por la que Etheldred había huido. Corrieron desesperadamente, mientras el líquido negro se volvía a cada instante más flexible e inestable. Estaban a un par de metros de la orilla, cuando la bota de Wystan chapoteó en la negrura de las aguas. Sybella y Thane se proyectaron hacia la superficie. Las aguas tenebrosas les llegaban hasta la cintura, volviendo extremadamente difícil su andar. Continuaron con su carrera, levantando las armas sobre la cabeza para que no se mojaran. Los vampiros corrían por la superficie a una velocidad impresionante. Wystan, Thane y Sybella llegaron hasta la orilla tropezando y tambaleándose. El profesor se volvió y atizó unos cuantos buenos golpes a los monstruos más próximos. Enseguida se internaron en un túnel de grandes dimensiones y continuaron con su desafortunada carrera, escuchando los alaridos destemplados detrás de ellos.

Los engendros se desbandaron y se internaron en otros pasajes y túneles, y de vez en cuando les salían al paso por alguna de las negras bocas, pero eran despachados por las balas de Sybella y de Thane, o por un puñetazo bien asestado de Wystan. Las garras emergían de las sombras, el horror los acechaba a cada momento. La luz de los guantes era constante, pero se agitaban creando una confusa miríada de figuras y formas. Un tropiezo o una vuelta equivocada en alguna esquina podrían ser suficientes para hacerlos caer para siempre en las garras de los monstruos. Pero no podían dejarla ganar, no podían dejarla escapar... Wystan podía escuchar el llanto de Etheldred, de la verdadera Etheldred, debajo del manto siniestro del Abismo Perenne. Ése era su único hilo conductor en medio de la maraña de túneles y sombras que los asechaba.

Sybella soltó el último disparo directo a la mano de una de las bestias que trató de apresarla desde un recoveco oculto. La escopeta se había quedado sin cartuchos. Soltó el arma y extrajo la pistola automática del cinturón, y así, descargando su arma, continuó detrás de su tío en medio de la atropellada huida. Thane se había quedado sin balas desde hace un buen rato, y se limitaba a soltar golpes con el rifle como si fuera un garrote; la técnica no funcionaba de maravilla —porque un par de veces estuvo a punto de caer en las garras enemigas—, pero sí lo suficiente como para mantenerlo a flote.

Después de un tiempo extremadamente largo, Wystan escuchó el sonido lejano de la lluvia y de los truenos en los cielos.

—¡Estamos cerca! —gritó en medio de la tenebrosidad.

Dieron la vuelta a un recodo y pudieron ver la apagada luz de los relámpagos estriando los cielos. Afuera la tormenta se había desencadenado majestuosa. Corrieron perseguidos por los monstruos, sintiendo que sus corazones estaban a punto de estallar. La salida del túnel había estado tapiada en el pasado, pero Etheldred la había abierto utilizando fuerza bruta para romper las maderas. Salieron justo cuando un relámpago se extendía poderoso y magnífico a lo largo de las violentas nubes de tormenta. Afuera el cielo se deshacía en heladas y pesadas gotas de agua; el vendaval azotaban los páramos con violencia excepcional, y el estruendo de los truenos en los páramos era ensordecedor y poderoso.

Sybella se volvió y soltó un par de tiros al interior del túnel, abatiendo a dos enemigos que habían estado a punto de saltarles encima. Unas cuantas más de las bestias trataron de dejar el túnel, pero Sybella los derribó uno tras otro.

—¡Aquí, capitán! —gritó Thane, tratando de hacerse oír por entre los alaridos de la tormenta.

—¿En dónde estamos? —preguntó Wystan, tratando de encontrar una parte que reconociera del paisaje.

—¡Es el lado oeste de Mornewood, capitán! ¡El lado oeste! ¡Mire, los establos! ¡La granja de los Ellworth!

A lo lejos se encontraban la granja y los establos que Wystan había visto en su primera excursión por los alrededores, cuando se había encontrado por vez primera con los vástagos, ahora lo sabía, de Thomas Brendon.

—¡Sybella! —gritó Wystan, tomando a su sobrina por el brazo.

Los tres salieron corriendo en dirección de la granja de los Ellworth, que se mostraba atribulada por el cruel temporal.

Saltaron la cerca y se refugiaron bajo el techo de los establos. Los dos caballos que se encontraban en el interior, estaban profundamente aterrados por la violenta tormenta que sacudía al mundo.

Sin perder tiempo, Wystan saltó al interior del corral y se acercó a uno de los animales. Colocó su mano sobre el cuello del tremendo caballo marrón de carga que se echaba para atrás asustado. Lo miró directamente a los ojos, a lo profundo de su llana alma. Una conexión mística y animal se estableció en el acto, como si Wystan pudiera leer los honestos pensamientos del

animal. Lo asió por el cuello y trepó sobre él. Thane abrió la puerta del corral y Wystan salió a todo galope hacia la tormenta y hacia los páramos.

Thane subió en el segundo animal, que ansioso deseaba salir a la borrasca para no quedarse solo. Sybella se quedó mirando al caballo con ojos llenos de aprensión.

—¡Vamos! ¿Qué esperas? Sube — le indicó Thane.

—Es que... —musitó la chica asustada.

—¡Sube! —la apremió Thane.

—Es que..., no sé montar...

—Yo llevaré las riendas, ¡vamos!

—No, yo... Me..., me da miedo... No sé montar.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Thane divertido e incrédulo—. Te he visto saltar ante un vampiro sediento de sangre, ¿no puedes tenerle miedo a un caballo!

—Pues le tengo, ¿sí? —exclamó Sybella enfurruñada.

El muchacho le extendió la mano. Sybella miró hacia la tormenta y después al animal que se agitaba aterrado. Suspiró pesarosa, negó con la cabeza y, con la ayuda de Thane, trepó a las grupas.

La bestia salió como enloquecida a la tormenta, como si buscara su propia muerte.

Las gotas de agua caían crueles y pesadas, como si fueran pequeñas piedrecillas de hielo. Wystan se aferraba a las crines del animal con fuerza. El viento y la lluvia amenazaban con abatirlo a cada instante. El agua caía a raudales, como si la más grande de las cascadas hubiera liberado todo su poder sobre Mornewood; la violencia era tal, que el mundo parecía estar a punto de deshacerse, de disolverse en el interior de un agujero enorme que se tragaría a Wystan, a los Páramos, a Mornewood y al resto del mundo en un instante. Los relámpagos surcaban los cielos como dragones coléricos y las ráfagas de viento bramaban como titanes furiosos. El profesor sentía el corazón del animal bombeando como un tambor de guerra. Pero en medio de todo, más allá del estruendo, podía escuchar el sonido del instrumento más dulce del Universo en la profundidad de los páramos, tan claro y poderoso como la luna en la mitad de la noche..., como una luna escarlata en la mitad de la noche.

—¡Vamos, bastardo, vamos! —gritó Wystan, aferrando las crines y azuzando con los talones de sus zapatos al caballo. Éste lanzaba espumarajos y dentelladas a los fríos vientos. El animal

parecía estar contagiado de la misma furia indómita que inundaba a Wystan, la misma furia que estaba destrozando la realidad en miles de pedazos. La tormenta crecía y se volvía más poderosa; el relámpago descendía del cielo más mortífero que nunca, dispuesto a clavarse directamente en el corazón del dragón. Ni las estrellas ni los planetas serían capaces de salvarse de la rabia que supuraba desde lo más oscuro y profundo del corazón de Bartholomew Wystan Hargrave.

Los páramos vibraban salvajemente con el estruendo del fin de los tiempos; parecía que pronto se rajarían para dejarse engullir por entero. La lluvia, los vientos y el frío arremetían con una rabia nunca antes vista.

—Mierda..., mierda..., mierda... —susurraba Sybella horrorizada, aferrada de la chaqueta de Thane, mientras galopaban rápidamente en la tormenta. La chica cerraba los ojos y respiraba profundamente.

—¡Tienes que ver esto, Sybella! —gritó Thane excitado, y después soltó un aullido potente.

Sybella abrió los ojos trabajosamente y los levantó a los cielos. Allá arriba la furia de los dioses se desataba despiadadamente. La cortina de agua y el poder del vendaval se mostraban en su gloria más esplendorosa, como si el corazón de la tempestad se revelara para ellos, como si los acompañara como un estandarte de batalla. Wystan, delante de ellos, parecía encarnar la cólera de la borrasca, como un caballero de las edades antiguas o como un guerrero de los dioses. Aquel fue el paisaje más sublime que jamás vio Sybella en su vida.

De pronto se mostró a lo lejos, más allá del velo de lluvia, un conjunto de acumulaciones rocosas. Se trataba de piedras gigantescas que emergían de la hierba de los páramos como los huesos mastodónticos del Leviatán. Era como ver manos cadavéricas gigantescas unidas en un gesto de plegaria. Y allí mismo, en el centro de todo, en una especie de ensenada formada por las rocas, se hallaba la entrada hacia el Abismo Perenne... Wystan lo supo con toda claridad.

El profesor detuvo su caballo y se volvió. Thane y Sybella ya llegaban, completamente empapados y con los rostros lívidos.

—Sybella... —exclamó el profesor, pero sus palabras se quedaron en el viento cuando, en la cima de una de las titánicas piedras apareció Etheldred, ataviada con su manto escarlata, que empapado parecía negro como la siniestra capa de la muerte. Y se abalanzó como una harpía vengadora, con las garras listas y los dientes afilados. Cayó con gran fuerza sobre Sybella y Thane, arrojándolos del lomo del encabritado caballo.

El choque con el suelo fue contundente. Thane se levantó con gran rapidez, aunque confundido, y acertó a asestarle un puntapié directo en la cara a Etheldred. Ésta resistió la

acometida, tomó al muchacho y lo arrojó lejos de un enérgico empujón en el pecho. Después intentó aferrar a Sybella. La chica se defendió valientemente, lanzándole potentes puñetazos al rostro.

Wystan golpeó los ijares de su montura y salió disparado a toda velocidad. Levantó el puño, que comenzó a brillar poderosamente, listó para dejarse caer sobre Etheldred. En los cielos los relámpagos se arremolinaron fieramente.

Etheldred logró dominar a Sybella, la aferró por los hombros fuertemente, preparó sus dientes y mordió a la chica en el cuello. Sybella lanzó un grito de dolor.

—¡No! —chilló Wystan desgañitado. Se abalanzó desde lo alto del caballo sobre Etheldred, propinándole un poderoso golpe en la cabeza. Un relámpago hendió los cielos, las chispas estallaron. Ambos rodaron por el suelo, mientras la tormenta rugía cada vez más poderosa.

Etheldred se puso de pie, respirando profundamente como un animal rabioso. La parte derecha de su cara estaba completamente quemada, revelando el ennegrecido hueso y uno de sus ojos reventado, cuyos restos colgaban asquerosamente de la cuenca. Mostró una sonrisa de encías abultadas, rojas con la sangre de Sybella.

Wystan, ya de pie, se abalanzó con los brillantes puños en alto. Pero Etheldred, más feliz que nunca, estiró la mano en su dirección, ordenándole que se detuviera. Wystan sintió que su corazón se paraba, que sus piernas perdían la fuerza y que sus músculos se endurecían violentamente. Calló de rodillas, bufando con desesperada impotencia y soltando espumarajos sanguinolentos.

—Ya no puedes atacarme... —exclamó Etheldred con una tétrica y malsana sonrisa en los labios—. Ya no eres de ella..., ahora eres mío, todo mío.

Wystan intentó ponerse de pie para combatir, pero Etheldred había conquistado su cuerpo por entero.

—¡Míos, todos..., todos míos! —se carcajeó Etheldred en un éxtasis demente.

—¡Hey!

Etheldred se volvió, desconcertada. Sybella, con el cuello sangrando y el rostro descolorido, le apuntaba con la pistola automática a escasos centímetros de distancia.

—Esta bala también es tuya... —exclamó Sybella y jaló el gatillo.

La bala salió a una velocidad tremenda. Etheldred intentó esquivarla, pero fue demasiado

tarde. El proyectil se incrustó en su ojo sano, rompió la córnea y desbarató la retina, desparramó el líquido ocular y penetró en el nervio, se inyectó en el cráneo y viajó a través del infecto cerebro, destrozando materia gris y venas, soltando ascuas poderosas y quemando todo a su paso, hasta emerger del otro lado, seguida de centellas y pedazos de hueso y del cuero cabelludo.

Etheldred se quedó unos instantes de pie, con una mueca de incredulidad en el rostro. Y después se desparramó como si su cuerpo no tuviera huesos. Pero no llegó a tocar el suelo, porque se descompuso en pequeñas llamas, deshaciéndose su piel, carne y esqueleto en fino polvo de hollín. Sólo quedó el potente fuego escarlata que residía en el interior de su pecho, que pronto desapareció en un destello y espirales de vapor.

—Sybella... —susurró Wystan, poniéndose de pie.

La chica le sonrió trémulamente, después levantó la cara a los cielos, sus ojos se pusieron en blanco y se desmayó. Wystan llegó a tiempo para atraparla.

—¿Capitán? —exclamó Thane, llegando junto a Wystan. El muchacho se masajeara el pecho adolorido, justo en donde Etheldred lo había golpeado—. ¿Está bien Sybella?

—La mordió... Está infectada... —susurró Wystan, colocándola en el suelo. La chica lucía sumamente pálida. Wystan sintió un dolor aún más punzante en su interior.

—Pero Etheldred está muerta... ¿Cómo es posible que...?!

—Aún no hemos terminado, Thane..., todavía no.

Wystan miró unos instantes a Sybella. Le dolía en lo más hondo del alma verla en ese estado; habría podido soportar todas las visiones infernales del mundo, pero jamás esa, la de Sybella postrada a causa suya. Y rompió a llorar devastado. El Abismo Perenne le había quitado a Viola y ahora intentaba quitarle a Sybella. Habría soportado volverse un no-muerto, habría soportado la peor de las torturas en su carne, pero ver sufrir a los suyos, eso, eso no podía resistirlo... Era demasiado.

Se levantó resuelto y se dirigió a la entrada entre las rocas.

—¿Capitán? —preguntó Thane confundido.

—Si logro tener éxito, Sybella se salvará... —dijo Wystan sin volverse a mirar al muchacho—. Márchense de aquí, tan rápido como puedan, y no vuelvan.

—Lo estaremos esperando, capitán —sentenció Thane.

—Haz lo que te digo, Thane.

—Pero, capitán... —Thane estaba sumamente apesadumbrado—. ¿Cómo sabré que ha tenido éxito?

—Lo sabrás.

Durante unos instantes los dos se quedaron en silencio, mirándose a través de la congoja.

—¿Capitán? —preguntó el muchacho afligido.

—¿Sí, Thane?

—Ya no va a regresar, ¿cierto? Va..., va a dejar que lo consuma...

Wystan se volvió y miró al muchacho a los ojos. Con el alma oprimida por el dolor y una sonrisa iluminando su rostro, añadió:

—Jamás dejen que el fuego se apague...

Thane asintió conmovido.

Y Wystan se internó entre las piedras, listo para el final.

Capítulo XIX

Abismo Perenne

La entrada entre las rocas parecía una puerta gótica, bastante alta y terminada en forma ojival, aunque no era refinada y tampoco estaba bien cuidada. Era como si la naturaleza, en un extraño capricho, hubiera decidido copiar el acceso de una iglesia medieval... La naturaleza, o algo más.

El pasillo descendía en la tierra, oscuro y gélido. Atrás, a lo lejos, quedaban los sonidos de la tormenta, con sus vientos y sus relámpagos, que paulatinamente iban silenciándose para dar paso a un mutismo profundo y sofocante. La única luz era la tenue y menguante que expelían los guantes de Wystan. Era como si el profesor estuviera viajando en las tinieblas mismas, como si fuera un ascua solitaria en medio de la noche, o como una luciérnaga perdida en lo más profundo de una caverna abandonada. La oscuridad pronto se cerniría totalmente.

Rodeado por la soledad y en el silencio, Wystan sentía un miedo tremendo recorriendo su espina dorsal; no había momento en que no quisiera volverse y alejarse de esas tinieblas que le estrujaban el pecho cruelmente. Pero no podía hacerlo, porque a cada minuto se mostraban ante sus ojos las violentas imágenes de Viola en sus últimos momentos y de Sybella, pálida y con el cuello sangrante. Llegaría hasta el final, por Chelsea y Tilda, por Ursula, por el señor Daubney y por Thane, pero especialmente por Viola y por Sybella.

Poco a poco una tenue luminiscencia empezó a mostrarse ante los ojos de Wystan. Las paredes de piedra y el suelo de negra tierra se fueron definiendo a la creciente luz carmesí. Repentinamente una especie de zumbido constante inundó la realidad. No sólo llegaba a los oídos de Wystan, sino a su alma misma; era como si su sangre y sus órganos vibraran también, buscando salir de su cuerpo... Era como en el caso de las hadas de Oldbury o en la granja de los Ellworth. Pero en esta ocasión era mucho más intenso, como si la vibración murmurara directamente debajo de su piel y tras sus ojos, introduciéndose poco a poco en la parte trasera de su cerebro.

Y fue entonces, cuando la luz de sus guantes era casi inexistente, que vio la salida iluminada por un vivo rojo carmesí. Era como estar en el interior de un volcán, como ver el magma mismo transformarse en aire. Salió y pudo ver el pequeño valle delante, inundado por entero por una película de sólido e intenso escarlata. Alrededor se encontraban cientos de acumulaciones rocosas, elevándose como pilares arcaicos, formando una especie de cerca que apartaba el trastornado entorno más allá. Una suave y pesada brisa peinaba gentilmente la hierba alta, y en lo

más alto, en las inmediaciones del negro y estrellado cielo de vetas encarnadas, se mostraba una inmensa luna roja, tan escarlata como la sangre.

Wystan caminó a lo largo del valle. Los sonidos de sus pasos parecían amortiguados e inexistentes, como si el suelo estuviera cubierto por una manta mullida. La luz roja le permitió ver que entre las piedras que rodeaban al valle se encontraban gruesas raíces de árboles, cosa que era extraña porque en ningún lado era posible ver troncos o copas. Las raíces, rechonchas como del tamaño de los cuerpos de varios hombres, se retorcían, ensanchaban y contraían en formas repugnantes. Y fue entonces que Wystan comprendió que no se trataba de raíces, sino de tentáculos. Y éstos se estiraban y enroscaban hasta llegar al fondo del valle, en donde se hallaba un espantoso portal negro de unos siete metros de altura.

Wystan avanzó hasta plantarse a unos cinco metros del portal. Era como ver un precipicio de total negrura y desolación. Desde el interior de la sombría puerta emergían los retorcidos e hinchados miembros que se estiraban por todo el valle en formas espeluznantes y asquerosas.

—Aquí estoy... —dijo Wystan mirando al interior del oscuro pozo, que parecía absorber cualquier tipo de luz para arrojarla directamente hacia la incertidumbre. Atrás, el profesor estaba seguro, se hallaba el Abismo Perenne, situado en un lugar y un tiempo que no eran ni lugar ni tiempo, y cuya presencia desgarraría la mente de cualquier ser creado en esta realidad, como les había sucedido a todos esos pobres diablos que Etheldred había infectado y llevado hasta allí.

—*Hargrave...* —dijo el Abismo Perenne. Pero su voz no sonaba como si fuera una voz, sino como una serie de sonidos manipulados para que sonaran como una voz profunda y gruesa. Resonaba espectral en el aire, carente de emoción y de humanidad. Era escalofriante.

—¿Por qué? —preguntó Wystan, mirando a lo profundo del vacío.

—*Tú y los tuyos han hecho lo mismo con mi progenie.*

—No tenías derecho a hacerlo... Ella era inocente.

—*Así como mi progenie; tú les arrancaste cruelmente de su nueva y perfeccionada existencia.*

—Los convertiste en monstruos.

—*Los convertí en dioses.*

—¿Qué es lo que quieres? —exclamó Wystan irritado.

—*Lo mismo que todas las especies elevadas que se encuentran con especies inferiores...*

—Eso es una aberración... Es...

—*Es el orden del Infinito, es el orden de los dioses...*

—Pero...

—*Los seres inferiores no son sino lánguidos residuos en el tapiz del todo. Destinados a ser tomados.*

—No puedes hablar así; no nos conoces.

—*Siglos he vivido entre ustedes. Los conozco a la perfección. Y sé que también está en su naturaleza. La misma necesidad de destrucción. Puedes preguntar a las especies que erradican día a día, a los pueblos que someten cruelmente e imponen sus maneras, a las civilizaciones que han envilecido y destruido..., en su propio mundo. Ustedes no son sino el pálido y triste reflejo de los dioses. Un pálido y triste reflejo de mí.*

Durante unos instantes el silencio fue opresivo, como roca comprimiendo el pecho de Wystan.

—He venido a destruirte —dijo Wystan sin vacilar, después de unos instantes. Levantó los puños. Los guantes empezaron a brillar tenuemente.

—*Lo sé.*

—Es la única manera en la que podré salvar a Sybella.

—*Así es.*

—Entonces ha llegado el momento.

—*No.*

—No puedes detenerme.

—*Puedo ofrecerte algo mejor, algo mucho mejor que la insulsa vida de los tuyos.*

Silencio.

—¿Qué..., cosa? —preguntó Wystan receloso.

—*Conocimiento. La verdad. La comprensión del infinito.*

—No la quiero..., no quiero ese conocimiento. Ya no...

—*Siempre buscarás más, sin importar las consecuencias.*

—Tu no...

—*Tus dos mujeres, por el conocimiento eterno, por encontrar qué hay más allá del velo, por saber qué se encuentra del otro lado de la cortina de la existencia. La penumbra que asola a la humanidad; la sabiduría de los dioses.*

Wystan bajó los puños y desvió la mirada, pensativo. El fulgor de los guantes disminuyó hasta casi volverse insubstancial.

Observó de soslayo a la pantalla insondable que resguardaba al Abismo Perenne, a sus tentáculos repugnantes, y negó con la cabeza, mientras una lágrima de sangre caía por su mejilla.

—La destruiste —dijo Wystan inconsolable—. La destruiste y me robaste lo único que me ataba... Ella era la única que podía detenerme..., la única. Y ahora lo entiendo, sin ella, para qué iluminar las tinieblas, para qué... El precio fue demasiado alto. —El Abismo Perenne vibraba con mayor fuerza alrededor de Wystan, tratando de comprender las palabras y las emociones del profesor—. Ahora puedo quemarlo todo, dejar que todo arda y hacer la luz tan poderosa, tan destructiva, que tú y yo arderemos juntos..., consumidos por nuestra codicia. Es la única forma de salvar a Sybella... —Sus labios esbozaron una mueca de alegría y añadió—: Y como ella dice: “A la mierda contigo”.

Los Guantes de la Tormenta brillaron poderosos en medio de la luz escarlata. Wystan avanzó decidido con los puños dispuestos para la lucha. Atravesó la negrura, que se sintió como desgarrar la textura de la realidad, como un cubo de agua helada desparramado a mitad de la piel, y saltó directamente hacia el corazón del Abismo Perenne, decidido a asesinar al dragón.

Luces brillantes se expandían mientras la realidad se doblaba sobre sí misma con su propio peso, explotando en gotas infinitesimales e instantáneas. Después: No había dolor, no había cuerpo, no había sensaciones y no había tiempo... Era como evanecer y aparecer en el mismo momento. Su esencia se anulaba desgranándose en miles de partículas que pronto quedaban varadas tras de sí, en una secuencia sempiterna de eventos cuánticos que se revelaban como la misma pasta del Universo. Pronto quedaría vacío, para siempre, mientras se le arrebatava toda sustancia. Lo que había sido, lo que recordaba, se desprendía poco a poco disolviéndose en el vacío, en el abismo. Su mente se perdía. “*Aún puedo salvarte; aún puedo darte el conocimiento de los dioses; no es demasiado tarde*”. La transmisión provino del final de la curva, que se retorció en una elipse infinita. “¡No lo quiero!”, exclamó él con pensamientos e ideas desprendiéndose de su interior en un torrente difuminado e incorpóreo. “*Entrégate a mí; te convertiré en un dios..., como yo*”,

indicó aquella entidad atemorizada. Pero ahora él sabía qué era el Abismo Perenne; ahora podía entenderlo con total claridad. “¡Tú no eres un dios...!” “¡Tú eres..., un parásito!”. Lo que quedaba de Wystan avanzó veloz hacia las tinieblas, más allá de la elipse, y preparó la energía del brillante poder que portaba y que estaba destinada a terminar con el dragón. El choque fue imponente, sacudiendo los pilares de la existencia. Un fulgor magnífico lo iluminó todo, tan hermoso y peligroso como millones de mundos y de estrellas en colisión. Y fue entonces, mientras las ascuas de su experiencia se esparcían en la inmensa explosión de la particularidad infinitesimal, que la vio..., más bella y radiante que nunca... Tan sutil y... Brillaba... En la noche... Sus ojos..., como... Para siempre.

Resplandor.

Despertó con un estertor sonoro y poderoso. El frío agujijoneó terriblemente su rostro. Primero todo fue una luz cegadora y formas borrosas. Después, lentamente, las formas se empezaron a definir ante sus ojos y poco a poco pudo ver de nuevo al mundo delimitándose a su alrededor. Durante unos instantes todo fue confusión y miedo, no sabía en dónde estaba ni quién era; lo único que sabía era que había caminado en las tinieblas y regresado.

—¿Sybella? —preguntó el muchacho.

Todos los recuerdos regresaron repentinamente, como si se los vaciaran con un cáliz dentro de su cerebro.

—¿Thane...? —preguntó Sybella, extrañada.

El muchacho los había colocado al abrigo de una piedra inclinada. Más allá del velo de agua, la tormenta comenzaba a debilitarse.

Sybella escuchó un bufido y sintió el temblor del caballo a su lado. Se trataba de la montura de Wystan.

—Se refugió con nosotros —dijo Thane con una sonrisa triste, señalando al caballo—. Creo que no le gustó la tormenta, después de todo.

Sybella sonrió, confundida todavía. Se llevó la mano al cuello, en donde antes había sentido un dolor punzante. La ropa estaba desgarrada y empapada en sangre, además su piel estaba expuesta a la intemperie, pero de la terrible herida que le infligiera Etheldred no había ya el menor rastro. Se incorporó de golpe.

—¿Y mi tío? —exclamó Sybella, buscando con la mirada a Wystan—. ¡Thane! ¡¿En dónde

está mi tío?!

—Se marchó —dijo el muchacho melancólico.

—¿A dónde?

—A derrotar al Abismo Perenne.

—¿Qué?! —exclamó Sybella horrorizada.

De pronto un estruendo inundó los páramos. Sybella salió del resguardo de la piedra y miró al fondo de la ensenada de roca, en donde antes había estado la entrada gótica. Las piedras se habían colapsado, impidiendo cualquier ingreso o salida.

Sybella echó a correr hacia el derrumbamiento y comenzó a quitar los escombros desesperada.

—¡Thane, ayúdame!

—Sybella... —musitó el muchacho llegando detrás de ella, junto con el caballo.

—¿Qué estás esperando?! ¡Muévete!

—Él se sacrificó..., Sybella, como Tilda.... Por amor... Por ti.

Sybella se volvió para mirar a Thane. En los ojos de la chica había una desesperación terrible y desconsolada. Negó con la cabeza y continuó quitando las piedras. Thane se aproximó y la tomó por el hombro con delicadeza.

—Es mejor que nos vayamos... —susurró Thane.

—¡Pero tengo que sacarlo de allí! ¿Es que no comprendes...?

—Sybella...

—¡No, Thane, no! —gritó Sybella, quitando una piedra tras piedra, mientras espesos lagrimones caían por sus mejillas.

—Sibyl...

Sybella se detuvo de golpe, su labio tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas. Thane la abrazó con fuerza, mientras ella rompía a llorar desconsolada. Y su llanto resonó triste y devastado en los solitarios y olvidados páramos de Mornewood.

Epílogo

Nunca dejes que el fuego se apague

La lluvia caía suavemente sobre el triste y solitario cementerio londinense. Los sonidos de la ciudad casi parecían sumidos en una especie de sopor acaecido por las finas gotas de agua de los lánguidos cielos color pizarra.

Sybella se encontraba de pie ante una lápida en la que se podía leer:

Bartholomew Wystan y Viola Hargrave.

“Juntos en esta vida y en la siguiente”

Thane llegó silenciosamente poco después, con un paraguas negro que colocó sobre la cabeza de la chica.

—Sabía que estarías aquí —dijo Thane. Miró la lápida, sonrió afable y musitó—: Un año ya...

—Los extraño, más que nunca, Thane —respondió Sybella, limpiándose la lágrima que escurría por su mejilla con el dorso de la mano.

La lluvia repiqueteaba en las demás lápidas y en el camino de baldosas del cementerio.

Sybella y Thane guardaron silencio durante un largo y solemne minuto, en el que la chica no dejó de llorar en silencio. El cielo y las nubes también parecían deshacerse en lágrimas. La herida de dolor producido por el amor jamás desaparecería.

—El joven señor Dalton llamó esta mañana —dijo Thane, cuando ya se dirigían hacia la salida del cementerio—. Me dijo que disculpara su atrevimiento, pero que quería preguntar si la señorita Hargrave estaría dispuesta a salir a cenar esta noche con él.

—¿El hermano de Kitty...? —musitó Sybella con cierta alegría, un poco sonrojada.

—Ha sido bastante insistente, debo reconocerlo —añadió Thane con una sonrisa sutil—. Y si mal no recuerdo, no te ha parecido del todo desagradable.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Sybella meditabunda, atándose el negro sombrero con un par de lazos azules bajo el mentón.

—Que la señorita Hargrave estaría ocupada toda esta semana con los preparativos de un viaje a Escocia. Pero que le haría llegar su mensaje.

—Eso me recuerda: ¿Ya están listas las sales de sirena? —preguntó Sybella, mirando el paisaje londinense de techos y tejados entre los árboles del cementerio.

—Sí, clasificadas y empaquetadas —respondió Thane solícito.

—Bien; porque las vamos a necesitar con las merrows de Gourock.

—También alisté los libros que recomendó el profesor Nowell y los encantamientos que envió la señora Baines. Llegaron ayer en la noche, pero no te quise molestar porque estabas muy ocupada en el estudio.

—Perfecto; cómo se los agradezco —exclamó Sybella aliviada.

—¿Y qué le digo? —preguntó Thane enseguida.

—¿A quién? ¿A la señora Baines?

—No, al joven señor Dalton.

—Oh... —Sybella se detuvo a las puertas del cementerio. Se volvió y miró en la dirección en la que se encontraba la tumba de sus tíos. Se llevó las manos al pecho y sintió bajo el abrigo y la blusa el medallón que Wystan le había dado. Sonrió y miró el sol abriéndose paso por entre las pesadas nubes de lluvia—. Dile..., dile que... —Miró a Thane. El muchacho esperaba solícito y simpático, como siempre—. Dile que con mucho gusto cenaría con él.

—De acuerdo.

—Pero mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? —exclamó Thane sorprendido—. Podrías salir con él esta noche, sin poner en peligro el horario del viaje.

—No, mañana por noche.

—Pero el viaje...

—El viaje se efectuará, Thane —dijo Sybella con una sonrisa y miró hacia la calle. Allí los esperaba el taxi, y en su interior se hallaba la servicial señora Ackerman

—Pero si sales esta noche...

—Esta noche tú, yo y la señora Ackerman vamos a salir juntos. A festejar que estamos

juntos.

—Pero...

—No dejemos que nuestro orgullo y nuestros deberes se interpongan con las vidas de aquellos a los que amamos, ¿de acuerdo? ¿Promesa?

El muchacho miró a la chica con recelo durante unos instantes. Sybella lo observaba con sus ojos grises clavados en los de él.

—¿Promesa? —volvió a repetir Sybella, estirando la mano.

Thane abrió enormes los ojos, sonrió y tomó la mano de Sybella.

Salieron del cementerio y treparon al automóvil. La extraña combinación de rayos mortecinos, cielos plomizos y helada lluvia ligera los acompañó mientras se desplazaban entre la multitud de la ciudad.

Sybella miró por la ventanilla a las personas. Había heredado la fortuna de Wystan y ahora era dueña y señora de la casa de la calle Walpole, junto con todas las pertenencias de sus tíos. Además, había heredado su misión y su sentido del deber, y los honraría y los respetaría como era debido, pero antes de ello —Miró a Thane y a la señora Ackerman—, honraría y respetaría a las personas a las que amaba, como Bartholomew Wystan Hargrave había hecho con ella.

Y pronto se perdieron en la inmensidad de la populosa ciudad, bajo los encapotados cielos de la tarde.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi hermano Yannic Solís por ser editor y corrector improvisado; a mi hermano Naim Solís por la espectacular portada; y a los amigos, talleristas y familiares que leyeron el borrador en sus múltiples versiones.

Y finalmente a ti, estimado lector, por mirar más allá de los posibles errores y deslices narrativos, y hacerme el honor de darte el tiempo para leer esta historia de vampiros y horrores cósmicos. Una vez más: ¡Muchas gracias!

Redes sociales:

Facebook: Eliu Solís – Escritor

Amazon: [amazon.com/author/eliusolis](https://www.amazon.com/author/eliusolis)